

Acheronta

Revista de Psicoanálisis y Cultura
www.acheronta.org

Número 28
Febrero 2014



Reportaje a

Gloria Leff

Artículos de:

*Michel Sauval, Helga Fernández, Sara Elena Hassan, María Lucía Homem,
Mariela López Ayala, Christian Ingo Lenz Dunker, Daniel Gerber,
Leda Tenório da Motta, Fabián Becerra Fuquen, Patricia de Campos Moura,
Ursula Gayou Esteva, Miguel Olivera Cordero, Mirta Lidia Sánchez, Lidia Matus,
Marcos Giudici, César Saucedo, Javier Alvarez Bermudez, Alexander Cruz Aponasenko*

www.psicomundo.com
PsicoMundo
LA RED PSI EN INTERNET

Número 28
Febrero 2014

Sumario

Reportajes

Presentación – Consejo de Redacción de Acheronta

Reportaje a Gloria Leff – Realizado por Federico Aboslaiman y Michel Sauval

Preguntas y Comentarios preparados previamente por el Consejo de Redacción de Acheronta

La enseñanza de Lacan

Presentación - Consejo de Redacción de Acheronta

Otras erratas – Michel Sauval (Argentina)

¿O que escrevem as fórmulas da sexuação de Lacan? – Sara Elena Hassan (Brasil)

De la estructura del lenguaje en Jacques Lacan – Fabián Becerra Fuquen (Argentina)

As origens do tema da linguagem em Lacan: a tese de 1932 – Christian Ingo Lenz Dunker (Brasil)

Notas para um glossário lacaniano – Leda Tenório da Motta (Brasil)

Psicoanálisis y clínica

Presentación - Consejo de Redacción de Acheronta

Locura e ética: uma aproximação possível – Patricia de Campos Moura (Brasil)

Moverse del abandono – Ursula Gayou Esteva (México)

Aproximación a la problemática de la "verdad" y el "saber" en psicoanálisis – Miguel Olivera Cordero (México)

Algunas consideraciones sobre el diagnóstico en la Clínica Psicoanalítica – Mirta Lidia Sánchez (Argentina)

Características personales, formativas y didácticas requeridas en un supervisor psicoanalítico (Según la percepción de profesionales dedicados a la formación de psicoterapeutas) - César Saucedo Pérez y Javier Alvarez Bermúdez (México)

Psicoanálisis y arte

Presentación - Consejo de Redacción de Acheronta

¿Qué le enseña el teatro al psicoanálisis? – Helga Fernández (Argentina)

Alemania, año cero, de Roberto Rossellini - *La obediencia como locura* – Mariela López Ayala (Argentina)

Sublimación y poetización yoica o "La novela del héroe que sublima" – Lidia Matus (Argentina)

Psicanálise e literatura – María Lucía Homem (Brasil)

Psicoanálisis y sociedad

Presentación - Consejo de Redacción de Acheronta

Imposible de decir. Una correspondencia entre la gramática y la sexualidad – Helga Fernández (Argentina)

Entrevista a Daniel Gerber – Realizada por J. Ramón Rodríguez (México)

¿El analista en el banquillo? – Alexander Cruz Aponasenko (Argentina)

D.S.M.: Des-subjetivación en salud mental – Marcos Giudici (Argentina)

Libros y Revisas recibidos

LIBROS

Resenha do livro "No limiar do silencio e da letra. Traços de autoria em Clarice Lispector", de María Lucía Homem - por Sara Hassan

"A psicose na Criança. Tempo, Linguagem e Sujeito", de Christian Ingo Lenz Dunker

Autêntica lança coleção "Obras Incompletas de Sigmund Freud"

"La novela de Lacan", de Jorge Baños Orellana

"Foucault ante Freud", de Julio Ortega Bobadilla – por Alberto Constante

REVISTAS

Demanda y transferencia - Revista "Psicoanálisis y Hospital", número 43, noviembre 2013

Reportajes

Presentación sección "Reportajes" Consejo de Redacción de Acheronta

Conversamos con **Gloria Leff** el 23 de noviembre de 2013.

Nuestros lectores podrán advertir dos novedades con respecto a reportajes anteriores: por una parte, fue realizado vía Internet, utilizando Skype; por la otra, las preguntas giraron en torno a un libro específico de la entrevistada (*Juntos en la chimenea*, EPEELE, 2007). La primera particularidad fue simple consecuencia de la distancia geográfica: Gloria Leff vive en México y Skype nos permitió salvar esa distancia (con menos dificultades de las que al principio supusimos). La segunda, más importante, fue resultado de una decisión: a partir del impacto que nos causó la lectura dicho libro, pensamos que sería más productivo encarar el reportaje con las inquietudes que nos despertaba el texto mismo. Fue así que nos pusimos manos a la obra, y una vez formuladas y pulidas varias preguntas, se las enviamos con antelación a nuestra entrevistada; no nos interesaba el efecto sorpresa, sino obtener respuestas ricas y que estimularan el debate y la reflexión (nuestra y de los lectores). Sabíamos que esta modalidad podía dar como resultado un reportaje de difícil acceso, especialmente para quienes no hubiesen leído el libro; pero, aun recomendando plenamente su lectura, consideramos que su omisión no constituye un obstáculo para disfrutar de un reportaje variado y generoso, y que trasciende con mucho el marco de *Juntos en la chimenea*.

Al principio del reportaje, Leff da cuenta de cómo un trabajo que comenzó con un artículo se convirtió poco a poco, e inesperadamente, en un libro. A partir de la lectura del seminario de *La angustia*, en el marco de un *cartel*, la autora se topó con una palabra, "stoop", que Lacan atribuye a Lucia Tower. Esto la fue llevando, mediante un trabajo casi detectivesco, a una serie de hallazgos: tergiversaciones de Lacan, diferentes versiones de Tower de un mismo artículo, etc. A lo largo del reportaje podrá verse la importancia que Leff asigna al trabajo de detalle con las palabras, en especial con aquellas palabras comunes, del habla cotidiana, que el analista utiliza cuando no recurre a conceptos. *"Estoy convencida de que en la mayoría de los casos, la teoría analítica, los conceptos analíticos, más que abrir, más que permitir una lectura, más que despejar las orejas para escuchar el discurso de un paciente, obtura"*, nos dice.

Habrán quizás quienes juzguen inadecuado lo que puede llegar a verse como una distancia excesiva con respecto a la formalización, pero es innegable que constituye una visión (y una versión) legítima y arriesgada del psicoanálisis, especialmente del psicoanálisis lacaniano: *"estoy convencida que 'lacaniano' hoy apunta a una cuestión de método, a una cuestión de método de lectura, a una cuestión de escucha, y esto implica desprenderse, desprenderse de prejuicios"*. Pero esta posición no implica dejar de preguntarse por los resortes del tratamiento analítico, en especial en aquellos casos que pueden considerarse "exitosos". Al fin y al cabo, esta es la pregunta que guía a Leff en su lectura del caso de Tower y a la cual se anima, incluso, a dar una respuesta: *"Ahora, inclusive, pensando en voz alta, 'exitoso' quiere decir que ella [la analista] pudo salirse de este lugar de ser la sede del objeto parcial, de sentirse amenazada, de sentir que la amenaza era contra ella y que el paciente la estaba destruyendo. Ella, simplemente, no se sale de la jugada; ella está ahí, sigue allí, y el análisis puede continuar"*. Pero es una respuesta puntual, surgida de un trabajo de lectura y aplicable a ese caso en particular, ya que para Leff, finalmente, el no saber del analista es radical: *"Esto nos lleva a una situación de radical no saber del analista. El analista podrá tener su análisis, sus fantasías, sus estudios, su formación. ¿Es eso lo que actúa en un momento dado para que el analista no se erija en un obstáculo? ¿Es eso lo que lo orienta? ¡No! ¡No! Estamos en una situación de radical no saber del analista. Si ustedes recuerdan, Freud recomendaba a los jóvenes analistas olvidar lo que sabían y tomar cada caso como si fuera el primero. Y Lacan reformula esta cuestión de una manera muy interesante: "Saber olvidar lo que uno sabe". Entonces, ¿cómo se las "arregla" un analista? Olvidando lo que sabe, sabiendo olvidar lo que sabe"*

Federico Aboslaiman

Gloria Leff es psicoanalista, miembro de la "école lacanienne de psychanalyse", autora "*Juntos en la chimenea*".

Email: gleffker@gmail.com

Presentación general de "[Juntos en la chimenea. La contratransferencia, las "mujeres analistas" y Lacan](#)"

En el curso del seminario VIII, "la Angustia", Lacan retoma la lectura de textos de tres "mujeres analistas" (Margaret Little, analizante de Winnicott, Annie Reich y Lucia Tower) acerca de la noción de contratransferencia. Gloria Leff sigue las huellas de este caminar, leyendo e investigando este término polémico. La autora parte de una anécdota talmúdica, mencionada por Lacan, sobre dos sujetos y una chimenea: ¿quién se lavará la cara después de bajar juntos por la chimenea? .Ella explora, por vía de un minucioso trabajo de lectura entre diferentes lenguas y versiones, los vericuetos del andar de analista y analizando en el tratamiento psicoanalítico, enfocando en particular, algo que no se deja pasar en limpio, como sugiere la metáfora de la chimenea...Algo que no se habría resuelto, según la autora, entre la noción de contratransferencia, en Freud, y el deseo del analista, en Lacan.

La cuestión de Lacan sobre "*el punto ciego*" de Freud en el análisis de la "joven homosexual" , identificado como el querer que la mujer, le "diga todo", es reabierto por Leff para investigar ese momento crucial del lugar, posición y movimientos del analista en relación a la femineidad y también en relación a las condiciones de posibilidad de la terminación de un análisis, del lado del analista, más allá de la roca de la castración donde Freud lo dejó. La exhumación, por decirlo de alguna manera, de los borradores de Lucy Tower, en los archivos muertos de la Asociación Psicoanalítica de Chicago, da la pauta de lo que puede lograr el saber hacer de un analista/ una analista y sus operaciones de lectura de las pistas dejadas por aquellos aquellos/ aquellas que los precedieron: aquella psicoanalista habría realizado y registrado, *avant la lettre*, y fuera del procedimiento institucional del pase, su pasaje de analizante a analista.

La operación del el objeto a en la praxis psicoanalítica es articulada con el psicoanálisis como erotología (Lacan, 14/11/72) y por esta vertiente, con los modos, del analizante y principalmente del analista, de sustraer/ sustraerse (*dérober*, en francés) de la femineidad.

Desde una perspectiva lacaniana, Gloria Leff va desplegando su lectura de los testimonios escritos de mujeres analistas con diferentes concepciones y destinos de la contratransferencia: como repetición, como actuación, como espacio de sublimación, y hasta del objeto parcial que hace pasar al acto al analista con su angustia.

Dos tratamientos a cargo de Lucia Tower son revisitados en detalle: sólo uno de ellos fue considerado exitoso por esta psicoanalista, quien documentó ampliamente su compromiso y manejo de los efectos, en ella, del amor de transferencia. En términos de objeto a, Gloria Leff plantea que el/la analista (en realidad el analista como función) en el juego de la mascarada del amor, siempre sujeto a inestabilidades, o se deja tomar por la erótica en cuestión, o cae de su lugar. Según la autora, estas mujeres analistas, tuvieron algo que decir, de sus vivencias, de donde es posible, actualmente, plantear una disyuntiva: el analista, "*embarazado del objeto a*" ... "*en posición de amo*" es eróticamente inaccesible y el análisis es interminable. O el analista activa su contratransferencia a la manera de un artificio y el análisis no queda detenido en la angustia de castración. Para finalmente concluir que "*nada, absolutamente nada le garantiza al analista el poder sobrellevar cualquier demanda de cualquier analizante en cualquier circunstancia*" (p 243)

Sara Elena Hassan

Noviembre 2013

Preguntas y comentarios previos al Reportaje a Gloria Leff

Consejo de Redacción

Preguntas y Comentarios

1) "Arreglárselas" con los "vaivenes" de la erótica analítica: ¿respuesta fantasmática del analista?

En la página 241, usted resume los problemas analizados a lo largo del libro, del siguiente modo: "*o bien el analista es la sede del objeto parcial, o bien el análisis es el espacio donde yace el objeto parcial*". La primera opción corresponde a la impasse freudiana respecto a la angustia de castración, y a la concepción freudiana de la contratransferencia: el analista, en tanto sede del objeto parcial, queda embarazado del objeto **a**, se mantiene en posición de amo, es eróticamente inaccesible y el análisis es interminable. En la segunda opción, en cambio, "*el objeto puede ponerse a jugar en el analizante*", el analista activa su contratransferencia "*a la manera de un artificio*" y el análisis no queda detenido en la angustia de castración, tal como se ejemplificaría con el análisis exitoso del paciente de Lucía Tower. Esa posición es la que ubica al analista como "partenaire femenino". El analista asume las consecuencias eróticas que suscita, incluso las fomenta o las apacigua, no se presenta como teniendo lo que no tiene, ni sabiendo lo que no sabe; se deja llevar por el malentendido y llegado el momento, simplemente no opone ninguna resistencia a que se revele el equívoco.

En la página siguiente (242) usted subraya que esto no se logra como aplicación de una técnica ni como un cálculo o una estrategia, mucho menos de una elaboración teórica. No ocurre por la "voluntad" del analista", sino de cómo "*se las **arregla** con los vaivenes de la erótica analítica*" (negritas mías)

Lo que quisiera retomar, o interrogar, es ese "**arreglárselas**".

En principio, y tal como vino siendo desarrollado en todo el libro (con los casos de Lucía Tower y Freud), esto es algo que sólo podría darse en el juego (o manejo) de la contratransferencia. Lo que no me queda claro es, por un lado, el estatuto de este elemento contratransferencial, y por el otro, el carácter de esta operación que permitiría poner en juego la contratransferencia "*a la manera de un artificio*".

El elemento contratransferencial solo puede ser inconsciente, y por lo tanto sorpresivo para el propio analista. Pero luego se plantea la cuestión de lo que el analista es capaz de hacer a partir de ahí.

El sueño de Lucía Tower es sorpresivo para ella. Pero la interpretación que hace del mismo y la posición en que se coloca a continuación, ya incluye una reflexión o elaboración. Este par de cuestiones (la sorpresa de la situación contratransferencial y la reflexión y operación que el analista haga de ella) son las que, por lo menos en el caso de Lucía Tower, constituyen este "arreglárselas" con los vaivenes de la erótica analítica.

Usted destaca que, en su interpretación del sueño, Lucía Tower "*no se dedica a desenmascarar cuál había sido el deseo inconsciente que la llevó a tal sueño, o a buscar en él información sobre ella o sobre su propia infancia. En cambio el sueño le informa sobre el estado de ánimo de la esposa de su paciente*" (página 193).

Pero esto no es tan así. En su artículo, Lucía Tower dice que "*mi respuesta contratransferencial se debía a la **reactivación** de un conflicto edípico inconsciente bajo la forma de una decidida competitividad hacía, y un temor frente a, otra mujer en una situación triangular*" (página 133 del número 3 de la revista "*Me cayó el veinte*") (negritas mías). Este sería el núcleo de su "*neurosis de contratransferencia*".

Esta situación se resuelve positivamente en el primer caso, en la medida en que su interpretación del sueño le permite salirse de la situación de rivalidad reprimida con la esposa, lo que le permite poner en

juego su deseo, como lo indica Lucía Tower (en la página 135 de MCV) cuando dice que "*solo a partir de la resolución de mi respuesta contratransferencial a la situación marital (...) fue que este hombre **empezó a agradarme mucho** como persona*" (negritas mías) (recordemos que al comienzo el que le agradaba más era el segundo paciente).

Con el segundo paciente, cuyo análisis resulta fracasado, el punto de viraje también resulta de una situación sorpresiva para la analista: "*la explosión de sentimientos homicidas*" en esa cita solitaria en el consultorio "*desierto*", cuyo resultado, para Lucía Tower, es que "*nunca más confié en mi habilidad para trabajar psicoanalíticamente con este hombre, ni volví a recibirlo fuera de horas habituales*" (página 137 de MCV), motivo por el cual, racionalizaciones mediante, lo termina despachando con otro analista. En esa misma página de MCV Lucía Tower dice que con el primero ella pudo prestarse al juego de "*una mujer ante un hombre*" porque su propio inconsciente percibió que el yo del paciente tenía "*controles incorporados*", controles que "*parecen haber estado ausentes*" en el segundo, motivo por el cual, según Lucía Tower, era necesario que los obtuviera mediante identificación e incorporación "*antes de que él pudiera experimentar la vivencia afectiva de su sadismo subyacente o llevarme a confiar en él como mujer*" (negritas mías) (es decir, vuelve a interpretar su posición en términos de las posibilidades de su fantasma, para el caso, en relación a disposición de "controles" en su partenaire).

En suma, lo que habría determinado tanto el éxito de un análisis como el fracaso del otro, sería lo mismo: su "*neurosis de contratransferencia*". Usted señala que para Lucía Tower, "*el destino de ambos análisis descansa en que los pacientes logren 'forzarla', 'plegarla', 'empujarla'*" (página 227 del libro). Es este fantasma de lo que sería una "mujer" (y, concordantemente, lo que sería una posición masculina) lo que le permitió "*abajarse*" a la posición de "*una mujer ante un hombre*" (página 137 de MCV) en el caso exitoso, de modo tal que el inconsciente del paciente percibiera "*que de hecho él había forzado una respuesta contratransferencial en mí*" (página 135 MCV).

Pero es también ese mismo fantasma el que no le permitió a Lucía Tower asumir, ficcionalmente, la posición de "amo" que le requería el caso fracasado. A diferencia de la situación menos sexualizada que le plantea el primer paciente ("*nunca había hecho referencia alguna al amor sexual*" (página 211)), en el caso del segundo se paralizaría ante "*el temor de inclinar la demanda de su lado con un hombre 'varonil, controlado y recto', que le agrada y cuyas demandas eróticas no puedecircunscribirse*" (página 227). El resultado es que no logra desplazarse y, colocada "*en el lugar de objeto amado*", "*siente que la amenaza está dirigida contra ella y rompe los límites del marcoanalítico*" (página 228). Es decir, se mantiene como sede del objeto parcial y, por lo tanto, no puede "*localizar su contratransferencia y desplazarse por ella*".

Usted afirma que la indicación de Lacan le hubiera venido como anillo al dedo. Pero, ¿realmente habría sido capaz de escuchar o registrar una indicación así? Incluso, podríamos preguntarnos si no es por este mismo fantasma que la reacción contratransferencial se puede jugar como un sueño en el primer caso, en tanto que conduce a una huida en el segundo.

En suma, "*responder como una mujer ante un hombre*" funcionó en un caso porque puso en juego el deseo de Lucía Tower para sostener el "*escrutinio*" del paciente, y no funcionó en el otro porque la condujo a un pasaje al acto (es decir, caerse, salirse de la escena). La relación supuestamente más simplificada que tendría, como mujer, con el deseo del Otro, que habría de traducirse en una facilidad para valerse de un artificio, funcionó en el primer caso, pero no en el segundo.

Me pregunto: ¿El destino de los análisis depende de cómo se abrochan eróticamente analizante y analista? ¿La puesta en juego del deseo del analista, supone una implicación fantasmática del analista? ¿Qué relación tiene el manejo que el analista hace de su reacción contratransferencial con su neurosis, su propio análisis, su formación? Cuando el analista se mantiene como sede del objeto parcial, ¿es su goce el que interviene? ¿Cómo se entiende que el analista deba dejar de ser la sede del objeto parcial, y que dicho objeto deba yacer en el espacio analítico, es decir, pueda estar en el analizante, con la idea de la posición del analista como objeto a?

La pregunta apunta a debates conexos y habituales acerca de si la intervención del analista está al nivel del deseo o del goce (1). Y a eso me refiero con lo de "*implicación fantasmática*".

Para el caso del paciente de Lucía Tower, usted subraya, siguiendo a Lacan, que lo que se puso en juego no es una relación de sadismo por parte del paciente y masoquista por parte de la analista. Más allá de la cuestión de que no hay complementariedad entre sadismo y masoquismo, el punto en relación al caso de Lucía Tower es subrayar que la diferencia es entre la "*quête sadique*" y el sadismo. El "escrutinio" que pone en juego su paciente no es sadismo sino esta "*quête sadique*", es decir, una búsqueda del objeto en el plano del deseo. De ahí la conclusión de Lacan de que Lucía Tower "*no está hecha para entrar en el diálogo masoquista*". Es decir, en el caso exitoso de Lucía Tower, las cosas se ponen en juego por el lado del deseo.

Pero la pregunta respecto al goce, o la implicación fantasmática, queda de todos modos abierta.

2) Angustia y deseo del analista

En la sesión del 30 de enero de 1963, página 157 de la edición Paidós, Lacan señala cómo Margaret Little es llevada al extremo de su posición contratransferencial teórica de suponer que el analista debe brindar una "respuesta total" al paciente, en el caso de la paciente cleptómana que comienza a llorar y entra en duelo ante la muerte de una persona en Alemania "*con la que había tenido relaciones muy distintas de las que había tenido con sus padres*". ML interpreta pero nada funciona, hasta que, conmovida, le confiesa a la paciente que "*ya no entiende nada y que verla así le da pena*". Entiendo que podemos considerar esta intervención como un elemento contratransferencial. En todo caso es lo que plantea Lacan al señalar que esa intervención le hace percibir a la paciente que en la analista hay angustia, y así se "*abre una dimensión que permite a este sujeto femenino captarse como una falta*". Lacan subraya que, de este modo, Margaret Little "**introduce por una vía involuntaria lo que está en juego y debe estarlo siempre en el análisis (...) la función de corte**" (página 158 de Paidós) (negrita mía).

Volviendo al caso de Lucía Tower, podríamos asociar aquél "*plegarme afectivamente a sus necesidades*", con lo que pasa con Margaret Little. Ella sostenía la teoría de que el analista debe poder ofrecer una respuesta total a las necesidades del paciente, pero ese saber referencial termina verificándose como inoperante, incluso como una resistencia. La situación puede dar un viraje cuando, finalmente, la analista se quiebra y se angustia.

En los dos casos (LT y ML) tenemos un "quiebre" de la resistencia del analista en cuanto a su adhesión a su saber referencial. En ambos casos tenemos que ese "quiebre" produce un vacío que sirve al desarrollo del análisis de sus pacientes en la medida en que ópera como deseo del Otro.

Podríamos decir que, a semejanza de Alcibíades, el analizante busca quebrar la resistencia del analista, lograr la caída del A al objeto a. Que eso ocurra, o no, podría ser la diferencia entre un análisis y el banquete de Platón. En un análisis, Sócrates debería poder caer, hacer jugar su no saber de otro modo que como reserva del objeto transicional (2).

Lucía Tower se deja doblegar, lo mismo que Margaret Little. Pero en esos quiebres, ninguna se sale de su fantasma personal, de su "*neurosis de contratransferencia*" (en términos de LT). De lo que se salen es del fantasma como saber referencial teórico. Margaret Little se sale del formato teórico porque el mismo se le agotó, aunque con su respuesta de "*ya no sé qué hacer por ud*", se mantiene en su fantasma de ayudar a la gente. Lucía Tower también se sale del formato teórico de su fantasma masoquista, para dar lugar a su manera de entender lo que es una "mujer", que es su manera singular de hacer funcionar ese fantasma masoquista. Pero en tanto lo hacen jugar desde la singularidad, y no desde el lugar de saber referencial, lo ponen en juego desde una falta. Esa es, justamente, la operación del deseo del analista, tal como lo señala Lacan cuando nos dice que más allá de lo que Margaret Little entiende que ocurre, su intervención fue operativa porque puso en juego el deseo del Otro en el proceso de duelo de su paciente.

Y en cuanto a Lucía Tower, Lacan indica que ella funciona como analista por responder como mujer y no como analista. Es decir, deja de lado la posición de analista que le dicta su saber referencial, y su modo de adecuarse al saber textual del paciente es funcionar como mujer. Mejor dicho, al salirse de la posición que la teoría le comanda no cabe otra cosa que abajarse a su singularidad, a su fantasma personal de mujer, y jugar como tercera mujer y dócil. Como usted bien señala, Lucía Tower deja de ser "*analista mujer*" para

ser "*mujer analista*" (198).

El paciente pliega a una mujer que, accidentalmente, es su analista.

La pregunta sería si podemos asociar el paso del saber referencial como marco de no saber para el saber textual, a la puesta en juego de una situación contratransferencial. En otros términos, si es de ese modo que, efectivamente, el deseo del analista puede ofrecerse como un lugar vacante ofrecido al deseo del paciente para que el mismo se realice como deseo del Otro.

3) Angustia del analista y pasaje al acto

En esta tercera pregunta quisiera asociar el caso del análisis fracasado de Lucía Tower y su pasaje al acto con el pasaje al acto de Freud con la joven homosexual femenina.

En el caso del segundo paciente, del análisis fracasado, usted caracteriza la ruptura del marco analítico como un "*pasaje al acto de Lucía Tower*" (página 230).

Lacan también habla de pasaje al acto respecto de Freud con la joven homosexual femenina. Aquí quisiera retomar unos comentarios volcados en su momento en: <http://www.sauval.com/angustia/s9dejarcaer.htm>

En la sesión del 23 de enero de 1963, cuando Lacan da cuenta de la estructura del pasaje al acto, distorsiona la referencia freudiana de la caída del puente de la joven homosexual con el famoso "*niederkommen lassen*": solo el primer término es de Freud, el segundo es de la cosecha de Lacan. El agregado del "lassen" permite el pasaje de la formulación del acto simbólico (el parto) a la estructura del pasaje al acto (dejar caer). Sin embargo, como bien señalara Allouch (en "*La sombra de tu perro*"), la expresión "*niederkommen lassen*" se ajusta bien a la fórmula "*dejar caer*", pero no tanto para la fórmula "*dejarse caer*", para la que más bien correspondería la expresión "*niederkommen sich lassen*". Pero Lacan solo agrega el "lassen" ("dejar"), y no el "sich" ("se"). ¿Por qué prioriza el "*dejar caer*" al "*dejarse caer*"?. No es lo mismo una cosa que la otra.

Las oscilaciones entre las dos expresiones reproducen las oscilaciones entre la escena de la caída del puente y el final del análisis de la joven homosexual. No es lo mismo que la joven homosexual "se" "deje caer" desde el puente, a que Freud "la" "deje caer" del análisis. En ambos casos "la" que "cae", es la joven homosexual.

Pero el "agente", si se puede hablar de tal, no parece ser el mismo en un caso u otro, salvo que traslademos la correspondencia, detectable en varios aspectos, entre la posición de Freud y la del padre, en términos de una equiparación del escenario del encuentro de la joven con el padre cerca del puente, y del escenario del fin del análisis que Freud impone con la derivación de la joven. De hecho, es lo que, de algún modo admite Thomas Gingele cuando, en su postfacio del libro "*Sidonie Csillag. La joven homosexual de Freud*", dice que "*a semejanza del padre que habría dejado caer a su hija, se trata de imputarle a Freud la responsabilidad de haber hecho lo mismo, claro que dentro de su ámbito*" (página 402). En cuyo caso, la "expresión" "*niederkommen lassen*" se ajustaría a ambos escenarios.

Pero esta no es la lectura que hace Lacan de la escena del puente. En esta sesión del 23 de enero vuelve a subrayar la acción de la propia joven que "*salta por encima de la pequeña barrera que la separa del canal por donde pasa el pequeño tranvía semi subterráneo*" (página 129 de la edición Paidós). En cambio sí es su lectura para la escena del final del análisis, ya que insistirá en subrayar la acción por parte de Freud: "*pasa al acto*" (página 143 de la edición Paidós), "*la deja caer*".

Con lo cual, tenemos dos "variantes" del pasaje al acto. Una corresponde a la situación en que lo que cae "*se deja caer*", y la otra corresponde a la situación en que "*alguien deja caer*" algo. Quizás por eso Lacan entiende necesario aclarar que el "*dejar caer*" es visto "*del lado del sujeto*": "*el pasaje al acto está del lado del sujeto en tanto que éste aparece borrado al máximo por la barra. El momento del pasaje al acto es el de mayor embarazo del sujeto, con el añadido comportamental de la emoción como desorden del movimiento. Es entonces cuando, desde allí donde se encuentra - a saber, desde el lugar de la escena en la que, como sujeto fundamentalmente historizado, puede únicamente mantenerse en su estatuto de sujeto - se precipita y bascula fuera de la escena. Esta es la estructura misma del pasaje al acto*" (página 128 de la edición Paidós).

Esta descripción, se ajusta a la caída de la joven homosexual desde el puente. Pero no a la "caída" de la joven de su análisis con Freud.

En efecto, la imputación a Freud es fundamental, porque constituye el meollo, no solo de su crítica respecto a este caso, sino de la diferencia que Lacan quiere establecer respecto a los límites de los análisis freudianos, es decir, de los impasses de "*Análisis terminable e interminable*" y la roca viva de la castración. El trasfondo de este debate con Freud permite entender la preferencia de Lacan por la formulación más general del "*dejar caer*", que podría aplicarse tanto a la caída del puente como al final de análisis que Freud impone.

Pero esto genera una ambigüedad sobre la estructura del pasaje al acto, que habría que analizar y tener en cuenta. Esa ambigüedad se plantea nuevamente en el caso de Lucía Tower: ¿cómo es el pasaje al acto en ese caso? ¿Es Lucía Tower quien deja caer a su paciente o es ella quien se deja caer al romper el dispositivo analítico? ¿Si en esos casos el analista se mantiene como sede del objeto parcial, qué es lo que cae? ¿Quién (o qué) cae en esos casos?

¿Es válido hablar de pasaje al acto en los análisis fallidos donde el analista deriva al paciente?

Aquí estoy tentado de asociar el caso Hirschfeld que usted ha estado trabajando, según he visto en algunos anuncios de seminarios. ¿Es un pasaje al acto también la decisión de Freud de dejarla en manos de Pfister en 1911 para irse de vacaciones, para no retomarla luego?

4) Contratransferencia y deseo del analista

Hasta donde pude leer, su texto se anuncia, ya en el título, entre la noción freudiana de contratransferencia y la expresión lacaniana "mujeres analistas" del seminario VIII, lo que, como se demuestra en el desarrollo del libro, no deja de ser una opción de método, que recupera los trabajos de analistas de la década del 50 y otros anteriores (como Ferenczi, mencionado en el prólogo, Ed. 2005), leídos con nociones y formalizaciones lacanianas, tales como objeto "a", "mujer", "goce", y especialmente "deseo del analista".

Usted afirma, en el mismo prólogo, que el desplazamiento desde la noción de contratransferencia hasta la de "deseo del analista" no resuelve la cuestión. Casi al final, en la página 238, escribe que "*la noción de contratransferencia tiene un vicio de origen, que sus defensores empantanaron aún más. Y haberla sustituido por la de "deseo del analista" no zanjó los problemas suscitados en su nombre*". A continuación, afirma que la contratransferencia puede (también) ser leída como "la palmaria manifestación en el analista de su propia implicación en una situación estructuralmente erótica". A propósito, me parece que la expresión "estructuralmente erótica" permite restaurar un cierto equilibrio entre el orden de la estructura por un lado, y la erótica, como poesía y como atracción.

¿Podría desarrollar más por qué ese "deseo del analista" no resolvió, "no zanjó" los problemas suscitados, o sea esa zanja, justamente, entre contratransferencia y deseo del analista? Hasta donde entendí, es en ese intervalo, en ese hiato, donde aparece la mención a la tesis de los antecedentes del pase laciano (págs 146/148/159 entre otras).

Con el foco puesto en la clínica psicoanalítica ¿se puede, actualmente, considerar la contratransferencia, en realidad su manejo, como operador* en un análisis? Teniendo también en cuenta que el lenguaje freudiano solo se superpone parcialmente con el de Lacan, ¿qué se ganaría y que se perdería en relación a lo que supuestamente la desplazó, el deseo del analista? Esto en el sentido de cómo pensar un análisis que pueda llegar no sólo a buen término, como en el primer paciente de Lucy Tower, sino simplemente también terminar, en el sentido del final de análisis.

[*Operador (RAE): Mat. Símbolo matemático que denota un conjunto de operaciones {psicoanalíticas en este caso} que han de realizarse.

Operación (RAE): Conjunto de reglas que permiten, partiendo de una o varias cantidades o expresiones, llamadas datos, obtener otras cantidades o expresiones llamadas resultados.]

5) El "pase" de Lucía Tower

La cuestión de lo que actualmente se puede llamar “final de análisis”-“pase” de Lucia Tower, ¿estuvo presente en el horizonte de la investigación o fue dado en *après-coup* por el hallazgo del primer borrador de Lucy Tower en los archivos muertos del Instituto Psicoanalítico de Chicago?

6) Producción de psicoanalistas prelacanianos y transmisión del psicoanálisis

¿Qué es lo que estaría en juego en la lectura de textos de psicoanalistas prelacanianos para la transmisión y la praxis del psicoanálisis lacaniano?

7) “Talking cure” - “*et pour*” - “chimney sweeping”

Respecto al punto “¡Qué bien deshollinaron!”, del primer capítulo (“*Una cuestión de método*”), páginas 44 a 50, donde se analizan las referencias de Lacan a las expresiones de Ana O. “*talking cure*” y “*chimney sweeping*”, uno de los fragmentos que Gloria Leff analiza en detalle es un párrafo de la sesión del seminario sobre la angustia, de la sesión del 23 de enero de 1963, donde Lacan marcaría lo que sería el “punto ciego” de Freud.

El análisis de Gloria Leff se concentra en las páginas 46 a 49.

Hay una operación de lectura de varias transcripciones del seminario.

En su momento me tomé el trabajo de seguirla y hacer lo mismo. Fue en ocasión de mis notas y comentarios de lectura del seminario sobre la angustia. Lo encontrarán

en <http://www.sauval.com/angustia/s9chimenea.htm>

Gloria Leff busca rescatar la expresión “*et pour*” (traducida como “*en cuanto*”) entre la “*talking cure*” y el “*chimney sweeping*”, para establecer una diferencia, o distancia, entre ambas expresiones inglesas, ya que si nos atenemos a las versiones que solo colocan “y” entre ellas, habría que considerarlas como equivalentes.

Esto es lo que dice GL a la mitad de la página 47: “*al sacar la expresión “en cuanto a” (que venía antes del chimney sweeping en la versión JL), y poner en su lugar la conjunción “y”, se pierde la distinción entre la talking cure y el chimney sweeping (y esta dificultad no se subsana con la mayúscula de Chimney): como si “hablar en la cura” y “deshollinar la chimenea” fueran sinónimos, o dos operaciones del mismo orden, que sugirieran lo mismo*”.

Ahora bien, lo que no se si GL se ha percatado es que el “*talking cure*” no figura en la estenotipia. Lo que aparece es « ...elle l’a fait, **là donc, et pour** la chimney sweeping... »

le point aveugle, Freud veut qu'elle lui dise tout,
 la femme, eh bien! elle l'a fait, là donc, et
 pour le “chimney-sweeping”, ah! on a bien ramené!
 Pendant un certain temps, on ne s'est pas onté-
embêté
 té là-dedans, l'important c'était d'être ensemble dans
 la même cheminée. La question, quand on en sort, vous

Lo que han hecho en los “establecimientos” del texto (sea el de Roussan, el de la AFI, o el de Miller) es suponer que el “*là donc*” es erróneo y que lo que corresponde colocar ahí, apelando a una supuesta homofonía, sería el “*talking cure*”.

Pero si el “*là donc*” es erróneo, y es una homofonía de “*talking cure*”, es solo parte de esa expresión, y requiere del “*et pour*” para completar esa operación. Es decir, si hay homofonía (y correcciones a establecer en el texto a partir de la misma) debería ser entre “*là donc, et pour*” y “*talking cure*”. En “*là donc*”

hay algo que suena como "talk", pero no hay nada que suene como "cure". El "pour" podría ser la parte homofónica del "cure".

En suma, si vamos a hacer aparecer "talking cure" no hay manera de que no se nos pierda el "et pour". En consecuencia, la transcripción de Roussan, en ese sentido, sería la más correcta.

Ahora bien, aunque el "en cuanto a" no exista, el razonamiento de GL no pierde coherencia.

Me recuerda el ejemplo del "niederkommen lassen" de Lacan para la cuestión del pasaje al acto en relación al caso de la joven homosexual. Alguno le podría haber dicho a Lacan porque no explica y presenta el pasaje al acto sin referencias a Freud, o al menos sin forzar el texto de Freud. Pero la invención de esa formalización del pasaje al acto en Lacan, no es sin Freud, ni es sin el caso de la joven homosexual femenina. Y en ese pasaje por Freud, aun siendo necesario, no es sin ser diferente de Freud. Justamente, por eso es una invención.

En suma, no se trata de "exactitud" sino de la operación de lectura en juego.

Volviendo a Gloria Leff, quizás la mayúscula del "Chimney", aunque insuficiente para ella, igualmente sea el rastro de lo que ella viene a subrayar en el texto: la distinción entre las dos expresiones. Es decir, Gloria Leff podría tener "razón", aunque no pueda encontrarla "escrita" (en términos de exactitud) en el "texto" del seminario!

8) Reflexiones

La lectura del libro de Gloria Leff lleva indefectiblemente a interrogarse por la operatoria del psicoanálisis, la función del analista y de qué modo este puede intervenir exitosamente conduciendo al paciente a un cambio de posición subjetiva. La transferencia y la "mal llamada contratransferencia" definida por la autora como "la palmaria manifestación en el analista de su propia implicación en una situación estructuralmente erótica" (pag. 238) se encuentran en el centro del asunto.

Al abordar el texto surge la pregunta respecto de qué lugar dar y cómo pensar lo que vendría "del lado" del analista en un análisis.

Me pregunto: ¿Qué del inconsciente del analista en su función? Inconsciente del analista y función del analista como vacío operatorio del deseo del Otro ¿son opuestos irreconciliables? ¿Se excluyen mutuamente? ¿Se encuentran coordinados? ¿Cómo situar sus relaciones?

La cuestión del inconsciente del analista, o del analista como "persona" ¿queda zanjada con apelar a la recusación de la intersubjetividad? (Respecto de la intersubjetividad, como de otras nociones criticadas por Lacan, no habría que olvidar la contextualización de sus proposiciones y el frecuente recurso a extremar y hasta forzar posiciones para diferenciarse de lo que le parecía necesario rechazar. No tener presente esto nos podría llevar a confundir recursos retóricos con posiciones teóricas.)

Retomando las preguntas. Lo que se suscita del lado del analista ¿Es sólo efecto del decir del paciente, de ser tomado, en términos freudianos, por su economía libidinal o se pueden distinguir otras reacciones que serían completamente independientes, o descoordinadas de "las transferencias" del paciente?

Cómo entendamos la contratransferencia afecta las posibles respuestas. Esbozemos al menos tres opciones:

1 - La contratransferencia da cuenta y es correlativa de estar ubicado en un determinado lugar transferencial, y lo que experimenta el analista se limita a ser la manifestación de los efectos por ser objeto soporte de dicho lugar. Entendida así la contratransferencia, no se aclara para qué mantener este término, ya que no es más que la manifestación en el analista de los efectos de la transferencia. Lo que se experimenta sería, si se quiere, completamente "adecuado", en términos lógicos, a la lógica que presenta dicho discurso particular (a partir de aquí pueden derivar distintos modos de concebir qué uso darle o no darle, cómo valorar estas "reacciones", "experiencias" o como se las quiera nombrar, en un análisis, cómo maniobrar con ella. Y según estos distintos modos entonces: Interpretar, construir, confesar...)

2 - La contratransferencia se relaciona con ser objeto de la transferencia pero se restringe únicamente a lo que sobre eso se monta del lado del analista, suscitando una respuesta inconsciente fantasmática o no analizada a dicha transferencia, lo que se entiende como un "punto ciego del analista". Este responde desde su propia neurosis. Esta respuesta implica una lógica propia, distinta de la que es propuesta por la

transferencia en juego y no se entrama, *en principio*, con la neurosis del paciente. En esta opción la contratransferencia funciona como resistencia del lado del analista y es necesario analizarla y combatirla.

3 - La contratransferencia no tiene ninguna relación con la transferencia, puede tratarse de prejuicios de cualquier clase, saberes referenciales, incluso transferencias del analista al analizado pero en todo caso descoordinadas de lo que sucede en ese análisis.

Según Freud, el manejo de la transferencia es el verdadero escollo del análisis. Comparada a las dificultades que ésta representa para un analista, la interpretación resultaría algo bastante sencillo. El modo en que Freud alude a la transferencia en distintos textos, las metáforas bélicas que utiliza y las palabras que elige para dar cuenta de ella, incluyendo la referencia a los espíritus del Averno, ilustran vívidamente la dimensión poderosa que esta implica. Mayor escollo pero nada a evitar ni eludir. Todo se da allí. Sólo en el doloroso camino de la transferencia, nos dice, es que algún cambio se torna posible.

Así, el mayor "obstáculo" se erige como la mejor palanca para impulsar el análisis, a condición de poder operar eficientemente con ella, de saber cómo maniobrarla. La dificultad le es fatalmente inherente. Su "manejo" no puede dejar de ser "accidentado" pero se verá seriamente amenazado o directamente impedido, si el analista no ha logrado llevar a buen puerto su análisis. Esto quiere decir haber realizado una especie de purificación analítica del inconsciente, que libre ahora de fantasías y resistencias puede ponerse en sintonía con el inconsciente del paciente y no erigir obstáculos al devenir del discurso analítico. Al menos, nos dice Freud, no debe sustituir con sus propias censuras la regla impuesta al paciente.

En esta dirección, los aspectos no analizados del analista, entendidos como contratransferencia, limitan, obstruyen u obstaculizan la cura. A cada una de las represiones no vencidas en él se corresponde un punto ciego en su percepción analítica. Los deseos y fantasías inconscientes del analista obstaculizan la cura. Esto es la contratransferencia y ella hace alusión al deseo del analista. Pero, siguiendo aún a Freud decimos, al deseo en tanto no purificado: deseos edípicos reprimidos. Luego del recorrido freudiano, volvamos ahora a las preguntas por el deseo del analista y abordemos luego algunos interrogantes sobre el texto de GL.

¿De qué deseo hablamos? ¿Se trataría de uno purificado de cualquier fantasma? ¿El deseo del analista sería el deseo de sostener un análisis, el deseo de psicoanalizar? ¿Y cómo entender este deseo? ¿En términos de conducir al paciente por la vía del deseo como falta, operando un corte en cuanto a lo que lo mantiene cautivo, rehén, fijado a cierto goce que encuentra su marco en una escena que la repetición nos lleva a construir? Y ¿Cómo logra el analista operar esa función de corte? ¿De qué depende? ¿Para operar como analista sería necesario ser un puro vacío (o pantalla en la versión freudiana), y evitar al máximo la intervención del determinismo inconsciente o estas relaciones son más complicadas, más "sucias" (3) y cómo se trama un análisis implica caminos más intrincados y complejos entre analista y analizado? GL luego del recorrido que realiza en su libro propone pensar la contratransferencia de la siguiente forma: *"La mal llamada contratransferencia no es propiamente el obstáculo para la cura; tampoco la brújula requerida para orientarnos, sino la palmaria manifestación en el analista de su propia implicación en una situación estructuralmente erótica"* (pag. 238)

En este modo de plantear las cosas el asunto de los "puntos ciegos" o del inconsciente del analista parece quedar desdibujada. La cuestión se ubica en términos de cómo el analista se *"las arregla"* o no con los vaivenes de la erótica analítica.

Si se las arregla "bien" entonces puede desplazarse por su contratransferencia (pero la contratransferencia aquí no parece ser más que soportar la erotización a la que lo sujetan). Así está dispuesto (no en el sentido de una voluntad sino de la disponibilidad) a asumir el lugar que se le asigna, y a jugar con él. Puede vacilar y reposicionarse. Puede "activar" su contratransferencia como un artificio, representar un lugar sin quedar preso de él. El análisis no queda detenido en la angustia de castración.

Si se las arregla "mal" -y aquí habría que interrogar las coordenadas que sitúen de qué depende de que se las arregle bien en un caso y en otro no- no puede desplazarse por su contratransferencia, no puede vacilar, queda preso siendo sede del objeto parcial. Podemos pensar que ya no se lo representa, sino que se lo es -se cree que se los es-. Así, no parece ser casual que los casos más representativos de este "arreglárselas mal" terminen muy frecuentemente con un pasaje al acto del analista.

Dijimos entonces, que la cuestión del deseo inconsciente del analista y las complejidades de cómo se entrama este en un análisis determinado queda dejado de lado. No se explica, por ejemplo, si su intervención tiene lugar respecto de las posibilidades de poder operar en un sentido u otro (arreglárselas bien o mal) o al menos en qué dirección convendría orientarnos para situarlo.

Los casos

En el libro hay referencias a varios casos. Pero principalmente se examinan dos “*historias de amor*” de Lucía Tower (*capítulo 10, pág. 179*). De estas dos historias de amor sólo una tiene un final “feliz”. Se trata del caso “exitoso”.

Tomando la información que aportó *Michel Sauval* (4) respecto de cómo piensa Lucía Tower su contratransferencia en el caso “exitoso” (dato que no aparece en el libro de GL) en tanto que sostiene “*mi respuesta contratransferencial se debía a la reactivación de un conflicto edípico inconsciente bajo la forma de una decidida competitividad hacia, y un temor frente a, otra mujer en una situación triangular*”, se puede entonces reintroducir la cuestión que sostenemos es dejada de lado y repensar los movimientos de dicho análisis.

De hecho, tanto en este caso como en el que trabaja respecto del “*acting out*” (capítulo VIII), podemos situar los movimientos del analista (y los efectos correlativos en el paciente) en relación a la intervención de su inconsciente (del inconsciente del analista o en todo caso de la subjetividad que soporta dicha función) Se trata en ambos casos de dos formaciones del inconsciente que produce el analista. Un olvido y un sueño. Con estatuto diferentes ambos pero operando sin dudas como función de corte. Volveré sobre esto más adelante.

Si tomamos el caso “exitoso”, la secuencia es la siguiente: dos años sin ninguna mejoría ni movimiento. La mujer del paciente desarrolla una enfermedad psicosomática, la analista toma nota de esto y reflexiona al respecto pero no deriva ello en un cambio de su posición. Un año más tarde, tiene el sueño que implica un viraje y el cual remite a su contratransferencia en términos de un conflicto edípico de rivalidad con una mujer. En el sueño esta rivalidad parecería disiparse y resolverse la contratransferencia (aunque no queda claro por qué refiere que el sueño la asusta tanto). Lucía Tower sostiene que la posición de rivalidad con una mujer y la amenaza que la misma representaba, es lo que le habría impedido tomar en consideración el punto de vista de la mujer de su paciente, y la había mantenido tres años plegada al punto de vista del paciente respecto de la situación marital.

Según Tower a partir de este sueño, entonces, reconsidera su modo de entender las cosas y puede identificarse con la mujer del paciente, y volver así más decididamente a ubicar la agresión de aquel hacia su esposa.

Este reposicionamiento tiene el siguiente efecto: el paciente dirige con más intensidad que nunca su sadismo contra ella, la somete a un escrutinio muy incómodo, al punto que ahora es ella la que está a riesgo de enfermar. Anteriormente había pensado que la enfermedad desarrollada por la mujer podía ser “*una salida*” respecto de la situación marital y de la agresión de su marido. Ahora es ella la que está a riesgo de enfermar debido a los “*sentimientos sádicos y depresivos con que la cargaba el paciente*” (pág. 221).

GL propone la hipótesis de que lo que sucede aquí es que Lucía Tower, luego de este sueño se “*abaja*”, de “*analista mujer a friendly wife*”. Esto le permite tomar entonces el lugar al cual se la requiere en la transferencia, y el modo en que vuelve “*activamente*” a abordar al paciente luego de este sueño tiene “*el más puro estilo de un pleito matrimonial*” (pág. 195). O sea, se deja tomar, se aviene al lugar al cual es requerida por la transferencia.

En el libro se sostiene que el modo de plantear el asunto por Lacan, mediando la comedia de Oliver Goldsmith “*She Stoops to Conquer*” como apoyo de su lectura, tiene por consecuencia entender “*que lo que ella llamó su neurosis de contratransferencia implicó abajarse: pasar de analista mujer a friendly wife; al hacerlo, Lucía Tower habría recurrido a un artificio y a esto se debería el éxito de ese análisis*” (pág. 195).

Un problema que encuentro en esta lectura es que parecería trastocarse como está planteada la cuestión para Lucía Tower. Si el núcleo de su contratransferencia es el conflicto edípico no resuelto que la llevó a una rivalidad con la mujer de su paciente, el sueño (mejor dicho la interpretación que hace del mismo) es lo que **la saca** de dicho lugar. No hay ninguna activación de su contratransferencia, sino que al resolverla, al rever y analizar ese “punto ciego”, pudo volver a repensar lo que no estaba pudiendo interpretar (al menos no eficazmente -refiere que todo lo dicho en ese momento ya lo venía diciendo pero sin suscitar efectos-).

Si articulamos esto con lo que GL ubica al respecto, como punto donde efectivamente la analista se abaja y pasa a ser tomada por la transferencia, entonces sería su contratransferencia lo que le impidió por tres años poder abajarse a dicho lugar.

Poniendo las cosas en estos términos, parecería que nos acercamos a la concepción freudiana respecto de la contratransferencia como obstáculo, punto ciego que debe ser analizado para permitir el desarrollo de un análisis. Pero esto sería así sólo si consideráramos que los tres primeros años de dicho análisis, en los cuales *“el paciente logra que su analista vea la escena doméstica desde el punto de vista de él”* fueron un obstáculo a su posterior “abajamiento”. Cosa por demás dudosa, ya que haberse plegado al punto de vista de su paciente es parte del proceso analítico y más bien confirma la versatilidad y la posibilidad de dejarse llevar por lo que allí sucede. Más aún, considerando lo importante que podía ser para dicho paciente comprobar que podía efectivamente conmover o afectar a una mujer. Esto último es directamente reconocido por Lucía Tower (se encuentra en una cita del libro en la página 180)

En el afán de otorgar su complejidad a algo que, se lo piense o se lo teorice de la forma que sea, debe ser inevitablemente complejo (me refiero a la relación entre analista y analizado y los caminos particulares por los cuales se da un análisis y se teje aquella relación tan singular) se podría pensar que esos tres años fueron necesarios para que se pudiera dar lo que siguió y que el devenir del análisis muestra una dinámica compleja donde incluso los puntos contratransferenciales (entendiéndolos acá como deseos o fantasías inconscientes del analista) pueden abrocharse felizmente con la neurosis del paciente. Que la función del deseo del analista no es pura, o en todo caso que un análisis “marche” no es sin estos vaivenes donde el analista queda incauto: en este caso tomada por el punto de vista de su paciente (de la neurosis de este). El paciente así, se incautó del analista (incautarse: apoderarse arbitrariamente de algo). Luego, sueño mediante, la analista cambia de posición, y se da un punto de viraje decisivo. No sabemos por qué el sueño se dio en ese preciso momento. Las circunstancias que lo rodearon no se explicitan. Pero los tiempos de un análisis son demasiado singulares y en hartas ocasiones misteriosos.

Podemos ahora retomar lo dejado en suspenso más arriba. La cuestión de que en dos de los tres casos de Lucía Tower que se mencionan en el libro, se encuentran formaciones del inconsciente -del analista- (si se acepta el olvido como tal en vez de tomarlo como *acting out*. En el caso restante, el que fracasó, lo que encontramos es un pasaje al acto-). Encontrar en la presentación de estos casos dichas manifestaciones del lado del analista, no es casual sino que coincide con el interés de Lucía Tower puesto en *“ofrecer indicios de que los fenómenos contratransferenciales pueden ser de vital importancia en el curso de un análisis”* (pág. 192).

Volvemos entonces a tomar esos ejemplos para seguir interrogando la complejidad de la relación analítica y las vías no tan lineales, no tan simples de seguir, en las que el analista puede intervenir eficazmente, operando un corte. Corte que puede incluso introducirse involuntariamente (este parece ser el modo en que sucede en los casos de Lucía Tower a los cuales nos estamos remitiendo). De un modo parecido al que Lacan, en el seminario 10, refiriéndose a una intervención eficaz de Margaret Little con una paciente, dice: *“introduce por una vía involuntaria lo que está en juego y debe estarlo siempre en el análisis (...) la función de corte”* (página 158 de Paidós)

Así, en el caso del olvido, el corte se opera respecto de la paciencia infinita de Tower, correlativa de la acusación y demanda infinita de su paciente. Y en el caso del sueño, respecto de su conflicto edípico inconsciente y de las **gratificaciones** transferenciales que obtenía su paciente presentando la escena conyugal del modo que la presentaba (pág. 194). Notemos que estas formaciones del inconsciente operan como corte en la analista misma, y generan luego efectos nuevos en sus intervenciones y reposicionamientos en los pacientes.

De esto parecen derivar dos estatutos distintos del inconsciente: uno que porta los deseos reprimidos, fantasías, puntos de fijación, etc. -y corresponde a la contratransferencia-, y otro que opera, vía formación, volviendo a situar con el corte, la ley y el deseo. Otro modo de proponer esta distinción es situarla en torno a la diferencia entre fantasma e inconsciente, o al problema de las relaciones entre fantasma, inconsciente y deseo. Más esquemáticamente (y es probable que más limitadamente): en términos de goce y deseo.

Cuando Lucía Tower se olvida de su cita con la paciente que la tiene (sin haberse percatado del todo hasta el momento del olvido) completamente harta, colmada en su paciencia hasta la saciedad (fed up), sale de paseo y come una comida que disfruta particularmente. GL remarca que para que esto sea posible, es necesario no estar “fed up”, ya que si alguien estuviera completamente saciado, no podría tener hambre,

menos disfrutar de una comida. El olvido es correlativo entonces de dejar de estar, como lo venía estando, fed-up.

Luego, el modo en que dicho olvido opera en el encuentro con la paciente pone fin a la acusación insaciable de esta, quien termina testimoniando, con una risa y el abandono de dicha posición, que aquel olvidó funcionó como una intervención. Finalmente ese análisis llega a "niveles transferenciales profundos".

Con el sueño del caso exitoso y lo que sigue a él, se da un importante movimiento donde la analista pasa a situarse en el ojo de la tormenta, siendo sometida a un implacable escrutinio. Y permite, luego de soportar más o menos pacientemente este lugar embarazoso, que los síntomas del paciente se vayan resolviendo. Se desbloquea el problema de comunicación y surge material onírico y fantasioso. Se abre la vía regia. En el medio Tower vacila. Por un tiempo desespera, está al borde de la enfermedad debido a las presiones con las cuales la carga su paciente. Si tomamos la idea que la analista había tenido respecto de que enfermar podría haber sido para la mujer del paciente una vía de escape, una salida respecto de la situación marital y el sadismo que le dirigía su marido, podemos decir, entonces: desespera estando al borde de enfermar, al borde de salirse del juego. Pero no lo hace. Cuando advierte que no es ese ojo, que la amenaza no es contra ella, puede tolerar mejor ese lugar y llevar a un buen desenlace dicho análisis.

Notas

1 - Tal como comenté en "*El 'afecto' del analista*", en ocasión de la realización del último congreso de la AMP, un analista de dicha internacional "en su muro/biografía de Facebook (el 26 de abril, a las 14 hs) comentaba las presentaciones de una de las mesas del congreso de la AMP del siguiente modo: "*Esta mañana, Antoni Vicens dijo que el analista se define por un modo de gozar. Toda la mesa de los carteles del pase en la cual participó parecía converger en esa osada afirmación enunciada por él*" (subrayado mío). Obviamente, el problema no es cuál sería el modo de gozar o no del analista, incluso el contrasentido de que el analista goce en su acto, sino que, a semejanza de lo visto respecto a la "calificación" de los títulos, o al uso de las referencias al "entusiasmo" o el "desapego", la distorsión radica en usar el "*modo de gozar*" para una absurda "*definición*" del analista". Ver en <http://www.sauval.com/articulos/afecto.htm>

2 - Recordemos, justamente, que lo llamativo del diálogo de Platón es que se interrumpe antes de que Sócrates inicie el elogio del reenvío a Agatón, y que Lacan rescata este punto de "ignorancia" que se produce como final del diálogo para subrayar que lo que hace Sócrates, lo hace sin saberlo, y eso es lo que permite esclarecer la función del objeto parcial en el amor

3 - El libro "juntos en la chimenea", retoma una anécdota talmúdica, en la cual se propone esta pregunta, que también hace las veces de conclusión: "*¿Cómo podrían dos hombres pasar por la misma chimenea, y uno de ellos salir limpio y el otro sucio?*" La autora escribe a continuación "*Con la salvedad de que dentro de la concepción lacaniana de la transferencia sólo hay un sujeto, y el analista (objetivado) es una función.*"(pag 237). Pero esta "salvedad" no termina de zanjar el asunto y la anécdota parece introducir que lo "sucio" cuenta para ambos.

4 - Información que obtuve de un escrito de Michel Sauval que se dio en el contexto de las conversaciones que mantuvimos dentro del CR de Acheronta en torno a la lectura del libro y con vistas a realizar una entrevista a su autora.

Reportaje a Gloria Leff

Realizado por Federico Aboslaiman y Michel Sauval

Michel Sauval: Este es el primer reportaje que hacemos a partir de la lectura particular de un libro y la elaboración o producción de **preguntas y comentarios previos al reportaje**.

Es un cambio en el estilo de nuestros reportajes. No sé si lo mantendremos, pero es así como otras veces hemos ido modificando las presentaciones de Acheronta, en función de lo que nos va interesando.

Su libro lo habíamos leído cuando salió. Además, yo había también leído los artículos que habían ido saliendo en *me cayó el veinte*. Es decir, antes de salir el libro usted había [publicado en] el número 3, cuando tradujeron el artículo de Lucia Tower (1) y estuvo su primer texto (2), y después en el 10 (3) hay otro más sobre el *chimney-cure*, y finalmente el libro. Y nos interesó, bueno, usted habrá visto las distintas preguntas, no sé si hay algo de ellas que usted quiera comentar primero o si acaso leerlas...

Gloria Leff: Como ustedes quieran. Pero, primero quisiera agradecerles: estoy muy conmovida por el interés que han tenido en mi libro, y por el tiempo que se tomaron para leerlo, para trabajarlo, para discutirlo entre ustedes. Eso es algo invaluable para mí, porque cuando uno se pone a trabajar en esto, surgen intereses personales que tienen que ver con la práctica analítica, con el trabajo de reflexión constante, de estudio, de lectura, y de pronto hay algo que a uno le llama la atención y empieza a explorar el tema y, de hecho, ése fue el caso del libro. Usted habla del primer artículo que salió publicado en la revista *me cayó el veinte*; yo pensaba, entonces, que ahí se agotaba la cuestión porque cuando empecé a trabajar en el asunto no lo hice con la idea de hacer un libro. Quizás valga la pena contarles cómo ese trabajo acabó siendo el libro que ustedes han leído.

Yo tengo un grupo de trabajo, pequeño, desde hace muchos años; eso que Lacan llamaba el *cartel*; ahora en nuestros países esa palabra tiene un sentido distinto con el que hay que tener cuidado, ¿verdad? Pero bueno, es un grupo que tenemos todos los viernes y en el que hemos discutido muchas cosas, distintos temas. Es un ámbito de trabajo extraordinario; creo que ese tipo de intercambio es importante, porque se discute fuerte, sin concesiones, hay además confianza, hay amistad. Entonces, en alguna ocasión, cuando estábamos discutiendo el seminario sobre la angustia, estaba sola, preparando una de las sesiones del seminario. Ya llevábamos un cierto recorrido y, de pronto, un día en que estoy leyendo la sesión del 27 de marzo del 63, me topo con una palabra en inglés: *stoop*. Detengo mi lectura ahí y me digo: "¿Qué es esto?" Además, se trataba de una palabra en inglés, dicha por Lacan, y ustedes saben muy bien que él no era muy ducho en el inglés. Y me digo: "Pero ¿es esto de lo que se trata? ¿Es un asunto de *stooping*? ¿Es un asunto de abajamiento del analista?" Me lancé de inmediato a conseguir el artículo de Tower pensando que ahí iba a encontrar la respuesta. Y, ¿¡cuál sería mi sorpresa!?: leo el artículo y me doy cuenta de que el *stoop* no aparece en ninguna parte, lo leo y lo releo y me digo: "Y esto, ¿de dónde salió? ¿Esto de dónde salió?" (Risas). Entonces, esa fue una primera cuestión: que mi pregunta, —¿es de eso de lo que se trata en análisis, de *stooping*, de abajarse? —, no la respondía el artículo de Tower. Pero, por otro lado, surgía otra pregunta: ¿por qué Lacan introducía esa palabra? Por más que no hablara muy bien el inglés, él había leído ese artículo. Y ahí no aparecía la palabra *stoop*.

MS: Además, seguramente lo había leído en inglés, porque no estaba traducido al francés.

GL: Claro que lo había leído en inglés. Lo había leído en inglés gracias a Granoff; es Granoff quien lo introduce en el seminario y, si ustedes recuerdan, inclusive Lacan se molesta, ¡se molesta!

MS: Sí, sí, no le había pedido esa lectura.

GL: ¡Cierto! Porque él pensó que en vez de abordar un artículo de Bárbara Low con toda la fuerza, el rigor y la seriedad que se le daba a Granoff, —porque realmente Granoff era un tipo extraordinario, que tenía una gran cultura psicoanalítica, hablaba varios idiomas, cuatro a la perfección— introducía el artículo de Tower. Lacan se molesta, y tiene un cierto rechazo hacia el artículo de Tower en un primer momento, y ya luego, más adelante en la sesión del 27 de febrero del 63, empieza a desarrollar lo que él estaba trabajando, y de pronto le parece inevitable referirse al artículo de Tower. ¿Para qué? Para dar cuenta de cómo puede abordarse un análisis "exitoso". Eso es lo primero que le llama la atención. Luego lo deja de lado, y se pone a trabajar en el tema del sadismo y del masoquismo, de manera muy novedosa. Y ahí retoma el artículo de Tower, pensando que se puede servir de él para confirmar sus tesis sobre el sadismo. Y nuevamente inventa algo que no existe en el artículo de Tower. Eso es lo que Lacan suele hacer y, por

eso, hay que tener cuidado en cómo leerlo. Lacan adjudica a los autores cosas que no dicen para llevar agua a su molino y apoyarse en que lo dijo algún autor. Pero entonces, resulta que en la siguiente sesión, en la del 27 de marzo —que es la sesión en la que yo me detengo—, me quedo asombrada con el famoso *stoop*. Me pongo a leer a Tower, y caigo en cuenta de que no existe el término ahí, ella usa *bend*, no *stoop*, y entonces, pienso: la pregunta debe reformularse.

¿Por qué Lacan introduce el *stoop* para explicarse, nuevamente, ese análisis “exitoso” de Tower? Como ustedes lo pudieron leer, hay una secuencia de *bévues*, de tropiezos —de errores podemos decir— de Lacan en un párrafo de tres líneas; hay tres tropiezos al hilo: introduce el *stoop*, cuando Tower habla de *bend*; habla de deseo —concepto importante que él elabora y reelabora a lo largo de su enseñanza— cuando para Tower nunca se trata de deseo, se trata de voluntad, de *will*, “*to bend me over his will*”: “plegarme, doblegarme a su voluntad”, es decir, a la voluntad del paciente; y tercera, le adjudica la autoría de *She Stoops to Conquer* a Sheridan cuando la comedia es de Oliver Goldsmith. ¿Qué está pasando aquí?, me digo, ¿qué hago con esto? Y el resultado fue que surgió toda una metodología para abordar el punto que a mí me interesaba: ¿de qué se trata en el análisis? Ustedes, de alguna manera, lo destacan al preguntarme a qué me refiero con eso de “arreglárselas con los vaivenes de la erótica analítica” o sea, qué quiere decir eso que yo llamo “arreglárselas”. Y me gustó mucho que se detuvieran en esa forma más bien coloquial que encontré para dar cuenta de eso. ¿Por qué hablar de esa manera y no recurrir a un concepto teórico? Bueno: ésa es justamente la metodología de lectura, de escritura y de trabajo que descubrí al introducirme en esta temática que para nada intentaba, en ese momento, ser un libro. Cuando me encuentro con el *stoop*, y trato de explicarme lo que pasa en el análisis “exitoso” reportado por Tower y en una parte de la sesión del 27 de marzo del seminario sobre la angustia, pensé que el trabajo se había terminado ahí. Me dije: “Ya desplegué este detallito”; —porque, además, otra cuestión metodológica importante para mí es detenerme en los detalles—, y ya quedó. Pero seguí trabajando y me topé con otra cuestión que Lacan introduce, que es el término “*scrutiniséé*”. Lacan inventa un neologismo, una palabra que no existe en francés, entonces empiezo a trabajar con esta palabra. Así fui abordando el tema, y reparo en el hecho de que hay tres momentos claves en esta sesión del 27 de marzo que dan cuenta de lo que pasaba con ese análisis que tanto Tower como Lacan calificaron de “exitoso”. Si, por un lado, Tower ilumina a Lacan, por otro lado, Lacan nos da pistas para leer el texto de Tower, y probablemente ir del seminario de Lacan al artículo de Tower y de regreso al seminario de Lacan es algo que permite responder a una pregunta que ambos se hicieron: “¿cómo dar cuenta de un análisis ‘exitoso’?”

Tower, ustedes lo señalan, se tiene que servir en muchas ocasiones de los recursos teóricos del momento, recursos teóricos que —al leer con cuidado el artículo— nos percatamos de que hacen agua, que no son los adecuados para eso. A su vez, Lacan se está sirviendo de lo que ella dice, forzando el texto, introduciendo términos que no son los de ella, orientaciones de lectura para responder a esa pregunta y para trabajar algo importantísimo que está desarrollando en el seminario sobre la angustia y que tiene que ver con este punto que ustedes también plantean: qué significa que el analista esté ubicado como sede del objeto parcial, o que el objeto pueda yacer, y por lo tanto circular, en el espacio analítico. Y yo creo que el artículo de Tower, leído con el sesgo de lo que aporta Lacan, nos da elementos para responder a esa pregunta. Pero no sólo eso, este trabajo de detalle con las palabras, con las palabras que introduce Lacan, y con las palabras que utiliza Tower cuando no recurre a conceptos teóricos, son de una gran riqueza. Por lo menos, en este caso en particular, para mí se constituyó en un método de lectura. Ahí es donde viene eso que Lacan recomendaba a quienes se aventuraran a leerlo: poner algo de uno mismo, ¿no? O sea, ¿cómo leer, cómo leer a Lacan?, pues, poniendo algo de uno mismo. Entonces, sumé todo esto para poder intentar articular qué pasaba en el seminario, qué pasaba con Tower, qué es lo que Tower ilumina, qué es lo que Tower aporta, aunque Tower no nada más en lo que ella dice, sino tomando en cuenta lo que Lacan propone como vías de análisis.

Por otro lado, es muy interesante destacar lo que a Lacan le llama la atención la primera vez que lee el artículo: “No es tanto lo que Tower dice, sino cómo lo dice”, y ahí encuentra “articulado por primera vez aquello que viene del analista en la situación analítica”. ¡Encontrar por primera vez articulado...! Claro, puede parecer una exageración del momento y la sorpresa, porque es realmente sorprendente el artículo de Tower. Cuando uno lo lee con cierta frescura, es muy impresionante lo que uno puede descubrir ahí, y las palabras que ella va encontrando para referir lo que pasó con ella.

MS: Escuchando lo que usted decía, con el paciente de Tower, o con Tower, me preguntaba si no es casi como con la joven homosexual femenina, porque, como usted lo va analizando o lo va desprendiendo con la discusión de *bend* y *stoop*, de alguna manera Lacan hace esta discusión sobre una diferencia entre sadismo y la *quête sadique*, lo cual le permite decir que lo de Tower no era una posición masoquista -no

había una complementariedad sadismo-masochismo, un sadismo del paciente y un masochismo del analista-, sino que le permite ubicar el desarrollo de ese caso, en el plano, a través del amor, del deseo. Es decir, porque esta *quête sadique* nos permitiría ubicarnos respecto del deseo.

GL: Y sobre todo nos permitiría ubicarnos sobre lo qué está pasando con el paciente de Tower. Yo creo que ahí está la parte más interesante y sutil de todo el asunto. Porque primero nos detenemos en el *stoop*, a partir del análisis que yo hago de lo que pasa con ella en el sueño y cómo ella lo introduce en el análisis y cómo esto implica un cambio de posición en ella. Ahí empieza la cuestión, pero ahí no se agota. Lo relevante es cómo Tower asume las consecuencias de este cambio de posición, porque el paciente empieza a "escrutinizarla" —para usar la palabra que inventa Lacan— de una manera tal que ella siente que él podría "despedazarla por célula". Ustedes se acuerdan que el escrutinio es un tema al que Ferenczi le dedicó muchísimo: cuando un paciente llega y está escudriñando hasta el último detalle de lo que hay en el consultorio, en el analista, en sus palabras, en sus miradas; es algo que ocurre constantemente. Pero lo que refiere Tower es un momento particular de una gran tensión erótica en el análisis, sobre todo porque ella siente una amenaza. Ella siente que el paciente está sometiéndola a un escrutinio persistente, minucioso: "Mi más simple movimiento, mi más simple mirada, cada palabra que decía, eran observados con tal intensidad que yo sentía que me iba a despedazar célula por célula", y luego ella explica —porque no sabe cómo explicar— lo que pasaba en ella, no me acuerdo textualmente de las palabras, era algo así: "*tuve que pasar por un momento transitorio de masochismo*" para poder soportar que el paciente descargara su sadismo en mí" (4)

¡Bueno!, pero ¿era eso lo que estaba pasando? Si nos atenemos a la lectura que hace Lacan, porque ahí es donde entra el trabajo que hace Lacan para poder leer ese momento de otra manera... ¿Ella estaba en posición masochista y el paciente estaba como un sádico? O, si introducimos la diferencia entre el sadismo y la *quête sadique*, lo que estaba haciendo el paciente era buscar en ella la falta de él, que ella no tenía, no porque ella no estuviera atravesada por la falta, sino porque no era esa falta la que él buscaba. ¿Y qué es lo que le permite soportar esa búsqueda? Lo que le permite soportar esa búsqueda... —ese me parece que es el momento de máxima sutileza en el texto de Tower—. Si ustedes se acuerdan hay tres versiones del texto de Tower que yo revisé y lo que me llamó la atención es que en las primeras dos versiones, cuando ella trata de dar cuenta de qué es lo que estaba pasando con ella durante este escrutinio, ella usa una palabra en inglés que es *discomfit*. *Discomfit* quiere decir derrotar, vencer, deshacer, obstruir. O sea, ella ubica ese escrutinio, como lo relata posteriormente, como que el paciente la estaba derrotando, deshaciendo a ella. Bueno, esto es verdaderamente amenazador, esto es como para salir corriendo, que es lo que pasa en el otro caso de Tower. Y de pronto, de la segunda versión a la tercera versión, ella cambia el adjetivo, y en vez de *discomfit* ella dice *discomfort*. Si ustedes se dan cuenta es muy diferente estar siendo sometida a un escrutinio que la está deshaciendo, que la está haciendo añicos, a estar soportando un escrutinio que le es incómodo. Entonces ahí es donde dice Lacan "por supuesto que ella no es masochista". Ella simplemente soporta. Soporta aunque es incómodo, aunque es pesado, etc. ¿Soporta qué? Que el paciente busque en ella lo que tenga que buscar, el tiempo que lo tenga que buscar. Y luego viene un paso más, que es muy interesante. ¿Por qué? Porque es cuando se acaba de articular la cuestión: ella sale de vacaciones y sin siquiera proponérselo, de pronto deja de pensar en el paciente. Lacan dice que *Elle s'ébroue et passe à autre chose*. Entonces, en este tercer paso es cuando se revela el cambio de posición de Tower porque ella logra desprenderse del *carry over* que la enfermaba. Bueno, con estos tres momentos: el abajarse, el dejarse "escrutinizar" y desprenderse del *carry over*, se revela que ella estuvo ahí, no como masochista, sino como analista, soportando que el paciente buscara en ella. O sea que no se trataba de ella, se trataba del paciente; la amenaza no era contra ella... Pero ¿me quería decir usted algo?

MS: Este es un punto que estuvimos discutiendo, por eso yo le decía lo del caso de la joven homosexual femenina, porque es como, digamos... en el caso de la joven homosexual femenina tenemos como cuatro casos: el caso de Freud, el caso de Lacan del seminario 4, el caso de Lacan del seminario 10, la biografía de Sidonie Csillag, y después la lectura que hace Allouch en "*La sombra de tu perro*", ¡cinco casos tenemos! Cinco lecturas completamente diferentes de la misma caída del puente, etc. Entonces, con esta cuestión de lo que hace el paciente, de esta "*escrutinización*", y cuál es la posición de Tower, hay dos cosas, y... digamos, usted hace una tercera versión que es el "*arreglárselas*". Está el artículo de Tower - en realidad, eso ya son tres textos de Tower - está la lectura del 20 y 27 de marzo de Lacan, está el trabajo de *bend* y *stoop* -lo que hace Lacan- y viene usted y agrega este que sería como "*arreglárselas*". El punto es que cuando usted pone el "*arreglárselas*" lo que está subrayando, de alguna manera, es la parte que

viene del analista a la posibilidad de que se desarrolle una cura, a que se desarrolle un análisis. Es decir, que importó qué es lo que hizo Lucia Tower en ese momento, ¿no?

GL: ¡O lo que no hizo!

MS: O lo que no hizo. Entonces, no sé si vio en las preguntas que le pasamos que encontramos ahí en la traducción, en el texto de Lucia Tower, que ella hace una interpretación. Usted dice que ella no hace una interpretación en términos propios del sueño, pero en un momento hace una interpretación -en términos de su propio fantasma- cuando dice que es una reactivación, o que eso le plantea una reactivación de su fantasma. Entonces, salvando las distancias, y aunque podríamos tomar el mismo texto de Money-Kyrle que Lacan menciona en el seminario 8 cuando plantea este esquema para los postfreudianos de que hay una introyección de lo que el paciente dice y después hay una proyección en términos de interpretación y que en ese pasaje de introyección a proyección está el pasar de vuelta por el análisis personal y eso es lo que permitiría, en términos de los postfreudianos, la comprensión del problema del paciente. Salvando las distancias, o las diferencias, no es exactamente así como lo plantea Lucia Tower pero hay algo de esto, porque ella dice que esto reactivó en ella sus fantasmas de rivalidad con la tercera mujer. Entonces, uno podría pensar que el problema fue que ese fantasma de rivalidad con la tercera mujer, durante tres años le impidió a Lucia Tower hacer lo que tenía que hacer, porque le impidió ver que no tenía que estar en rivalidad con la mujer del paciente. Incluso a los dos años ya tendría que haberse dado cuenta cuando la mujer se enferma y ella se pregunta o se da cuenta de que algo va a cambiar de la economía libidinal del matrimonio, de la situación. Pero hace falta que llegue el sueño. Entonces, con el sueño ella se da cuenta, y pareciera que se puede dar cuenta de que se tiene que correr, o algo así, y que eso, ese análisis respecto de su propio fantasma, le permite "abajarse".

Pero también, respecto de lo que usted decía: cuando ella habla de lo que hace el paciente con ella, ella dice que con ese paciente ella se permitió estar en esa posición porque ella interpretó que él tenía controles, que él no se iba a salir de..., y que incluso sus expresiones no eran netamente o expresamente sexualizadas, sino que eran palabras de amor, es decir, que ella no iba a quedar siendo el objeto directo.

Parece ser que en el segundo caso, el del fracaso, no se pudo jugar esta relación con la tercera, que de alguna manera parece ser que también habría habido un punto de angustia en ella, y por lo tanto una reacción contratransferencial, pero que en vez de poder encontrar una resolución respecto de una tercera, como que se hubiese encontrado siendo el objeto directo, digamos, de ese deseo del paciente -si lo podemos decir así, en términos lacanianos, de que la mujer se vaya a angustiar cuando sea directamente objeto *a* para un deseo masculino- y se produce este pasaje al acto.

Entonces, la pregunta sería: ¿cómo incide, justamente, este elemento que es el fantasma de Lucia Tower en la dirección de la cura? Porque es como que ese fantasma se habría acomodado al caso del paciente exitoso y no se acomodó al caso del paciente fracasado. Entonces, cuando usted dice "arreglárselas", ese término, que le permite mantenerse cercano al caso, a la singularidad de esa situación, pero que como usted misma dice la lleva a tener que estar navegando entre dos conceptos, que serían contratransferencia y deseo del analista, entonces, parte de la pregunta que tenemos en esto es, ¿qué es esto de "arreglárselas"?, ¿cómo es?

Porque ¿es el deseo de analista? Pero ¿qué es este deseo del analista? ¿La puesta en juego de cuestiones fantasmáticas del analista? Porque usted plantea ahí esta cuestión de zanjar, que el deseo del analista no termina de zanjar el problema de la contratransferencia. Pero con el libro usted vuelve a traer el problema que es la parte del analista en la dirección de la cura, en el desarrollo de una cura, y cuánto de esto juega o no. Por lo cual también se vuelve a plantear el problema de la intersubjetividad. No es que haya intersubjetividad, pero algo juega del lado del analista, aunque no sea...

GL: Eso es justamente lo que Lacan dice: "*Por primera vez encuentro articulado lo que viene del analista en la situación analítica*", es una cosa importante. Pero vayamos por partes, porque la pregunta implica muchas cosas. ¿Por qué "arreglárselas" y no hablar de contratransferencia o de deseo del analista? Yo les haría una pregunta a ustedes: si yo respondiera: "*el análisis de este paciente fue 'exitoso' porque ahí operó el deseo del analista*", ¿ustedes entienden algo? Yo no. (Risas).

MS: En una de las preguntas, en uno de los comentarios -resultado del trabajo de leer su libro, también, porque usted también lo toma a esto que es salirse del saber referencial-, nosotros nos preguntábamos si la manera en que se las había arreglado, que había intervenido Lucia Tower, no habría sido por hacer jugar su fantasma o sus particularidades, pero corriéndose desde una coagulación dentro del saber referencial, dentro de lo que debería ser la teoría de la cura, a una manera de hacer intervenir su mismo fantasma pero desde una singularidad, es decir, desde una falta. Asociándolo con esto de Margaret Little. Como que también -para tomar ese punto de Margaret Little, con su idea de la respuesta total, intenta dar la respuesta total y finalmente termina dando una respuesta total fantasmáticamente, porque ella le dice a la paciente que se pone a llorar: "Ya no sé qué hacer con usted, estoy -no recuerdo exactamente las palabras- apenada por lo que le pasa", con lo cual su posición sigue siendo la de atender y de contener al paciente, pero se sale del esquema teórico. Y Lacan señala que en ese punto, que sería un punto de angustia de Margaret Little, hace jugar algo de ese deseo en forma singular, como una falta, y eso permite alojar la cuestión del duelo...

GL: Pero hay que leer con mucho cuidado el artículo de Little. En efecto, en ese análisis que Margaret Little relata hay un momento donde la analista se angustia; inclusive hay una intervención muy interesante al respecto de Piera Aulagnier en el seminario sobre la angustia. Lo que Piera Aulagnier señala —y me parece muy pertinente— es que cuando la analista se angustia, ubica a la paciente como su objeto de angustia, y en ese momento la situación empeora porque las reacciones de la paciente van a encaminarse hacia intentar provocar la angustia de su analista para que ésta la reafirme en ese lugar de ser el objeto de su angustia. En realidad el corte viene después, cuando Margaret Little dice: "Si sigue así, no la voy a atender más, basta". Hay un límite. Ése es verdaderamente el momento de corte, justo ahí. Ahora, déjenme poner un poquito de orden en las preguntas, si no resulta muy difícil poder abordar el problema. ¿Por qué "arreglárselas"? ¿Por qué recurrir a esta forma coloquial de tratar de dar cuenta de lo que pasa con el analista en la situación analítica? Estoy convencida de que en la mayoría de los casos, la teoría analítica, los conceptos analíticos, más que abrir, más que permitir una lectura, más que despejar las orejas para escuchar el discurso de un paciente, obtura. Obtura. Y lo vemos claramente en el artículo de Tower: cuando ella recurre a los conceptos, a su marco teórico para intentar referir lo que pasa con ella, la cosa se vuelve inaprehensible. Pero cuando ella cambia la palabra *discomfit* por *discomfort*, se abre una posibilidad enorme de ver qué está pasando con ella y tratar de dar cuenta con ella de eso. Cuando Lacan introduce el *stooop* en vez del *bend*, me proporciona una veta de lectura para ver qué es lo que Lacan está queriendo desplegar en ese momento, apoyándose en el artículo de Tower, y eso es algo que no me lo da el concepto "deseo del analista".

Por otro lado, el trabajo que sí hace Lacan en ese seminario con los conceptos de sadismo y masoquismo abre una posibilidad inédita para leer ese pasaje del análisis "exitoso" de Tower de una manera distinta de como ella lo propone o como lo propone Lacan en la sesión del 20 de marzo del 63, por ejemplo. Entonces, si ustedes se dan cuenta, eso constituye una opción metodológica que he encontrado muy rica: la de trabajar con los detalles más que la de glosar conceptos. Y, en algunos casos, servirme, sí, de un trabajo muy puntual de elaboración teórica en ciertas sesiones del seminario sobre ciertos conceptos que van arrojando luz sobre lo que está desarrollando Lacan, sin pedir más que eso, o sea..., circunscribir. Porque, por ejemplo, ustedes me han expresado ahora varias fórmulas que vienen de distintos seminarios de Lacan, pero no podemos aplicar lo que dice en el seminario sobre la transferencia a lo que está ocurriendo en el seminario sobre la angustia, porque en la elaboración de Lacan se produce una revolución de un seminario al otro. La invención del objeto *a* produce una transformación radical en muchos conceptos, entre otros, en el llamado "deseo del analista".

Ahora, volvamos a la cuestión. ¿Tower estaba funcionando a partir de lo que ustedes llaman su fantasía? ¿Cómo podría un analista, si no es un sujeto, operar a partir de su fantasía? ¿O sea que ella está ahí como sujeto, frente a un objeto? Ella dice que se encontraba en una situación de rivalidad con otra mujer. Y, en efecto, cuando investigué sobre la vida personal de Tower, encontré que había un conflicto edípico con una mujer tercera. Pero, ¿es eso lo que está operando en ese análisis? Ella estaba preocupada por la posibilidad de que la intervención de ella tuviera un efecto en la esposa, que la esposa tuviera un brote psicótico a partir de algo que ella pudiera introducir con el paciente. Entonces, esto la tenía imposibilitada de manejarse con libertad. El sueño, que viene después de los dos años de la enfermedad psicosomática de la esposa del paciente, la libera de eso que la tenía "bloqueada", por decirlo de alguna manera, también muy coloquial. Y entonces, ahí viene el cambio de posición: ¿está ella actuando ahí en función de su fantasía o está ella ahí ubicándose... dejando de ser un obstáculo? Creo que "arreglárselas" para el analista significa cómo no ser un obstáculo para que un análisis siga su curso. Si nosotros acordamos, si

estamos de acuerdo, en que el psicoanálisis, la situación analítica, es una situación estructuralmente erótica, inevitablemente erótica de la que el analista no tiene escapatoria, ¿qué pasa? Esto nos lleva a una situación de radical no saber del analista. El analista podrá tener su análisis, sus fantasías, sus estudios, su formación. ¿Es eso lo que actúa en un momento dado para que el analista no se erija en un obstáculo? ¿Es eso lo que lo orienta? ¡No! ¡No! Estamos en una situación de radical no saber del analista. Si ustedes recuerdan, Freud recomendaba a los jóvenes analistas olvidar lo que sabían y tomar cada caso como si fuera el primero. Y Lacan reformula esta cuestión de una manera muy interesante: "Saber olvidar lo que uno sabe". Entonces, ¿cómo se las "arregla" un analista? Olvidando lo que sabe, sabiendo olvidar lo que sabe. Tomando cada caso como si fuera el primero, y dejándose incautar por el discurso del paciente, y en este dejarse incautar, como Tower misma lo dice, el analista está a la deriva, no sabe. Y me parece fantástico que ustedes pongan el acento en este "arreglárselas" y que se pregunten sobre eso; que después de leer el libro, después del trabajo que han hecho ustedes con el seminario y los seminarios de Lacan, de haber leído el artículo de Tower, todavía hoy, aquí, nos estemos preguntando cómo se las "arregla" el analista. Porque, en efecto, les puedo decir, no sabemos. No sabemos. Y no hay técnica para ello. ¿Por qué? Porque el analista no sabe de antemano lo que va a ocurrir en una sesión. Entonces, no puede ir preparado, no puede prever. Tower dice algo muy pertinente: "Inclusive a un analista, advertido de que pueden ocurrir situaciones contratransferenciales, lo que yo le recomiendo es que no se preocupe por eso, porque si está preocupado por prever, por evitar, está totalmente fuera de la jugada; se le va un material importantísimo": no se está ahí escuchando al paciente: estamos preocupados y ocupados en que no vaya a ser que tengamos una reacción contratransferencial inoportuna. Lo importante es ponernos en este lugar de radical no saber, y creo que los conceptos teóricos no nos resuelven el problema. Decir que lo que operó en Tower, en un caso, fue el deseo del analista a mí no me explica nada. En cambio, detenerme en todos estos pequeños detalles me da una idea. Claro que es una construcción. Es una construcción que hago: con el artículo de Tower, con la intervención de Granoff, con las dos intervenciones de Lacan, con este trabajo sobre las palabras. A partir de todo esto propongo una interpretación de por qué este análisis fue "exitoso". ¿Qué quiere decir eso? Sigue ahí una gran interrogación. Todo parece indicar que ella no se colocó como un obstáculo, y el análisis pudo seguir su curso, y parece ser que ese análisis terminó. No sabemos mucho más, pero nos podemos servir de estos elementos para hacer una propuesta... Ubicada, además, en un seminario específico: si el artículo de Tower hubiera aparecido en la enseñanza de Lacan en otro momento probablemente hubiéramos tenido que hacer un recorrido distinto o introducir algunos elementos de otra naturaleza.

Entonces, no sé si esto aclara más o menos lo que fue mi perspectiva metodológica. Ahora bien, otra cosa importante: la contratransferencia. Yo no intenté hacer un libro sobre la contratransferencia. Pero tuve que recurrir al término porque es en este contexto en donde surge el artículo de Tower. El artículo de Tower se llama "*Countertransference*"; es un momento específico del psicoanálisis en los Estados Unidos, en donde la contratransferencia está en boga. Tenemos, además, que Granoff, después de muchos titubeos — porque no quiere abordar la cuestión por este sesgo—, se ve obligado a presentar estos artículos por el costado de la contratransferencia. Y Lacan, cuando retoma el artículo de Tower, vuelve sobre el asunto. Entonces, yo no podía dejar de lado el tema de la contratransferencia porque es parte del marco histórico y doctrinario en el que se inscribe el artículo de Tower. Y no sólo eso: creo que lo que ocurre en el seminario sobre la angustia y el trabajo que intenté hacer nos quita un prejuicio, un prejuicio muy difundido entre los lacanianos, que es la condena de Lacan a la contratransferencia. De pronto nos damos cuenta de que lo que Lacan cuestionó hasta sus raíces fue el concepto de contratransferencia, pero no lo que ese concepto intentaba circunscribir. Ustedes se dan cuenta, este abordaje —y esto también es parte del método— implica quitarse prejuicios todo el tiempo, sobre montones de cosas que circulan en nuestro ámbito y que de pronto nos cierran una posibilidad de lectura. Entonces, el recurso al término de contratransferencia fue obligado; me lo presentó la lectura que estaba haciendo, el tipo de textos que estaba analizando. Y es ese momento específico el que me obliga a considerar ese concepto, y a darle un lugar.

MS: Yo le comentaba hoy lo del caso de la joven homosexual femenina porque el contexto del seminario 10 es también ir más allá de la roca de la castración, es decir, más allá de los límites del *impasse* freudiano; y, entonces, el caso de Lucia Tower va acompañado de un caso que es fracasado, que no es solamente el exitoso. Y entonces el fracasado, o esta comparación, es decir, el exitoso no va sin la comparación con el fracasado, y el fracasado va de alguna manera también en comparación con el fracaso de Freud con la joven homosexual, por distintas cuestiones: contratransferencia de parte de Freud; ahí hay un término que además se cuela, que es el de pasaje al acto, que a mí me sigue quedando la duda sobre... Porque cuando Lacan toma lo del *niederkommen lassen* no es un "dejarse caer", es un "dejar

caer", el "se" no está en el *niederkommen lassen*. No recuerdo ahora qué palabrita extra tendría que estar para que sea "dejarse caer"...

GL: *Sich*.

MS: Exacto. Entonces está la cuestión de "dejar caer/dejarse caer"; que no es lo mismo, digamos, la joven homosexual dejándose caer del puente, que la joven homosexual cayéndose... Es decir, la pregunta sería: cuando usted dice que Lucia Tower hace un pasaje al acto con el paciente fracasado, que es lo mismo que -podemos tener la discusión- Freud, pasa al acto -Lacan dice que Freud pasa al acto con la joven homosexual-... ¿Cómo es? Porque no es lo mismo "dejarse caer" que "dejar caer" a otra cosa. Y es más: en el caso de la joven homosexual está la discusión, porque si se toma que la caída del puente tendría que ser equivalente a la caída del análisis de Freud está la interpretación de que la posición de Freud y la del padre de la joven homosexual sería la misma...

GL: Es la mirada (...), es la mirada.

MS: Pero no es la posición de Lacan. Porque la posición de Lacan es que ella se deja caer desde el puente y que en cambio es Freud el que la deja caer después. Entonces, ¿cómo se jugaría esto de la contratransferencia, en lo que estuvo obligada a meterse por el tema, pero es un tema que está metido también en cómo se está leyendo en ese momento, o cómo se está discutiendo también, este ir más allá de la *impasse* freudiana?

GL: Bueno, yo creo que ahí... Lacan, cuando trabaja el caso de la "joven homosexual" en el seminario del 57... Sí es el del 57, ¿verdad? ¿Me parece?, ¿el de la relación de objeto?...

MS: Claro, el 4, exacto.

GL: ... justamente recurre al concepto de contratransferencia cuando dice que en la ruptura de ese análisis intervino "una acción contratransferencial" pero que en vez de que Freud interpretara el sueño falaz de la joven como un "deseo de engañar", lo había tomado como dirigido en contra de él. El concepto de contratransferencia está mucho más presente en ese seminario para interpretar ese caso de lo que está en el seminario sobre la angustia. Lo interesante en el seminario sobre la angustia es que Lacan está tratando de trabajar..., acaba de inventar el objeto *a* y está sirviéndose del caso de la "joven homosexual" para poner a jugar el problema de la angustia y del objeto *a*, lo que le permite reformular incluso la cuestión del "deseo del analista". Del deseo, en primer lugar, porque ahí viene la ruptura con Hegel que es muy importante y muy puntual. Entonces, el asunto de la angustia interviene para poder dejar de lado la cuestión de la violencia y de la lucha que estaba presente en el "deseo como deseo del otro" que viene de Hegel. ¿Qué pasa, entonces, en el seminario sobre la angustia? Lacan elabora un cuadro, un esquema, para poner a jugar los términos freudianos de "inhibición", "síntoma" y "angustia", y se sirve del caso de la "joven homosexual" para ubicar qué es lo que pasa con Freud. Cómo Freud, en este momento de máximo *embarras*, está en el momento de máxima dificultad y de mínimo movimiento. ¿Por qué? Porque aunque Freud resuelve teóricamente la cuestión de las mentiras que aparecen en los sueños ("el inconsciente no miente"), él no tolera que la "joven homosexual" le mienta: él tenía un problema con Martha, su esposa, que no le decía toda la verdad, y con la "joven homosexual", que le mentía. Y es en ese momento, cuando no sabe qué hacer con esto, que decide mandarla con una colega. A eso Lacan le llama "pasaje al acto". Las categorías de "pasaje al acto" y "*acting out*" son muy importantes en este seminario sobre la angustia, cuando pone a jugar las consecuencias de su invención del objeto *a*.

MS: Pero ¿cómo tomar el pasaje al acto ahí? Porque el pasaje al acto hay que pensarlo desde el sujeto.

GL: Claro, ahí Freud está como sujeto. Él es el que pasa al acto ahí, en esta...

MS: Entonces, él se cae, él se sale de la escena como objeto *a*...

GL: Él se sale, claro. Él se sale de la escena en el momento en que no tolera que la "joven homosexual" le mienta. O sea, es como decir: "Yo sé que me estás mintiendo, no lo tolero —por ponerlo en términos coloquiales—, esto no va a funcionar, te mando con una colega". Entonces, él se sale...

MS: Entonces una preguntita, porque hay otra cuestión que después..., pero lo adelanto, que es la relación que hay entre objeto a y objeto parcial, con esta cuestión de que el objeto parcial yace en el espacio analítico y en el caso de Freud mantiene de su lado ese objeto parcial. Entonces...

GL: Lo mantiene hasta que lo deja de mantener. Lo importante ahí es...

MS: Pero, digamos, ¿el pasaje al acto es que él se identifica al objeto a, entonces, cae como objeto a, Freud?

GL: Más bien cuando no tolera este lugar... justo cuando no tolera estar en ese lugar, y entonces hace algo con ello. Volvamos al caso de Tower, porque me parece que en este caso tenemos ciertos detalles que no tenemos en los otros casos. Cuando ella siente que el paciente la está "escrutinizando" como para hacerla añicos, ahí ella está ubicada como sede del objeto parcial, ella es el objeto que el paciente quiere destruir, hacer añicos. Esto es intolerable y hubiera podido tener varias reacciones frente a esto. Decir "no", lo que hizo con el otro paciente: "Está usted muy angustiado, váyase a tomar dos aspirinas, regrese mañana, y luego lo mando con otro analista que pueda con esto porque yo no puedo. Yo no puedo porque me siento amenazada, siento que usted con su escrutinio me está haciendo pedacitos". Pero ¿qué hace Tower?: da un pequeñísimo paso al costado; simplemente al percibir que la amenaza no es contra ella, deja de colocarse en ese lugar. No sé si logro transmitirles la sensación que tengo de cómo este "caso exitoso" de Tower nos da cuenta —por lo menos a mí me da mejor cuenta— de qué es lo que significa estar como sede del objeto parcial, y cómo, de pronto, el objeto está en el espacio analítico y puede ponerse a jugar del lado del analizante. Porque entonces la analista ya no está siendo un obstáculo, la analista ya no está ahí como la sede del objeto parcial. Por eso les digo que este momento me parece la máxima sutileza del "caso exitoso" de Tower y por eso podemos... Ahora, inclusive, pensando en voz alta, "exitoso" quiere decir que ella pudo salirse de este lugar de ser la sede del objeto parcial, de sentirse amenazada, de sentir que la amenaza era contra ella y que el paciente la estaba destruyendo. Ella, simplemente, no se sale de la jugada; ella está ahí, sigue allí, y el análisis puede continuar.

Eso es lo que no ocurre ni en el caso de la "joven homosexual" ni en el "caso fallido" de Tower, pero sí ocurre en el otro caso de Tower que es precioso, el del "olvido de la cita": ella ya no aguantaba a esa paciente pero no se daba cuenta. Está con su libro de citas abierto en donde estaba anotada la hora en que su paciente tenía sesión y, de pronto, se va: se va a comer rico, se va a pasear, se va de compras y regresa, y se encuentra con que la paciente estuvo ahí, que se fue furiosa: lo que Tower quiere es salirse. Y su alternativa era llamarla o esperar que no regresara nunca más... Tiene miedo, se siente amenazada de que va a llegar la paciente a vituperarla —como de hecho ocurre en la siguiente sesión—, y todo lo que va ocurriendo con Tower, sin ella saberlo, permite que pueda moverse de lugar. Es así que, en un momento dado, la paciente se ríe y le dice: "Doctora, no la culpo"; con una risa de la paciente, que sanciona. ¿Qué quiere decir aquí esta sanción? Que ese *acting out* de Tower iba dirigido, que era una intervención analítica, y la risa de la paciente sanciona que en efecto, eso había sido una intervención analítica. La paciente se ríe y dice: "Doctora, no la puedo culpar", y el análisis continúa. Es algo parecido a lo que pasa con el sueño. Por más que ella haga estas reflexiones sobre si su conflicto edípico con otra mujer era lo que le estaba impidiendo..., el hecho importante es que ella lleva las consecuencias del sueño al análisis. No se fue a buscar a su analista para ver por qué ella había soñado eso. No fue...

Por ejemplo, Lionel Blitzsten, que era del Instituto de Chicago, tenía una indicación muy clara: cuando un analista sueña con un paciente es muestra clara de una erotización del análisis, y entonces el analista debe abandonar ese caso y mandar al paciente con otro analista. Ella no hace nada de eso. Por más que encontremos en su texto esas reflexiones, lo interesante es que ella lleva la cuestión al análisis mismo, y eso tiene efectos en ese análisis, y se convierte en una intervención analítica que tiene que ver con el paciente, no con ella. Me acuerdo ahorita de una *bon mot* con Lacan, preciosa. Llega una persona que está aparentemente en supervisión con Lacan y le dice: "Acaba de ocurrir algo sorprendente: anoche mi paciente y yo soñamos exactamente lo mismo". Y Lacan le responde: "Ciertamente, pero la que soñó fue ella". ¿Se dan ustedes cuenta? El analista pudo haber soñado cualquier cosa, lo que fuera; lo importante es que la que cuenta..., el único sujeto en la situación analítica es el analizante, la que soñó es ella, la analizante. Y lo que ocurre en estos dos casos de Tower —en el del "olvido de la cita" y en el "exitoso"— es que de quienes se trata es de los pacientes, por más que ella está cavilando y reflexionando sobre lo que pasa con ella. Lo que no puede ocurrir en el análisis "fallido". En este análisis, ella no puede dar este paso al costado para abordar la cuestión desde otra perspectiva. Y no le queda otra más que mandar al paciente a su casa, a tomar un calmante, pedirle que regrese al día siguiente, y después mandarlo con un

analista hombre, que lo pueda controlar, porque ella no podía. Ella no podía con esa situación, no pudo. Eso ocurre. Por eso es que no es previsible lo que puede pasar en un análisis. Nada garantiza cómo se puede colocar un analista en una situación erótica. No hay certidumbres. No hay saber, y no hay garantías. ¿Cómo nos las arreglamos con eso?

MS: Esa es la pregunta... (Risas).

GL: ¡Claro! ¡No hay formula, no hay respuesta! Eso es lo que me parece de una gran riqueza.

Federico Aboslaiman: ¿Hubo opciones en el término "arreglárselas"? ¿Pensó otros términos que no fuera "arreglárselas" o surgió ese?

GL: No, no. Por eso me gusta que ustedes me hayan señalado esta cuestión porque yo creo que a la hora de escribir fue una forma, como digo, coloquial de, justamente, tratar de dar cuenta de algo que no puede aprehenderse y proponerse como una respuesta, como *la* respuesta.

FA: Porque, forzando un poco, el término "arreglárselas" tiene la regla justamente en sí, ¿no? O la falta de regla más bien...

GL: Yo creo precisamente eso: que no hay reglas, no hay técnica. ¿Cómo nos las arreglamos con eso? Dejándonos incautar. Lacan decía una cosa muy interesante, decía: "el analizante no le perdona al analista que tropiece, pero menos le perdona que no lo haga". ¿Se dan cuenta? Esto nos pone en esta situación de total incertidumbre, de total no saber. El no saber es radical, radical.

MS: Claro, pero es dejarse incautar por el paciente... y algo más. Porque ella se estaba dejando incautar por ambos y hubo cambios en ese dejarse incautar, incluso a lo que hace a cómo se ordenan sus preferencias y sus deseos, porque ella tenía más atracción y le caía más simpático primero el segundo caso, y el resultado de este cambio en el primero es que ella queda resultándole más atractivo, pero su deseo queda más orientado, mucho más capturado, digamos, en el primer caso.

GL: Bueno, yo creo que eso marcó, que marca su dificultad de colocarse en este análisis. A ella le gustaba este primer hombre, varonil, recto, no me acuerdo qué más...

MS: El segundo caso, el fracasado.

GL: Claro, el mismo que resultó "fallido". Ella está ahí implicada de otra manera. Inclusive decía: "Yo estaba más atenta a que ocurrieran reacciones contratransferenciales con este paciente" porque ella lo notaba..., en cambio, con el otro paciente, incluso pensó ni siquiera tomarlo en análisis, o sea, ella estaba más *detached*, ¿cómo se dice?, más...

MS: Desprendida.

GL: ¡Exacto! En cambio con este otro, se trata de un hombre que, por lo que se puede leer en su artículo, le gustaba, le parecía recto, varonil, no me acuerdo qué otro adjetivo pone por ahí, y en algún momento dado se siente amenazada al encontrarse en una situación de gran tensión erótica. Este momento parece la escena de una película, ¿no? Si ustedes recuerdan, parecen como indicaciones para la escena de una película: el consultorio a deshoras, ya no hay nadie ahí, el paciente en una situación de gran angustia, y ella pensando que el paciente: "Había pasado de fantasías —¿cómo decía?— suicidas a fantasías homicidas". O sea, que ahí, nuevamente, es ella la que se siente amenazada. Ella es la que se siente amenazada y no encuentra cómo moverse, y lo que hace es mandar al paciente fuera sucesivamente: fuera ese mismo día, y después, definitivamente fuera cuando lo manda con un analista "hombre", a pesar de que el paciente no quería. Dice: "Logré que aceptara", y él lo acepta por la cuestión transferencial; "logré que aceptara" y lo manda con otro analista. O sea, ella lo tiene que convencer, porque el paciente no quería...

MS: No quería. Es más, vuelve a insistir después en su acoso sexual, digamos, entre comillas.

GL: Exacto. Es precioso ese detalle, ¿no?, que aparece en una de las versiones, no en la versión publicada, obviamente.

MS: Ahora, para retomar esto del objeto que yace, con la cuestión del pasaje al acto; porque con estos casos usted en lo que estaría poniendo el acento es en ese corrimiento respecto del obstáculo. Entonces, usted dice que Lucia Tower, con el caso exitoso, cuando permite esta "escrutinización", esta *quête sadique* sobre ella, se corre, asume que no es con ella, que es lo que podría haber hecho Freud: no identificarse a que va a ser lo mismo que con el padre, a que no es a él al que le está mintiendo...

GL: ¡Y también es a él!

MS: Y también es a él.

GL: Y claro que también es a él. No es contra él, pero sí es a él. ¿Y? ¿Qué importa? Y qué importa que le esté mintiendo, ¿no?

MS: Entonces está esa pequeña distancia donde usted dice, en el caso de Lucia Tower, que el paciente la sigue escrutinizando a ella, pero ella no se siente, que es ella, tiene esa pequeña distancia que le permite sostener...

GL: No se siente amenazada. Que el paciente no la está queriendo destruir a ella.

MS: De alguna manera podemos decir que ella sigue estando del lado de lo que sería el objeto *a*, en el sentido que sigue causando la división del lado del paciente, en el sentido de esta *quête sadique*, de esta búsqueda. Usted dice: habría una diferencia entre el objeto parcial y el objeto *a*, en cuanto a causar esta división, en cuanto a que esta pequeña distancia donde no se siente atacada ella, aunque mantenga una posición que sigue causando esta división.

GL: Claro, porque el paciente está buscando una falta en ella, como si la falta fuera de ella, y en realidad está buscando la falta de él... para ponerlo en términos lacanianos, para ponerlo en los términos de Lacan en esa sesión, de ese seminario. Es muy importante, porque esa es una formulación que hace Lacan: él puede buscar en ella la falta que ella no tiene, porque no es que ella no esté marcada por la falta, pero esa falta que está buscando el paciente no es la de ella, es la de él, pero la está buscando en ella, y ella se presta para que él busque todo lo que sea necesario, y el tiempo que sea necesario. Porque finalmente lo único que él va a encontrar es su propia falta. La de él, pero esto es en los términos que utiliza Lacan en esa sesión. Esa es la gran enseñanza del análisis "exitoso" de Tower, esa es la gran enseñanza que podemos derivar de ahí y ponerla en los términos que utiliza Lacan en esa sesión, de ese seminario.

MS: Entonces, que el objeto parcial pueda moverse y circular en el dispositivo haría la diferencia de este estatuto imaginario, o simbólico, o real, de cómo se juegan los registros en esto de mantener una posición, pero no identificarse con ese objeto que estaría buscando. Es decir, no serían iguales el objeto parcial que el objeto *a*.

GL: Mmm... bueno, el objeto *a* deriva de ahí, es el objeto causa de deseo. Es un objeto que no es un objeto, sino que es lo que causa el deseo, para ponerlo en esos términos, ¿no?

MS: Es decir que entonces mantenerse como sede del objeto parcial es identificar ambas cosas y como quedarse en ese lugar, como obstáculo...

GL: Y qué hacer con eso. Porque algo se tiene que hacer con eso. Lacan dice que es insoportable estar identificado con ese objeto *a*, por eso lo que viene como posibilidad es el pasaje al acto, el *acting out*, o lo que hizo Tower, que no fue ni lo uno ni lo otro. Simplemente ella puede "desidentificarse", no sentirse identificada con ese objeto, y eso es lo que —para ponerlo en términos coloquiales nuevamente— desbloquea el análisis, y permite que ese objeto esté ahí circulando, y que se ponga a jugar del lado del paciente, en un momento dado. Con términos lacanianos mediante, que él pueda finalmente encontrar su falta.

MS: ¿Podemos preguntarle sobre el caso Hirschfeld?

GL: Mire, yo preferiría... Porque ese trabajo está en curso, espero el próximo año empezar a articular todo el material y, con mucho gusto, cuando lo tenga les aviso y podemos hacer una reunión sobre eso. Es muy interesante, y tiene muchas vetas, y a la vez muchas limitaciones para trabajarlo, entonces tengo que ir viendo justamente qué hilo conductor ir encontrando para...

MS: Porque justamente ahí está esa carta de Freud que dice que con la contratransferencia uno tiene que resistir, que endurecer la piel, porque si no, se le puede ir a uno la piel en ello.

GL: Bueno, eso es justamente toda la cuestión de la contratransferencia en Freud, y por eso él decía que había que evitarla, había que dominarla.

MS: Exacto.

GL: Él tiene una formulación muy fuerte cuando dice: "hay que mantenerse inaccesible y, simplemente, estar receptivo". Bueno, este "mantenerse inaccesible" es lo que él recomendaba. Pero hay que tomar en cuenta que esta formulación de Freud viene en un contexto muy preciso de su pugna con Jung y de lo que estaba ocurriendo en todo ese medio. No podemos aislar una formulación en psicoanálisis, creo yo, y sacarla de su contexto. Si nosotros vemos qué es lo que estaba pasando con Jung en ese momento, de manera particular..., toda la reflexión de Freud sobre la contratransferencia viene a partir de su relación con Jung y de su ruptura con él, y de lo que pasa entre Jung y Sabina Spielrein, por un lado, y de lo que pasa con la señora Hirschfeld, por otro. Pero no sólo eso: también, lo que estaba pasando con Ferenczi, lo que estaba pasando con Jones, lo que estaba pasando con todos los analistas en ese momento, cuando está naciendo el psicoanálisis y Freud tomó nota de cómo estaban enfrentando la cuestión erótica. Entonces, esta formulación, esta recomendación tan fuerte, tan tajante, tan rígida de Freud, viene en ese contexto: es una recomendación que él da a los analistas.

MS: Porque es una manera... Por eso le planteaba lo de saber referencial, cómo poner en juego algo personal que dé lugar al saber textual del inconsciente del paciente, porque eso de ser inaccesible, de Freud, es mantener la última palabra y el último saber siempre del lado del analista.

GL: Bueno, ese es Freud hasta cierto punto porque vamos a ver cómo...

MS: En algún sentido muchos lacanianos son así, porque si la clave del análisis es la formalización, es solamente los conceptos y la teoría, en algún sentido siempre la posición del analista es inaccesible, o es la última palabra. Sería como Sócrates, que nunca termina de ceder porque cree saber, aunque diga que no sabe sobre el amor, cree saber que algo sabe sobre eso, aunque más no sea que no sabe.

GL: Hay que hacer una distinción, pero yo estoy totalmente de acuerdo con usted en que cuando el analista está aferrado a ciertos conceptos o a ciertas reglas, está en otro lado, y no está ahí como analista. Yo por eso creo que es muy importante poderse desprender..., estoy convencida que "laciano" hoy apunta a una cuestión de método, a una cuestión de método de lectura, a una cuestión de escucha, y esto implica desprenderse, desprenderse de prejuicios, desprenderse de conceptos. ¿Cómo se las arregla uno? Bueno, así. Para mí esto es fundamental, es la brújula. Cada vez que yo me encuentro peleándome con algo necesito saber si es un prejuicio. Por ejemplo, para este libro, me tuve que desprender de un montón de prejuicios, desde personales hasta teóricos, por ejemplo, darle un lugar a Granoff, incorporar el asunto de la contratransferencia... Tenía que desprenderme de muchos prejuicios, para poder leer de otra manera, para poder permitir que las cuestiones importantes surgieran de los textos mismos, no quedarme detenida en cómo interpreta Tower. Por ejemplo, con la cuestión de la contratransferencia, ella misma dice: "No me gusta la noción de neurosis de contratransferencia", pero no tiene otros recursos y tiene que acudir a eso, ¿no? O tratar de coagular una cuestión de tal riqueza y de tantos matices con un concepto, con un concepto laciano, que de pronto... Por ejemplo: ¿qué pasa con el "deseo del analista"? El "deseo del analista" es un concepto muy cargado entre los lacanianos, y uno oye que platican entre ellos de eso como si supieran, como si todos estuvieran de acuerdo en qué quiere decir. Y lo que he leído o escuchado de quienes intentan dar cuenta del concepto, revela que no logran circunscribir realmente de qué se trata. ¿Y por qué? Yo creo que hace falta, para quien esté interesado, hacer un estudio muy puntual de cómo va apareciendo este concepto en la enseñanza de Lacan, cómo se va transformando a partir de que él mismo

va transformando e introduciendo otras referencias en su enseñanza, y ver si hay consistencia, o no. Ese trabajo no está hecho. ¿Por qué? Porque tenemos el concepto que nos sacamos de la manga y creemos que por sí solo responde. Y no, no responde. Ningún concepto responde. ¿Cómo podría un concepto dar la clave para enfrentar la erótica analítica? ¡¿Cómo?! Si es algo que todo el tiempo se escapa, se renueva, aparece; es algo que no podemos coagular, pero tratamos desesperadamente de hacerlo para asirnos de algo, para tener un asidero, y los conceptos muchas veces juegan ahí. Entonces, yo estoy de acuerdo con usted en ese punto, en efecto.

Ahora, con respecto a lo de Sócrates, hay que ver, por ejemplo que Sócrates no está resistiendo a nada, Sócrates no está en un lugar de resistencia lo que es verdaderamente bellissimo, ¿no? Alcibíades lo invita a comer, despide a los sirvientes, y comen. Acabando de comer, se va. ¿Se trataba de ir a comer? Fue a comer. Alcibíades lo invita a hacer gimnasia. A hacer gimnasia... Alcibíades está tratando de seducirlo. Acaban de hacer gimnasia, fin del asunto, se va. Lo invita a cenar, no quiere, finalmente acepta, cenar, y después de cenar, se va. Luego viene esa famosa escena bajo el manto. Y bueno, simplemente, ¿qué pasa?: lo que está en juego es la atopia de Sócrates. Sócrates nunca va a estar ahí donde Alcibíades lo busca. Y Alcibíades ya se transformó, Alcibíades ya no es el eromenós, ya está actuando como erastés, y él mismo no se da cuenta. Entonces, ahí está la riqueza de este asunto. Sócrates no está resistiendo a nada, simplemente hay una claridad de lugares. Si el que está en el lugar de erastés es Alcibíades, es Alcibíades el que está en el lugar de erastés. Y el analista, en principio, tampoco resiste a nada, el problema [es] cuando justamente viene la resistencia del analista.

FA: Sobre el pase, ya más ubicados en la tesis del libro, ¿no?, esta idea de que Tower hace un pase que no está sancionado, entre comillas, que no está sancionado o nominado por ninguna escuela, bueno, ¿cuál sería la función de la escuela como necesaria en la nominación del pase?

GL: No hay pase sin escuela. No puede haber pase sin escuela. Cuando yo le pongo las comillas al pase, justamente, es porque... El pase es una invención de Lacan, es una invención que él se planteaba con objetivos muy precisos. Lo que encuentro al toparme con estas tres versiones... Esto es algo que tampoco estaba previsto. Nada de lo que ven ustedes en el libro estaba previsto. Fue surgiendo y mi hilo conductor fue el *stoop*. Eso fue lo que me llevó a releer todo el seminario, eso fue lo que me llevó a Chicago, eso fue lo que me llevó a encontrarme estas tres versiones de...

MS: ¿Y se fue a Chicago a investigar la biblioteca para buscar los papeles de...?

GL: Sí, sí. Y me desalentaron totalmente. Es muy interesante esta anécdota, porque cuando yo encuentro estas cosas en Tower me empiezo a interesar en el personaje y en qué más escribió, en qué más pasaba en Chicago... Entonces escribo al director de la biblioteca del Chicago Institute for Psychoanalysis y me dice que no tiene caso que... ¡ah!, me dice que con mucho gusto me va a mandar todo lo que encuentre de Tower y, en efecto, al poco tiempo recibo un *folder* flaquito flaquito con unos cuantos papeles adentro. Yo veo esto y me digo "qué interesante", pero yo quería saber más, quería enterarme de más, y le escribo nuevamente y me responde: "Ya le mandé todo lo que hay, no hay nada más"; realmente Tower no era un personaje importante frente a todas las grandes *vedettes* que pasaron por el instituto de Chicago. Entonces, le dije: "Bueno, de todas maneras quiero ir". Tomo el avión, hago una cita con él, empiezo a platicar con él, y le digo: "Déjeme hurgar un poquito en su biblioteca". Entonces me pongo a indagar, iba yo a buscar ciertos libros: encontré fotos, fotocopiaba las fotos, fotocopiaba todo lo que encontraba, y un día llega de puntitas y me dice: "Acabo de releer el artículo de Tower, anoche. Dígame, por favor, ¿qué fue lo que le llamó la atención?". (Risitas). Él no podía encontrar qué era lo que a mí me llamaba la atención como para tomarme esas molestias... Y me dice: "Mire, aquí tengo todas estas cajas de Franz Alexander, de Therese Benedek"... , eran unos archivos monumentales.

MS: Esa era la gente interesante (risas).

GL: "¿Por qué no mejor le abro esto? Acá va a encontrar muchas cosas". Me vio tan interesada, y buscando hasta en donde no había, que me dice: "Bueno, la veo trabajar como está trabajando, ya me contagié su entusiasmo; fíjese que nosotros mandamos a los archivos muertos grandes cantidades de papeles, de documentos, de carpetas... Si quiere le doy la dirección, y vaya y vea a ver si encuentra algo". Yo me sentí verdaderamente emocionada, ¿no? Entonces, bueno..., era un lugar terrible, porque era en las afueras de Chicago, inclusive las secretarías del instituto me decían "tenga cuidado, no vaya sola"...

porque eran barrios peligrosos, violentos, en donde están instaladas estas grandes bodegas donde las empresas han mandado kilos y kilos y kilos de papel porque ahora ya todo lo tienen computarizado. Y me dice: "Déjeme darle algunas referencias de los años en que estuvo Tower en el Instituto que probablemente le ayuden a encontrar los papeles". Bueno. Me tomé un taxi, llegué a las afueras de Chicago, y aquello era una cosa monumental. ¡Qué les puedo decir! ¡Era una bodega como de cuatro cuerdas, llena de papel por todos lados! Y llegué con el encargado de ahí y le dije: "Mire, traigo estas indicaciones con estos números, que probablemente sirvan para localizar lo que estoy buscando". El encargado subió y por unos tubos enormes empezaron a bajar cajas y cajas y más cajas, y ahí me puse a buscar, y fue donde encontré las tres versiones del artículo de Tower. Fotocopí todo lo que encontré ahí. Aparecieron muchas cosas: lo de Adelaide Johnson, que también está en el libro. Pude entender cómo funcionaba el Instituto de Chicago, qué se presentaba ahí, qué discutían. Me encontré un artículo de Margaret Little que fue a Chicago a presentar su trabajo, y así pude ver a Tower en su contexto, lo que también fue muy interesante, ¿no? Es muy diferente leer a Tower tal como aparece en el seminario sobre la angustia que leerla en su contexto, porque ahí uno se da cuenta de la singularidad de Tower. Y así fue como localicé estas tres versiones, y al leerlas pude entender que había habido un cambio muy importante en ella, de lo que había vivido en su análisis, de lo que implicó para ella su práctica como analista. Ahí pude ubicar que había habido un pasaje, un pasaje de ella de analizante a analista que no implicaba haberse identificado con su analista. O sea, ella rompía ahí con ese esquema de la IPA, y eso se podía leer, según yo —esta es una interpretación mía—, en este párrafo, enorme, que ella excluye del borrador. Este párrafo no aparece en la segunda versión que es la que presenta frente a sus colegas del Instituto, ni tampoco en la versión publicada. Pero en el borrador preserva algo que nadie en la época podía escuchar. Yo, marcada por la enseñanza de Lacan, puedo leer ciertas cosas. Puedo leer ahí que se trató de un pasaje porque vengo de esta enseñanza; de otra manera me hubiera sido imposible percibir la importancia de ese párrafo, tal vez no me hubiera detenido en eso: "Tower escribió estas cosas, luego las quitó", ¿qué importancia tiene eso? Yo leo ahí que se trata de un pasaje, un pasaje descrito con toda ingenuidad; estas cosas son las que yo más reivindico, son las cosas de las que más aprendo, y por supuesto, en su momento, no hubo escuela que acogiera ese pasaje, no había escuela que pensara en eso; el pase no se había inventado. ¿Cómo se podría hablar de pase en un momento en que no estaba inventado? Esto no quiere decir que no hubiera pasajes de analizante a analista, pero el pase como tal no estaba inventado, y por supuesto que se requiere una escuela, no hay pase sin escuela. ¿Qué sería eso? Y la nominación, también, justamente, para sancionar esto. Y luego una vez hecha la nominación, puede dejarse caer...

MS: ¿Eso sería el pase, como ese pasaje de analizante a analista?

GL: Lo de Tower sería un pasaje. El pase ya está circunscrito por lo que Lacan formuló, y quiso, y no obtuvo. Él quería obtener un saber de ahí, que no obtuvo. Y por eso llegó a la formulación de que el psicoanálisis no era transmisible. Justamente.

FA: ¿Y esta idea de reconocimiento que aparece también en un pie de página, con esta idea de que pocas personas habían asistido al funeral de Lucia Tower?

GL: Bueno, eso no es un lamento, al contrario, creo que puede ser un elogio, porque Tower era cualquiera, muere como cualquiera, y decirlo así me parece realmente un elogio. Todo el recorrido que hago por el texto de Tower y por lo que Tower me aporta, y lo que que de alguna pudo aportar en el seminario de Lacan tiene que ver un poco con eso..., pero básicamente [lo que] les puedo decir es: no era una *vedette* del psicoanálisis, era una analista, era una analista que en un momento dado se vio precisada a dar cuenta de esto que le había ocurrido con cuatro pacientes, porque son cuatro casos los que relata. No publica gran cosa... Me encontré allí unas cositas muy puntuales de algunas intervenciones... O sea que no era una teórica del psicoanálisis, no era un figurón del psicoanálisis, no hizo escuela. Franz Alexander, en cambio, fue una figura muy importante en Chicago. Y no sólo él. Por ahí pasaron figuras importantísimas del psicoanálisis. Tower y su muerte, y estos pequeños datos que yo recabo de su funeral, simplemente nos marcan esto: ella era cualquiera, que se supone que es en donde acaba un analista, al final, ¿no? Cualquiera. Como un significante cualquiera. Entonces, yo creo que ese es el gran aporte de Lucia [pronunciado "*lusha*"] Tower. Lucia, (porque veo que ustedes le siguen diciendo "Lucy" y esta es la forma en que Lacan la llama en el seminario, "Lucy"). Ella es Lucia, así se llama, se escribe como Lucía pero no va acentuado como en español, sino Lucia que se pronuncia en inglés "*Lusha*".

MS: ¿Por qué? ¿"ci" funciona como "sh"?

GL: Claro, en inglés, porque no es ni italiano, Lucia, no es español, que sería Lucía, no tiene acento. Entonces en inglés se dice Lucia [*Lusha*].

FA: La obligada pregunta más ingenua: de qué está hecho ese más allá entonces, ese más allá de la angustia de castración, de qué está hecho, entonces, que es la pregunta que inicia el libro (risas).

GL: Bueno, lo importante es que hay un más allá. Un más allá quiere decir, en este caso, que el análisis no se queda detenido en la angustia de castración, yo creo que esto es una revolución que produce Lacan con respecto al análisis freudiano.

MS: Es la diferencia entre Lacan y Freud, digamos.

GL: Es una ruptura radical. Radical. Que implica una redefinición total del psicoanálisis. El problema del más allá es complicado, ¿no?, pero en este contexto preciso —nuevamente vuelvo al contexto, es muy importante ubicar las formulaciones en su contexto— el más allá quiere decir que un análisis no necesariamente tiene que quedar detenido en la angustia de castración, y para esto, el lugar del analista como no siendo el obstáculo es fundamental; que el analista no se erija en un obstáculo es lo que se revela como lo más importante, como central.

MS: Sin que podamos decir qué es lo que tiene que hacer el analista para que eso ocurra.

GL: ¡¿Cómo podríamos?! ¡Por más que quisiéramos!, ¿no? ¡¿Cómo podríamos?! (Risas).

MS: Que eso es lo que demandan todos los que estudian, leen y quieren saber cómo se hace.

GL: ¡¿Cómo arreglárselas?!

MS: Gloria, muchísimas gracias por este tiempo y este reportaje. No sé si hay algo que quiera agregar o comentar.

GL: Bueno, más bien les agradezco mucho, de veras. Para mí es un placer, como se dieron cuenta, poder platicar y discutir con ustedes. Me parece que por muchos motivos es un tema inagotable, justamente, porque no hay respuesta, justamente porque no hay saber. Y eso es algo central: la práctica está hecha de eso.

MS y FA: Gracias a usted.

MS: Le tomo su invitación o sugerencia de ponernos en contacto con usted el año que viene por el caso de Hirschfeld porque me parece que... Por lo menos yo leí el artículo de Falzeder, me resultó muy interesante. Además, también el caso de Spielrein, salió la película, ha estado en tema, digamos, esta cuestión de la discusión entre Jung y Freud, y esta cuestión de que realmente es, como dice Freud de este caso, casi completamente analizado y, sin embargo, *Niete*, nada (risas).

GL: Sí, es muy interesante, y con mucho gusto, me va a encantar platicar con ustedes de eso.

MS: Bueno, entonces...

FA: Una curiosidad, extra-entrevista: ¿le envió el libro a la persona del archivo de Chicago?

GL: ¡Claro, fui allá! Cuando salió el libro el director de la biblioteca que conocí ya no estaba, pero el nuevo director del Instituto se mostró muy interesado y me invitó a Chicago a que les presentara el libro y a discutir con ellos. Fue interesantísimo. Fue, de hecho, la primera presentación que hice de este libro. Estaba recién salidito. Fue en Chicago. Entonces hubo una reunión ahí...

MS: ¿Y hubo posibilidad de diálogo a pesar de...?

GL: ¡Claro que hubo posibilidad de diálogo! Centré mi intervención en Tower, obviamente, aunque el libro tiene otras cosas, y se armó una discusión muy interesante. Había de todo: había gente interesada en Lacan; había gente totalmente adversa a Lacan, que no quería saber nada de él; gente sorprendida de cómo y por qué Tower había suscitado el interés de Lacan. Platicaron cosas de... Uno de ellos era un hombre mayor que había conocido a Tower, entonces platicamos de eso. Se preguntaron cosas que nos seguimos preguntando ahora, ¿qué es un análisis "exitoso"?, por ejemplo. Y cómo discutir sobre eso. Fue una discusión muy rica, fueron varias horas, más de tres horas estuve discutiendo con ellos, y después seguí en contacto con ellos. Muy interesante. Y con sus limitaciones también porque precisamente cuando se presentó la cuestión de la situación estructuralmente erótica, bueno, ahí los asistentes se dividieron. Hubo quienes dijeron: "¡Esto es inaceptable!, hay que dar una respuesta intelectual al asunto", frente a otros que estaban abiertos a discutir el tema. Pero esto también es Chicago. Chicago ha sido siempre este lugar en donde confluyen distintas tendencias, distintas opiniones, y siempre ha tenido una gran apertura, entonces para mí fue una...

MS: ¿Sigue siéndolo actualmente?

GL: ¿Actualmente? Sí. No es lo que era el instituto en la época de Alexander, en donde realmente se llevaron a la práctica propuestas muy innovadoras. Inclusive nos pasa a nosotros que hemos perdido mucho el contacto y el interés de saber qué pasa en otros ámbitos analíticos. Hay muchos puntos en donde se vuelve imposible, imposible el diálogo. Pero si uno encuentra la manera..., y bueno, yo traté de encontrar una y logré incitar una discusión realmente muy interesante en la que la gente se sintió con mucha libertad para participar. Entonces, sí, pasar por Chicago fue parte del recorrido de este libro..., si no hubiera pasado por ahí, eso le hubiera restado mucho, porque el libro habría quedado encasillado dentro de una cierta terminología de la que yo creo que el libro trata de escapar; trata de abrir justamente al ubicar a Tower en su contexto: en su contexto histórico, doctrinal.

MS: Muchísimas gracias por todo.

FA: Muchas gracias.

GL: Hasta la próxima.

Notas

(1) Tower, Lucia, "La contratransferencia", *me cayó el veinte* 3, primavera 2001.

(2) Leff, Gloria, "Stooping", *me cayó el veinte* 3, primavera 2001.

(3) Leff, Gloria, "El psicoanálisis: una chimney-cure", *me cayó el veinte* 10, otoño 2004.

(4) "se desarrolló en mí, de manera transitoria un monto de masoquismo". Tower, Lucia, "La contratransferencia", *me cayó el veinte* 3, primavera 2001, p.

Enseñanza de Lacan

Presentación de la sección "Enseñanza de Lacan" Consejo de Redacción

En esta sección agrupamos los artículos que abordan cuestiones relativas a la enseñanza de Lacan

En [Otras erratas](#), **Michel Sauval** presenta una primera serie de "erratas" y problemas, tanto de traducción como de establecimiento (aunque parezca mentira, puesto que se trata de recopilaciones de escritos y no de enseñanza oral) del texto, encontrados en la nueva recopilación de "escritos" de Lacan titulada "*Autres écrits*" en la edición Seuil y "*Otros escritos*" en la edición Paidós.

Michel Sauval

Psicoanalista. Director de la revista Acheronta.

Email: ms@sauval.com

(Argentina)

En [¿O que escrevem as fórmulas da sexualização de Lacan?](#), **Sara Elena Hassan** interroga as fórmulas da sexualização de Lacan enquanto escrita inédita até então na psicanálise, principalmente como matema no ensino e na transmissão da psicanálise, e na perspectiva da relação da psicanálise com as ciências. Transmitidas em sua forma acabada no Seminário XX, "*Mais Ainda*" (*Encore*), como escrita estabilizada mas ao mesmo tempo inacabada, incompleta, inseparável de uma leitura, ou mais precisamente de uma enunciação, que é sua condição *sine qua non*: é necessário, no mínimo, comentá-la. A constância da escrita contrasta com a variabilidade e multiplicidade dos comentários e leituras. A autora trabalha algumas considerações de J. Lacan no encerramento das Jornadas sobre os matemas (1977) que envolvem questões sobre o estilo, sobre a especificidade da escrita do "seus" matemas, e sobre sua relação com as matemáticas. São comentados fragmentos de outros textos de referência, tais como a "*Obra clara*", (1995) de J.C. Milner e o artigo sobre "*Lacan e as matemáticas*" (2011), de Guy Le Gaufey

Sara Elena Hassan

Psiquiatra e psicanalista com clínica em São Paulo. Colaboradora no PAES (Unifesp) desde 2005. Membro do Conselho de Redação da revista virtual Acheronta (www.acheronta.org). Participante dos Ateliers de Psicanálise (São Paulo). Autora de artigos sobre diversos temas psicanalíticos pela E.P.U., Caligrama (USP), Revista Pulsional, Sarvier Editora, entre outras

Email: saraelenahassan@hotmail.com

(Brasil)

En [De la estructura del lenguaje en Jacques Lacan](#), **Fabián Becerra Fuquen** realiza un recorrido por la articulación que realiza Lacan entre lenguaje y sujeto. El autor aborda los momentos sucesivos de esta elaboración: el interés de Lacan en la lingüística, la diferencia entre la noción de estructura en Lacan y Lévi-Strauss, la primacía del significante, sujeto y significante, etc.

Fabián Becerra Fuquen

Psicólogo. Maestrando en Psicoanálisis de la Universidad de Buenos Aires. Formación clínica en psicoanálisis del Colegio Clínico del Río de la Plata. Concurrente Clínico en "La Tercera, asistencia y docencia en psicoanálisis", (Buenos Aires, Argentina).

Psicólogo de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, (Colombia)

Email: fabian.bfuquen@gmail.com

(Argentina)

[As origens do tema da linguagem em Lacan: a tese de 1932](#) es el capítulo 6 del libro "[A psicose na Criança. Tempo, Linguagem e Sujeito](#)", de **Christian Ingo Lenz Dunker**

Christian Ingo Lenz Dunker

Psicoanalista, Professor Livre-Docente do Instituto de Psicologia da USP, A.M.E. da Escola de Psicanálise do Fórum do Campo Lacaniano, autor de "*Estrutura e Constituição da Clínica Psicanalítica*" (Anna Blume, 2011).

Email: chrisdunker@uol.com.br
(Brasil)

En [Notas para um glossário lacaniano](#) **Leda Tenório de Motta** presenta la idea principal de un libro en preparación: "*si... el inconsciente...es un poeta simbolista, el inconsciente lacaniano es un poeta surrealista. Ya sea que se considere la vertiente ortodoxa de Breton y Éluard, o bien la vertiente de las diásporas, representada por malditos aún más incorregibles como Antonin Artaud, Georges Bataille e Raymond Queneau, todavía no se ha hecho una arqueología del pensamiento de Jacques Lacan que compute los aportes del surrealismo a la formulación de conceptos como "objeto a", "goce", "forclusión" y, de modo más general, a la sintaxis tortuosa en que se vierte el psicoanálisis lacaniano*". Es, justamente, la propuesta de la autora en este artículo

Leda Tenório da Motta

Professora no Programa de Estudos Pós-Graduados em Comunicação e Semiótica da Pontifícia Universidade Católica de São Paulo (PUC/SP), é também crítica literária, com passagem pelos mais importantes jornais brasileiros, e tradutora, tendo vertido para o português, entre outros, Histórias de amor de Julia Kristeva, Máximas e reflexões morais de La Rochefoucauld, Pequenos Poemas em prosa de Baudelaire e Métodos de Francis Ponge. Estudou na França com Julia Kristeva. É especialista em Literatura Francesa e Comparada. Publicou, entre outros livros, "Proust- A violência sutil do riso" (Editora Perspectiva, São Paulo 2007, Prêmio Jabuti 2008 na Categoria Teoria & Crítica Literária) e "Roland Barthes- Uma biografia intelectual" (Editora Iluminuras, São Paulo, 2011).

Email: ltmotta@pucsp.br
(Brasil)

Otras erratas Michel Sauval

Introducción

Los problemas que presentó la traducción de los “Escritos” de Lacan al castellano podrían haber advertido a los editores de la nueva colección de textos reunida bajo el título de “Otros Escritos”. Pero, como veremos, no parece haber sido el caso.

La recopilación más importante de aquellos anteriores problemas fue la que hizo Marcelo Pasternac en aquél libro de título tan explícito: “1236 errores, erratas, omisiones y discrepancias en los Escritos de Lacan en español” (1). Gran parte de esas correcciones fueron tenidas en cuenta (aunque sin agradecimientos o referencias a la labor de Pasternac) en la reedición “revisada y corregida” (2) del 2008, siempre a cargo de la editorial Siglo XXI.

En el caso de esta nueva colección de escritos de Lacan, la editorial francesa es la misma (Seuil), pero la publicación de la versión castellana pasó a manos de Paidós. El grueso de la traducción estuvo a cargo de Graciela Esperanza y Guy Trobas. Sin embargo, las puntuales colaboraciones de Silvia Tendlarz, Vicente Palomera, Margarita Alvarez, Juan Luis Delmont-Mauri, Julieta Sucre y Antoni Vicens, todos ellos miembros de la AMP, junto a Jacques-Alain Miller, dan cuenta de cierta responsabilidad institucional en esta tarea (3). De lo cual cabría esperar el mayor cuidado y rigurosidad.

Hay otra situación a tener en cuenta, además, para esta edición. A diferencia de lo que ocurriera con la traducción de los “Escritos” (4), la mayoría de los textos incluidos en esta nueva recopilación ya fue objeto de algún trabajo de traducción al castellano. Y en algunos casos, esa traducción fue motivo de grandes discusiones. Por ejemplo, el famoso principio de la “Proposición...” de octubre de 1967: “*le psychanalyste ne s'autorise que de lui-même*” (5), y la discusión sobre cómo traducir “*de lui-même*”: o como “de él mismo” o como “de sí mismo”.

Vale decir, Graciela Esperanza disponía de propuestas de traducción previas, lo cual resalta las elecciones que ha tomado en cada caso, ya que esta traducción de “Otros Escritos” se presenta con validación “oficial” (6) y, por lo tanto, con pretensiones de definitiva.

Ahora bien, a medida que voy releendo estos textos de Lacan en estas nuevas ediciones (tanto la francesa como la castellana), voy encontrando errores, erratas, omisiones y discrepancias. No tengo disponibilidad para emprender una corrección sistemática de todo el libro. Mi relectura de estos textos se realiza en el orden y temporalidad que van generando mis lecturas, estudio, clases, etc. Pero advertido ya de lo que ocurrió en su momento con los “Escritos”, pensé que sería útil anotar y comentar los problemas que voy encontrando.

Creo que esta es una tarea que podría desarrollarse colectivamente, recopilando en un texto común los errores o problemas que cada cual vaya detectando, con los correspondientes comentarios y reflexiones.

En esa perspectiva, publicamos en este número de Acheronta (7), la primera versión, o primer avance de esta reseña de problemas, que luego iremos ampliando en los sucesivos números.

Quienes quieran participar pueden enviar sus colaboraciones, con los problemas de traducción que hayan detectado

Paso, entonces, a detallar los primeros errores que llevo registrados

El principio de autorización

Vamos a comenzar con el famoso principio de autorización del analista, planteado en la “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela”, y retomado en otras ocasiones, posteriormente. Encontramos la frase de la “Proposición...”, en la página 261 de “Otros escritos” (8)

- Página 261: “*el psicoanalista no se autoriza sino a sí mismo*”

En francés: “*le psychanalyste ne s’autorise **que de lui-même***” (página 243 de « Autres écrits »)
Este principio reaparece en la “**Nota Italiana**”, en las siguientes páginas de “Otros escritos”:

- Página 327: “*El analista no se autoriza sino **por sí mismo***” (subrayado mío)

En francés es « *l’analyste de s’autorise **que de lui-même*** » (página 307 de « Autres écrits »)

- Página 328: “*Aquello por lo que tiene que velar es que, **para autorizarse por sí mismo no haya sino analista***” (subrayado mío)

En francés es “*Ce à quoi il a à veiller, c’est qu’à s’autoriser **de lui-même** il n’y ait que **de l’analyste*** » (página 307 de « Autres écrits »).

- Página 328: “*Solo el analista, es decir no cualquiera, se autoriza únicamente **por sí mismo***”

En francés es « *Seul l’analyste, soit pas n’importe qui, ne s’autorise que **de lui-même*** » (página 308 de « Autres écrits »)

- Página 329: “*El analista, al no autorizarse sino **por sí mismo**, pasa su falta a los pasadores*”

En francés es « *L’analyste ne s’autorisant que **de lui-même**, sa faute passe aux passeurs* » (página 309 de « Autres écrits »)

También en “**Televisión**”, en la siguiente página de “Otros escritos”:

- Página 557: “*Profiero “el analista solo se autoriza **por sí mismo**”*”

En francés es « *Je profère « l’analyste ne s’autorise que **de lui-même** » »* (página 531 de « Autres écrits »)
Este principio de autorización fue planteado por primera vez en el texto definitivo que tuvo la “*Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela*”, publicado en el primer número de Scilicet (en 1968). No aparece en la versión oral, es decir, la que habría sido leída el 9 de octubre de 1967, que fue publicada recién en 1978, en la colección “*Analytica*”, como suplemento del número 13 de la revista *Ornicar?* (9).

Esta fórmula tuvo enormes consecuencias en el campo del psicoanálisis: liberó radicalmente la práctica analítica del corset de la autorización institucional y fue la estocada de muerte a la “jerarquía” del didáctico y a la “garantía” de la genealogía de los divanes. La amplitud de sus efectos se puso en evidencia cuando los mismos “lacanianos”, llegada la hora de defender sus propias ortodoxias institucionales, consideraron necesario restringir de algún modo ese planteo. El propio Lacan dio pie para ello en un breve comentario de su seminario del 9 de abril de 1974, cuando señala que las fórmulas de la sexuación podrían expresarse de un modo similar al principio de autorización del analista: « *l’être sexué ne s’autorise que **de lui-même***», “*el ser sexuado no se autoriza más que de él mismo*”, si se le agrega el complemento « *et **de quelques autres*** », “*y de algunos otros*” (subrayados míos), que, según Lacan, podría “equilibrar” su decir anterior. No conozco otra ocasión en que Lacan haya retomado o insistido en ese “equilibrio” (10), pero fue suficiente para que en el ámbito lacaniano ese “complemento” quedará “soldado” al principio, y la difusión habitual del mismo fuera tomando la forma de un aforismo (11).

El comentario viene al caso porque, más allá de la problemática de dicho principio, esta referencia viene a confirmar que, en francés, la fórmula (tal como lo he señalado en cada caso con las negritas) siempre contiene

- La preposición “**de**”, y no las preposiciones “**a**”, o “**par**”, o “**pour**” (es decir, la preposición “**de**”, y no las preposiciones “**a**”, ni “**por**”, ni “**para**”) (y ello, tanto en la fórmula del principio como en la del “complemento” propuesto en abril del 74: “**de algunos otros**”)

- La expresión "*lui-même*", y no "*soi-même*" (es decir, "*él mismo*" y no "*si mismo*")

Sin embargo, a pesar del carácter "oficial" (es decir, con el aval de Miller) que tuvo la traducción de Diana Rabinovich publicada en 1987: "*El analista solo se autoriza a partir de él mismo*" (12) (subrayado mío), por razones todavía no elucidadas, la misma fue progresiva y sistemáticamente sustituida, tanto entre los seguidores como entre los enemigos de Miller, por una variedad de otras expresiones (13) - "*El analista solo se autoriza a/de/para/por...*", "*El analista no se autoriza sino a/de/para/por...*", etc. - todas ellas concluyendo con "*sí mismo*".

Respecto de la primera parte de la fórmula cabe señalar que «*s'autoriser de*» es una expresión propia de la lengua francesa, que significa «*s'appuyer de*» (apoyarse de), «*se prévaloir de*» (prevalecerse de), «*se recommander de*» (recomendarse de), donde la preposición utilizada es siempre "de". Por lo tanto, la traducción correcta es "se autoriza de". Veremos más adelante a qué finalidad responde la sustitución de la preposición "de" por la preposición "por", como hace Esperanza en estas traducciones de "Otros escritos" (o por las preposiciones "para" o "a", que se pueden encontrar en otras traducciones y versiones). Por su parte, la sustitución de "*él mismo*" por "*sí mismo*", quedaría convalidada y sancionada por estas nuevas traducciones de Esperanza en "*Otros escritos*", tanto en el caso de la "*Proposición...*" (página 261), como de la "*Nota italiana*" (páginas 327, 328 y 329) y de "*Televisión*" (página 557)

"*Si mismo*", en francés, es "*soi même*", que no es lo que escribe Lacan. No es lo mismo el pronombre reflexivo "soi" que el pronombre de la tercera persona "lui". Si decimos "*sí mismo*" entonces todo gira en torno a la "persona" de aquél que se pretende analista, es decir, quien "se" considera, a "*sí mismo*", como tal. Recordemos que "*sí mismo*" es la expresión que suele usarse en psicología como equivalente de los términos "*Selbst*" en alemán y "*self*" en inglés.

Si el analista se autorizara por "*sí mismo*", entonces no tendría sentido la aclaración que Lacan agrega en la "*Nota Italiana*", cuando señala que su tesis no implica "*que cualquiera sea analista*" porque, "*en lo que ella [la fórmula del principio] enuncia, es del analista de lo que se trata, ella supone que lo haya*" (14) (subrayado mío). En francés es "... *en ce qu'elle énonce, c'est de l'analyste qu'il s'agit, elle suppose qu'il y en ait*" (15) (subrayado mío).

La tesis de Lacan es, en cierto sentido, "circular", como tantas otras "definiciones" suyas, por ejemplo, la del significante: "*un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante*". La fórmula del principio diferencia dos "analistas": el que se autoriza y aquello en lo que se autoriza (16). Hay un "analista", el primero, el que se autoriza, para el que vale "el" ("el analista"), y otro, segundo (en lo que el primero habrá de autorizarse), para el que vale "ello" ("*que lo haya*"). Es necesario que "haya" analista para que "el analista" pueda autorizarse como tal. El que "*haya analista*" es la fórmula que Lacan introduce en el seminario XV del "acto analítico": "*il y a du psychanalyste*", donde el "du", no es la contracción de la preposición "de" y el pronombre "el", en "del", sino un artículo partitivo, que es una figura del francés que no existe en castellano. Ese artículo partitivo siempre acompaña a sustantivos que no serían medibles. Lacan dice "*du psychanalyste*" como se dice "*du pain*" (pan) o "*du fromage*" (queso), es decir, como una partición de esa referencia (aunque la manera de obtener "*du psychanalyste*", obviamente, no sea la misma que la requerida para obtener "*du fromage*"). Dicha partición indica que, del mismo modo que a partir de "*du pain*" ("pan") no obtenemos forzosamente "*un pain*" ("un pan"), la autorización del analista no hace de este un "uno", es decir, "un" psicoanalista. El partitivo efectúa en la lengua lo que Lacan inscribe en la lógica con el no-todo (17). En otros términos, por esta misma relación de autorización, el analista es "no todo" analista, o lo que es lo mismo, no es "un" analista. Si "el analista" primero se reflejara en "sí mismo" estaríamos configurando la idea de "un" analista, lo que conlleva la pertenencia a una supuesta clase, para el caso, la de los psicoanalistas. De ese modo, en un solo paso quedan asociados la identidad – ser psicoanalista – y la pertenencia a la institución garante (18). En cambio, la tercera persona expresada en "*el mismo*" establece los límites de esa "mismidad".

Se comprende, también, la solidaridad del cambio de la preposición "de" por la preposición "por" en las traducciones de Esperanza, con este deslizamiento desde "*el mismo*" hacia "*si mismo*", prefiriendo el carácter instrumental de la segunda al carácter material de la primera.

Acerca del “entusiasmo” en la "Nota Italiana" ("Otros Escritos", páginas 327 a 332)

- Página 329: "*Es lo que el **analista** ha debido al menos hacerle sentir. Si **él** no lo **ha llevado** al entusiasmo...*" (subrayado mío)

El texto en francés, en la edición Seuil (19), es «*C'est ce que l'**analyste** a dû lui faire au moins sentir. S'il n'**en** est pas **porté** à l'enthousiasme...*» ("*Note italienne*", en "*Autres écrits*", página 309) (subrayado mío) Vayamos por partes. Comencemos por la segunda frase de esta cita.

Existe una traducción anterior de la "*Nota Italiana*", de Carmen Gallano y Vicente Mira, publicada originalmente en "*Fascículos de psicoanálisis*": "*La Escuela a ojos vista*", Coloquio Uno por Uno, Madrid, 17 Noviembre 1990, Editorial Eolia. Dicha traducción (20) (que circula desde hace años, con la correspondiente autorización de Jacques-Alain Miller), reza así: "*Si **ello** no **le lleva** al entusiasmo...*" (subrayado mío)

Y también tenemos una tercera traducción, que es la que se ha incluido en la edición argentina del libro de Colette Soler "*Los afectos lacanianos*". Luciano Lutereau y Agustín Kripper, bajo la supervisión de Pablo Peusner (y supongo que también de la autora) han optado por la siguiente forma: "*Si no es **conducido** al entusiasmo...*" (subrayado mío), con la siguiente aclaración en nota a pie de página: "*Lacan, J., "Note italienne", en "Autres écrits", op. ci., p. 309" (21), es decir, toman nota de la referencia original del francés. ¿Por qué los traductores de Colette Soler prefirieron innovar con "es **conducido**" en lugar del "**lo ha llevado**" o "**le lleva**"? No parece ser un simple "error" (22), puesto que el supervisor, Pablo Peusner, conocía muy bien la versión de Gallano y Mira (23). O es una decisión consciente, o un lapsus político (24). Como lo señalé en mis subrayados, en el texto en francés hay un "en" ("*s'il n'**en** est pas porté...*") que es completamente omitido en el libro de Soler ("*si no es conducido...*"), y que es traducido de modos diferentes por Gallano-Mira y por Esperanza. Los primeros traducen utilizando el pronombre neutro "*si **ello** no le lleva...*". En cambio Esperanza prefiere darle carácter masculino a dicho pronombre: "*si **él** no lo ha llevado...*". ¿A qué o quién refieren ese "**ello**" (Gallano y Mira) o ese "**él**" (Esperanza), que Soler directamente omite?*

Esto nos remonta a la primera frase, donde nos esperan nuevas sorpresas. La edición Seuil de "*Autres écrits*" modificó el texto original (o que considerábamos como tal hasta entonces). Como señalamos más arriba, en la página 309 podemos leer: «*C'est ce que l'**analyste** a dû lui faire au moins sentir*» cuando, desde su primera publicación en 1978 (en «*Lacan en Italie*») hasta ahora, en las diferentes publicaciones de la "*Note italienne*" siempre había figurado lo siguiente: «*C'est ce que l'**analyse** a dû lui faire au moins sentir*». Así figura también en la versión que ofrece el sitio de la EPFCL (ver [aquí](#)) así como en el "*Pas tout Lacan*" de la *école lacanienne de psychanalyse* (ver [aquí](#)). De hecho, así es cómo fue tomado en la traducción de Gallano y Mira (autorizada por Miller) desde 1990: "*Es lo que el **análisis** ha debido, al menos, hacerle sentir*" (25).

¿A qué se debe esta modificación del texto de la carta de Lacan en "*Autres écrits*"? Si solo se trató de una "errata" en la versión francesa, ¿por qué los traductores al castellano de la edición Paidós de "*Otros escritos*" no la hicieron valer como tal (26), y en cambio la han tomado por válida, escribiendo: "*Es lo que el **analista** ha debido...*" (página 329 de "Otros escritos")?

Si (como Lacan indica en el párrafo anterior) para saber "*ser un desecho*" ("rebut") (27), el analista "*debe haber cernido la causa*" de su "*horror de saber*", es evidente el contrasentido que implica decir que eso sea lo que "*ha debido, al menos, hacerle sentir*" su "**analista**" en lugar de su "**análisis**". Escribir "*analista*" implicaría una común medida entre "*la causa de su horror*", del analizante, y la de su "analista" (amén de la pregunta que surgiría respecto de cómo un "analista" podría "*hacerle sentir*" cosas a sus analizantes). En cambio si, como escribe Lacan, la "*causa*" que "*debe haber cernido*" es la de "*su horror, del propio, el suyo, **separado del de todos, horror de saber***" (28), entonces eso es algo que solo puede correr por cuenta de su "**análisis**".

Paradójicamente, el forzamiento, en la edición castellana del libro de Soler, de traducir "*conducido*", a pesar de ser anterior, cronológicamente, a la edición Paidós de "*Otros escritos*", se alinea cabalmente con las implicaciones de la modificación que ahí se hace de la frase anterior. En efecto, si es del "*analista*" de quien depende que el analizante "sienta" que es un "*desecho*", y así alcance el "*entusiasmo*" (que atestiguaría su conversión en analista), el verbo "*conducir*" resulta muy adecuado para dar cuenta de esa operación. Y la omisión lisa y llana del "*en*" francés es tanto o más "conveniente" que el forzamiento al que se ve obligada Esperanza con ese masculino "*él*" del pronombre de tercera persona

- Página 328: "*No-todo ser que habla podría autorizarse a **hacerse analista**. Prueba de ello es que el análisis es ahí necesario, aunque no es suficiente*" (subrayado mío)

En francés dice «*Pas-tout être à parler ne saurait s'autoriser à **faire un analyste**. A preuve que l'analyse est nécessaire, encore n'est-elle pas suffisante*» (29)(subrayado mío).

Gallano y Mira ya habían percibido que no es lo mismo decir «*faire un analyste*» que «*se faire analyste*», que es lo que correspondería a la traducción que propone Esperanza, y por eso se atuvieron a una traducción más literal: "*hacer un analista*" (30). Ahora bien, la introducción de ese "se" reflexivo en la traducción de Esperanza no cae del cielo. Es la consecuencia directa del modo en que traduce la fórmula de la autorización del analista, que aparece unos renglones antes, y que hemos comentado más arriba.

El psicoanálisis. Razón de un fracaso ("Otros escritos" páginas 361 a 369)

- Página 361: "*Una pizca de entusiasmo (...) acogió esas **palabras** que fueron entonces tan **desleídas** que la **espátula** no las abandonó más por diez años*"

En francés figura: «*Un rien d'enthousiasme (...) accueillit ces **propos** qui en furent si **gâchés là**, que la **gâche** ne les quitta plus pour dix ans*» (página 342 de «*Autres écrits*»)

En el término "espátula", Graciela Esperanza coloca una nota a pie de página donde señala: "*Juego de palabras entre el verbo "gâcher", una de cuyas significaciones es "desleir" o "diluir", y "gâche", "espátula, instrumento que puede usarse para este fin". Véase la nota nº 2 de "Alocución sobre las psicosis del niño", página 389 de este mismo volumen*".

Es evidente que hay un juego de palabras. También es cierto que uno de los significados asociados a "gâche" es el de espátula ("*Sorte de spatule dont se servent les pâtisseries*", "especie de espátula que utilizan los pasteleros"). Y también es cierto que uno de los sentidos asociados a "gâcher" es "diluir" o "desleir": "*délayer (le plâtre, le ciment, le mortier) avec de l'eau*". Con lo cual Esperanza transforma un juego fonético en un juego semántico. Pero ¿son esas las referencias implicadas en el juego? Obviamente, la discusión es una cuestión de interpretación.

Ahora bien, para cualquier oído, "*la gâche*" ya es en sí un juego de palabras (antes mismo de cualquier asociación con "*gâchés là*"), puesto que es homofónico de Lagache, uno de los fundadores, con Lacan, en 1953, de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis (en ruptura con la Sociedad Psicoanalítica de París, miembro de la IPA), pero que luego negoció con la IPA la llamada "excomunió" de Lacan, y con quien se plantearon rápidamente (en 1958, en el congreso de Royaumont) diferencias en torno a la noción de estructura: "*la estructura de que hablamos no tiene nada que ver con la idea de la 'estructura del organismo'*" (31) sostenida por Lagache. Y justamente, en el párrafo anterior de este juego de palabras, Lacan refiere a la metáfora y metonimia, para luego, en el párrafo siguiente criticar la "hipótesis psicológica" (32).

Por lo tanto, podríamos decir que el juego de palabras que propone Lacan funciona fonéticamente, que la asociación más inmediata con "*la gâche*" es Daniel Lagache, y que los sentidos que más convienen al verbo "gâcher", antes que diluir o desleir, serían los siguientes: "*Accomplir négligemment et grossièrement une tâche*" ("*realizar negligentemente o groseramente una tarea*"), "*Perdre ou compromettre quelque chose par un mauvais usage*" ("*perder o comprometer algo por un mal uso*"), es decir, más bien el sentido de "estropear".

No encuentro un sinónimo de “estropear” o una traducción de “*gâcher*” que permita mantener el juego de palabras al nivel fonético que exige la fijeza de la asociación con el nombre propio Lagache. Pero no estoy seguro que la “espátula” de Esperanza nos permita modelar una torta mejor que estas eventuales aclaraciones (que ella tampoco pudo obviar ya que tuvo que explicar la razón de su intento de juego semántico).

Discurso en la Escuela Freudiana de París

- Página 288: “pongo allí un no analista en perspectiva, aquel que se puede captar ...”

En francés dice: « j’y mets un non-analyste en espérance, celui qu’on peut saisir ... » (página 270 de « Autres écrits »)

Encontré en la página 59 (en la nota a pie de página número 60) del libro de José Attal “*El pase, ¿a título de qué?*” (traducción de Susana Bercovich) el señalamiento crítico de la traducción en “*Otros escritos*” de “*espérance*” por “*en perspectiva*”.

Transcribo la nota:

José Attal utiliza en estas líneas dos vocablos distintos en francés: “*espérance*” que en español significa “*esperanza*” (vertido por el equipo de traductores de este “*Discurso a la EFP*” en “*Otros escritos*” como “*en perspectiva*” – traducción que no adoptamos aquí) y “*espoir*”, que también significa “*esperanza*”. El autor juega con estos dos términos haciendo aparecer, entrelíneas, la idea de lo esperanzador, de un debutante que promete, idea que se pierde en la traducción “*en perspectiva*” de “*Otros escritos*”, pero que se mantiene con el vocablo “*esperanza*” que juega con “*espera*”

Cuál es el sentido de apelar a esta “*perspectiva*” en lugar de la traducción más apropiada por “*esperanza*”? (casualidades: la misma palabra que el apellido de la traductora, Graciela Esperanza).

Notas

- (1) Ver presentaciones de las ediciones de [Epeele](#) y de [Oficio Analítico](#)
- (2) En dicha reedición se indica que la revisión del texto corrió por cuenta del “equipo editorial de Siglo XXI y Gabriela Ubalini, siguiendo la edición francesa del texto integral”, sin explicitar ninguna de las revisiones o correcciones que se hicieron respecto de las ediciones anteriores.
- (3) La propia Gabriela Esperanza refiere que “tampoco estuve, ni estoy sola en esta empresa, mi amigo y colega Guy Trobas aceptó, por pedido de Jacques- Alain Miller, trabajar conmigo a la par en esta *tâche*, que desbordó y sobrepasó ampliamente el simple mote de “corrección”. Ver “[Intraducir a Lacan](#)”, revista Virtualia n° 25, noviembre 2012
- (4) La primera traducción al castellano, publicada por la editorial Siglo XXI, en 1971, estuvo a cargo de Tomás Segovia, con la supervisión de Juan David Nasio y del propio Lacan. Recomiendo la lectura del segundo capítulo (“Pequeña historia de la edición española de los *Escritos* de Lacan a través del testimonio de sus protagonistas”) del mencionado libro de Pasternac
- (5) Jacques Lacan, “Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l’Ecole”, en “Autres Ecrits”, Seuil, página 243
- (6) Jacques Lacan figura como autor, vía la autorización de su “heredero” Jacques-Alain Miller
- (7) Acheronta, revista de psicoanálisis y cultura – www.acheronta.org
- (8) Jacques Lacan, “[Otros escritos](#)”, editorial Paidós

- (9) La primera traducción al castellano estuvo a cargo de Irene Agoff y fue publicada en el primer número de la versión castellana de "Ornicar?", en la Editorial Petrel, Barcelona,
- (10) Las veces que retoma el principio, como, por ejemplo, en "Televisión" (página 557 de "Otros escritos"), siempre se mantiene fiel a la formulación dada en la "Proposición..."
- (11) Es común la siguiente redacción unificada: "el analista sólo se autoriza de sí mismo y de algunos otros", como si fuera una cita única. Ver recopilación de ejemplos en www.sauval.com/articulos/autorizaanexo.htm
- (12) Jacques Lacan, "Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela" (traducción de Diana Rabinovich), en "Momentos cruciales de la experiencia analítica", Editorial Manantial, Buenos Aires 1987, página 7
- (13) Ver algunos ejemplos en www.sauval.com/articulos/autorizaanexo.htm
- (14) Jacques Lacan, "Nota italiana", en "[Otros escritos](#)", Editorial Paidós, página 328
- (15) Jacques Lacan, "Note italienne", en "Autres écrits", Edition Seuil, página 308
- (16) Análogamente para la definición del significante: hay dos significantes, uno que representa al sujeto, y otro ante el que el sujeto es representado por el significante anterior. Con lo cual, aunque son dos significantes, no por ello podrían incluirse en la misma clase de los significantes.
- (17) Ver al respecto Guy Le Gaufey, "[El no-todo de Lacan](#)", Editorial Cuenco de Plata
- (18) Ver al respecto Raquel Capurro, "Del analista y del analizante", publicado en el [número 25](#) de la revista [Acheronta](#)
- (19) Hay otras versiones, como veremos a continuación
- (20) Está disponible en internet en el [sitio de la EOL](#)
- (21) Colette Soler, "Los afectos lacanianos", Editorial Letra Viva, página 126
Citado correctamente en la versión francesa "Les affects lacaniens", Ed. PUF, página 135
- (22) Sobre todo teniendo en cuenta que no se trata de la traducción de un pasaje de texto de Soler, sino de una cita de Lacan
- (23) Al menos desde julio de 2009, puesto que para esa fecha la incluye en su blog : ver [aquí](#)
- (24) Ver análisis del mismo en "[El 'afecto' del analista](#)".
- (25) Ver en el sitio de la EOL ([aquí](#))
- (26) Claro que, conociendo la actitud sumisa y disciplinada que los seguidores de Miller han tenido, históricamente, ante todos los problemas de establecimiento del texto que se han planteado respecto a los Seminarios, o los problemas de traducción de los "Escritos", no debería sorprendernos que dicha actitud prosiga, incluso ante alteraciones tan groseras como esta, de los escritos de Lacan
- (27) Aquí también tenemos algunos matices a tomar en cuenta. La palabra "rebut", en francés, tiene también un sentido de rechazo o descarte más fuerte que el que puede asociarse al término castellano "desecho". En francés, "rebut" significa también « Action de repousser d'une façon humiliante » ("acción de rechazar de modo humillante"), « Sans valeur, bon à jeter » ("sin valor, bueno para nada, o para descarte"), « Ce qu'il y a de plus vil » ("lo que hay de más vil").

Acuerdo con la traducción por “desecho”, pero creo que este es uno de esos casos en que valdía una aclaración de este tipo, por parte del traductor

(28) Jacques Lacan, "*Nota italiana*", en "[Otros escritos](#)", Editorial Paidós, página 329

(29) Jacques Lacan, "*Note italienne*", en "*Autres écrits*", Edition Seuil, página 308

(30) Ver traducción de Gallano y Mira en internet en el [sitio de la EOL](#)

(31) Jacques Lacan, "*Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache*", Escritos II, Siglo XXI Editores, página 630

(32) Jacques Lacan, “El psicoanálisis. Razón de un fracaso”, en “Otros escritos”, Editorial Paidós, página 362

O que escrevem as fórmulas da sexuação de Lacan? Sara Elena Hassan

...c'est de s'apercevoir qu'i'l n'y a pas que la petite façon à soi de tourner la salade.
Jacques Lacan (1)

As fórmulas da sexuação de Lacan, transmitidas em sua forma acabada no Seminário XX, “Mais Ainda” (*Encore*), constituem uma escrita inédita até então na psicanálise. O que é que elas escrevem? Por que esta cifra para a sexuação? Escrita estabilizada mas ao mesmo tempo inacabada, incompleta, inseparável de uma leitura, ou mais precisamente de uma enunciação, que é sua condição *sine qua non*: é necessário, no mínimo, comentá-la. A constância da escrita contrasta com a variabilidade e multiplicidade dos comentários e leituras.

A seguir, a escrita das fórmulas da sexuação:

$$\begin{aligned} \forall x \emptyset x & \quad - \quad \exists x - \emptyset x \\ \exists x - \emptyset x & \quad - \quad \forall x \emptyset x \end{aligned} \quad (2)$$

Este texto é uma abordagem introdutória de:

1. As fórmulas da sexuação como matema no ensino de Lacan e na transmissão da psicanálise.
2. A escrita do matema na perspectiva da relação da psicanálise com as ciências.

O **matema** da sexuação é, antes de mais nada, uma escrita de que Lacan se vale na transmissão da psicanálise, apresentada nos seus seminários por volta de 1971 (3). Esse termo envolve a formalização (4) de algumas noções psicanalíticas centrais, tais como “gozo”, “castração”, e “função fálica”, por médio de notações algébricas. Isto é, através de uma linguagem formal. Trata-se de fórmulas que escrevem os termos de uma estrutura e as relações deles entre si, ou também “operações e limites das operações” (5) .

Lacan deu várias definições diferentes do matema, entre 1971 e 1973, acompanhando essas variações algumas das vicissitudes do seu trabalho de transmissão, passando do uso do singular ao plural e vice-versa (6).

O matema se torna, ele próprio, uma noção desenvolvida principalmente no *Seminário 20, Mais ainda*, (*Encore*) (1972/73), e no escrito *Aturdido*, (*L'étourdit*) (1972). A etimologia do termo “matema”, em grego (μάθημα) “lição”, “conhecimento” (7), parece mostrar uma das vertentes inspiradoras dessa invenção de Lacan. Segundo J. C. Milner (8), houve ascensão e declínio do matema (9). Essa gangorra não é um périplo, ou seja, uma travessia na qual o ponto final se encontra exatamente com o ponto de partida. Pelo contrário, houve deslocamentos e avanços em mais de uma direção, feitos pelo próprio Lacan e pelos seus leitores. Lacan chegou a estabelecer uma doutrina, ou teoria do matema.

Encontram-se (10) reflexões sobre as notações algébricas bem antes de esta escrita ter sido chamada de matema. Assim, Lacan não confere ao seu significante S (A) barrado o sentido do Mana, que remete, para C. Levi Strauss (11), ao efeito do símbolo zero. Lacan afirma tratar-se, no caso dele, do significante da falta desse símbolo zero. Ele prossegue afirmando que se desvia dos algoritmos matemáticos para um uso próprio e menciona o seu uso do símbolo, também escrito como *i* na teoria dos números complexos, que só se justifica – continuamos citando Lacan – por não aspirar a nenhum automatismo em seu emprego subsequente. Isto é, Lacan parece sugerir que os algoritmos vão aparecer não apenas como os símbolos na antropologia estrutural, que ainda norteia suas referências, ou na matemática.

Do mitema ao matema

Em considerações sobre a função e a forma do matema J. C. Milner (12) examina as implicações do matema como aspiração de transmissão integral de um saber, e sua adequação ao paradigma matemático: a matemática seria para o matema o que a fonemática é para o fonema. Em termos estruturais, o matema funcionaria, então, enquanto unidade mínima de conhecimento, átomo de saber. Esse raciocínio é controverso (13) e introduz a questão das equivalências e relações entre as noções da psicanálise e os mitos, da psicanálise e as matemáticas, para mencionar apenas algumas formas de linguagem e disciplinas envolvidas.

Assim, cabe a pergunta sobre se os matemas da psicanálise são os mesmos da matemática.

Segundo Ana Vicentini de Azevedo (14) o mito é arranjo linguístico que dá lugar a prolíficos malentendidos. Segundo ela, para Freud, o mito grego, ao situar-se entre filosofia e religião, é uma metáfora para articular conceitos.

Dois mil anos depois da Grécia clássica, o que dizer dos matemas de Lacan? Se a intenção deste psicanalista foi captar em uma formalização aquilo que permanece sempre o mesmo (um real), a tomar da/ na variabilidade de uma clínica que é do um por um, clínica do particular, os matemas lacanianos não suprimem, o equívoco do inconsciente (*unebévue*): o mal-entendido é teimoso e insiste colado à transmissão de letras e signos que se apresentam, em um primeiro olhar, como independentes das subjetividades.

Por sua vez, o relato mítico articula contradições enquanto o matema expõe a contradição integrada à escrita de modo fundamentalmente diferente que no mito. Com Lacan há uma revisão e subversão do princípio de não contradição, em vigor desde Aristóteles como o demonstram Cassin – Badiou (15).

Há quem considere o matema como a retomada de uma dificuldade, de um impasse, pelo viés de uma outra dificuldade não menor, mas relativamente manejável, com fins de ensino, transmissão e relançamento da psicanálise, por Lacan, cuja escolha singular vai se dar nos últimos anos do seu ensino pela via das formalizações lógicas e matemáticas. Mas não como o único caminho ou estratégia, e isto por razões que têm a ver diretamente com a questão do inconsciente, como se verifica em textos como *L'étourdit* (O aturdido), no qual nos é apresentada uma coexistência entre matema e escrita poética.

Por outro lado, (16) Lacan contesta a ideia de que o matema, enquanto intervenção de transmissão da psicanálise, seja algo que possibilite estilos. Ele afirma: “O matema não é, certamente, o que torna possível o estilo de cada um” (17). Mas prossegue dizendo que S (A) não é um matema, mas algo do estilo dele que se parece fortemente com os matemas da matemática (18). Oscilação ou contradição de Lacan?. O fato de não possibilitar o estilo de cada um implicaria, necessariamente, sua exclusão como sendo algo do estilo de Lacan, o que, de alguma maneira o coloca em posição de mestre?

Lacan vai responder, naquele momento das Jornadas, a colocação/ objeção do matemático Petitot, que acaba de questionar a identidade matemática dos matemas na psicanálise. O psicanalista francês afirma que ele produziu verdadeiros matemas. Ele considera o matema como elemento terceiro e algo que vai contra o equívoco (*bévue*), que se faz entre ao menos dois.

Quais dois? Lacan parece se referir ao corpo próprio, por um lado, e àquilo que o “atrapalha” (*encombre*), (19) ou seja, a função fálica própria da condição falante do humano.

Podemos concluir, então, que Lacan procurou o matema como escrita à mínima, sempre a mesma, mas que se diz sempre outra.

Como e por que o matema?

O matema é, segundo J.C. Milner, “uma proposição de saber”. É nesse saber, ou na salada dos saberes então, que se trata de remexer? Na data de 2/12/71 Lacan introduz, indiretamente, a partir do que ele chama de “incompreensão matemática” algumas definições do matema. Algo do saber matemático está em jogo, transportado por Lacan para a psicanálise. Parece óbvio o envolvimento do desejo de Lacan, diferenciado neste ponto da posição freudiana. Aquele toma, para a psicanálise, recursos da linguística, da lógica, das letras da álgebra e não das ciências naturais (*Naturwissenschaften*), presentes na época de Freud, como ideais de ciência. Ainda cabe salientar, apesar disso, que Freud não abre mão de outros

saberes que considera necessários na formação de um psicanalista (20) nem deixa de esboçar rudimentos da matemática e da física: o eu como superfície, análise com ou sem fim etc.

“Para aquele que se dedica às conversas eruditas, fartas de sacadas geniais, de indicações luminosas, de erudição dominada, de audácias estilísticas, a proposição matematizada vai parecer opaca e esquelética”. “Ao mesmo tempo, elegante, organizada” (21).

Contudo, nas mãos de Lacan, a matemática não perde para as audácias de estilo (22), como se comprova pelos efeitos criativos que ele próprio obtém, ou aqueles gerados nos seus leitores. Assim, a teoria matemática dos nós dá suporte às buscas do Lacan por articulações do tripé SRI: Simbólico, Imaginário, Real. O que não impede a escrita do nó borromeano, no caso, ter sido lida como escrita poética (23). Nesse sentido, a construção das fórmulas da sexuação, feita a partir de fragmentos migratórios de saber retirados da sua disciplina de origem, recompõe-se em uma escrita nova a ser uma e outra vez resignificada, assimilável assim a um objeto de arte textual ou plástico.

O leitor de Lacan teria então a possibilidade de escolha entre a teoria matemática dos nós ou o escudo da família Borromeo, segundo suas preferências, ou mais precisamente segundo o sintoma de cada qual?

As fórmulas da sexuação são matemas. Segundo Le Gaufey (24), só elas podem ser consideradas verdadeiros matemas. “Matema primário”, para Milner, segundo veremos mais para a frente, apontam para um real fundamental na psicanálise, por circunscrever uma falha central no inconsciente, a “não-relação” sexual, em francês *“Il n’y a pas de rapport sexuel”*. Outras escritas anteriores da álgebra lacaniana rondam a mesma questão articulando de modo mais simples noções da psicanálise (gozo) com recursos da lógica (função, argumento, quantores, signo da negação).

Para Milner, o matema entra em cena no momento que ele chama de “segundo classicismo” de Lacan. O primeiro classicismo é norteado pela linguística estrutural e pela filosofia. O segundo é dominado pela matemática e pela lógica matemática.

Um horizonte de cientificidade permeia então esses achados de Lacan. A psicanálise seria condicionada pela ciência, ou seja *não e sem* a ciência.

Mas Lacan tem uma teoria da ciência diferente da ciência ideal para Freud, que considera a ciência como um ideal externo ao próprio campo da psicanálise, dado, no caso, pela biologia e pela física. Ou seja: envolve da parte de Freud um “assentimento que (ele) outorga ao ideal da ciência” (25). Lacan inverte a perspectiva e vai construir “para a ciência um ideal da análise” (26). Assim, ele desloca o lugar da análise e a coloca como ponto ideal para pensar a ciência, para forjar uma epistemologia, a partir da psicanálise.

Na teoria da ciência, Lacan vai privilegiar as ciências da linguagem, num primeiro momento.

Posteriormente serão as matemáticas, levando em conta o projeto Bourbaki, de uma lógica matemática inerente à ciência. “A ciência estrutura de maneira interna a maneira mesma do seu objeto” (27). No percurso que vai, em Lacan, do significante até chegar à letra, a ordem do matemático é considerada por ele não na sua condição de número, mas como letra.

Por sua vez, a doutrina do matema postula uma transmissão integral, dita “sem resto”, da psicanálise, dentro dos limites da existência da Escola de Lacan. Com a crise e a dissolução da Escola, fez-se necessário re-situar o matema. Esse “sem resto”, foi possível?. Refere-se a um enxugamento do imaginário, a uma poda dos resquícios do saber sabido prevalente no discurso universitário? O “integral” alude à inclusão conjunta de saberes diferentes? Novamente, a salada (dos saberes, no caso)...

O matema é uma fórmula, sempre a mesma. Diferentemente da episteme antiga, sua condição é inerente à ciência moderna: ela é despossuída de qualidades sem por isso remeter às quantidades. A sucessão de letras é condizente com uma “matematização estendida” na linguística dos anos 20 do século passado, na qual se funda o “galileanismo estendido” (28). Isto é, uma ampliação da matemática. Essa matematização é autônoma em relação ao aparelho matemático *stricto sensu* (geometria, aritmética, álgebra, teoria dos conjuntos, teoria das estruturas e etc).

O matema em psicanálise preserva a cada evento a mesma escrita, mas é sempre potencial e efetivamente diferente pela enunciação que a acompanha (comentários, leituras). Ele também não se segue a uma dedução. É isso que permite a Lacan marcar uma diferença em relação à escrita de fórmulas científicas pelo fato de incluir o incalculável, o imprevisível de uma enunciação. Guy Le Gaufey, por essa razão, parece considerar as fórmulas “*não galileanas*” (29), em sentido estrito.

Uma doutrina explícita do matema modificou a relação que Lacan mantinha com a matemática e com a matematização (30), na medida em que se propôs assegurar a transmissão integral de um saber, e adequar-se ao paradigma matemático.

A questão do paradigma (do grego "*paradeigma*" = etimologicamente, "modelo") da transmissibilidade na matemática que norteia Lacan nesse momento é por conta da *letra, não da quantidade*. A letra porta algo de positivo, é idêntica a si mesma, diferentemente do significante que envolve pura relação. A letra faz nó: é suporte de relações entre elementos, faz laço, vínculo.

Retomamos, então, algumas das condições/propriedades do matema, sem por isto pretender esgotá-las:

1. No matema, Lacan toma tudo do modelo matemático, exceto a dedução. Ele não se deduz de nenhum outro matema, nem outros são deduzidos dele. A procura do passo a passo na construção das fórmulas por parte de Lacan, como faz Guy Le Gaufey (31) no seu livro "*O não-todo de Lacan*", torna-se, então, um modo de lê-las, não como uma escrita enigmática, mas como produto de uma série de decisões tomadas na direção de situar o feminino, o "não-todo" que escapa à lógica fálica, em convergência com o discurso da psicanálise.

2. O matema se propõe como um cálculo local, que lemos aqui como circunscrito, delimitado, limitado a um fragmento de escrita. O local, então, é contraposto ao global ou seja ao conjunto integrado das proposições. Quais as relações, no caso, entre local e global? Não há dedução nem integração de uma escrita para outra.

3. O matema é "matriz de proposições empíricas", ou seja, aquelas que têm a ver com os fenômenos e a experiência. Para Barbara Cassin, as fórmulas lacanianas, tal como os silogismos no domínio do sentido, "são os apoios – *lêds béquilles* – que permitem, efetivamente, ao analista se movimentar e ser performativo no "au-sentido" (aspas minhas) onde ele é solicitado" (32).

4. No matema, o cálculo prevalece sobre a demonstração (matemática?) e até entra como elemento diferencial em relação a esta. Como entender aqui o que é cálculo? Cálculo remete, historicamente, a uma pequena pedrinha utilizada para marcar as operações sobre números e símbolos algébricos na matemática ou na lógica. O cálculo, a pedrinha é uma condensação química (em medicina) e também em linguística. A pedra do matema é que algo da ordem do *não-todo* insiste contra a intenção de uma transmissão "sem resto", na medida em que o equívoco acaba sendo re-introduzido no comentário das fórmulas.

A demonstração matemática ou prova é um argumento dedutivo para uma afirmação matemática. O argumento pode usar afirmações estabelecidas ou teoremas e também seguir o rastro até chegar a afirmações aceitas, os axiomas. Uma prova deve demonstrar que uma afirmação é sempre verdadeira. Uma afirmação não provada, que acredita-se ser verdadeira, é o que se conhece como conjectura. Entendemos então que os matemas de Lacan não se ajustam totalmente nem ao teorema nem à conjectura: não se trata, neles, apenas do verdadeiro mas do real na psicanálise que, por definição, escapa.

A busca de Lacan, norteadada pela novidade da colocação do projeto Nicolas Bourbaki, é a de um pensamento que não responde e até passe a ser disjuncto de critérios e regulações imaginários e qualitativos do pensamento. Trata-se de um quantitativo diferente, sem o número! (33).

Para Milner, só há matema a partir do "Aturdito" (p 146, 1996), texto que se articula ao Seminário XX, *Mais Ainda*, (*Encore*), onde se encontra a escrita final das fórmulas da sexualização. Milner chama essas escrituras de "matema primário" porque "*a psicanálise diz só uma coisa, sempre a mesma, há algum sexo*" (34) (p 147, 1996).

No seu artigo sobre Lacan e as matemáticas, Guy Le Gaufey afirma que os efeitos de matema não têm tido incidência sobre outras disciplinas, mas apenas sobre os leitores lacanianos do circuito mais próximo. O mesmo psicanalista afirma que o aforismo laciano "não há relação sexual" não pode ser lido exclusivamente como uma consequência da matematização da sexualização e que haveria razões históricas para isso, mas não vou desenvolvê-las aqui. Vou apenas salientar uma nuance moral que a palavra "aforismo" carrega. Argumenta aquele psicanalista que é a palavra de Lacan que prevalece, e o aforismo ganha força e eficácia pela autoridade de quem a pronunciou (35).

Nessa mesma vertente crítica, Guy Le Gaufey se pergunta pelas transformações operadas na introdução da teoria matemática dos nós para a psicanálise. Assim, na escrita lacaniana do nó borromeano, RSI são letras capturadas numa lei real (36), e não apenas iniciais de nomes, Real, Simbólico, Imaginário, como inicialmente na obra de Lacan. Para o autor acima, é por uma espécie de intuição homológica que Lacan produz as correspondências dos registros por ele cunhados com os nós (borromeanos). Interroga-se, a seguir, se isso é condição suficiente para dizer que as propriedades daqueles sejam extensíveis a estes.

Como situar então, em relação às fórmulas da sexuação, o aforismo lacaniano “Não há relação sexual”? As fórmulas são cronologicamente posteriores ao aforismo, e permitem fazer leituras em *après-coup* para questões da psicanálise tais como os discursos, os tempos da cura, o final da análise etc. De modo mais abrangente permitem se aproximar de fenômenos sociais contemporâneos que questionam modos tradicionais de abordagem da sexualidade.

Matema é um ponto de chegada que nada diz da sua construção, dos materiais a partir dos quais ele foi feito. Eis uma das preocupações de Guy Le Gaufey que o leva a realizar uma pesquisa minuciosa e uma leitura da construção do que pode ser chamado de “*novo prosdiorismo*” (37), o “nãotodo” das fórmulas, embaixo à direita, fazendo então uma análise dos passos que levaram Lacan até a formulação final. Construção é diferente de dedução.

Uma ambição de transmissão integral própria do matema, o que quereria dizer? Algo da transmissão da psicanálise excede o modo universitário de ensino e anuncia o debate sobre o que do discurso psicanalítico poderia ser “integrado” ao ensino universitário. O excesso é o indicado pelo matema, que envolve incompletude e sugere o impossível de se escrever, um real. Ao mesmo tempo, a escrita do matema aparece como artifício para tentar circunscrever o sentido: ele é preciso, equilibrado, quer eliminar os equívocos da língua, que por outra parte, são restituídos no momento da sua leitura. Esta é feita no contexto em que foi produzido e a partir do discurso em que foi concebido. É por isso que as letras do matema acabam sendo não congeladas nem vazias.

Com o matema aparece também uma vertente política, que remete à possibilidade e ao mesmo tempo à crítica da transmissibilidade da psicanálise na universidade.

Cientificidade da psicanálise

Podemos reconhecer vários momentos e posições de Lacan em relação à cientificidade da psicanálise (38)

Numa primeira posição a psicanálise é subsumida na ciência. Na trilha freudiana, Lacan vai até o Seminário XI e os Escritos (*A ciência e a verdade*), onde ele escreve “*sujeito da ciência psicanalítica*”. Mas, qual ciência? Ainda no mesmo Seminário afirma a ciência ter sido, no início, “*uma técnica sexual*”, um tanto de gozo mental.

Segundo momento de resposta: trata-se da ciência conjectural, paradoxal maneira de responder à possibilidade do encontro com a verdade, da qual o saber se distingue, localizando assim os dois polos do experimentado pelo sujeito da divisão entre o saber da verdade e o Real. Há, então, conjectura, e não certeza. O conhecimento resulta, então, barrado.

Terceiro momento de giro reflexivo: “*a ciência é uma ideologia da supressão do sujeito*” (Radiofonia, 1970). A psicanálise, segundo citação de GLG está construída como um delírio à espera da cientificidade? (39) Que tempo de espera seria esse, entre um delírio e a cientificidade?

O matema aparece então como *trompe l'oeil*, engana olhos na medida em que, num primeiro olhar, faria confundir uma fórmula científica com este outro tipo de “formulas”, chamadas “da sexuação”. ...Ou seja, há, para a ciência, uma posição do sujeito: ele fica de fora. Isto é, para fazer a ciência possível é necessário que o sujeito fique, de algum modo, excluído ou mais especificamente, foracluído (40). Nesse sentido a psicanálise tem um lugar reservado para si na história das ciências, na medida em que denuncia esse lugar e posição de exclusão. A inclusão é, até certo ponto, operada quando o psicanalista inclui o cientista em um discurso próprio, o discurso psicanalítico.

Quarto momento: Seguindo a demonstração de Karl Popper, Lacan conclui que a psicanálise não é uma ciência, porque suas proposições não são refutáveis. Define então a psicanálise como uma prática da palavra, em francês *bavardage*, que Lacan associa com babar, cuspir, salpicar” um “papotage” (41). Em “Momento de concluir”, seminário do 15/11/77 Lacan sustenta que é pela série/ pelo sério de

consequências (42) da prática da palavra que deve-se levar a sério a psicanálise, ainda que não se enquadre nas condições de uma ciência formuladas pelo filósofo acima.

Após Lacan, embates e debates atuais em relação ao que é ciência e a tendência a considerar como tal “aquilo que o cientista faz” relativizam critérios anteriores e abrem um espaço para o consenso da comunidade científica, ou seja, para a incidência direta de um coletivo na definição de ciência.

Pelo matema, apresenta-se algo assim como uma faísca de ciência a falar no âmago da psicanálise sem deturpar, entendo, e até fazendo valer o discurso próprio desta. Depende porém de como o sujeito poderá se colocar perante essa possibilidade.

Novembro 2013

saraelenahassan@hotmail.com

Notas

(1) Lacan, Jacques, palavras de fechamento das Jornadas da Escola Freudiana de Paris sobre os matemas da psicanálise, nas Cartas da Escola. *Journées de l'École freudienne de Paris* : “*Les mathèmes de la psychanalyse*” nas *Lettres de l'École*, 1977, no 21, p. 506-509. Nossa tradução: ...“da para perceber que nada mais há que o pequeno modo próprio de remexer a salada”.

(2) O traço – da negação é para se colocar, preferentemente, acima e não à esquerda dos quantificadores, bem como de.

(3) Em 4/11 e 2/12/71, segunda aula do Seminário “...ou pire”. Lacan fala da sua intenção de introduzir uma fórmula para “*Il n'y a pas de rapport sexuel*”.

(4) Formalização: é um tipo de sistema lógico-dedutivo constituído por uma linguagem formal, uma gramática formal que restringe as expressões corretamente formadas por dita linguagem e as regras de inferência, e um conjunto de axiomas que permite encontrar as proposições deriváveis de ditos axiomas. Linguagem formal, é uma linguagem cujos símbolos primitivos e regras para unir esses símbolos estão formalmente especificados (fonte: internet em Wikipedia, 2/11/2-13).

Em Brunschwig, J., lido por Lacan, podemos ler as incidências do formalismo. Para àquele autor, “A adoção de um simbolismo inteiramente artificial não é, com efeito, mas que um meio de satisfazer a exigência essencial do formalismo que é, para retomar ainda os termos de Lukasiewicz, a seguinte:” “O formalismo requer que o mesmo pensamento seja sempre expresso por meio de uma série de palavras exatamente a mesma, ordenado de uma maneira exatamente a mesma. Quando uma prova é posta em forma segundo esse princípio, estamos em condições de controlar a validade sobre a base de sua forma exterior somente, sem fazer referência à significação dos termos empregados na prova”. A seguir “Nada impede em princípio, de fazer da linguagem natural um uso formalista...”

Lukasiewicz está se referindo aqui ao uso, pelo Aristóteles, desta linguagem que leva em conta o significado das palavras, a diferença dos símbolos da linguagem formalista. Versão para o português da autora: “*La proposition particulière et les preuves de non-concluança chez Aristote*”, em *Cahiers pour l'Analyse* 10 , p.3-4.

(5) Pinheiro, Luiza Elena: comunicação. Inédita, São Paulo, 2013.

(6) Apud. Elisabeth Roudinesco, 1997.

(7) Fonte internet, Wikipédia, 1/11/2013

(8) Milner, J.C. La Obra clara, Manantial, Buenos Aires, 1995

(9) Milner, J.C. ibid

(10) Lacan, J. “Subversão do Sujeito e Dialética do Desejo”, p. 821 ; 1960, em Escritos, adendos ate 1971.

- (11) Palavra-mana, segundo C. Lévi -Strauss, se refere a palavras sem referente nem sentido precisos, dando-lhe o nome de significantes flutuantes, sem correspondência com um significado ou com significados precisos, com valor simbólico zero. A literatura, entre outros, aproveita esta brecha, energética sem dúvida, entre significante e significado.
- (12) J.C.Milner, *ibid* p.130.
- (13) Roudinesco, E. e Plon M., *Dictionnaire de la Psychanalyse*, 1997.p 667 da edição em alemã. Os autores colocam o termo “mitema”, unidade do mito para Lévi Strauss, na origem do termo “matema” em Lacan.
- (14) Ana Vicentini de Azevedo, *Mito e Psicanálise*, Jorge Zahar, Rio de Janeiro, 2004.
- (15) Badiou A. e Cassin B. Os autores revisitam o método da refutação de Aristóteles pelo qual ele praticamente implanta o princípio em questão. *Il n’y a pas de rapport sexuel*, Ouvertures, Fayard, 2010.
- (16) Lacan, Jacques, *Le style de chacun, ce n’est certainement pas le mathème qui le rend possible*. Jornadas de fechamento sobre os matemas da psicanálise, 1977.
- (17) A versão do francês para o português é da autora.
- (18) Jornadas dos matemas, 1977.
- (19) *Encombre*, é *ipsis litteris*, o termo, que aqui consideramos ironico, de Lacan no original.
- (20) Freud, S. Sobre o ensino da psicanálise (1918-1919): *Al investigar los procesos psíquicos y las funciones mentales el psicoanálisis se ajusta a un método particular, cuya aplicación en modo alguno está limitada al campo de las funciones psíquicas patológicas, sino que también concierne a la resolución de problemas artísticos, filosóficos o religiosos, suministrando en tal sentido múltiples enfoques nuevos y revelaciones de importancia para la historia de la literatura, la mitología, la historia de las culturas y la filosofía de las religiones. Por consiguiente, dicho curso general habría de ser accesible asimismo a los estudiantes de estas ramas de la ciencia. Edición electrónica Nueva Helade.*
- (21) Milner, J.C., “*Para quien se dedica a las conversaciones eruditas, rebosantes de atisbos geniales, de indicaciones luminosas, de erudición dominada, de audacias estilísticas, la proposición matematizada parecerá opaca y esquelética.*” p. 29, *La Obra Clara*, Manantial, Buenos Aires, 1996.
- (22) Orellana, Jorge Baños: questões sobre o estilo de Lacan são amplamente desenvolvidas pelo autor em “*El idioma de los lacanianos*”, Editorial Atuel, Buenos Aires, 1995.
- (23) Assim o fez Jonathan Scott Lee, autor americano, apud. Roberto Harari, Amorrortu Editores, 1996 em *Como se llama James Joyce?* p.23
- (24) Guy Le Gaufey, Lacan et lês mathematiques. *À la recherche de un roc de la pensée*”, em *Les mathemes lacanniens*. Essaim 28, 2011 Essaim, Revue de Psychanalyse 28, Printemps 2012.(www.essaim.net/), em 2013. Este texto, e “*El notodo de Lacan*”, Ediciones literales, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2007, foram referências fundamentais na orientação do presente artigo.
- (25) Milner, J.C., p 37, 1996
- (26) Milner, J.C., p 39, 1996
- (27) Milner, J.C., p. 38, 1996
- (28) Milner, J.C., p. 99, 1996

- (29) Le Gaufey, G. Não passíveis de redução e cálculo. Ibid 2011.
- (30) 1996, p. 129-130
- (31) Le Gaufey, Guy, *El notodo de Lacan, Ediciones literales, El cuenco de plata*, Buenos Aires, 2007. A questão de como as fórmulas foram construídas praticamente atravessa o livro citado.
- (32) Badiou, A e Cassin B. em "*Il n 'y a pás de rapport sexuel*", p. 59, Fayard, 2010
- (33) 1996, p. 143
- (34) 1996. P, 147
- (35) Seminário de 2012 em Buenos Aires, sobre "Não há relação sexual".
- (36) 1996. P 148
- (37) Prosdiorismos, em Aristóteles: Todo, Algum, Nenhum.
- (38) Feinsilber Edgardo, *De la cientificidad conjetural al psicoanálisis poético*. Comunicação CEG, Paris 2010. Fonte internet, em francês. *De la scientificité conjecturale à la psychanalyse poétique - Colloque de Chengdu- China, 2006*
- (39) Le Gaufey, G. *Les mathemes lacanniens*. J. Lacan, citação por Le Gaufey, "*Le Sinthome*, séance du 11 jan, 1977".
- (40) Foraclusão: termo específico de Lacan para as psicoses, com sentido de expulsão / exclusão é ampliado nos últimos seminários.
- (41) Neologismo da autora condensa "papo", na gíria do Brasil, "conversa", e "*potage*", em francês, espécie de sopa, no caso, feita de palavras.
- (42) Lacan, J. "Momento de concluir", seminário do 15/11/77.
- Agradecimentos a Luiza Helena Pinheiros, Ana Vicentini de Azevedo e Joanita Mota pela leitura e revisão do português.

De la estructura del lenguaje en Jacques Lacan

Fabián Becerra Fuquen

Lacan desarrolla su teoría del lenguaje bajo los fundamentos teóricos del orden de la ciencia del lenguaje (la lingüística) y por otra parte del estructuralismo, al mismo tiempo hace uso de herramientas matemáticas y topológicas para hacer más inteligible algunos postulados. "Para que Lacan introdujera el concepto de inconsciente en sus elaboraciones fue necesario que en él tuviera lugar la síntesis de múltiples pensamientos de otros autores" (Fernández, 2001:163), sin embargo, esta construcción de Lacan, no se trata de una extensión de estas disciplinas, sino del uso de sus elementos que con ciertos giros permiten enriquecer la teoría psicoanalítica, ya que este autor efectúa un retorno a Freud, sin dejar de lado, algunos de estos elementos que le permitieron pensar una nueva teoría de la estructura del lenguaje, es decir, del significante; de esta manera, hace comprensible la lógica del inconsciente. "Se comprende entonces que Lacan requería, por derecho, una teoría completa de la estructura, (...) que esta teoría sea inmediatamente una teoría del significante y que la teoría del sujeto constituya necesariamente su núcleo duro" (Milner, 2003:148). De tal razón que todo este articulado conforma uno y el mismo elemento teórico, la del lenguaje y el sujeto, que no es otra cosa que la existencia del sujeto en el campo del significante.

En consecuencia, este entramado, que no deja de ser un entramado sobre el lenguaje en Lacan, incurre para evidenciar el estatuto del sujeto. El lenguaje en Lacan, está allí para cumplir una función creadora. Crea al sujeto, quien a su vez irrumpe en el lenguaje, se trata de un vínculo recíproco. La estructura por sí misma no significa nada si no existe su expresión donde incurre siempre la cuestión del sujeto. *Es el sujeto en cuanto es representado por un significante para otro significante*, y el significante no es aprehensible en su significación si no aparece allí una señal del sujeto. Por tanto, comprendida la razón estructural que constituye el lenguaje en Lacan, es conveniente observar sus dimisiones llevadas al campo del saber del inconsciente, es decir, el sujeto como efecto.

Por consiguiente, en este texto se desarrolla una serie de apartados que permiten pensar paso a paso la articulación entre las diferentes nociones que se ponen en juego a la hora de pensar el lenguaje y con este al sujeto. En un primer momento se despliega las nociones de lingüistería y lalengua en Lacan, para advertir dónde recae el interés del autor al momento de pensar el lenguaje y con éste el sujeto que se constituye allí, en un segundo momento, se indaga acerca de la articulación que el psicoanálisis tiene con la lingüística y estructuralismo, permitiendo ubicar sus diferencias y puntos de anclaje, para luego comprender el proceso teórico de la noción de estructura en J. Lacan, y con aquel el de la supremacía y la lógica del significante. Logrando así, un despliegue de la noción del lenguaje en Lacan, que permite pensar la constitución y estructura del sujeto que no es sino del lenguaje.

1 - De la Lingüistería y Lalengua.

Para iniciar este apartado, se cree conveniente advertir que este interés de Lacan sobre el lenguaje, y su inclusión en la disciplina del inconsciente, es decir, el psicoanálisis, no es para establecer una continuidad o evolución de las disciplinas del lenguaje, por el contrario, Lacan adecua estos elementos tomados de estas para lograr mayor comprensión en la lógica del inconsciente, a partir, de la lógica del lenguaje, por tanto, de lo que se trata en Lacan, no es otra cosa que, de la *Lingüistería y Lalengua*.

El psicoanálisis, apunta a lo que en el habla sobresalta por su irregularidad, el lapsus o el olvido que revela irrupción de los procesos primarios, el trastorno y el corte en el flujo discursivo. Se focaliza sobre lo no sistemático ni formalizable que se ubica más allá de la lengua y de las estructuras sintácticas superficiales y profundas de la lingüística contemporánea. Su meta teórica y práctica es la de simbolizar el sexo (hacer consiente lo inconsciente) y sexualizar el símbolo (mostrando cómo ese inconsciente se presenta en el discurso concreto). Su objetivo confesado es el de desbaratar por el juego de la palabra lo que ese juego de la palabra, la significancia, ha configurado: el síntoma y, dentro de él ese síntoma privilegiado que es el fantasma imaginario del yo. (Braunstein, 1982:214).

Así se evidencia las diferencias que distingue el lenguaje al que le interesa la lingüística del lenguaje que le interesa a Lacan, pues, al parecer son dos elementos que comparten algunas semejanzas pero de lo que habla uno y otro son en realidad cosas diferentes. Esto Lacan lo advierte con sus palabras: "apropósito de

esa hiancia que he querido expresar un día, distinguiendo de la lingüística lo que yo hago aquí, esto es, lingüistería". (Lacan, 2001).

La lingüística escapa a aquello con lo que Lacan sitúa lo inconsciente, pues, mientras que a la lingüística le interesa las regularidades en el decir y en el relato, en relación a los signos y las cosas, al psicoanálisis, le interesa al sujeto, al sujeto lingüista, es decir, el ser-hablante, el *parlêtre*, donde irrumpe el deseo con respecto al goce, dando cabida a lo que Lacan llama la *Lingüistería*: "es crucial comprender que este nombre se forma como un nombre de artesanado (respetable: carpintería, panadería, etc.) y sobre la palabra *lingüista* antes que sobre la palabra *lingüística*." (Milner, 2003: 152). Aquí, está implícita la cuestión de la función del lenguaje, donde se encuentra el sujeto traspasado por el efecto del lenguaje, dividiéndolo. Por ello su acento al final, en la lingüistería, porque de lo que habla es de la hiancia, de las grietas que ha dejado la incursión del lenguaje en el sujeto.

Ahora, esta *lingüistería* advierte su propia construcción del lenguaje, por tanto, es del lenguaje de la *lingüistería* de la que habla Lacan, más que del lenguaje de la lingüística, sin embargo, su acabado proviene de él, por tanto, más que tratarse de un desarrollo sobre "la lengua", se trata, de un desarrollo sobre "*Lalengua*".

En la lingüística, la lengua es un tramado de signos que advierten un sistema convencional en una comunidad, por tanto, cada comunidad tiene su lengua, y lo que plantea Jacques Lacan, es que a pesar de ello, existe otra lengua, para ir más lejos, *Lalengua* del Otro que interviene en el sujeto, haciéndola única para cada ser-hablante.

Lalengua, como se ve, queda ubicada entre el lenguaje y el inconsciente, producto, este último de la reflexión psicoanalítica (ya que no hay inconsciente sin el psicoanálisis). *Lalengua* puede ser definida como aquello que de lo simbólico, del lenguaje, es estructurante del sujeto, como la forma en que el lenguaje se encarna en un cuerpo y se hace cuerpo. La lengua nos afecta de entrada por todo lo que ella conlleva como efectos que son afectos... Estos afectos son los que resultan de la presencia de *lalengua* en tanto, que por saber, ella articula cosas que van mucho más allá de eso que el ser hablante sostiene de saber enunciado... el inconsciente es un saber, un saber hacer con *lalengua*. (Braunstein, 1982:220).

En consecuencia, es en y por *lalengua* donde el sujeto se constituye como hablante, como *parlêtre*, tachado por el significante, representado el sujeto por Lacan con una barradura (\$), producto del proceso de castración, ya que "*lalengua*, es el escenario donde confluyen el deseo y la ley para configurar un sujeto hablante". (Braunstein, 1982:216).

Ahora, todo este entramado no es comprensible, sin antes alcanzar algunos elementos de la estructura que sostiene este lenguaje que irrumpe en el ser del sujeto, dando lugar al psicoanálisis y en consecuencia, a lo humano, por tanto, es conveniente iniciar todo el proceso de aprehensión del lenguaje en Lacan, a partir de la comprensión de su estructura, saber cómo está estructurado el lenguaje en Jacques Lacan, y con ello comprender su función en relación al sujeto.

2 - Del estructuralismo a la estructura del lenguaje en Lacan.

El estructuralismo se percibe diverso y ramificado, debido a los diversas disciplinas donde éste se desarrolla: la filosofía, la antropología, psicología, literatura, etc., sin embargo, si es posible hablar de este movimiento, no es por su objeto, porque este varía dependiendo la disciplina, "si cabe hablar, pues, de estructuralismo en singular lo es en función del método" (Bolívar, 1990:9), es decir, tales ramificaciones son consideradas estructuralistas porque tienen elementos de familiaridad como punto de convergencia en el método. Su influencia metodológica parte del análisis estructural de la lingüística de De Saussure, debido a que toda extensión humana está constituida por funciones simbólicas (sistema de signos), por tanto, en el estructuralismo se agrupan todas aquellas disciplinas que tratan los hechos sociales y culturales como signos, o sea, como significado y significante (concepto e imagen acústica). Y esto se evidencia en las palabras de quien es considerado el autor más representativo del estructuralismo, Claude Lévi-Strauss:

El lenguaje aparece también como condición de la cultura en la medida que ésta posee una arquitectura similar a la del lenguaje. Una y otra se edifican por medio de operaciones y correlaciones, es decir, de relaciones lógicas. De tal manera que el lenguaje puede ser considerado como los cimientos, destinados a

recibir las estructuras que corresponden a la cultura en sus distintos aspectos, estructuras más complejas a veces, pero del mismo tipo que las del lenguaje. (Lévi-Strauss, 1994:110).

Así, surge un carácter dinámico que descansa bajo la idea de *estructura*, que es opuesta a la razón analítica y a la razón histórica, pues, la razón estructural, “no es el paso de lo complejo a lo simple o viceversa, sino <<la sustitución de una complejidad menos inteligible por otra más inteligible>> (...) [de tal manera que] las estructuras no son, en última instancia, realidades empíricas observables sino – metodológicamente hablando– principios explicativos” (Bolívar, 1990, pp.11-38), que se sostienen a partir de la lógica interna (estructura) que explican los cambios. De esta forma, se subraya los intereses del estructuralismo, en relación al objeto, pues, no le interesa plantear problemas de génesis (diacronía), advirtiendo la razón analítica e histórica, sino problemas de estructura (sincronía), es decir, localizar o identificar una operación como estado interno de un sistema, dando primacía a las articulaciones de los *signos*, apartando por tanto, cualquier preocupación por la cuestión de la verdad y sentido del objeto o hecho, pues, se parte del principio metodológico: “el acontecimiento debe ser suspendido, en cuanto *factum* portador de un sentido o valor, para remplazarlo por la productividad de la estructura que es la matriz de nuevas situaciones internas del sistema.(...) [Este sistema se trata del] agrupamiento de operaciones y transformaciones de sus propios estados según el código estructural” (Bolívar,1990:13). Al darle primacía a la *estructura*, se excluye y descentra al sujeto como factor explicativo, dejando de representar el papel central de la verdad, para pasar a ser un simple nudo en la red de la estructura, evidenciando la función del lenguaje, pues, se puede anticipar con Lacan que “seguir la estructura, es asegurarse del efecto del lenguaje” (Lacan,1980:16).

A lo anterior se añade, que al estructuralismo sólo le interesa la *actualidad* del orden estructural que compone el todo del evento u objeto, en otras palabras, se adapta a la nueva situación y en este adaptarse se integra la historia del evento en su *estado actual* (en el plano sincrónico), a partir del evento estructurado por sus propias partes, y sólo desde éstas se comprende su totalidad, pero no se trata de una totalidad determinada simplemente por sus partes, sino por la articulación interdependiente de éstas, de tal manera, que no se puede tomar una parte por si sola como independiente, sino como parte de un todo estructural, pudiendo determinar una *cadena*, hasta el punto en que una modificación cualquiera de una de estas partes, acarrea una modificación de todas las demás; este dinamismo, es lo que permite que haya estructura.

Otro elemento que aparece de manera trascendental en el estructuralismo, es precisamente ese carácter de dirigirse a lo que aún siendo desconocido adopta una condición inteligible trascendiendo el carácter cartesiano, que socavaba el acceso al nivel de lo real inconsciente, que por medio de la estructura se evidencia un dinamismo que antes parecía inexistente, pero que en realidad permanecía oculto. Entonces, el estructuralismo permite pasar de los hechos u objetos estrictamente manifiestos, que son puro acto de conciencia, a lo latente, es decir, a lo estructural, aquellos hechos u objetos que permanecen ininteligibles para hacerlos inteligibles, a partir de un orden estructural, evidenciando de esta forma, que todo hecho de superficie posee un cuerpo en lo profundo, donde se encuentra su “real” comprensión. El estructuralismo en este sentido hace desvanecer los misterios, y expone las ideas teóricas con claridad a partir de correlaciones lógicas elementales que al combinarse pueden tornarse complejas.

Por otra parte, para comprender mejor la noción de *estructura* es conveniente partir del principio universal de que toda *estructura* se basta a sí misma y no requiere para ser captada, el recurso de elementos extraños a su naturaleza, es así mismo dinámica y autorregulativa, es decir, que “las transformaciones tienden a la conservación y equilibrio del sistema, el cual tiene primacía sobre los elementos, en el sentido que es el conocimiento del sistema el que permite el reconocimiento de los elementos” (Bolívar, 1990:37), sin embargo, debido a las ramificaciones del estructuralismo en los diversos campos donde se desempeña, una noción universal de *estructura* puede volverse tan incierta, como inaprensible, sólo adquiere un sentido en un aspecto plural de su noción, a partir de los intereses y desarrollos de cada una de las disciplinas que hacen parte del estructuralismo. “Uno y otro revelan los múltiples usos a los que se presta la noción, y ponen de manifiesto cuan vano sería pretender dar una definición unívoca de ella una vez superado cierto nivel de generalidad.” (Viet, 1979:8).

Por tanto, para incurrir en la cuestión de la estructura pensada sólo desde el psicoanálisis, es conveniente incidir en la relación existente entre psicoanálisis y lingüística, ya que si el fundamento y reconocimiento del estructuralismo se da a partir del método de la lingüística estructural, convendría analizar esta relación con más detalle, planteando la pregunta: ¿Cuál es el interés del psicoanálisis frente a la lingüística

estructural, se trata de un interés metodológico de parte del psicoanálisis sobre la lingüística, o sólo le interesa algunas propiedades del lenguaje que la lingüística establece?

2.1 - Psicoanálisis y Lingüística.

Como ya se ha enunciado, Jacques Lacan evidencia un gran interés sobre la lingüística estructural planteada por De Saussure, sin embargo, los métodos característicos de esta disciplina no son de mayor utilidad para Lacan, su principal preocupación radica en las propiedades que la lingüística estructural expone del lenguaje, y esto se fundamenta en el aforismo: *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*, “cuya interpretación inmediata es: admito que un lenguaje tiene propiedades de estructura –y esto la lingüística lo demuestra–, el inconsciente tiene las mismas propiedades” (Milner, 2003, pp.144-145), entonces, siendo la lingüística quien demuestra tales propiedades en el lenguaje, deben comprenderse con detalle para comprender tales propiedades de estructura que se evidencian en el inconsciente.

La lingüística que interesa a Lacan es una lingüística que sostiene dos tesis: a) que se conocerá el lenguaje imponiéndose retener solamente de él las propiedades mínimas de un sistema cualquiera; pero también b) que sólo un sistema tiene propiedades. El nombre convenido del sistema cualquiera es justamente el de *estructura*; de ahí el nombre de estructuralismo. (...) Si el nombre del sistema cualquiera es <<estructura>>, el nombre del sistema cualquiera reducido a sus propiedades *mínimas* es <<cadena>>. (Milner, 2003:145).

Ahora bien, se evidencia que el interés particular de Lacan por la lingüística, radica en la comprensión de la *estructura*, a partir de sus propiedades mínimas, es decir, de su *cadena*, pues, como se ha subrayado con antelación, la estructura está determinada por el lenguaje, puesto que la estructura presenta unas leyes internas de composición, que permiten el funcionamiento del sistema como una red o *cadena* de relaciones que vinculan los elementos entre sí, tal como sucede con la *lengua* en De Saussure, que está compuesta por una *cadena* de *signos*, que están mediados bajo la correspondencia interna entre *significante* y *significado*. De esta forma, la lingüística, trata la lengua como una estructura del que sólo interesa la *cadena* (propiedades mínimas) de asociación, siendo los elementos centrales de este sistema cualquiera; así, dicha cadena que se retiene en la estructura, está directamente relacionada a la relación *significante* y *significado*, “el signo es entonces el elemento; es por lo tanto, la estructura. En particular, la ontología saussureana de signo es la ontología que la estructura requiere” (Milner, 2003.157), por consiguiente, éstas son las propiedades mínimas que le interesan al psicoanálisis en Lacan, es decir, las del *signo lingüístico: significante y significado*.

Entonces, de lo anterior surgen dos interrogantes, el primero: ¿Cuál es la noción de estructura en Jacques Lacan?, y el segundo: ¿Qué empleo podría advertir Jacques Lacan sobre estas propiedades mínimas (*significante* y *significado*) en su desarrollo teórico? En primera instancia es conveniente esclarecer la primera cuestión, para poder continuar con el segundo interrogante.

2.2 - Noción de estructura en Lacan.

La noción de *estructura* formulada por Jacques Lacan tiene sus influencias de manera considerable de la teoría de Claude Lévi-Strauss, quien recogió los trabajos sobre este concepto de la base teórica de la lingüística de Ferdinand De Saussure; quienes han sido vinculados al movimiento denominado estructuralista, al que también se le ha atribuido a Lacan algún acercamiento, sin embargo, éste, prefiere no ser asociado en aquel movimiento, ya que su enfoque plantea elementos disimiles, por tanto, Lacan, es asociado al estructuralismo con tesis que al mismo tiempo lo separan de él.

De acuerdo con lo anterior, se parte de las características y principios de la estructura ya enunciados con antelación, donde la identidad de la estructura se desarrolla bajo los principios de autorregulación, transformación y totalidad, puesto que éstos son parte de las reflexiones de Lévi-Strauss, y podrían resumirse en las siguientes cuatro condiciones que propone este autor:

En primer lugar, una estructura presenta un carácter de sistema. Consiste en elementos tales que una modificación cualquiera en uno de ellos entraña una modificación en todos los demás. En segundo lugar, todo modelo pertenece a un grupo de transformaciones, cada una de las cuales corresponde a un modelo de la misma familia, de manera que el conjunto de estas transformaciones constituye un grupo de modelos. En tercer lugar, las propiedades antes indicadas permiten predecir de qué manera reaccionará el modelo,

en caso de que uno de sus elementos se modifique. Finalmente, el modelo debe ser construido de tal manera que su funcionamiento pueda dar cuenta de todos los hechos observados. (Lévi-Strauss, 1994:301).

Así, Claude Lévi-Strauss, hace aportaciones de gran magnitud no sólo a la construcción del movimiento estructuralista, a partir de su obra antropológica, sino a los avances que Jacques Lacan logra desarrollar en la comprensión del inconsciente a partir del orden estructural del lenguaje. En una pregunta hecha a Lacan en EE.UU. por su relación con Lévi-Strauss, "confesaba: *le debo mucho, si no todo. Lo que no quita para que yo tenga de la estructura una visión muy distinta de la suya*" (Bolívar, 1990:84). Aunque Lacan tiene gran influencia de este autor, produce su propio esbozo estructural.

A continuación, la estructura en Jacques Lacan, si bien evidencia elementos homólogos del estructuralismo fundamental, como por ejemplo, que *la estructura está constituida por el lenguaje*, también expone algunos cambios, en particular uno que caracteriza su noción de estructura, a saber: *La falta*, es decir, que si el principio fundamental del estructuralismo radica en la estructura como un sistema que se constituye por sus partes interdependientes para constituir una totalidad, en Lacan, esta totalidad, se constituye como incompleta, de tal forma, que está mediada por una falta, una ausencia de totalidad, por tal razón, Lacan enuncia: "La estructura es primero un grupo de elementos que forman un conjunto *co-variante*." (Lacan, 1993:261). Aquí, reemplaza el término totalidad por conjunto, pues, lo constituye como un conjunto abierto donde falta siempre algo para la totalidad, mientras una totalidad advierte desde el inicio una conclusión, un fin o límite dentro de la relación que constituye tal grupo de elementos relacionados íntimamente; para Lacan, dicha relación puede ser infinita lo que indica que cambia en estructura y significado, debido a que la variación de uno de los elementos interviene en relación al resto de la estructura, y esto determina la co-varianza del conjunto, por tanto varía también su significado; con ello, "la noción de estructura es ya en sí misma una manifestación del significado" (Lacan, 1993:262), que surge bajo la relación con algo que falta, por lo cual, las cosas ya no son concretas (por lo que la pretensión científica de la certeza y la verdad quedan excluidas, a razón de puro *efecto* de la estructura) incluso el individuo. Sólo se perciben relaciones lógicas entre las partes que sostienen el conjunto co-variante que revelan significado.

Por otro lado, [Lacan] también rechaza la idea de que las estructuras son de algún modo 'profundas' o distantes de la experiencia; a su juicio están presentes en el campo de la experiencia misma: el inconsciente está en la superficie, y buscarlo en las 'profundidades' equivale a perderlo, lo mismo que con muchas otras oposiciones binarias, el modelo que Lacan prefiere es el de la banda de Moebius; así como los dos lados de la banda son en realidad continuos, también la estructura tiene continuidad con los fenómenos. (Evans, 1997:83).



Banda de Moebius

Esta figura, evidencia la continuidad de la estructura, pues, esto subvierte el modo normal (euclidiano) de representar el espacio, pues parece tener dos lados, pero en realidad posee sólo uno (y sólo un borde), de esta forma, lo inconsciente en realidad es continuo con lo consciente, pues este último no es sino la evidencia del primero. Como se conoce en el psicoanálisis, la vía hacia lo inconsciente se encuentra en la manifestación que el sujeto hace de este, es decir, palabras (lapsus, chiste, relato del sueño, etc.), síntomas, etc. donde se pone a prueba al sujeto con su verdad, su verdad inconsciente, puesto que no hay ninguna otra verdad sino la de la estructura, por tanto, buscar lo inconsciente en un lugar diferente al de las manifestaciones, como se dice, equivale a perderlo.

Ahora bien, lo dicho en este apartado, advierte las propiedades mínimas del signo, que constituyen la estructura en el estructuralismo, es decir, el significante y el significado, pues, si la estructura es en sí misma la manifestación de significado, ¿el significante dónde queda?, ya que esta relación entre

significante y significado advierte un vínculo recíproco tal como refiere De Saussure, ¿qué sucede con esta mínima propiedad en la noción de estructura de Jacques Lacan?, lo que permite reiterar la pregunta formulada al final del apartado anterior: ¿Qué empleo podría advertir Jacques Lacan sobre estas propiedades mínimas (significante y significado) en su desarrollo teórico?

2.3 - Primacía del Significante.

Es preciso recordar que estas propiedades mínimas son dos caras de la misma moneda que constituyen el *signo lingüístico*; Lacan, haciendo uso de tales propiedades de la lingüística de De Saussure, establece un cambio en el uso y sentido que plantea éste, “que originarán una mutación epistemológica radical en el campo de las elucidaciones metapsicológicas” (Dor, 2000:34), pues, es por medio de estas modificaciones que la estructura del inconsciente puede ser comprendida como la del lenguaje. Considerando, que el signo lingüístico se constituye por la relación fija y bidireccional entre significante y significado, “la lingüística, con Saussure y el círculo de Praga, se instituye por un corte que es la barra puesta entre el significante y el significado” y Lacan (1980), continúa diciendo, “si tuviera que violentar ciertas connotaciones de la palabra, diría semiótica a toda disciplina que parte del signo tomado como objeto, pero para destacar que ahí precisamente se hace obstáculo a la aprehensión del significante como tal” (p.10), por lo que Lacan, no refiere esa misma relación, por el contrario, enuncia una primacía por parte del *Significante*, quiere decir esto, que el *Significante* es superior a cualquier otra propiedad del lenguaje, es decir, que está por encima del *significado*. Tal primacía, la advierte Lacan, por el interés que despierta en él la *función del significante* desarrollada por Lévi-Strauss, pues “parece que esta función bastara para realizar su proyectada remodelación global de la doctrina freudiana” (Fernández, 2001:167); de igual manera, por el interés constante de Lacan sobre los procesos psicóticos, donde concluye que el delirio es una especie de invención progresiva del significante en el sentido de que el significante se liberaría poco a poco del significado (Lacan, 1993), de tal forma que el significante actúa por sí mismo en una distorsión relacional con el significado, en la construcción de mundo en la psicosis.

De acuerdo con esto, la relación intrínseca planteada por la lingüística estructural, donde ninguno (significado y significante) se sobrepone al otro y sí se comparten mutuamente, queda excluida en su totalidad en los planteamientos de Jacques Lacan, donde se presenta la autonomía del *Significante* con respecto al *significado*. Estas discrepancias se evidencian en el cambio del *signo lingüístico* al *algoritmo saussureano* que plantea Lacan:



Signo lingüístico (o saussureano).

$$\frac{\text{Significante}}{\text{significado}} = \frac{\text{S}}{\text{s}}$$

Algoritmo saussureano.

Se establece una inversión del esquema del signo lingüístico, donde el significante pasa a estar en la parte superior del algoritmo, como sinónimo de primacía sobre el significado, representados con la S/s (significante sobre significado). “Lacan sostiene que hay un orden de *significantes puros* en el que los significantes existen antes de los significados” (Evans, 1997:178), estos significantes puros, son significantes sin significado, pero al incurrir el orden sobre estos se permite el significado (s), por ello desaparece el círculo y las flechas que representaban la unión recíproca entre tales elementos, y la barra en el medio encarna la división entre uno y el otro y la supremacía del primero sobre el segundo. “Esto es lo que hará posible un estudio exacto de los lazos propios del significante y de la amplitud de su función en la génesis del significado” (Lacan, 1984:477). En consecuencia, Lacan define el signo como lo que *supone algo para alguien a quien hace signo de alguna cosa* (Lacan, 1980:11), en oposición al significante, que

representa a un sujeto para otro significante, por tal razón, el lenguaje mata la cosa, pues, el significante enlaza al sujeto sin mediación de los objetos o cosas del mundo referencial, como sucede con el signo en la lingüística.

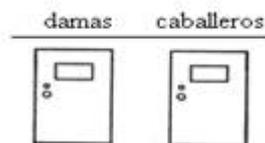
Siendo así, el significante, para Lacan, constituye la estructura en su conjunto, por ello, es que la estructura en sí misma es una manifestación del significado, de tal forma, que el significante responde a la función de representar al significado; ahora bien, este significado adviene sólo en la relación de un significante con otro significante, pues un significante por sí sólo no significa nada, por tal razón que la propiedad mínima de la estructura, es decir, la *cadena* en Lacan, no está compuesta entre significado y significante como sucede en la lingüística estructural, sino por el contrario, está compuesta por la correlación entre significantes diferentes, pues el significante responde a una estructura diferencial, ya que su reconocimiento se da por tal diferencia, cada significante se define por oposición a los demás dentro de una cadena, estando entonces, la cadena conformada por la articulación entre significantes diferentes:

$$S \rightarrow S'$$

Que se traduciría en:

$$\frac{S \rightarrow S'}{s}$$

Quiere decir esto, que tras la articulación entre un significante (S) con otros significantes (S') diferentes se determina y establece un orden en la cadena de significantes (S→S'), y en consecuencia, de esta cadena de significantes adviene entonces un significando (s) de sujeto. De esta forma, "no hay más cadena que la cadena de significantes; no hay más organización de significantes que la organización en cadena" (Milner, 2003:147), Por lo cual, se subraya la lógica con que actúa el significante, "pues el algoritmo, en cuanto que él mismo no es sino pura función del significante, no puede revelar sino una estructura de significante. (...) Ahora bien, la estructura del significante es, como se dice corrientemente del lenguaje, que sea articulado" (Lacan, 1984:481), siendo así, el *lenguaje* en Lacan, no es un sistema de signos como lo era para De Saussure, sino un sistema de significantes, una cadena de significantes que por sí misma está articulada y constituye la estructura que permite comprender el orden de las cosas, y en consecuencia del sujeto. Véase otro ejemplo que permite dimensionar tal relación significante:



El grafico de las puertas de baño, las puertas y las palabras dama y caballeros son significantes que permiten un significando. Las puertas del baño dicen que ninguna significación se va sostener sin una referencia a otra significación, por tal razón la relación entre S/s el resultado es una *significación*, que está en el orden de lo referencial. De tal forma que un significante por sí sólo no significa nada, sólo en la articulación con otro significante advierte un sentido.

Ahora, retomando lo particular de la *falta* en la noción de estructura de Lacan, se observa que la cadena de significantes advierte una ausencia que se sitúa a nivel de la estructura, que no es otra cosa que al nivel del significante, por lo cual, esa relación de cadena siempre esta mediada por *la falta "en" un Significante*. Hay un significante que significa una falta para cerrar la cadena. Bajo estos términos, sólo podría hablarse de cierre en la estructura, a nivel de *lo inconsciente*, es decir, siendo como tal una ausencia de totalidad advierte un orden en la estructura, que sólo es inscrito por la ausencia misma, convirtiéndose dicha ausencia en el elemento esencial de la estructura, en otros términos, en un significante, pues, adquiere un valor en virtud de su diferencia con los otros significantes, debido a que no es cualquier significante, es el significante que determina la estructura por ser el significante que representa la *falta*, completando la estructura, sin contarse.

Siendo así, en tal cadena de significantes se advierte un -1 (menos uno), se indica la falta *en* un signifiante. “Ahora bien, puesto que la batería de los significantes, en cuanto que es, está por eso mismo completa, este signifiante no puede ser sino un trazo que se traza de su círculo sin poder contarse en él. Simbolizable por la inherencia del (-1) al conjunto de los significantes”. (Lacan, 1985:799). De acuerdo a esto, ¿cuál sería entonces, ese signifiante que representa la falta?

2.4 - La lógica del signifiante.

La inclusión a este problema – el del “-1”–, advierte el real sentido de todo el fundamento psicoanalítico, a saber: *el Sujeto*. Esto, quiere decir, que en todo este desarrollo estructural del lenguaje adviene el *sujeto* como punto esencial, y sólo bajo la inclusión que el psicoanálisis hace del *sujeto* en la relación con el *signifiante*, es que surge la *falta* en la estructura. *No podría existir otra forma de establecer un -1 en la estructura que poniendo al mismo nivel de lo humano, al lenguaje*. De tal manera que el signifiante cobra importancia bajo dicha relación. “Todo ese signifiante, se dirá, no puede operar en tanto presente en el sujeto” (Lacan, 1984:484), y de igual manera, el sujeto no existe en tanto no es representado por un signifiante. Por su puesto, al intervenir al sujeto en el orden del lenguaje, Lacan convoca y pone a prueba el *inconsciente* planteado por Freud. Por tanto, lo que es analizable lo es en tanto que está articulado en lo que hace la singularidad de la historia del sujeto, que no es otra cosa que sus significantes.

En consecuencia, surge un cambio en la definición del *Signifiante*, pues, ya no es una *imagen acústica* como en la lingüística, ahora, el sujeto está en medio como efecto de significación, y que el sujeto pueda reconocerse allí, es porque está ya puesta la transferencia en la clínica que la constituye. Es así que, para Lacan un *Signifiante* es “lo que representa al sujeto para otro signifiante. Este signifiante será pues el signifiante por el cual todos los otros significantes representan al sujeto: es decir que a falta de este signifiante, todos los otros no representarían nada.” (Lacan, 1985:799). De ello resulta el algoritmo:

$$\frac{S1 \rightarrow S2}{s}$$

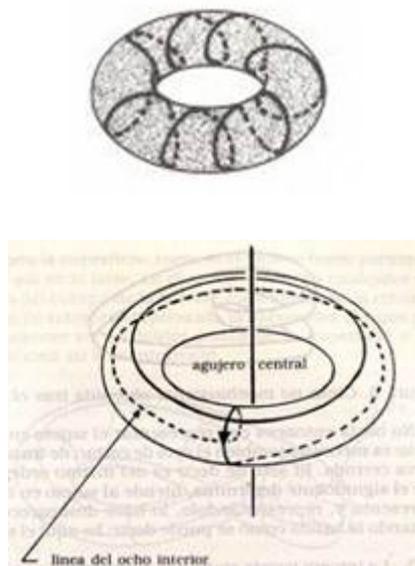
Siguiendo el orden, se establece la relación en la cadena, donde un signifiante primordial o *Signifiante Amo* (S1), representa al *sujeto* para todos los otros significantes (S2), con ello, instituye el orden estructural en la cadena representada por la *batería de Significantes* (S2) que advierte un saber que permanecía desarticulado antes de la inclusión de S1, es decir, la articulación de un conjunto de significantes diferentes (S2) cobran sentido para el sujeto sólo por la intervención de este S1, que establece una ley de diferencia sobre S2, pues, sin este signifiante primordial, los otros significantes no representarían nada. Para hacer más comprensible dicha relación se puede hacer uso de una metáfora: siempre que tomamos un rompecabezas, todas las fichas son diferentes en contenido, pero existe una ficha clave que permite establecer la orientación y organización de las demás fichas, que a su vez advierten un contenido que es parte del conjunto, por tanto estas permanecería desencajadas si se llegase a extraviar la ficha clave, de tal manera, que sólo con la inclusión de la ficha clave, las demás fichas podrían adquirir un orden y por tanto un sentido, donde se podrían unir los contenidos de cada una de las fichas para conforman el contenido total del rompecabezas. Como el rompecabezas actúa la cadena S1—S2, es el primero quien permite que el contenido (saber) del segundo adquiera un orden y por tanto un sentido de y para el sujeto.

Con todo esto, los significantes, como se ha dicho, son en relación al valor adquirido dentro del sistema al que pertenecen, en virtud de sus diferencias con los otros elementos del sistema, es decir, de los otros significantes, por ello su representación en S1 y S2. Por esta cualidad, de valor adquirido, los significantes pueden ser tanto entes lingüísticos y no lingüísticos, como por ejemplo, palabras, frases, oraciones, morfemas y fonemas, al igual que, cualquier objeto, relaciones y actos sintomáticos. Esta naturaleza diferencial del signifiante implica que nunca pueda tener un sentido fijo, su sentido varía según la posición que ocupa en la estructura, pues no tiene otro sentido sino de metáfora, que se desplaza en la cadena metonímicamente, hasta abrocharse con otro significantes; por ello, en el psicoanálisis, el sujeto se comprende por su particularidad estructural, pues, lo que determina al sujeto, no es alguna supuesta esencia, sino simplemente su *posición* con respecto a los otros sujetos y a los otros significantes. (Evans, 1997).

Por consiguiente, comprendido esta lógica del significante, es posible comprender el orden del significante que representa la falta. Lacan, articula elementos de la lógica matemática y la topología, para hacer posible la representación de la existencia de aquello que falta, a partir del matema: $S(A)$, y se lee: "Significante de una falta en el *Otro*, inherente a su función misma de ser el tesoro del significante. (...) [Lo que ahora se propone] se sitúa en el punto en que toda cadena significante se honra en cerrar el círculo de su significación" (Lacan, 1985:798), pero dicho cierre, como se ha dicho sólo se da a nivel inconsciente. Por ello, este significante determina el orden y sentido de la estructura, que es al mismo tiempo el orden y sentido de lo humano. Entonces, este $S(A)$, actúa como significante primordial en la cadena de significantes, de lo cual, "el campo del significante es el campo del *Otro*, que Lacan llama la batería de los significantes." (Evans, 1997:177).

El significante se inscribe más bien como una ley de diferencia, entorno a una especie de hueco estructural. La cadena se constituye por marcas diferenciales que funcionan centradas en la carencia del Otro, algo así como un significante originario desde donde se trama la combinación significante, pero que no es nada en sí mismo. La lógica diferencial determina pues todo el orden del significante; ese juego es el que puede llamarse 'lógica del significante' y que paradójicamente gira alrededor de un hueco o una falta. (Fernández, 2001:190).

Esto se ve representado claramente en lo que Lacan llama la topología del toro:



Esta figura ilustra ciertos rasgos de la estructura del sujeto: "en su forma más simple es un anillo, un objeto tridimensional que se tiene tomando un cilindro y uniendo sus dos extremos, (...) su centro de gravedad cae fuera de su volumen, así como el centro del sujeto esta fuera de él; el sujeto esta descentrado, es excéntrico" (Evans, 1997:190). Así, el toro, evidencia el dinamismo por el que se mueve el significante, pues, establece un orden en la cadena, pero dicho orden gira en torno a un hueco o falta que determina su relación significante, pero que por sí mismo no se cuenta como dentro. El centro de la cadena es el hueco que lo determina como tal, dentro, los anillos giran y se articulan formando el cilindro, pero tras la articulación de los anillos que conforman la cadena, se establece también otro hueco en su interior, que es el hueco interno del cilindro. Esto representa, "anillos cuyo collar se sella en el anillo de otro collar hecho de anillos" (Lacan, 1985). El sujeto también está hecho por un hueco, una falta que lo descentra y determina su *significación*. Es evidente que de esta manera es que se constituye su estructura.

Por otra parte, este significante de la falta, refiere a lo imposible e inefable, "es lo que falta al sujeto para pensarse agotado por su *cogito*, a saber lo que es impensable" (Lacan, 1985:799), y por tanto impronunciable, sin embargo, siendo así mismo impronunciable, Lacan hace uso de las operaciones, para poder enunciarlo y en consecuencia evidenciarlo, por lo cual, el $S(A)$, sólo puede ser incluido en la batería o cadena de los significantes como -1 (menos uno), lo que daría por resultado $\sqrt{-1}$ (raíz cuadrada de menos uno) al incluir tal significante en la operación de la cadena:

$$\frac{S(A) \rightarrow S'}{s} = \frac{(-1) \rightarrow S'}{s} = \sqrt{-1}$$

El S(A), siendo "-1" da lugar a un orden en la cadena, este orden es posible por esa inclusión del significante, es decir, que tras tal inclusión en la cadena se cierra el círculo de su significación. En la obra de Lacan, la significación no es un vínculo entre el significante y el significado (como ocurre en De Saussure) sino un proceso: el proceso por el cual el juego de los significantes produce la ilusión del significado. Quiere decir esto, que la significación se asocia con una verdad (inconsciente) que tiene efectos para el sujeto, es el proceso por el cual se produce el efecto de sentido o de significado, pero dicho sentido actúa en un orden de ilusión (*virtual-imaginario*), por lo tanto, la cadena sólo se cierra en este ámbito virtual, por tal razón que el resultado arroja la $\sqrt{-1}$ (raíz cuadrada de menos uno), pues, este símbolo permite tal efecto de cierre en la significación.

Ahora, este símbolo en su realidad como operación aritmética, es por sí solo ilógico, pues, no existe algún número que multiplicado por sí mismo de -1, que equivaldría a la operación de $\sqrt{-1}$, es decir, aritméticamente no existe y por tanto es un error, sin embargo, los matemáticos tras la imposibilidad de ser representado en cifras, vieron la necesidad de inventar un elemento que representara tal función y diera lugar a la operación, utilizando entonces, la letra "i", de imaginario, para representarla, con esto, por ejemplo podría existir la $\sqrt{-4}$ (raíz cuadrada de menos cuatro), que daría por resultado 2i. Así, "i" se lo podría definir como un símbolo que representa una idea abstracta, pero precisa, y que además obedece a todas las reglas de la aritmética, hecho que justifica su existencia. (Sauval, 1998). Esto lo ratifica Lacan, al enunciar que "el símbolo $\sqrt{-1}$, que también se escribe *i* en la teoría de los números complejos, sólo se justifica evidentemente no aspirando a ningún automatismo en su empleo subsiguiente" (Lacan, 1985:801), de tal forma, que su función es eficaz en la teoría del significante, siendo parte la relación en cadena y no como autónomo.

El punto que importa aquí es que "i" representa, en el álgebra actual, la cerradura del cuerpo R, donde R es el conjunto de los números reales. Se dice que es un "cuerpo" (una de las tantas estructuras algebraicas conocidas) porque tiene dos operaciones, suma y multiplicación, ambas conmutativas, asociativas, que tienen neutro, y donde hay inverso. El número "i" es lo mínimo que hay que agregar para que R se aumente y se transforme en un cuerpo algebraicamente cerrado. El "i" es lo mínimo que hace falta agregar para que TODO polinomio tenga 'resolución' (i.e., al menos una raíz). Si no fuera por el "i", hay muchos que se quedan afuera. (Sauval, 1998).

Esto indica, que es gracias a "i" que se cierra el conjunto de los números reales en la aritmética, por tanto, dicha función es representativa en el ámbito del significante, pues, es gracias a este símbolo $\sqrt{-1}$, que se representa el cierre en la significación de la cadena, y no sólo en el ámbito imaginario de totalidad, sino como se demuestra en su operatividad. En consecuencia, "Lacan tomó entonces un desarrollo matemático de los últimos tiempos que **rompe por completo con el sentido común**: un número que tiene la propiedad de no ser ningún número, y sobre el cual reposa, por ejemplo, ni más ni menos que todo el edificio de la física moderna" (Eidelsztein, 1995, citado en Sauval, 1998).

Bibliografía.

- Bolivar Botía, Antonio. (1990). *El estructuralismo: De Levi-Strauss a Derrida*. Bogotá, Colombia: Editorial Cincel, S.A.
- Braunstein, Nestor. (1982). *El lenguaje y el inconsciente freudiano*. México D.F., México: Siglo XXI.
- De Saussure, Ferdinand. (1945). *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Losada, S.A.
- Dor, Joël. (2000). *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como un lenguaje*. Barcelona, España: Gedisa editorial.
- Evans, Dylan. (1997). *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Fernández, Mauricio. (2001). *Del inconsciente freudiano al significante lacaniano*. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.
- Lacan, Jacques. (1980). *Radiofonía & Televisión*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.

Lacan, Jacques. (1984). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en el psicoanálisis*. En: Escritos I. México: Siglo XXI Editores.

Lacan, Jacques. (1984). *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. En: Escritos I. México: Siglo XXI Editores.

Lacan, Jacques. (1985). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. En: Escritos II. México: Siglo XXI Editores.

Lacan, Jacques. (1993). *Seminario 3. Las psicosis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lacan, Jacques. (2001). *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lévi-Strauss, Claude. (1994). *Antropología estructural*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Altaya, S.A.

Milner, Jean-Claude. (2003). *El periplo estructural: Figuras y paradigma*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Sauval, Michel. (1998). *Ciencia, psicoanálisis y posmodernismo*. En: Acheronta, revista de psicoanálisis y cultura, (N° 7). [online]. (Extraído el 24 de agosto del 2011, desde: <http://psicomundo.com/foros/psa-ciencia/sokal-lacan1.htm>)

Viet, Jean. (1979). *Los métodos estructuralistas en las ciencias sociales*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.

As origens do tema da linguagem em Lacan: A tese de 1932 Christian Ingo Lenz Dunker

Capítulo 6 del libro
"A psicose na Criança. Tempo, Linguagem e Sujeito",
de Christian Ingo Lenz Dunker

As ideias de Lacan acerca da psicose bem como sua estreita relação com sua concepção de linguagem serão abordadas aqui de modo um pouco mais sistemático do que o fizemos no caso da obra de Freud. Nosso objetivo é mostrar como o tema da linguagem possui em Lacan uma múltipla serventia. Vem solucionar, na verdade, um conglomerado de problemas teóricos e clínicos. Por isso acompanharemos a evolução das posições de Lacan, especialmente no período que vai da tese de 1932 ao texto de 1958 sobre a Questão Preliminar (1958a), de modo a destacar como a pura identificação da linguagem à concepção saussureana e estruturalista de linguagem não é nem necessária nem suficiente para captar o eixo central das teses de Lacan. O primeiro passo é então situar a aparição do tema da linguagem no interior das reflexões psiquiátricas de Lacan; o que nos reenvia, de certa forma, ao nosso ponto de partida acerca da descrição clínica.

A tese de doutoramento apresentada em 1932 por Lacan pode ser entendida como uma tentativa de aproximar as tradições francesa e alemã de psiquiatria. Seu título "*Da Psicose Paranoica em suas Relações com a Personalidade*" (1932) agrega uma entidade clínica cujo paradigma descritivo e nosológico fora fixado por Kraepelin (especialmente nas edições de 1899 e 1915) (1) e um tema que se encontra nas próprias raízes da psiquiatria francesa: a personalidade. Ao longo de toda a tese, vemos Lacan criticar a falta de uma teoria da personalidade mais consistente nos alemães e a falta de uma atitude descritiva mais consistente nos franceses.

A definição de personalidade apresentada por Lacan é na verdade uma reunião dos pontos críticos da psiquiatria do século XIX (a história individual, o sujeito da vontade e o eu transcendental). Lacan pretende a inclusão na psiquiatria de uma noção de personalidade que contemple três dimensões:

1. um desenvolvimento biográfico definido pela evolução das relações de compreensão;
2. uma concepção de si mesmo definida pelo progresso dialético dos 'ideais de si mesmo';
3. uma certa tensão das relações sociais definida pelos elos de participação ética." (p.31)

É porque a personalidade é compreensível a partir de seu desenvolvimento singular que ela é a cada momento o lugar de síntese e de unidade. É porque ela é intencional que ela depende de uma concepção de si mesmo. E é porque ela é o fundamento da responsabilidade que ela só pode ser compreendida à luz da dimensão ética. Lacan desvia-se assim da ideia de que a síntese pessoal é um sentimento e de que a intencionalidade depende de uma consciência individual e unificada (p.32). A personalidade assim definida mostra-se homogênea aos três polos do delírio pois de acordo com Kraepelin o delírio possui: uma evolução insidiosa (um desenvolvimento); que oscila do engrandecimento do eu (a concepção de si mesmo); ao sentimento de perseguição (a tensão das relações sociais).

Lacan lê as concepções de Kraepelin acerca da psicose como uma contínua aproximação da tese da psicogênese. Para o fundador da psiquiatria moderna a personalidade seria um fator a considerar (especialmente na paranoia). Todavia a própria psicose dependeria da introdução de um elemento heterogêneo a esta personalidade ao qual esta deveria como que se adaptar. A personalidade não é ela mesma a origem do delírio (p.50).

A versão francesa do problema, representada por Sérieux e Capgras, não admite essa descontinuidade entre a psicose e a personalidade. Uma conteria pré-figuradamente a outra: "*O plano do edifício não muda mas suas proporções aumentam.*" (p.57). Ou no dizer de Dromard: "*A paranoia não é verdadeiramente um episódio mórbido: ela é o desabrochar natural, e de um certo modo fatal, de uma constituição*" (p.62)

É, por confiar nesta continuidade que a descrição do desencadeamento será sobrevalorizada pelos franceses. A psicose dirão, se insinua sorratamente sob a forma de um estranha inquietude acrescida da recusa de certos pensamentos, segue-se a discordância e a dúvida. Finalmente, a ideia se transforma em

uma sensação e desta gera-se a certeza, a sistematização do delírio e a paixão delirante. O sujeito é então completamente movido pela interpretação e pela reação passional (p.55).

A idéia da constituição mostra-se portanto interessante a Lacan enquanto focaliza o desencadeamento e dos sinais que o antecedem ("o desabrochar"). Entretanto, ela é uma camisa de força teórica quando, na falta de uma teoria da personalidade, os critérios descritivos não se sustentam. Qual seria afinal a "constituição paranóica" ? A psicorigidez, proposta por Montassut ? A desconfiança e a falsibilidade do juízo, nos termos de Sérieux e Capgras? A erotomania de Clérambault? O bovarismo de Gaultier?

Os franceses experimentam aqui, em outros termos, o mesmo problema metodológico dos alemães, isto é, como classificar e organizar significações? No caso alemão esse problema toca o entendimento das formas delirantes; no caso francês a ênfase se dá na diversidade dos temperamentos humanos. Porém em ambas as tradições não se consegue encontrar o limite entre aquilo que seria propriamente uma descrição (universal, não contingente etc.) e aquilo que já é uma interpretação. Trata-se, neste momento, de encontrar uma espécie de ponto fixo para a descrição clínica, algo que possa garantir as relações entre o modo, o meio e a natureza do objeto descrito.

O problema chega a Lacan quando este nota que se define a psicose por uma disposição à interpretação mas em nenhum lugar se consegue dizer qual é a diferença entre a interpretação normal e a interpretação delirante (p.61). Isso constitui simultaneamente um problema clínico e epistemológico, problema este percebido da seguinte forma por Lacan:

"Um delírio, com efeito, não é um objeto da mesma natureza que uma lesão física, que um ponto doloroso ou um distúrbio motor." (p.97)

Lacan reconhece a emergência de um elemento não integrável à personalidade na irrupção do delírio mas discorda em atribuir a este elemento um estatuto orgânico. Em outras palavras, o que surge como estranho a personalidade é um fato de significação, não um fato de matéria. O lugar desse evento de significação só é compreensível à luz da biografia do sujeito daí; sua textura histórica. Aqui, sua posição começa a se aproximar de Jaspers e da psicopatologia compreensiva alemã. Jaspers ampliara a tese kraepelineana do elemento heterogêneo afirmando que este representaria o início de um novo "processo psíquico" o que seria plenamente compreensível à luz da personalidade (p.137). A compreensibilidade do processo psíquico e das reações nele contidas introduz um novo paradigma na psiquiatria. A partir dele ganha importância, pela primeira vez, o estatuto próprio e singular da significação. Não se trata mais de saber apenas quem fala no delírio (o caráter mórbido, a constituição patógena), nem o que fala (o distúrbio de memória ou do pensamento) mas de saber como se fala no delírio a partir de um princípio interno e não externo. Junto com este paradigma abre-se para Lacan a possibilidade de traduzir questões e descrições psiquiátricas ao campo da psicanálise.

O paradigma geral de Lacan deriva de Jaspers, da idéia de que a psicose pode e deve ser compreendida porque é uma alteração das relações de compreensão entre processo e desenvolvimento. O paradigma específico, contudo, está muito mais próximo de Kretschmer. Kretschmer postula uma tipologia que não é nem fundada no inato, como a dos alemães, nem fixa e moralizante como a dos franceses. Além disso sua teoria conjuga três dimensões bastante compatíveis com a teoria da personalidade proposta por Lacan (p.91). Para Kretschmer, há que se considerar ao mesmo tempo o caráter (primitivo, expansivo, astênico ou sensitivo), o acontecimento vivido (os conflitos ético e tensões sociais) e o meio social; de forma que o delírio se origina da ação cumulativa de : "... experiências típicas sobre uma disposição de caráter típica com a frequente contribuição de uma constituição social típica." (p.87)

Além disso, Kretschmer é partidário da psicogênese e é um dos primeiros psiquiatras a propor mecanismos propriamente psicológicos com intenções explicativas (a repressão e a inversão). Assim como Bleuler e Gaupp, Kretschmer confere amplo valor à idéia de que a psicose (em particular a paranóia) é uma forma de reação da personalidade a um momento crítico de seu desenvolvimento. Esse momento, bem como a descrição dessa reação se mostram então compatíveis com a dedicação francesa, e não ausente em Lacan ao tema do desencadeamento.

É particularmente atual a discussão que Lacan trava com os partidários de uma determinação orgânica das psicoses. No caso francês, tal hipótese se traduz pela idéia de "automatismo mental", no caso alemão pela de "processo mórbido" (p.100). A hipótese do "automatismo mental" defendida por Ribot e Hesnard, supõe que na raiz do sentimento psicológico do eu individual residiriam certas sensações (proprioceptivas e enteroceptivas). A psicose seria uma perturbação dessa cenestesia que chegaria à consciência de modo

deformado, produzindo assim um eu deformado: a despersonalização, a inibição, a depressão, o sentimento de influência e estranheza. Lacan observa que esta hipótese subsume uma espécie de "simbolismo natural" e que se encontrará em toda teoria que vise apreender funções de significação (como o delírio ou o caráter) a partir de mecanismos destituídos de significação (como o genético, o neuroquímico etc.).

Isso significa, se estendemos o comentário de Lacan, que nunca se poderá ligar bi-univocamente um ponto do mecanismo orgânico (leia-se eletro-químico) com um ponto de significação. Ora, isso não decorre nem de uma teoria neuroquímica nem de uma teoria psicológica, mas de uma teoria sobre a linguagem que deve refutar ou comprovar a tese do simbolismo natural. A idéia do simbolismo natural aparecia à psiquiatria francesa em noções que procuravam explicar a psicose a partir do tônus nervoso intracerebral (Guiraud), de um neoplasma mental (Mignard e Petit) ou do problema cerebral (Wernicke). Do outro lado havia os que apostavam na existência do simbolismo natural mas que este se encontraria alterado na esfera do símbolo, dos modos de representação, e não na esfera da natureza ao qual este supostamente se liga (2).

O interesse inicial de Lacan pelo tema da linguagem, manifestado já no estudo sobre as esquizofrias de 1930, inscreve-se portanto no debate com esse "simbolismo natural" suposto pela psiquiatria que lhe era contemporânea. O simbolismo natural é uma tese que perpassa a psiquiatria no seu interesse em se firmar como disciplina científica (3). O problema clínico que subjaz a isso é a tentativa de explicar porque, num certo momento, sob certas condições da personalidade, o sujeito psicótico é tomado por uma "significação pessoal", pela impressão de que se está eminentemente visado, tomado num acontecimento, numa imagem ou numa palavra; "significação pessoal" que se mostra na desconfiança, na certeza ou no estranhamento do mundo; "significação pessoal" que leva a uma ação que lhe procura corrigir o sentido; finalmente "significação pessoal" que se mostra na própria relação do sujeito com a linguagem, onde:

"Predomina a interpretação sob formas verbais: alusões verbais, relações cabalísticas, homônimas, raciocínio por jogos de palavras (...) Da consonância das palavras ou de seus fragmentos brota uma certeza indiscutida, que o doente não tenta coordenar logicamente os processos mentais." (p113)

No caso Aimée, Lacan vasculha as origens dessa "significação" pessoal à luz de suas premissas. Em linhas gerais, trata-se de mostrar como a agressão de Aimée, dirigida à uma conhecida atriz francesa (Sra. Z.), pode ser compreendida em face da sua conjuntura delirante e de como esta pode ser compreendida a partir de uma teoria da personalidade cujo fundamento é a psicanálise.

Aimée justifica o atentado alegando que seu filho se encontrava ameaçado (p.154). O elemento ameaçador é reconstituído por Lacan a partir do testemunho oral e literário de Aimée. Ele corresponderia sucessivamente a Sra. Z, a uma amiga e à própria irmã que a houvera, de certa forma, destituído de sua função materna. Lacan observa que se trataria de uma identificação iterativa entre esses elementos perseguidores, isto é, cada um deles introduz algo de novo modificando os motivos da perseguição e acrescentando uma nova figuração feminina. A biografia de Aimée revelara que ela efetivamente perdera um filho e que também sua mãe passara por isso sob circunstâncias particularmente trágicas (o filho caiu no fogo). Aimée parecia se defender de uma repetição que, por outro lado era provocada pelo seu próprio delírio.

Tenta então publicar seus escritos como forma de intimidar seus perseguidores. Paralelamente desenvolve um delírio erotomaniaco cujo centro é a figura do príncipe de Gales, a quem escreve em apelo. O fracasso dessas tentativas se combina com a leitura de um jornal onde se destaca a presença da Sra. Z em Paris. Pensa ouvir comentários sobre a atriz de suas colegas de trabalho. Conclui então que ela, a Sra. Z, é a responsável por suas agruras e que ela tenta roubar seu filho. Dirige-se então ao teatro onde ataca a atriz com uma faca.

Lacan destaca como ponto central dos fenômenos elementares a disposição à interpretação. É a partir dela que se enredam o sentimento de estranheza do mundo (que ocorre quando ela estava amamentando), o **deja vu**, a adivinhação de pensamentos e a ilusão de memória (tinha lido no jornal que iam matar seu filho) (p.211). Lacan parece situar num segundo plano a presença de estados oniróides e os "distúrbios de incompletude da percepção", bem como a alucinação auditiva, presente duas vezes e cujo conteúdo é: "Polícia".

A interpretação (como fenômeno elementar) é entendida como um "distúrbio primitivo da percepção" (p.207) o que não deixa de ser paradoxal. O que se insinua aqui é a idéia de que o processo interpretativo comanda e seleciona a percepção o que se opõe a posição da psiquiatria kantiana de que a própria

percepção estaria comprometida e que a partir daí o processo interpretativo seria uma forma de corrigir e compensar este falso percepto.

A interpretação traria consigo uma alteração da própria temporalidade. É, por intermédio disso, que ela pode ser lida como uma perturbação da percepção e da memória:

"Dentre esses sentimentos reguladores há os que se referem ao tempo; eles estão ligados essencialmente à eficácia da síntese psíquica que realiza o momento presente em seu alcance para a ação"(p.213)

Essa alteração é captada nos relatos dos familiares que descrevem Aimée na infância, marcando que ela estava sempre atrasada (no sentido não metafórico) em relação aos outros (p.219). Lacan nota o mesmo traço presente na "abulia profissional" na "ambição inadaptada" presente em Aimée (p.211), bem como nas "demoras da ação" e nas "perseverações" (p.229).

A interpretação (como "significação pessoal") será o conceito chave para a passagem à psicanálise. De fato, ela possui uma ambiguidade de apreensão (entre o subjetivo e o objetivo) que responde bem ao modo como Lacan pensa a psicanálise:

"O mérito desta disciplina é nos ter dado a conhecer estas leis, a saber: aquelas que definem a relação entre o sentido objetivo de um fenômeno de consciência e o fenômeno objetivo a que corresponde." (p.248)

A crer nesta afirmação Freud teria inventado não apenas uma forma de considerar processos psíquicos mas a relação efetiva destes com o mundo, isto é, uma nova teoria do conhecimento. Ele teria restaurado assim o ideal que subjaz o kantismo psiquiátrico, o de reparar suas falhas com o aperfeiçoamento de sua epistemologia. Freud, no dizer de Lacan teria encontrado a "semântica dos comportamentos e fantasias representativas" (p.327).

O entendimento metapsicológico do processo interpretativo de Aimée é comandado por dois conceitos: o superego e a fixação narcísica do objeto. Lacan caracteriza a paranóia de autopunição, presente no caso, como determinada pelo imperativo superegógico. É a obediência a uma lei, tornada insensata, o que move as ações de Aimée. Ela deve defender seu filho. Apesar disso deixa de oferecer os cuidados que este necessita na realidade. É por enfrentar uma lei, ao mesmo tempo rigorosa e impossível de ser atendida que se instaura a culpa e a necessidade de expiá-la. A descrição chave para esta conclusão é a seguinte:

"Por que, perguntaram-lhe um dia pela centésima vez, em nossa presença, você acredita que seu filho está ameaçado? Impulsivamente ela responde: "Para me castigar." Mas de quê? - Aqui ela hesita: "Porque eu não cumpra minha missão..." (p.253)

A realização desta resposta ao imperativo se dá em duas dimensões. Primeiro porque ao atingir a atriz, Aimée teria atingido a si mesma enquanto imagem ideal não concluída (p.251). Segundo porque o confinamento que se seguiu a colocaria numa situação punitiva. Essa realização da autopunição explicaria porque depois de vinte dias internada, Aimée interrompe o delírio, não sofre mais angústia, deixa de manifestar os demais fenômenos elementares e se desinteressa pela escrita (p.251). Lacan comenta: "O delírio tornado inútil se desvanece" (p.251).

Resta compreender as particularidades do objeto escolhido para a identificação. Lacan utiliza neste ponto o quadro proposto por Abraham em 1913 que correlaciona cada estágio do desenvolvimento da libido a um tipo de ligação objetal e a um ponto de fixação psicopatológica. Assim constata-se como próprio à paranóia a ligação com um objeto parcial com incorporação sádico-anal. Ora, é justamente na incorporação do objeto e no recalçamento da libido narcísica adstrita a ele que se institui o superego. É patente a ligação deste com o ideal de eu e com o eu ideal (unidade narcísica remanescente). As três dimensões da personalidade, propostas no início da tese correspondem agora a três níveis clínicos:

1. *o nível da estrutura (unidade)*: caracterizado por momentos típicos do desenvolvimento histórico e da dialética das intenções. Relaciona-se ao que Lacan chama de estruturas conceituais do delírio. Freudianamente refere-se aos pontos de fixação e que psiquiatricamente aponta para a revisão da doutrina da constituição ou dos tipos.

2. *o nível individual (síntese)*: caracterizado pelos momentos únicos da história e das intenções do sujeito. Freudianamente, refere-se à importância da história infantil e à particularidade das moções pulsionais e representacionais. Do ponto de vista psiquiátrico corresponde ao tema da psicogênese e à reação mórbida.

3. *o nível social (ético)*: caracterizado pelo destino das pulsões e intenções à luz da sua tradução no universo social. Refere-se em termos freudianos à gênese da ética (os sentimentos de vergonha e asco, por exemplo) a partir do superego e em termos psiquiátricos à vasta tradição jurídico-moralista da psiquiatria francesa.

Verifica-se assim a conclusão do projeto inicial da tese. Concilia-se as tradições francesa e alemã de psiquiatria; propõe-se uma teoria da personalidade freudianamente inspirada e mostra-se sua relevância do ponto de vista clínico descritivo. Nesta solução e nos problemas que ela coloca, percebe-se já o embrião da segunda teoria lacaniana das psicoses, notadamente nos seguintes pontos:

a) que o paradigma jasperiano da compreensão exige um entendimento das formas de significação, portanto de uma investigação sobre a linguagem;

b) que os três níveis da personalidade implicam um modo de considerar as relações entre o universal (a estrutura e sua *necessidade*), o particular (a história individual e sua *contingência*) e o singular (a tensão social e seus *possíveis*). O caminho sugerido para entender esta relação tripartida é a dialética.

c) que a teoria freudiana sobre a origem do ego (a teoria do narcisismo) é insuficiente e problemática pois:

c1) não discrimina o ego no sentido psicológico do ego no, sentido epistemológico ou gnoseológico (4).

c2) não diferencia o superego enquanto instância ética (fundada na vontade coletiva) e o superego enquanto instância ôntica (desenvolvido a partir das condições do indivíduo).

A julgar pelos problemas em que desemboca a tese de 1932, a linguagem deveria representar uma solução, ou um meio de tratamento para três esferas de questões. Primeiramente, a linguagem é o meio onde se pode decidir a consistência da idéia de simbolismo natural. Em segundo lugar a linguagem é o palco adequado para figurar a tensão entre o individual e o coletivo, notadamente a partir da idéia de "significação pessoal" que se encontra associada aos fenômenos psicóticos. Em terceiro lugar, a linguagem deve permitir estabelecer com clareza o estatuto do sujeito do conhecimento na sua diferença ao sujeito psicologicamente constituído. É pela heterogeneidade de problemas que a psicanálise será considerada simultaneamente como uma semântica, como uma teoria da personalidade e como uma teoria do conhecimento (na verdade uma anti-teoria do conhecimento).

Notas

(1) Ver a este respeito Bercherie (1989) p. 161.

(2) Janet que atribuía a psicose a uma perda da função do real ou Dromard que pensava a interpretação patológica como "a inferência de um percepto exato com um conceito errado" (p.131) representam esta posição no caso da psiquiatria francesa.

(3) O outro seria a consolidação do substrato anatomopatológico das doenças mentais.

(4) O que se evidencia na seguinte passagem: "Em outras palavras, a concepção freudiana do ego nos parece pecar por uma indistinção insuficiente entre as tendências concretas, que manifestam este ego e apenas como tais dependem de uma gênese concreta, e a definição abstrata do ego como sujeito do conhecimento" (p.331).

Notas para um glossário lacaniano

Leda Tenório da Motta

RESUMO

Se o inconsciente, como já se disse, é um poeta simbolista, o inconsciente lacaniano é um poeta surrealista. Quer se considere a vertente ortodoxa de Breton e Éluard, quer a vertente das diásporas, representada por malditos ainda mais incorrigíveis como Antonin Artaud, Georges Bataille e Raymond Queneau, está para ser feita uma arqueologia do pensamento de Jacques Lacan que compute os aportes do surrealismo à formulação de conceitos como “objeto a”, “gozo” e “foraclusão” e, de modo mais geral, à sintaxe tortuosa em que se verte a psicanálise lacaniana.

Palavras-Chave Literatura e Psicanálise, Literatura Francesa e Psicanálise, Simbolismo, Surrealismo, Diásporas Surrealistas, Lacan.

Se é certo que não há nada mais desagradável que o *lcanés* - o jargão em que falam e escrevem muitos dos seguidores de Jacques Lacan -, porque ele transforma em estereótipo toda a transgressão salutar, toda a produtividade poética do discurso em que se verte este que é talvez o mais importante desdobramento da psicanálise vienense no século seguinte ao de Freud -, é igualmente verdade que um dos aspectos mais fascinantes da língua lacaniana é que, como a dos poetas, ela pede para ser interpretada. Dito de outro modo: coloca o problema de sua própria inteligibilidade, resiste, no limite, como mistura de mistério e lucidez.

Em trabalho recente, uma equipe de pesquisadores franceses contabilizou 789 neologismos disseminados pelo total da obra lacaniana editada (Bénabou & Cornaz, 2002). O número mostra a invenção solta de palavras concorrendo para o progresso do hermetismo deste “Freud gongorizado pelo fantasma de Mallarmé”, na expressão do poeta brasileiro Haroldo de Campos, que não morreu sem render-lhe tributo, fascinado como era pelas escrituras em que a palavra se faz maior que o mundo, caso das barocas (Campos in Cesarotto, 2002, p. 178).

Não se trata só de léxico. Movida a sintaxe extraordinária e a enunciações axiomáticas perturbadoras, essa obscuridade é cada vez mais reconhecida, hoje, quando começamos a ficar a uma distância razoável da morte de Lacan, em 1981. Tanto assim que a, por ora única biógrafa de Lacan - Elisabeth Roudinesco -, sempre disposta a defender a psicanálise contra qualquer tentativa de domesticação social que lhe atribua função terapêutica e lhe cole alguma virtude normativa, notou que o texto do último Lacan, o das formalizações matemáticas, é enlouquecido e ilegível. Também ela nos fala em Mallarmé. A busca final de uma nova lógica explicativa para conceitos antes formulados corresponde aqui a um desejo mallarmeano de chegar ao essencial, ao absoluto, nos diz Roudinesco, vendo, com simpatia, o mestre ser fulminado por suas próprias iluminações alquímicas. “*Acreditando poder chegar no núcleo fundamental do pensamento, Lacan entrega-se com paixão à geometria dos nós, das tranças, dos toros e das pontas de barbante, até dissolver-se ele próprio no mudo estupor de uma afasia...*” (Roudinesco, 1994, p. 360).

Se lembrarmos a importância da literatura para a própria psicanálise freudiana, que sempre teve nos literatos os seus mais legítimos antecipadores, e os dons de estilo do próprio Freud, devidamente homenageado, como se sabe, nos anos de 1930, com um prêmio Goethe, que o punha no panteão dos grandes escritores de língua alemã, nada mais justo que tomarmos o mais instigante gênio da psicanálise depois de Freud como um *maker*, que é como os ingleses antigos chamavam os poetas.

Em seu *Rimbaud livre*, o irmão também poeta de Haroldo de Campos, Augusto de Campos, nos conta que Pedro Kilkerry, obscuro *maker* que ambos redescobriram para a poesia brasileira, num de nossos mais marcantes episódios de revisão do cânone literário, se perguntava se o inconsciente não seria um poeta simbolista (Campos, 1992, p. 18). Ainda que Freud, com sua clareza cristalina, antipatizasse com os modernismos e modernidades, sendo conservador em matéria de artes, os jogos de linguagem típicos dos mecanismos ditos “primários”, em psicanálise freudiana, nos deixam pensar que sim. Basta ver todos aqueles tropos que ele descreve, com requintes de crítico literário, neste verdadeiro tratado de estilo que é *Os chistes e sua relação com o inconsciente*, onde nos mostra como os ditos espirituosos, aí equiparados aos sonhos, aos lapsos e aos atos falhos, em sua infração jubilosa, enveredam pelo duplo sentido, pelo contrassenso e pelo nonsense, o que significa dizer que são feitos para lembrar as desfuncionalizações das modernas e muito modernas linguagens poéticas.

Mas a perturbadora fala de Lacan introduz aqui uma interessante complicação. Potencializando as obscuridades dos simbolistas, a psicanálise *made in France* é surrealista. O que também não deveria nos surpreender, não só porque os surrealistas vêm nos ombros dos “malditos”, como Verlaine chamou os simbolistas, mas porque este reivindicado seguidor de Freud que é Lacan pertenceu ao movimento chefiado por André Breton. Fato que pouco temos visto intervir nas arqueologias do pensamento lacaniano, mais voltadas para a influência das linguísticas gerais, da antropologia estrutural Lévi-straussiana e da filosofia alemã, de Hegel a Heidegger.

De fato, assim como, na virada do século, a despeito de encontrar-se na era das vanguardas históricas, Freud gira em torno da grande tradição do humanismo clássico, indo buscar nesse caldo de cultura o mito fundador da psicanálise e as literaturas que a antecipam, o jovem Lacan forma-se no interior do grupo não só de Breton mas _ antes que eles sejam expulsos das fileiras do movimento _, de expoentes da primeira fase do movimento surrealista tais que Antonin Artaud, Georges Bataille e Raymond Queneau. Assim, se, de um lado, é sempre possível continuar vendo nas simbologias do inconsciente, tal como Freud já as descreve, apelando para a literatura, os avanços de uma linguagem poética já problemática, cujo sentido se furta, e cuja interpretação é sempre um risco, podemos também pensar que o inconsciente lacaniano, atualizando o freudiano, tornou-se um poeta surrealista.

Trata-se de uma filiação que não deixa de ser irônica, quando se sabe quanto Freud repeliu os avanços do autor dos manifestos surrealistas, seja em 1922, quando Breton lhe bate às portas, em Viena, para conversar sobre o comum interesse de ambos pelos sonhos, sendo então posto numa fila de espera, junto com os demais pacientes do consultório da Bergasse; seja em 1932, quando Breton lhe envia um exemplar de *Os vasos comunicantes*, permitindo-se, numa carta, chamar-lhe a atenção para supostas lacunas bibliográficas em *A interpretação dos sonhos*, lacunas que, na verdade, só existiam na versão abreviada da tradução francesa de que o poeta dispunha, e gafe a que Freud retruca com um pedido de explicações (Breton, 1992, p. 211 e subsequentes, Roudinesco, 1994, p. 37).

Mesmo assim, as questões de Lacan são as mesmas de Freud. Ponto por ponto, e ainda que se empenhe em tudo renomear _ de tal sorte, por exemplo, que as histéricas de carne-e-osso da clínica vienense se reconvertem aqui num imaterial “sujeito”, cujos desejos visam a um gramatical “objeto” _, Lacan retém todos os grandes temas freudianos. A ironia é que, pela força da influência dos surrealistas, essa retomada de Freud, além de render uma metapsicanálise –comentário da psicanálise matricial freudiana com o tempo transformada em comentário de si mesma _ , é também uma transfiguração de Freud.

Lacan *estica* o pensamento de Freud até a vertigem, o surto, o êxtase, o desregramento que o ponto de vista surreal, por definição, persegue.

Abaixo, um pequeno dicionário desse Freud surrealizado.

DESEJO & OBJET TROUVÉ

Até porque Lacan só contava com uma palavra para denominar o desejo _ “*désir*” _, ao passo que Freud tinha várias _ *Begierde*, *Wunsch*, *Wunscherfüllung*, *Wunschbefriedigung* _ é a psicanálise lacaniana, trazendo-o incessantemente à baila, que vai elevar o desejo à categoria de conceito. Há mais que a inflexão da língua ou uma variação da nomenclatura, neste caso. Na verdade, examinando as coisas mais de perto, trata-se de uma reformulação da doutrina que se põe a flertar, flagrantemente, com o indizível. De fato, se tivermos em mente que, na acepção de Lacan, o desejo extrapola as definições freudianas clássicas de movimento em direção a um objeto e de satisfação de um anseio que o sonho, como exutório, realiza, assumindo o sentido de inclinação ao absoluto, de movimento que tende ao não-objeto - de um desejo do desejo, enfim - , o surrealismo pode funcionar como um interessante interpretante.

Movimentando-se, por definição, no irreal, o surrealismo antecipa-se à psicanálise lacaniana ao basear-se numa visão do mundo externo que, sendo igualmente trágica, envolve a experiência de não-objetos. Faz parte dessa experiência a metáfora enlouquecida. De fato, se para dizer um objeto a metáfora já tem que recorrer a outro objeto, chamando-o pelo nome do outro _ o “amor” por “chama”, por exemplo, para tomar o mais corriqueiro dos exemplos _, a metáfora surrealista radicaliza esse deslocamento. Pensemos nos corpos de mulher de Salvador Dali, cujo tronco pode ser um gaveteiro, ou em certos desenhos de Nadja, a heroína de Breton, em que uma cabeça emerge de dentro de uma luva que tomou o lugar do corpo inteiro, ou em que um par de olhos são duas pétalas de flor, ou em que um casal de amantes torna-se a imagem

anfíbia de um felino incrustado na barriga de uma ave... (Breton, 1988, p. 680, 720, 722). Ao invés da ressignalização ou refiguração dos objetos que seria de se esperar da força expressiva de um tropo, o que temos com essa radicalização é uma atestação da impossibilidade de dizer, inseparável da irrealização de tudo aquilo que, desse modo, fica não-dito.

Se a bateria metafórica surreal já vem falando de não-objetos, o “*objet trouvé*” vai mais longe, é um predecessor do “objeto a” e sua intangibilidade. Dividindo com o ditado automático a posição de conceito fundamental da escola e de veículo da surrealidade, ele faz-se presente aos mais antigos brevíários do movimento surrealista. Trata-se daquele objeto que nunca radica em si mesmo, mas é sempre o anúncio de um outro. Em *Nadja*, um dos mais importantes textos de Breton e um dos pilares do surrealismo, a personagem central, ela mesma irreal para o narrador bretoniano, não cessa de se deparar com essa categoria insólita. Assim, por exemplo, Nadja divisa algo tão terra-a-terra quanto um portão _ o portão do Palácio de Justiça, em Paris, por exemplo _, e é toda uma onda de conexões que então se instala, não como simples evocação poética, mas como transe.

Um outro desses estremecimentos é trazido pelos “*ready made*”. No *Dictionnaire Abregé du Surréalisme*, Breton e Éluard o definem como “objeto usual promovido à dignidade de objeto de arte pela simples preferência do artista”, e trazem como exemplo de tal objeto uma tábua de passar roupa. Há nesse trânsito da tábua de passar roupa para a galeria de artes uma desapropriação da realidade do objeto que é tão maior quanto ele é escolhido ao acaso. Isso cria um efeito de absurdo de que Breton nos dá logo a medida, ao inverter a ideia, sugerindo-nos pensar, não no banal artefato levado para o território do sublime, mas em Rembrandt tornado...tábua de passar roupa! (Breton & Éluard, 1992, p. 837).

Não bastasse tais atentados ao corpo dos objetos, a própria definição de “realidade” trazida pelo *Dictionnaire* vai ainda reduzi-los a cifras, vai transmutá-los em letras, exatamente como faz Lacan, quando acena com um “objeto a”, de que só se pode ter o indício mínimo. De fato, note-se a definição de “realidade” que nos dão Breton e Éluard: “A realidade está na ponta dos dedos daquela mulher que assopra nas páginas dos dicionários” (Breton & Éluard, 1992, p. 38). Toda a empiria, aqui, se semiotiza. É consensual dizer-se que a releitura que Lacan faz de Freud vai no sentido de cancelar a alçada da empiria própria do cientificismo oitocentista e o organicismo de seu mestre. O que se tem dito menos é, primeiro, que o surrealismo tem tudo a ver com isso, segundo, que Lacan tem tudo a ver com o surrealismo.

GOZO & SADE

Pouquíssimo investido por Freud, que se concentra na questão do prazer, “*jouissance*” é outro termo que ganha proporção em Lacan, a ponto de assumir posição de conceito.

O gozo não é a satisfação, ou a volúpia, ou o orgasmo, assim como o objeto não é a coisa pegável. Como no caso anterior, trata-se de uma noção excessiva, também ligada a uma vertigem ou a uma busca de absoluto. E pode-se pensar que tampouco a obsessão do gozo ocorreria a Lacan se não estivesse, antes, na trajetória destes novos malditos que, em seus jovens anos, tanto o impressionaram: os surrealistas. De fato, sendo para Lacan psiquicamente estruturante, como a neurose o é para Freud, o martelante discurso do gozo é tão mais especificamente lacaniano quanto Lacan está cercado, por todos os lados, de sadólogos. São tantos e tais que se poderia afirmar que, somente em sua reformulação francesa, a ciência do inconsciente chega a Sade. Tanto mais que, se Sade já estava no campo das perversões freudianas, assim como Masoch, Freud pouco se importa com o fundo literário do “sadismo” e do “masoquismo”, nomenclaturas que recebe prontas da psiquiatria alemã oitocentista, sem cuidar dos artistas de que elas saem.

Já Lacan assume as dívidas literárias desses conceitos, sob a inspiração evidente de seus correligionários. De fato, há um verbete “Sade” no *Dictionnaire du surréalisme*, bem como uma seção “Sade” na *Anthologie de l'humour noir*, mostrando que Breton e Éluard estão atentos ao assunto. Mas mais que nos centros decisórios do surrealismo, é nas diásporas que se cultiva a até então censurada herança do autor. Assim, dentre os primeiríssimos cultores de Sade, temos Georges Bataille, o dissidente da ortodoxia bretoniana que vai dar ao erotismo mais absolutamente transgressivo e mais conectado ao mal estatuto de objeto não apenas pensável mas apreciável. Como prova o fato de recepcionar até mesmo o atentado sadiano ao mais barrado dos objetos _ o corpo materno _, que é tão vilipendiado em seu *Madame Edwarda* quanto em *A Filosofia na alcova*, quando, no sétimo e último diálogo, a roda de corruptores ali em ação abate-se sexualmente sobre a mãe de Eugénie, na presença da própria filha (Sade, 1999, p. 185-198).

As relações de mão dupla entre Lacan e este renegado de Breton que é Bataille são bem mais intensas que aquelas resumidas por Elisabeth Roudinesco, seja na sua *História da psicanálise na França*, seja em seu *Jacques Lacan- Esboço de uma vida, história de um sistema de pensamento*. Elas pertencem a um arco de acontecimentos que começa, nas adjacências do surrealismo, com um notável empreendimento de reconhecimento e recuperação dos textos de Sade. Além de Breton e Éluard, isso envolve figuras de proto e para surrealistas como Guillaume Apollinaire, primeiro editor, em 1909, de uma antologia de textos de Sade; Maurice Heine, descobridor e editor, em 1929, do manuscrito perdido de *Cento e vinte dias de Sodoma*; Pierre Klossowski, autor de um estudo pioneiro datado de 1947, perturbadoramente intitulado *Sade, mon prochain*; Georges Bataille, cujo clássico de 1957 *La littérature et le mal* traz um capítulo sobre Sade; e o próprio Lacan, cujo “Kant com Sade”, seção dos *Escritos* que nada mais é que um texto encomendado, e aliás não aceito, em 1962 para prefaciar uma edição completa das obras deste autor-monumento do século XVIII francês, só paulatinamente redescoberto pelas vanguardas francesas, na primeira metade do século XX.

Em *Sade, Fourier, Loyola* Roland Barthes notou a estranheza da língua sadiana, sua perfeita elegância na execução da tarefa de nomear o horror, a maneira como a narração da violência mais extrema se faz, aqui, na observância da gramática, da retórica e da lógica classificatória. Para Barthes, o que há de perturbador em Sade é que, agindo assim, tão comportadamente, ele faz com que tudo possa ser dito, ainda que nada seja plausível, nada possa ser tomado ao pé-da-letra. No fundo, é o mesmo processo das metáforas surreais, quando desfazem seus objetos.

De muitos modos, antes e depois de Barthes, foi repetido pelos comentadores mais sagazes que as ações a que se refere o texto de Sade são impossíveis, logo, que isso fala de outra coisa.

Para Claude Lefort, o que se consuma no *boudoir* dos castelos sadianos é para ser visto como a defesa veemente da república ideal que está sendo formulada, no momento em que Sade escreve. *A filosofia na alcova*, adverte Lefort, é um romance de ambição teórica e política, e a melhor maneira de ler esta enfiada de diálogos em que se constitui o romance é fazê-lo à luz do panfleto ali inserido _ “Franceses, mais um esforço”_, tomando tudo como um alerta republicano, na forma mais violenta. Nesse sentido, a iniciação ao gozo perverso é iniciação à emancipação. Na alcova, discutem-se as virtudes e os vícios da cidade, os fundamentos das religiões, os caminhos da felicidade, a distinção entre natureza e convenção. Tudo isso para levar a Revolução Francesa às últimas consequências, pela completa demolição de todo e qualquer mando, ainda que isso também signifique minar por dentro a própria construção revolucionária, porque isso cancela, ao mesmo tempo, toda ordem, toda hierarquia, toda possibilidade de governo. Para Lefort, o frenesi sádico é uma figuração desse impasse (Lefort in Novaes, 1990, p. 252).

Dentro da mesma ordem de reflexões, Bataille escrevia em *La littérature et le mal* a primeira das exegeses sadianas que conhecemos _, que Sade é “o mais rebelde e enraivecido dos homens que falaram em rebelião e raiva, um homem monstruoso, possuído pela paixão de uma liberdade impossível” (Bataille, 1956, p. 79-80).

O que há de interessante no impossível sadiano é que ele capta a denegação que está no cerne do jogo perverso, a falsa afirmação do gozar que se ancora na pretensão a gozar, e no limite, na imitação _ e só na imitação _ do gozar, própria de toda encenação perversa. É por esse lado que a sadologia - essa ciência surrealista - pode nos ajudar a entender Lacan.

Resume J. D. Nasio em suas *Cinco lições sobre a teoria de Jacques Lacan* que há em Lacan três estados do gozo: o “gozo fálico”, parcial e balizado pelo recalque, como o prazer freudiano; o “mais gozar”, que tira seu excedente de prazer da permanente excitação em que a impossibilidade de verdadeiramente gozar deixa o sujeito; e o “gozo do Outro”, estado de felicidade absoluta correspondente à situação ideal de uma descarga completa das tensões originárias do desejo que se supõe ser o próprio unicamente do Outro, e cuja força está em ser, justamente, a prerrogativa do Outro.

Não há como não ver que boa parte dessa tripartição liga-se ao impacto de Sade, sobre quem lemos no *Seminário 7*, numa subseção sobre “O gozo da transgressão”, que ele nos leva ao “absoluto do insuportável” (Lacan, 1988, p. 245).

SADE NO COLÉGIO DE PATAFÍSICA

Mas há mais que apenas Sade na topografia literária de Lacan, quando voltada para o gozo. Na verdade, estamos diante de mais de uma cultura da crueldade proverbial.

O também lento resgate da obra de Lautréamont, outro poeta festejado nos domínios bretonianos, e a imposição da figura finissecular de Alfred Jarry, seja ao teatro francês, através de Antonin Artaud, um surrealista que é um homem dos palcos, seja às letras francesas, através de Raymond Queneau, que, no seu *Collège de Pataphysique*, é um reivindicado continuador de Jarry, são outros tantos fatos interligados ao perverso lacaniano.

Aqui também há um derramamento de sangue sem culpa que não acaba mais. Junto com os corruptores de Sade, o herói pós-romântico Maldoror de *Os Cantos de Maldoror* de Lautréamont, que já traz no próprio nome sua índole malévola, e o tragicômico Pai Ubu de Jarry são outros tantos perversos que se revelam cruciais para os melhores espíritos da época da juventude de Lacan.

Na abertura do segundo volume da sua *História da psicanálise na França*, Elisabeth Roudinesco informa que há, na primeira geração de psicanalistas franceses, um cultor do surrealismo, certo Jean-Frois Wittmann, que publica artigos em revistas do grupo e que, num desses artigos, ele define *Os cantos de Maldoror* como “uma verdadeira bíblia do inconsciente”, com seus métodos associativos e todas as suas complicações” (Roudinesco, 1988, p.23). As complicações a que este autor se refere não ficam muito longe daquelas trazidas pela “mais escandalosa obra de todos os tempos”, como diz Lacan, referindo-se à obra de Sade, num ponto do mesmo *Seminário 7* em que põe Lautréamont e Sade em pé de igualdade (Lacan, 1988, p. 245).

Por sua vez, sendo tão cruel, violento e escatológico quanto o de Sade, o texto de Jarry acrescenta-lhe uma anarquia formal. Desfecha um ataque frontal contra a bela língua francesa, que, neste contexto, até porque Jarry está em luta aberta contra a instituição escolar _ onde o “élève” é aquele que deve ser “elevé” (elevado) acima do erro _, resulta totalmente desfigurada. Assim é que Pai Ubu troca as letras, dando-nos de saída “merdre” por “merde”: “Alors, voilà. Je tâcherai de lui marcher sur les pieds, il regimbera, alors je lui dirai: MERDRE, et à ce signal vous vous jetterai sur lui” (Jarry, 1978. P. 48).

Citações literais e remodelagens dessas palavras desfiguradas são encontráveis por toda parte em Lacan, que frequenta os patafísicos. Não só quando, saudando a maneira graciosa de Queneau anarquizar a educação nacional francesa, transcreve, em alguma parte, “l’ hic et nunc”, ubuescamente, como “liquette ninque”. Nem só quando atentando contra o alemão de Freud, afrancesa o “Unbewuste”, tornado “unebévue” (um descuido, um lapso). Mas principalmente quando, em “Kant com Sade”, faz o gozo ubuesco da infração invadir e abalar o terreno da lei kantiana, convocando uma máxima derrisória de Ubu: “Ilustremos [a lei de Kant], ainda que ao preço de uma irreverência, através de uma máxima retocada do Pai Ubu: ‘Viva a Polônia pois se não houvesse a Polônia não haveria poloneses’”. (Lacan, 1998, p. 779) Temos aí um daqueles chistes que, ferindo particularmente o raciocínio lógico, Freud teria posto nos erros de pensamento, junto com a piada do sujeito que, tendo emprestado um utensílio de alguém, e diante da reclamação desse algum de que o mesmo utensílio voltou estragado, afirma, ao mesmo tempo, que o devolveu intacto e que ele já vinha furado. Sua intervenção no final do comentário de Kant cumpre a função de sublinhar que, como simulação do gozar, a perversão envolve humor. Sem ser propriamente o louco, o perverso é um comediante.

Como o próprio Lacan - aliás -, ele mesmo um piadista sádico, impressionado que foi por todas essas correntes do gozo transgressivo.

FALTA & SIGNIFICANTE & METÁFORAS HUGOLIANAS SURREAIS

Vimos que em psicanálise lacaniana o objeto do desejo é marcado por um “não”. Não se trata só do objeto. Também o sujeito que constitui para si não-objetos é um não-sujeito.

Bem antes da entrada em cena dos linguistas estruturais que, nos anos de 1960, ocuparam a primeira fila dos Seminários, em Sainte-Anne, foi uma dupla de importantes gramáticos franceses que começou a dar a Lacan, desde sempre atento às questões da língua e ao que significa falar, a idéia de um não-sujeito. Estamos falando de Jean Damourette (1870-1943) e de seu sobrinho Édouard Pichon (1890-1940). Este último um psicanalista pioneiro, ligado à primeira psicanálise francesa, além de resenhista, nos anos de

1930, do intrincado texto lacaniano intitulado *Os complexos familiares*, cuja incompreensibilidade deplora. Isso não o impediria de admitir o então jovem psiquiatra Lacan, que já disserta à la Freud sobre a instituição familiar, nos quadros da Associação Francesa de Psicanálise, na qualidade de seu presidente. É de Pichon um estudo descritivo dos pronomes pessoais franceses de que, de questões coloquiais aparentemente as mais simples, são extraídas consequências as mais inesperadas e as mais interessantes para o campo da filosofia do sujeito, que tanto interessa a Lacan. Debruçando-se particularmente sobre o “je” e o “moi”, esse trabalho revela um mundo por trás do pronome “eu”. Como em português, a língua francesa tem dois substitutos para a primeira pessoa do singular, o “je”, pronome pessoal do caso reto e o “moi”, pronome pessoal do caso oblíquo. Mas diferentemente do que acontece com o português, em francês, ambos os pronomes podem fazer papel de sujeito, e ambos podem fazer juntos esse papel, numa operação estranhamente reiterativa (“Je vais”/ “**Moi** je vais”). Como entendê-lo? O que Pichon percebe é que a forma oblíqua introduz um sujeito que é mais pleno que o da forma reta, uma vez que o reforça (“C’est sûr que j’y vais, **moi**”). E que é na forma oblíqua que está a personalidade, o “empersonamento”, enquanto que a forma reta é vazia, tudo se passando como se referisse uma não-pessoa (Damourette & Pichon, 1968).

Sem dúvida, é este empurrão sutil da gramática, a que se somariam futuramente todos aqueles outros dados pelas linguísticas de Roman Jakobson e Émile Benveniste, que vai levar Lacan, tomando o inconsciente como uma linguagem, a falar num “sujeito do inconsciente”. O que fica tecnicamente demonstrado, assim, é que o sujeito que não é mestre em sua própria casa, como formulava Freud, já o é desde a linguagem, ou por simplesmente falar. Mas também que a língua em que Descartes formulou a certeza do sujeito pensante claro e unívoco é a língua dos dois sujeitos, ou do sujeito partido. Assim, é Pichon, no limite, quem ampara os belos desenvolvimentos do capítulo “O sujeito da certeza”, no Seminário XI, em que Lacan escreve que, se Descartes e Freud coincidem ao pressupor que um pensamento já está lá, no próprio movimento da dúvida, provando a existência do sujeito que oscila, não é da mesma coisa que os dois estão falando, porque o sonho e o lapso, como dimensões da dúvida, não provam a existência de um sujeito livre, mas, ao contrário, apontam a existência de um outro sujeito pensando no lugar do sujeito (Lacan, 1985, p. 39).

Com a linguagem assumindo tal função probatória, não é de estranhar que a psicanálise lacaniana dê tanto peso às duas figuras de linguagem a que as linguísticas gerais reduziram todo o catálogo dos tropos, vendo nelas a polaridade inerente a qualquer linguagem – a metáfora e a metonímia –, e troque por elas a condensação e o deslocamento freudianos, numa verdadeira poetização desse instrumental psicanalítico de base. Afinal, com um sujeito assim duvidoso no comando da fala, que mais nos poderiam elas oferecer senão desconexões lexicais?

É disso que tratam os dois capítulos dedicados ao significante/significado/metáfora/metonímia do *Seminário 3* sobre as psicoses. É aí que entram Victor Hugo e o poema “Booz endormi” do álbum *La Légende des siècles*, uma das referências literárias mais insistentes do conjunto dos seminários. Neste poema, no igualmente muito referido verso “sa gerbe n’était point avare ni haineuse” (seu feixe não era avarento nem odioso), “gerbe” metaforiza Booz, de modo surreal.

De fato, ainda que tudo gire, desta vez, em torno de um verso de Victor Hugo, não se trata do romantismo francês, como poderia parecer, à primeira vista, mas, novamente, de uma discussão que se faz sob a influência do surrealismo. No segundo dos dois mencionados capítulos, “Articulação significante e transferência de significado”, Lacan não hesita em chamar a conexão gerbe/Booz de surrealista, pelo seu não-senso, depois de nos dizer que a literatura não esperou o surrealismo para fazer metáforas, ironia que significa que, sendo o surrealismo o grande produtor de metáforas, a metáfora, que é sempre, de algum modo, um nonsense, será sempre surrealista, ou completamente absurda. Nem a metáfora se separa claramente da metonímia, já que Lacan também não hesita em dizer, no mesmo ponto, que a metáfora hugolina é uma metonímia, pelo que carrega de menção subjacente ao pênis real de Booz, isto é, de significância do parcial (1).

É em meio a todas essas reversões que avança uma explanação de difícil acompanhamento, enfatize-se sobre a “identificação” e a “transferência”. Ambas são lindamente referidas por Lacan aos processos combinatórios da linguagem, tais como definidos por Jakobson e por ele remetidos à metáfora e a metonímia. Ficam então os deslocamentos do significado, que são próprios de nossa oscilante auto-constituição e de nossa perturbada constituição da alteridade, tal como a entrevê a psicanálise, por conta não apenas do trabalho da língua mas de uma convergência vertiginosa entre o inconsciente e os arsenais do verso.

Tudo isso nos aconselha a ter em mente a primeira vanguarda da história _ a romântica _ e sua desconstrução do protocolo clássico, consumada pela vanguarda surrealista, se quisermos aceder de fato ao intrincado mundo mental de Lacan

NOME-DO-PAI & FALO & FORACLUSÃO & ARTAUD

Há diferentes trilhas genealógicas possíveis para a não menos intrincada teoria lacaniana da psicose.

Uma das pistas é a leitura cruzada de Freud e Lévy-Strauss, que permite a Lacan tomar a proibição do incesto, não como uma verdade tirada da experiência vivida, mas como um operador simbólico. O fato de que a mãe se conhece, necessariamente, enquanto que o pai só se pode deduzir é inerente a essa reformulação do complexo edipiano em termos straussianos, que transforma o pai em significante e leva a falar em “nome-do-Pai”, “função paterna”, “metáfora paterna”, e a pôr o desmoronamento psicótico na conta da “foraclusão”, isto é, no apagamento da “lei do Pai”.

Uma outra pista é uma outra leitura dos mesmos Damourette e Pichon, a que essa teoria deve também a idéia da “foraclusão”, originalmente pertencente ao vocabulário jurídico, em que se refere a prescrição de um direito, em psicanálise lacaniana entendida como uma espécie de apagamento ou rasura de um significante, perfeita para assinalar a renegação (Verleugnung) ou o desmentido psicótico do real.

Foi ao chamar a atenção para certos mecanismos da negação em francês, bastante semelhantes àqueles relativos ao complexo funcionamento do “je” e do “moi”, que, em 1928, num artigo intitulado “Sobre a significação psicológica da negação em francês”, Damourette e Pichon puseram Lacan no encaixe da “foraclusão”. Desta feita mostrando que também a partícula “ne”, em certos casos, só aparentemente negativa, pode esvaziar-se por completo de sentido. Isso acontece em construções como “je crains beaucoup qu’il **ne** vienne”, que não significa exatamente “temo que ele não venha”, mas, ao contrário, e apesar da negação, que, neste caso, parece não fazer sentido, “temo que ele venha” (Damourette & Pichon, 1968).

Considerado expletivo, até então, o “ne” costumava ser visto, até então, e em consonância, como sem função. Mas Damourette e Pichon lhe dão significado psicológico. Percebem uma conjuração na profundidade desse tipo de enunciado, em que esse tipo de “não” vale por “sim”. Sugerem lê-lo deste modo: temendo, no fundo, que a pessoa viesse, o enunciador providenciou um **não**, que surge aí, aparentemente, como sem função, mas que é, na verdade, pleno de significado, exprime um voto, um exorcismo, a passagem ao ato verbal de um desejo de que a coisa temida não aconteça. Trata-se, na verdade, como também perceberia Lacan, de uma negação negada ou renegada.

A terceira via é literária e nos leva de volta aos surrealistas com os quais Lacan tem seu destino cruzado..

Entra aqui a hoje conhecida dívida da tese de doutorado de Lacan, datada de 1932, para com a teoria da “paranóia crítica”, formulada por Salvador Dalí e encampada por todo o movimento. Contendo uma definição original da loucura paranóide como interpretação legítima da realidade, ainda que delirante, e não como distorção da realidade, é dessa referência que o primeiro Lacan lança mão, rompendo, ainda que, neste momento, secretamente, com a ortodoxia dos médicos alienistas, no seio da qual é formado. Roudinesco tem uma nota sagaz sobre isso: “A tese sobre a paranóia era atravessada por um movimento de reapropriação das posições surrealistas. Ora, Lacan não dizia uma palavra acerca dessa influência maior. Omitia cuidadosamente suas fontes nesse domínio, não mencionava nenhum dos grandes textos surrealistas que o haviam inspirado e guardava silêncio sobre os nomes de Dalí, Breton e Éluard. Preocupado com sua carreira, não queria desagradar nem seus mestres em psiquiatria, que rejeitavam a vanguarda literária, nem os defensores da ortodoxia freudiana. Cálculo errado: os primeiros a prestar-lhe homenagem serão aqueles cuja importância ele encobria, e os primeiros a execrá-lo, aqueles a quem queria agradar (Roudinesco, 1994, 70-71))

Com este primeiro passo intelectual que se esboça, assim, timidamente, mas termina percebido pela vanguarda da época, Lacan dá continuidade à grande briga dos surrealistas com a psiquiatria de seu tempo. Rumorosa discórdia de que temos um fascinante dossiê na abertura do *Segundo Manifesto do Surrealismo*, para onde Breton levou a transcrição de um número do *Journal de l'Aliénation Mentale*, em que médicos de alienados depõem contra os surrealistas, em termos indignados. Fala aí o próprio

Clérambault, psiquiatra muito interessado, no início do século passado, na classificação dos tipos de psicose, e muito mencionado por Roudinesco, com quem o formando Lacan mantém relações de amor e ódio (Breton, 1992, p.777). Não é de estranhar que a tese que sai, em 1932, da formação de Lacan no seio desses alienistas bombardeados pelo *Segundo Manifesto* bretoniano seja recepcionada pelos próprios surrealistas, os únicos a lhe darem atenção. Como se sobejamente se sabe, em 1933, ela é resenhada por René Crevel na revista *Surréalisme au service de la révolution* e pelo próprio Dali na revista *Minotaure*.

Mas entra aqui também uma outra referência: Antonin Artaud. Ainda que haja oito menções a este maldito dos malditos na *História da Psicanálise na França* e quatro no *Dicionário da Psicanálise* de Elisabeth Roudinesco, Artaud segue até hoje ignorado como mentor de Lacan. Isso não impede o fato de que a psicanálise lacaniana tenha contraído uma enorme dívida também com este surrealista da primeira hora, o mais desadaptado de todos, e logo expulso do movimento. Não que Lacan assumia essa influência. Também neste caso, trata-se de uma presença subterrânea. E tanto mais efetiva.

Ainda que, terminalmente, recue em relação aos valores patriarcais do freudismo _ ou para dizê-lo como Jorge Forbes, aos valores “verticais” e “pai-orientados” de Freud (Forbes, 2012) _, a psicanálise lacaniana é uma psicanálise do Pai. Aqui como em Freud, a lógica da loucura criminal passa por uma rasura da inscrição paterna. Ora, na efervescente cultura da demolição patriarcal que tomou conta da literatura francesa nos primeiros decênios do século XX, Artaud é não apenas o artista que mais refere o Pai mas o que mais o refere nos termos de Lacan.

De fato, uma pesquisa acautelada revela que, muito antes de Lacan, ele já aparece desvinculando o Pai _ que também grafa com maiúscula _ do procriador. Já vê na paternidade algo mais que a função pedagógica que a cultura atribui à paternagem. Já toma o Pai como uma noção, e como uma noção fundadora de todas as outras noções. Sempre soubemos que foi Lévi-Strauss, e a leitura de *As estruturas fundamentais do parentesco*, que levaram Lacan a deslocar completamente a topografia freudiana para o território do simbólico. Sabemos também que, em boa medida, o nome-do-Pai tem a ver com a experiência dolorosa que faz Lacan da paternidade, em dois sentidos: como filho esmagado pela tirania de seu próprio pai e como pai de Judith, sua filha com Sylvia Bataille, nascida quando esta se acha ainda formalmente casada com Bataille, fato que, na época, pela força da legislação francesa, obriga o casal a registrar a menina com o nome do legítimo marido, abrindo os olhos de Lacan para a questão da força do nome.

Do que não desconfiarmos é de que é graças a Artaud que Lacan põe-se a encarar o Pai como um significante, a paternidade, como o exercício de uma nomeação, a loucura, como o resultado da ausência ou a forclusão desse significante, que vai então ser preenchido pelo delírio.

De fato, reduzir o pai a um fundamento é algo que Artaud faz muito cedo. Desde quando ainda pertence aos quadros do movimento surrealista. Fato ainda mais interessante é que o faz, justamente, ao definir o movimento, que surge no pós-primeira guerra, como uma verdadeira insurreição contra-cultural. Veja-se nesta declaração de Artaud, extraída de um de seus primeiros escritos, hoje inserido na colossal obra completa que a editora Galimard passou a editar nos anos de 1970, como, através do Pai, se insinua aí, *avant la lettre*, o apontamento da geração masculina da lei e da linguagem: “O surrealismo foi uma profunda, interior insurreição contra todas as formas do Pai, contra a preponderância invasora do Pai nos costumes e nas ideias (Artaud, 1980, p. 141). De modo muito claro, na inusitada expressão “formas do Pai” que aí temos, avança o pai simbólico, aquele mesmo que é recoberto pelo conceito lacaniano “nome-do-Pai”.

São dessa mesma fase inicial de Artaud as violentas admoestações _ os “Adresses” _ que ele envia aos representantes do Pai: o papa, os reitores das universidades, o Dalai Lama, os cientistas, sendo seguido pelos companheiros, que também mandam cartas aos médicos-chefes dos asilos de loucos. Essa tentativa de destruição da autoridade paterna ecoa Sade, cuja briga é sempre, no limite, com Deus, o alvo privilegiado da discussão política desenvolvida em *A Filosofia na Alcova*, onde lemos: “Sim, destrua-se para sempre toda idéia de Deus e façam-se soldados de seus padres” (Artaud, 1980, p.135). Isso continuaria, depois, nas estocadas do teatro da crueldade contra todo o teatro escrito, em meio àquela defesa da restauração do corpo, da dança e da mímica que caracteriza a revolução artaudiana, quando ele passa a investir contra Shakespeare tornado deus e pai. Em *A escritura e a diferença*, onde temos nada menos que dois capítulos sobre Artaud, Jacques Derrida fala, a propósito, num assassinato do Pai: “Está sempre na origem da crueldade de Artaud um assassinio, e em primeiro lugar um parricídio, esse teatro que ele quer restaurar é a mão levantada contra o detentor abusivo do logos, contra o pai, contra o Deus de um palco submetido ao poder da palavra e do texto” (Derrida, 1995, p. 159).

Mais tarde ainda, nos anos de 1940, quando Artaud continua sua obra nos asilos psiquiátricos, imprecações dessa mesma explosividade serão dirigidas aos médicos. Estas são de um interesse ainda maior para quem queira pesquisar as relações do surrealismo com uma psicanálise que, no lugar das Anna O., pôs as Aimée e as Irmãs Papin, fundando-se sobre uma saga de mulheres loucas.

Mas o fato mais interessante a assinalar, quando se busca compreender, pelo ângulo de Artaud, o peso dado à loucura pela psicanálise lacaniana, é que, de todos os surrealistas, é ele o psicótico. Vale dizer: aquele que fala da loucura de dentro. Elisabeth Roudinesco refere-se a essa dupla competência ao mencionar sua "escrita monumental da loucura" (Roudinesco, 1994, p. 569). Fascinado que estava desde o início pelo estado arrebatado de consciência das loucas - assim como os surrealistas pelo de Nadja e Violette Nozière -, imagine-se Lacan diante disso!

Em 2003, na abertura do primeiro número de sua nova série, a revista francesa *Luna Park*, importante publicação voltada para as vanguardas, editada pelo crítico, historiador da arte e especialista no movimento dadá Marc Dachy, tornou pública, com mais de 20 anos de atraso, uma longa entrevista feita por um professor francês, em 1984, com o Doutor Ferdière, o psiquiatra que cuidou de Artaud em Rodez, administrando-lhe eletrochoques (*Luna Park*, 2003).

Proposta por amantes do dadaísmo, trata-se de uma importante retomada histórica, que, por todo o anterior, é uma leitura e tanto para lacanianos!

Bibliografía

- ARTAUD, Antonin. "Messages révolutionnaires" *Oeuvres*, Tome II. Paris; Gallimard, 1980.
- BATAILLE, Georges. *La littérature et le mal*. Paris: Folio, Col. Essais, 1956.
- BÉNABOU e CORNAZ. *789 Néologismes de Lacan*. Paris: Epel, 2002.
- BRETON, André. *Oeuvres Complètes*, I. Paris: Gallimard: Pléiade, 1988.
- BRETON, André. *Oeuvres Complètes*, II. Paris: Gallimard-Pléiade, 1992.
- CAMPOS, Augusto. *Rimbaud livre*. São Paulo: Perspectiva, 1992.
- CAMPOS, Haroldo. "O afreudisiaco Lacan na galáxia de la língua" IN Oscar Cesarotto org. *Idéias de Lacan*. São Paulo: Iluminuras, 1995.
- DAMOURETTE, Jacques & PICHON, Édouard. *Essai de grammaire de la langue française*. Paris: Édition d'Arthey, 1968.
- DERRIDA, Jacques. *A escritura e a diferença*. Tradução de Maria Beatriz Marques Nizza da Silva. São Paulo: Perspectiva, 1995.
- FORBES, Jorge. Inconsciente e responsabilidade. *Psicanálise do século XXI*. São Paulo: Manole, 2012.
- LACAN, Jacques. *O Seminário Livro 3/As Psicoses*. Tradução de Aluísio Menezes. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1985.
- LACAN, Jacques. *Escritos*. Tradução Vera Ribeiro. Rio de Janeiro: Zahar, 1998.
- LACAN, Jacques. *O Seminário Livro 7 A Ética da Psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1988.
- Jacques Lacan. *O Seminário*, Livro 11 Os quatro conceitos fundamentais da psicanálise. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1985.
- ARRY, Alfred. *Ubu*, Acte I, Scène 7. Paris: Gallimard, Col. Folio Classique, 1978.
- LEFORT, Claude. "Sade, o desejo de saber e o desejo de corromper" em NOVAES, Adauto org. *O desejo*. São Paulo: Companhia das Letras, 1990.
- ROUDINESCO, Elisabeth. *História da Psicanálise na França*. Tradução de Vera Ribeiro. Rio de Janeiro: Zahar, 1988.
- ROUDINESCO, Elisabeth. *Jacques Lacan. Esboço de uma vida, história de um sistema de pensamento*. Tradução de Paulo Neves. São Paulo: Companhia das Letras, 1994.
- SADE. *A Filosofia na alcova*. Tradução, posfácio e notas de Augusto Contador Borges. São Paulo: Iluminuras, 1999, p. 185-198.
- REVUE LUNA PARK*, Marc Dachy Éditeur. Nouvelle Série, Janvier, 2003.

Notas

(1) Jacques Lacan, *O Seminário/Livro 3 "As Psicoses"*. Tradução de Aluísio Menezes. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1985, p. 255.

Psicoanálisis y clínica

Presentación sección "Psicoanálisis y clínica" Consejo de Redacción de Acheronta

En esta sección agrupamos diferentes textos que abordan y desarrollan diferentes problemáticas del psicoanálisis y la clínica

En "[Loucura e ética: uma aproximação possível](#)", **Patricia de Campos Moura** "pretende discutir sobre uma possibilidade de manejo da "loucura" no hospital geral sustentada pela compreensão do conceito de psicose na psicanálise lacaniana e também pela questão da ética". Considera que "esse seja um caminho para marcar uma diferença entre psicose, doença mental e loucura. A contextualização desses conceitos, bem como o estudo de um recorte psicanalítico da ética, são fundamentais" para a escuta e o olhar do psicanalista "frente ao sujeito". Deste modo, a autora acredita que "a reflexão possa se estender aos diferentes atendimentos psicológicos realizados no hospital geral, pois entende que a ética é o fio condutor que sustenta e norteia" a "atuação com o paciente, sua família, equipe multidisciplinar e com os demais psicólogos". A autora faz um percurso por trabalhos de Michel Foucault sobre a loucura em diferentes momentos históricos até a modernidade, bem como pela obra de Jacques Lacan, através da texto de Antonio Quinet, para sustentar a fundamentação de uma clínica e uma ética que convoca ao psicótico enquanto sujeito.

Patricia de Campos Moura

Psicanalista de orientação lacaniana, com graduação em Psicologia pela PUC-SP (Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, ano de 1997). Aprimoramentos em Psicologia Clínica, Institucional e em Triagem pela PUC-SP, com ênfase em Fenomenologia. Pós-graduação em Psicologia Hospitalar pelo Hospital Israelita Albert Einstein. Atualmente, atua como analista em consultório particular.

Email: patriciadcmoura@yahoo.com.br
(Brasil)

En "[Moverse del abandono](#)" **Ursula Gayou Esteva** presenta el análisis de un caso caracterizado por el despliegue de acting outs. La autora se enfoca no solo en el historial, sino también en las intervenciones del analista en determinados momentos del tratamiento.

Ursula Gayou Esteva

Licenciada en Psicología Clínica por la Universidad Autónoma de Querétaro (UAQ). Actualmente cursando la Maestría en Psicología Clínica (UAQ). Adscrita a la Secretaría de Salud del Estado de Querétaro en labores de prevención y atención a la violencia familiar y de género. Práctica Clínica Institucional y Privada

Email: gayoue@hotmail.com
(México)

En "[Aproximación a la problemática de la "verdad" y el "saber" en psicoanálisis](#)", **Miguel Olivera Cordero** plantea que: "Uno de los matices relevantes de la inmersión en el campo del psicoanálisis es poder plantearse preguntas constantemente, a partir de la experiencia clínica o bien de la producción teórica del mismo. Carácter de vigencia y de reivindicación que posibilita mejores bases que sostengan aquello particular, que en rigor ha capturado nuestra atención. Dicha inmersión al campo del psicoanálisis como ejercicio clínico y con su posibilidad de generar postulados teóricos, plantea una dinámica compleja sobre la utilización de ciertos términos que trasgreden los límites de sus propias acepciones para llegar a nivel de concepto. ¿Es el caso del término verdad... lo es del término saber? El presente trabajo pretende poner en la mesa esta problemática."

Miguel Olivera Cordero

Psicólogo Clínico. Actualmente cursando la Maestría en Psicología Clínica U.A.Q.

Email: korsakoff21@gmail.com
(México)

En "[Algunas consideraciones sobre el diagnóstico en la clínica psicoanalítica](#)", **Mirta Lidia Sánchez** aborda la cuestión del diagnóstico en psicoanálisis no sólo en sus relaciones con el diagnóstico médico sino también considerando los problemas que dicha noción plantea al interior mismo del campo psicoanalítico. Nos dice que: *"El diagnóstico en la clínica psicoanalítica se diferencia del diagnóstico concebido desde la perspectiva médica, en el campo del psicoanálisis la cuestión del diagnóstico se presenta problemática, es un tema que ha dado lugar a diversos debates en torno al qué, al cómo y a la importancia o no de su realización. En cambio, desde la perspectiva médica sería impensable ese cuestionamiento, ya que el diagnóstico es considerado un acto clínico imprescindible para poder intervenir lo más rápido posible"... "Para el Psicoanálisis en cambio, desde una perspectiva epistemológica diferente, el diagnóstico es un proceso que implica una serie de hipótesis que sólo son posibles de constatar o reformular en el transcurso de una cura que siempre se realiza en transferencia. De este modo cambia la manera de producir conocimiento, así como de entender la relación terapéutica, el pronóstico y el tratamiento."* *"El diagnóstico en psicoanálisis puede ser pensado como una construcción, como una hipótesis que espera examen, confirmación o rechazo, su finalidad no es arribar rápidamente a una certeza. Se trata de elaborar un saber sobre los interrogantes que el padecimiento le plantea a un sujeto y esto no es lo mismo que clasificarlo o cristalizarlo en un significante desde un lugar de amo."* *"El psicoanálisis al preguntarse por lo real, nos convoca a los analistas a soportar la incertidumbre, a ubicarnos en el terreno de la opacidad, de la contingencia, de la interrogación constante, donde la certeza, las ideas claras y distintas no necesariamente condicen con la experiencia del inconsciente."*

Mirta Lidia Sánchez

Docente de "Psicología del Desarrollo" y "Psicología Clínica" en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Investigadora. Grupo Bioética-Genética-Salud
Email: mirlisa@fibertel.com.ar
(Argentina)

En "[Características personales, formativas y didácticas requeridas en un supervisor psicoanalítico](#) (Según la percepción de profesionales dedicados a la formación de psicoterapeutas)", **César Saucedo Pérez** y **Javier Alvarez Bermúdez** nos acercan a una temática de importancia, abriendo preguntas sobre la supervisión y la función de los supervisores y ofreciéndonos en el escrito respuestas representativas de una perspectiva específica (la de la IPA), que ya ha sido objeto de críticas harto conocidas por los psicoanalistas lacanianos. Sin embargo la pregunta continúa siendo más importante que la respuesta, y el valor de la interrogación respecto de la supervisión mantiene su importancia y vigencia.

César Saucedo Pérez

Catedrático de la Universidad Autónoma de Nuevo León, Especialista en Psicoterapia Psicoanalíticamente Orientada en niños y adolescentes por el Instituto de Salud Mental de Nuevo León en 1989. Maestría en Psicoterapia Psicoanalíticamente Orientada por la Facultad de Psicología de la UANL en 2003. Doctorado en Filosofía con Especialidad en Psicología en 2012. Residencia en Monterrey Nuevo León, México
Email: zaucedo2000@yahoo.com.mx
(México)

Javier Alvarez Bermúdez

Maestro en Enseñanza Superior de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL en 1988; Doctorado en Psicología Social en la Facultad de Psicología y Ciencias de la Educación Universidad del País Vasco, España, en 1996. Reconocido por el Sistema Nacional de Investigadores, Nivel II
Email: jabnl@hotmail.com
(México)

Locura e ética

Uma aproximação possível

Patricia de Campos Moura

Resumo

Nesse artigo pretendemos discutir sobre uma possibilidade de manejo da “loucura” no hospital geral sustentada pela compreensão do conceito de psicose na psicanálise lacaniana e também pela questão da ética. Pensamos que esse seja um caminho para marcar uma diferença entre psicose, doença mental e loucura. A contextualização desses conceitos, bem como o estudo de um recorte psicanalítico da ética, são fundamentais para nossa escuta e nosso olhar frente ao sujeito. Deste modo, acreditamos que a reflexão possa se estender aos diferentes atendimentos psicológicos realizados no hospital geral, pois entendemos que a ética é o fio condutor que sustenta e norteia nossa atuação com o paciente, sua família, equipe multidisciplinar e com os demais psicólogos.

Palavras-chave: loucura, ética, psicose, doença mental, psicanálise no hospital, Lacan, Foucault.

Não é louco quem quer
J. Lacan

A contextualização da loucura poderia ser encaminhada de diferentes formas. Poderíamos, por exemplo, percorrer o desenvolvimento da psiquiatria e as influências em sua nosografia e diagnósticos ou as influências médicas sobre a psicanálise e vice-versa, ou procurar como o distanciamento da psicologia neurologizante do século XIX deu origem à psicodinâmica e assim passarmos por Charcot, Biswanger, Jaspers, Freud, Laing, etc. Mas no nosso caso, fizemos uma escolha pelo que entendemos ser um momento anterior, ou melhor, um olhar anterior, um recorte através da leitura de Foucault, no qual a loucura é apresentada como sendo antes um fato da cultura que fato da natureza e mostrando assim que o saber da psiquiatria, - como o das outras ciências humanas da forma que conhecemos -, estaria atrelado às estratégias de ordenação e exclusão social. Cabe ainda ressaltar que a publicação da *História da Loucura* (1) em 1972, coincide com o momento em que ocorria, em diversos países, os movimentos de contestação à instituição manicomial.

De qualquer forma, nossa escolha se dá principalmente pelo fato de que no hospital, mais ainda que na sociedade em geral, é preciso recusar a polaridade em domínios tão diversos de saberes (e poderes), para encontrar nosso ponto em comum, que seja tratar o louco, o doente mental ou o psicótico, não importa o nome que se atribua. O que importa, já de acordo com Foucault, é que nada é mais falso que o “mito da loucura” - doença que se ignora. A consciência que o doente tem de sua doença é rigorosamente original; o que separa a consciência do doente da do médico não pode ser medido pela distância que separa a ignorância da doença de seu conhecimento. O autor nos lembra que a doença mental não é um absoluto onde as referências ao normal foram abolidas, ela desdobra-se por si mesma, em uma dupla referência, quer seja ao normal e ao patológico, ao familiar e ao estranho, ao singular e ao universal.

De acordo com Foucault em *História da Loucura*, por volta do fim da Idade Média, na cultura européia, a loucura e o louco tornam-se maiores em sua ambiguidade, ameaça e irrisão. Até a segunda metade do século XV, o tema da morte reina sozinho com as pestes e as guerras, e a existência humana é dominada por este fim à qual ninguém escapa; trata-se do fim dos homens e dos tempos. No entanto, nos últimos anos do século, esta inquietude gira sobre si mesma: a loucura substitui a morte. Trata-se ainda do vazio da existência, mas não mais reconhecido como termo exterior e final e sim sentido internamente, como forma contínua da existência onde o medo é desarmado por antecipação, disseminado nos vícios, defeitos e ridículos de cada um, onde a loucura caracteriza-se como o já-aí da morte.

No século XVI, a experiência trágica e cósmica da loucura é abafada por uma consciência crítica em suas formas filosóficas, científicas, morais ou médicas. Entre todas as formas de ilusão, a loucura traça um dos caminhos mais frequentados de dúvida, a não-razão constituía então uma espécie de ameaça que podia comprometer as relações da subjetividade e da verdade. No século seguinte esse problema parecerá resolvido, pois a loucura será colocada fora do domínio no qual o sujeito detém seus direitos à verdade e, sabemos que para o pensamento clássico, esse domínio é a própria razão. Ou seja, a partir daí a loucura será exilada:

“Se o homem pode sempre ser louco, o pensamento, como exercício de soberania de um sujeito que se atribui o dever de perceber o verdadeiro, não pode ser insensato. Traça-se uma linha divisória que logo tornará impossível a experiência, tão familiar à Renascença, de uma Razão irrazoável, de um razoável Desatino.”(2)

Do mesmo modo que a Idade Média havia segregado os leprosos, o classicismo inventa o internamento, só que com outros contornos. Data de 1656 a fundação do Hospital Geral de Paris, um dos primeiros desse tipo a ser criado na Europa, um estabelecimento de estrutura semi-jurídica, administrativa, que decide, julga, executa, e não se assemelha a nenhuma ideia médica. Em poucos anos agrupava cerca de 1% da população e o autor questiona qual a realidade dessa população que se viu reclusa e banida de modo mais severo que os leprosos: Qual a forma de sensibilidade à loucura da época da Razão?

O internamento assumiu desde o início, uma amplitude como medida econômica e de precaução social. Na história do desatino, ele marca um evento decisivo, o momento em que loucura é percebida no âmbito social como pobreza, incapacidade para o trabalho e para o convívio, ou seja, como um problema. Um problema referente à ordem do espaço da cidade, onde o internamento funciona pois como um mecanismo social que permite eliminar os elementos heterogêneos ou nocivos, os “a-sociais”. Ele designa uma nova reação a miséria, não mais sob uma perspectiva religiosa, como na Idade Média, mas sob a ótica de uma concepção moral que condena. O miserável só pode ser sujeito moral na medida em que deixa de ser “representante de Deus”. Se a loucura no século XVII está dessacralizada é porque a miséria sofreu uma espécie de degradação que a faz ser encarada no horizonte da moral; a loucura só terá lugar nos muros do hospital, ao lado de todos os pobres. A partir da criação das primeiras casas de correção, até o fim do século XVIII, a era clássica interna. Interna os devassos, os pais dissipadores, os filhos pródigos, os blasfemadores, os homens que “procuram se desfazer”, os libertinos. Interna também os “furiosos”, sem especificar se esses são doentes ou criminosos. E, através dessas aproximações, traça o perfil do desatino, uma experiência homogênea que, contudo, não pode negar a experiência da loucura como doença, por mais que essa seja restrita, e ainda que contemporânea da loucura resultada do internamento e do castigo.

Este gesto de exclusão onde esse homem foi reconhecido como estranho à sociedade que o havia escorraçado e irreductível as suas exigências, suscita o estrangeiro e cria a alienação. De acordo com Foucault, refazer a história desse processo de banimento, é fazer a arqueologia de uma alienação. Entretanto, se o internamento representou a exclusão, representou também uma forma de organização, aproximou em um único campo, personagens e valores sem nenhuma semelhança percebida por culturas anteriores e estabeleceu uma espécie de “gradação” entre eles em direção à loucura, preparando nossa atual percepção da alienação mental:

“A fim de que essa aproximação fosse feita, foi necessária toda uma reorganização do mundo ético, novas linhas de divisão entre o bem e o mal, o reconhecido e o condenado, e o estabelecimento de novas normas na integração social.”(3)

Assim, experiências que dizem respeito à sexualidade (no que se refere a organização da família burguesa), a libertinagem dos pensamentos livres e paixões, ou da profanação do sagrado, constituem, junto com a loucura, um mundo homogêneo que é aquele onde a alienação mental assumirá o sentido que conhecemos: todos no exílio, pertencentes ao signo da loucura, mantendo parentesco com o desatino e com a doença mental, transformando as relações que a loucura mantém com a ética. É sobre esse fundo que a consciência médica da loucura pôde formar-se, e em certo sentido, é sobre o fundo jurídico da alienação que se constituirá e permanecerá ligada por um longo período. Veremos surgir então uma “terapêutica” que revela uma cumplicidade da medicina com a moral e que atribui sentido às práticas de purificação. As coisas se passam como se justamente o racionalismo autorizasse a confusão entre castigo e remédio, bem como a ligação entre o gesto que pune e o que cura:

“Aos insanos internados faltava apenas o nome de doentes mentais e a condição médica que se atribuía aos mais visíveis, aos mais bem reconhecidos deles. Procedendo-se a semelhante análise, consegue-se bem barato uma consciência tranquila no que diz respeito, de um lado, à justiça da história e, do outro, à eternidade da medicina. A medicina é verificada por uma prática pré-médica, e a história justificada por uma espécie de instinto social espontâneo, infalível e puro.”(4)

Porém, Foucault nos diz que, apesar disso, a história da loucura não pode servir como justificativa nem como auxiliar na patologia das doenças mentais. A doença mental objeto da medicina, se constitui como a unidade de um sujeito juridicamente incapaz e reconhecido como perturbador do grupo, isolado como que por uma suscetibilidade ao escândalo. Esse é o momento que, com Pinel, nasce uma psiquiatria que pretende tratar o louco como ser humano; uma psiquiatria que herdou todas relações culturais do desatino, e que acreditou falar apenas da objetividade patológica da loucura, mas que lida ainda com uma loucura não só habitada pelo desatino mas também por esse absurdo de uma certa animalidade. Embora a psicopatologia tenha como referência um homem normal anterior a doença, na realidade sabemos que esse homem é social, e se o louco é reconhecido como tal não é por a doença afastá-lo do normal, mas porque nossa cultura situou-o no ponto de encontro entre o decreto social do internamento cercado pela consciência do escândalo, e pelo reconhecimento da incapacidade e da irresponsabilidade. O autor nos leva a entender o conceito de alienação psicológica como:

“(…) apenas a confusão antropológica dessas duas experiências de alienação, uma que concerne ao ser caído sob o poder do Outro e acorrentado à sua liberdade; a segunda que diz respeito ao indivíduo que se tornou um Outro, estranho à semelhança fraterna dos homens entre si. Uma aproxima-se do determinismo da doença, a outra assume antes o aspecto de uma condenação ética.”(5)

Sendo assim, ele acaba por demonstrar que ao fazermos a história do louco, o que fizemos foi a história daquilo que tornou possível o aparecimento de uma psicologia. O asilo construído por Pinel não protege o mundo contra a loucura, se por um lado ele liberta o homem da desumanidade de suas correntes, por outro o acorrenta ao louco, o homem e sua verdade. Ou seja, o homem tem acesso a si mesmo como verdadeiro, mas esse ser só lhe é dado na forma da alienação:

“(…) o ser humano não se caracteriza por um certo relacionamento com a verdade, mas detém, como pertencente a ele de fato, simultaneamente ofertada e ocultada, uma verdade. Deixemos que a linguagem siga seu caminho: o *homo psychologicus* é um descendente do *homo mente captus*.”(6)

Podemos dizer então, que se a psicologia faz parte da dialética do homem moderno, às voltas com sua verdade, significa que ela só é possível na crítica do homem ou na crítica de si mesma. Por um lado ela aprofunda a negatividade do homem e, por outro, exerce-se através de constantes retomadas, de ajustamentos do sujeito e do objeto, do vivido e do conhecimento. Em outras palavras, o objeto que a psicologia pretende explicar é, na realidade, o que funda a sua própria possibilidade de existência.

Essa é uma das teses que Foucault procura demonstrar em *Doença mental e psicologia*, (7) quando diz que a raiz da patologia mental deve ser procurada em uma relação historicamente situada entre o homem e o homem louco e o homem moderno. Parte do princípio que não se pode definir a doença mental com os mesmos métodos conceituais que a doença orgânica, não há unidade real entre as duas formas de patologia, se se reúnem os sintomas psicológicos com os fisiológicos é porque antes de tudo se considera a doença mental ou orgânica como uma essência natural manifestada por sintomas específicos. Trata-se de um paralelismo abstrato que toma como dado a unidade do humano e a totalidade psicossomática, questões que para dizer o mínimo, ainda estão em aberto:

“Ora a psicologia nunca pôde oferecer à psiquiatria o que a fisiologia deu à medicina: o instrumento de análise que, delimitando o distúrbio, permitisse encarar a relação funcional deste dano ao conjunto da personalidade.” (8)

Nos resta dar crédito ao próprio homem e não às abstrações sobre a doença, analisar as especificidades da doença mental e procurar compreender o estranho status da loucura - doença mental irreduzível a qualquer doença – que não pode ser lida como funções abolidas. Sua essência não está apenas no vazio criado, mas também coexiste nos fenômenos positivos que se opõe aos negativos; como o simples ao complexo, mas também como o estável ao instável. O processo patológico exagera os fenômenos mais estáveis e automáticos e suprime os mais lábeis, complexos e voluntários, daí que se origina a nossa percepção de um processo regressivo na doença e de “infantilização”. É como se a doença fosse a própria natureza em um processo invertido, mas, para Foucault, isso deve ser tomado apenas como um aspecto descritivo, ou seja, para cada síndrome deveria se analisar não só as estruturas abolidas, mas também as

realçadas, referindo-se assim à sua crítica às bases em que se assenta a nosografia psicopatológica, calcada em uma estrutura conceitual das doenças orgânicas.

Dito de outra forma, é necessário conduzir a análise além desta dimensão evolutiva, virtual e estrutural para a dimensão que a torna necessária, significativa e histórica. A ciência da doença mental só pode ser entendida como a ciência da personalidade do doente, de sua história pessoal e é aqui que recorreremos à psicanálise. O “psicológico” é ao mesmo tempo evolução e história; a realidade do doente mental não permite uma abstração como a do orgânico, o que faz com que cada sujeito precise ser pensado singularmente. Ainda que as condições do surgimento da doença mental não possam ser encontradas nem na evolução nem na história pessoal nem na existência, é nelas que a doença se manifesta; a doença só tem valor de doença no interior de uma cultura que a reconhece como tal, as análises que fazem do doente um “louco”, e que procuram a origem do mórbido no anormal são projeções da cultura.

Como vimos, no século XVII, o mundo da loucura vai tornar-se mundo da exclusão, aliás, não só o da loucura, mas de todos que, em relação à ordem da razão, da moral e da sociedade, parecem alterados. Neste mundo burguês em formação o internamento esteve ligado à reestruturação do espaço social, o pecado não é mais o orgulho ou avidez como na Idade Média, mas a ociosidade, a categoria que agrupa os que residem nas casas de internação é a incapacidade para a produção. Lá, cria parentescos com os portadores das doenças venéreas, os libertinos, os criminosos, em uma espécie de assimilação obscura com as culpas morais e sociais. A sociedade não pode e não quer se reconhecer no doente, e no mesmo instante em que diagnostica a doença, o exclui. Podemos dizer que a loucura é então, confinada em um tempo de silêncio por um longo período, é despojada de sua linguagem, e se ainda se poderá falar sobre ela, ela não poderá mais falar de si mesma, - pelo menos até Freud.

Aos poucos, sob a Revolução e o Império, com Pinel e Tuke, essas casas vão sendo reservadas aos loucos apenas, os herdeiros da exclusão, mas agora com a significação de medida de caráter médico, onde a cura significará sentimentos de humildade e culpa conseguidos através de castigos e ameaças. Como se o louco devesse ser vigiado e precisasse de sanção para o desvio de uma conduta normal (o médico aqui está encarregado mais de um controle moral que de uma intervenção terapêutica). Assim as técnicas que a fisiologia da época justificava eram usadas em um contexto repressivo e moral. O século XIX aperfeiçoa o sistema dando-lhe um caráter estritamente punitivo, e a loucura adquire um caráter essencialmente humano - de culpa e liberdade -, inscreve-se na dimensão da interioridade e, pela primeira vez, recebe estrutura e significação psicológicas. Isto em um contexto punitivo onde o louco, minorizado, aparenta-se a uma criança e, culpabilizado, liga-se ao erro:

“Não nos surpreendamos, conseqüentemente, se toda a psicopatologia - a que começa com Esquirol, mas a nossa também, for comandada por estes três temas que definem sua problemática: relações da liberdade com o automatismo; fenômenos de regressão e estrutura infantil das condutas; agressão e culpa. O que se descobre na qualidade de ‘psicologia’ da cultura é apenas o resultado das operações com as quais se a investiu. Toda essa psicologia não existiria sem o sadismo moralizador no qual a ‘filantropia’ do século XIX enclausurou-a, sob os modos hipócritas de uma ‘liberação’.”(9)

Grosso modo, podemos dizer que o objeto que a psicologia pretende explicar é o que funda a possibilidade de sua própria existência e, portanto, ainda que ela nunca possa dizer a verdade sobre a loucura, pode ir ao essencial, ao procurar a relação da razão com a desrazão. Se doença mental é loucura alienada, e se o homem faz do homem uma experiência contraditória é apenas nesta perspectiva histórica que está o a priori do conceito de doença mental, nessa relação geral que o homem ocidental estabeleceu consigo mesmo e onde pôde chegar a não se reconhecer; relação que substitui àquela com a verdade. Essa relação funda a psicologia a partir do momento em que o confronto entre razão e desrazão deixa de se fazer na dimensão da liberdade, e em que a razão deixa de ser para o homem uma ética para tornar-se uma natureza.

Neste momento faz-se necessário trazeremos a questão para mais perto, tanto histórica quanto profissionalmente, ou seja, para o homem contemporâneo e a psicanálise, em sua perspectiva ética. De acordo com Kehl,(10) ao emancipar o homem das tiranias morais a que nos referíamos anteriormente, a psicanálise nos legou a liberdade, mas também o desamparo, a autora questiona se esta poderia sustentar uma ética para os tempos atuais, e é sobre isso que pretendemos nos debruçar. A relação entre ética e

psicanálise se dá no campo teórico ao considerar os modos modernos de alienação e liberdade e também no campo da experiência clínica ao entender esse homem como sujeito dividido entre a possibilidade de agir conforme seus desejos e ter que conviver com o outro. A primeira trata da passagem de um saber explícito atribuído ao Outro para o saber do inconsciente do sujeito, pelo qual ele pode se responsabilizar, e esta vertente implica a todos enquanto agentes sociais produtores de linguagem. Na segunda, a psicanálise poderia ser um facilitador para que o sujeito produza algumas respostas éticas para seus conflitos.

No que concerne aos conflitos, a psicanálise contribui decisivamente para a dignificação do sofrimento ao compreender o patológico como marca da condição humana, ao localizar o homem onde existe o estranho, o sem sentido, entre a razão e a desrazão, se “Não é dado ao homem escolher o páthos, não é sobre ele que incide o valor ético, negativo ou positivo.”(11) Da mesma forma, ainda que possa haver coincidência entre inconsciente e verdade do sujeito, não podemos dizer que o desejo seja ético; nem antiético, segundo a autora, ele é indiferente às razões éticas. A psicanálise não supõe pois, uma correspondência entre natureza e Bem, não pensa o homem como um ser de natureza, mas de linguagem; criador de significações e valores. Se a crise ética do sujeito contemporâneo refere-se à falta com o Bem, o ser e a verdade, a psicanálise decorre desta crise e sua contribuição possível à ética não se dá como resposta mas como compromisso – do sujeito com o seu desejo, da aceitação da falta e do conflito – trata-se da responsabilização pelo inconsciente a que Freud se referia, e não de culpa.

Ao contrário da moral cristã, aqui a culpa não é compatível com a ética, por estar atrelada ao nosso desejo de submissão ao Outro, o próprio funcionamento da psicanálise, em que o analista se coloca tecnicamente no lugar transferencial do sujeito suposto saber para aos poucos deixá-lo e assim remeter o analisando a um saber inconsciente, é consequência dos deslocamentos que a relação entre os homens e a verdade sofreu nas sociedades modernas. De modo geral, podemos dizer que o pensamento psicanalítico do sujeito do inconsciente, não coaduna com o pensamento em voga de um ser pleno, idêntico a si mesmo e reconhecido pelas suas vontades; nem com o homem da neurociência, ou da psiquiatria, que não é marcado pelo conflito e sim assemelha-se a uma máquina a qual podem, eventualmente, ocorrer distúrbios ocasionados pelo ritmo da vida ou déficits químicos, curáveis pela farmacologia eficaz. Por que então pensar psicanaliticamente? Essa questão deve ser respondida em termos éticos, antes de ser respondida em termos de eficácia terapêutica, mesmo porque são indissociáveis.

Não pensar o homem como positividade plena, que pode ser curado por intervenções tão alheias a sua subjetividade quanto o distúrbio que o perturbou, pauta-se aqui pelo entendimento de que esse modelo “normal” supõe um psiquismo que recusa apropriar-se de qualquer conflito, e sabemos que o culto extremo a normalidade é muito próximo da patologia. Para além da indiscutível importância do medicamento no alívio do sofrimento, uma sociedade ancorada dessa forma, é uma sociedade em que os laços sociais não evocam o pensamento como auxílio para negociação de suas diferenças, e é preciso mais que isso para que o homem moderno possa dar conta da construção de uma história individual e do seu lugar no laço social.

A ética da psicanálise corresponde portanto, a um “deixar falar” a verdade do sujeito. Ao invés de certezas, ela surge como uma “prática da dúvida”, onde o analisando é levado a indagar-se; a ruptura freudiana contribuiu de forma decisiva ao abrir lugar para as palavras até então desconsideradas pelos médicos por acreditá-las desprovidas de sentido. Através da associação livre, Freud revela o sentido presente no sem-sentido do inconsciente, por sua postura de mudança frente à questão moral; a questão da ética, para ele, pôde ser articulada a uma orientação em relação ao real e não no ideal (como por exemplo, em Aristóteles, onde ela está remetida a uma formação de caráter, hábitos, educação). A passagem que se dá nesse momento do século XIX é, portanto, a reversão utilitarista, não se trata mais de bens a repartir no mercado, e sim de uma busca pela felicidade, como em Aristóteles, mas, para Freud não há nada preparado para essa felicidade.

De acordo com Lacan, (12) em seu seminário sobre a ética, a maior parte da ética tradicional, a serviço dos bens, se opõe ao desejo, ou antes, o deprecia ao pregar a modéstia e uma vida mediana. Não se trata de subverter o poder, o que está em questão para essa moral a serviço dos bens, é: “continuem trabalhando, e quanto aos desejos esperem sentados”. Para o autor, a ética consiste em um juízo sobre nossa ação na medida em que essa ação implica um juízo; ou seja; se há ética da psicanálise é porque de algum modo a análise pode vir a se colocar como medida de nossa ação – enquanto procede um retorno ao seu sentido inconsciente. Sendo assim, Lacan acaba por escolher como medida da revisão ética a qual

a psicanálise nos leva, a relação desta com o desejo que a habita. E onde nossas ações se inscrevem? No que Lacan denomina de “experiência trágica da vida” e também na “dimensão cômica”, a primeira tem o sentido de triunfo da morte e a segunda, de fracasso em alcançar o desejo. No entanto, ele nos ensina que elas não são incompatíveis, o tragicômico existe:

“É aí que reside a experiência da ação humana, e é por sabermos melhor do que aqueles que nos precederam, reconhecer a natureza do desejo que está no âmago dessa experiência, que uma revisão ética é possível, que um juízo ético é possível, o qual representa essa questão com seu valor de Juízo final – Agiste conforme o desejo que te habita?”(13)

A questão já não pode mais ser colocada em saber se o homem é bom ou mau, o importante é saber que essa não é uma via onde se possa avançar sem pagar, ou melhor, que há um preço a pagar para ser um Eu. Nessa perspectiva que a análise é solidária à subjetivação, enquanto transformadora de “algo” em manifestação de um sujeito. De acordo com Safatle, (14) deste modo, a análise lacaniana liga-se também a uma experiência de “des-identidade” que se pode nos fazer adoecer, também pode nos curar, na medida em que o sujeito só é sujeito quando pode experimentar em si algo que o ultrapassa e que o faz nunca ser completamente idêntico a si mesmo. Se pensarmos que além disso, a clínica lacaniana é uma clínica estrutural, que privilegia a posição subjetiva e o modo como as relações sociais entre o sujeito e o Outro são constituídas, voltaremos a questão ética, agora em outro âmbito: na ânsia social em decretar o fim da psicanálise, pois o que ela coloca em jogo não é apenas o próprio sentido de noção de normalidade, de cura e de destino que se pretende dar ao sofrimento psíquico. Ela é, como dissemos anteriormente, sintoma de uma crise maior, social, que nos faz colocar em questão os ideais normativos, nosso próprio estilo de vida, e nossas noções sobre a racionalidade. Para Safatle, ela vai além de pôr em questão, ela desenvolve uma nova prática em relação a si mesmo e ao outro:

“É por ser fiel à solidariedade entre saúde mental e crítica social que a psicanálise lacaniana nunca aceitou ser vista como uma terapia. Pois quem diz terapia diz recuperação de padrões de normalidade perdidos pelo advento de alguma forma de patologia. No entanto, mais do que uma terapia, Lacan quer desenvolver uma práxis de forte potencial crítico contra o caráter normativo de nossos ideais de normalidade, realização de si e prazer.”(15)

Portanto, nossa posição em relação ao homem deve ser esclarecida uma vez que é com sua demanda permanente que estamos envolvidos, uma demanda por não sofrer, ou ao menos, não sem compreender. O que nos leva a outra questão no quadro da ética, a contida no manejo da transferência pelo analista que leva em consideração o poder que lhe é investido a partir desta. Ao mesmo tempo que configura-se como mola propulsora do tratamento analítico, Kehl nos diz que ela depende de grande prova ética da capacidade de renúncia deste poder pelo analista; por consequência, seu primeiro compromisso ético é com a própria análise, não só para estar mais propício às manifestações do inconsciente do analisando como as do seu próprio; e para que sua análise seja mais um recurso para que ele possa se manter separado deste poder que lhe é investido no amor transferencial. Resta ainda outro cuidado ético ao analista, o de não transformar a clínica em uma forma de pedagogia, ou dito de outra forma, que não responda às demandas da sociedade na forma de uma “ideologia apaziguadora” da consciência moderna. Segundo a autora, se a psicanálise pode propor para a modernidade um valor para o lugar de vazio anteriormente pertencente ao Bem, esse valor é a alteridade: “(...) a aceitação do outro em sua semelhança na diferença é condição essencial para se construir alguma proposta ética para os tempos atuais.” (16)

É justamente essa proposta da autora que nos remete novamente a questão da loucura no que tange seu estranhamento, sua alteridade, mas também nossas semelhanças. Entendemos que ao percorrer sobre a questão da loucura, e da ética, grosso modo, tratávamos sobre psicose e manejo, porém agora traremos a questão para a clínica da psicose, nosso foco nesse trabalho, tal como ela é entendida pela psicanálise lacaniana:

“Psicose não é demência. As psicoses são, se quiserem – não há razão para se dar ao luxo de recusar empregar este termo -, o que corresponde àquilo a que sempre se chamou, e que legitimamente continua se chamando, as loucuras.” (17)

Podemos perceber o tamanho do campo, envolve conceitos desenvolvidos por Lacan ao longo de sua obra, a saber: a forclusão do Nome-do-Pai, os consequentes distúrbios de linguagem, a questão do imaginário, simbólico e real, o real do gozo, objeto *a*, descrença em uma lei própria, sintoma, etc. Portanto, além de fazermos um recorte visando o manejo da clínica, nos deteremos apenas em alguns textos lacanianos, e vamos nos orientar pela leitura que Quinet(18) faz dessa parte da obra do autor.

Lacan aborda a psicose como uma estrutura clínica específica, diferente da neurose (e da perversão), que tem sua lógica e rigor próprios, trata-se de uma estrutura que se revela no discurso do sujeito – uma estrutura da linguagem – e que corresponde a uma particular articulação dos registros do real, simbólico e imaginário. A referência ao Édipo (19) é, portanto, fundamental, na medida em que constitui a “armadura significante mínima” que possibilita a entrada do sujeito no simbólico, e não teríamos como pensar em manejo da psicose sem isso. Se entendermos que o Édipo é o preço que se paga para tornar-se sujeito da linguagem condenado a lidar com a falta, com a castração simbólica e com o recalque, chegaremos a conclusão de que a verdade do sujeito jamais será dita por inteiro. Não pagar esse preço é o ponto nodal para o campo das psicoses e é, portanto, na relação com o significante, que Lacan situa a questão da loucura; e propõe assim, que sua condição essencial é a forclusão do Nome-do-Pai no lugar do Outro e o fracasso da metáfora paterna - a não inserção desse significante no Outro acarreta os distúrbios de linguagem a que nos referíamos particularmente à alucinação e o delírio característicos.

O surgimento da crise na psicose corresponde então, ao efeito da emergência no real de um chamado a uma significação à qual o sujeito não tem como responder, na medida em que essa não faz parte de sua estrutura. Podemos dizer que há um “buraco” na ordem simbólica e que se antes de um primeiro surto, muitas vezes, encontramos um sujeito em uma posição pouco estável (como diz Lacan, um “banquinho de três pés levado a servir-se de bengalas imaginárias”), quando do encontro com esse buraco da significação ausente, com essa fenda na realidade criada pela carência no simbólico do Nome-do-Pai, o sujeito pode responder com o delírio (20).

“A forclusão do Nome-do-Pai na psicose põe em causa toda a cadeia de significantes que assume, então, sua independência e se põe a falar, à revelia do sujeito. A lei do significante exercerá seus efeitos sobre este e o fará falar numa língua por ele ignorada. As alucinações objetivam o sujeito numa linguagem sem dialética que se impõe sem cessar.” (21)

De acordo com Quinet, para Lacan, na psicose, a própria estrutura de linguagem do inconsciente é revelada, pois que o Outro do sujeito aparece consistente, não é barrado, aparece às claras e fala, o que provoca todo tipo de reação, e nos leva a dizer que o psicótico não habita a linguagem como o neurótico, mas é “possuído” por ela. Por carecer do significante da Lei, o Outro do psicótico é um absoluto ao qual o sujeito encontra-se submetido, ou seja, a posição estrutural é a de ser objeto do gozo do Outro, de uso do Outro absoluto. Deste modo, o delírio é entendido como o que pode vir a suprir a forclusão do Nome-do-Pai, a partir da possibilidade da construção de uma metáfora delirante e não como algo a ser extirpado, mas algo que pode levá-lo a uma estabilização e tornar sua relação com a realidade mais possível. A metáfora delirante é o significante que, como o Nome-do-Pai, tem a função de ponto-de-basta, induz efeitos de significação e introduz uma ordem, permitindo que o sujeito tenha acesso à significação, ainda que não fálica. Essa “operação” não faz com que o sujeito deixe de ser objeto do Outro, não efetua uma castração simbólica (como a metáfora paterna), mas tem o efeito de “dosar” o gozo, que fica assim mais “localizado”. Podemos dizer portanto, que Lacan entende o delírio como uma tentativa de cura, de barrar esse gozo no campo da realidade, delimitando-o e contendo-o no lugar do Outro. Dessa forma, ele recompõe de alguma maneira a realidade, indo contra a ideia de que o louco estaria fora dela, uma vez que a metáfora delirante pode restaurá-la.

Resta ainda um ponto a esclarecer, a partir da teoria dos nós-borromeanos de 1975, Lacan abre a possibilidade de se pensar em outras soluções que não a edipiana. As coisas se passam da seguinte forma: ao procurar uma autonomia do imaginário em relação ao simbólico, ele pensa o Édipo como uma “costura” que permite a amarração dos três registros: real, simbólico e imaginário. O imaginário seria um dos anéis entrelaçados e unidos por um quarto, o sintoma, que teria uma função de suplência na medida em que o sentido, ao situar-se na interseção do simbólico com o imaginário, seria reconstituído como o sintoma delirante que reúne os três laços. De acordo com Quinet, essa teoria por um lado aproxima neurose e psicose ao pensar que enquanto o neurótico encontra seu sintoma no Édipo, o psicótico constrói um “sintoma novo”, e por outro, inaugura a clínica das suplências – onde outros significantes podem ocupar a função do Nome-do-Pai (o que leva Lacan a pluralizar para os Nomes-do-Pai). Essa vinculação fará Lacan atribuir a qualquer significante, o estatuto do sintoma, como um Nome-do-Pai, ligado ao

simbólico, constituindo um círculo com o inconsciente, o que permite generalizar o conceito de suplência e entender o sintoma como um significante que articulado com os outros pode funcionar como condensador de gozo. Essa passagem é fundamental para o manejo da clínica, se considerarmos que o sujeito na psicose é obrigado a fazer uma suplência para, de alguma forma, dar conta do real, inventando maneiras de existir fora da norma fálica.

Nessa mesma direção, outro conceito que colabora para essa clínica, é o de objeto *a*, por entendermos que na psicose ele não é um objeto perdido, marcado pela falta, mas um objeto que está “ao seu lado”, trazendo um gozo narcísico. O processo delirante, seria então uma tentativa de separação, de localizar o gozo em um objeto separado de seu corpo - o autor infere que a arte e a teoria na psicose podem configurar uma tentativa, para além do delírio, de que algo represente esse objeto e o sujeito possa dele se separar, uma vez que, por não haver inscrição da Lei no Outro esses objetos podem aparecer no real. Decorre daí a necessidade do analista estar atento aos sinais de voz, de automatismo mental, de alucinação verbal, e ao olhar do delírio de observação que visa ao sujeito. Se o outro não é castrado, é portanto completo e consistente, o que leva o psicótico, na angústia, a se deparar com um Outro que “recepta” o objeto *a* – daí ser um Outro que tudo fala, vê e recrimina, ou seja, que não é separado do outro no campo da linguagem que estrutura o campo da realidade do sujeito.

Esses conceitos nos levam a algumas direções claras para o manejo desta clínica, a mais evidente delas é que não nos cabe interpretar. O analista não pode se valer da ambiguidade do significante porque, como vimos, o psicótico não dispõe da significação fálica, além do fato de que buscar o sentido (um sentido aqui que se assemelha ao signo) já é o que ele faz com seu delírio, e não nos cabe “competir” com o sujeito; o que nos cabe, ao nos deixarmos guiar pela estrutura, é a importância de oferecermos escuta ao delírio, escutar o valor de signo que seus elementos portam, na tentativa de compreender qual a significação daquele delírio para aquele sujeito. Apesar de caracterizar-se por ser inerte, objetivando o sujeito em uma linguagem sem dialética, essa é sua própria tentativa de cura e se ele não encontra uma mínima escuta, ou pior, quando encontra uma verdadeira recusa de seu trabalho de elaboração, isso pode contribuir para um processo degenerativo. Como explica Faria(22), se o psicótico agarra-se a sua certeza delirante é porque este é o único recurso que dispõe para fazer sutura de um ponto de angústia que o ameaça com o desamparo diante do nada aterrorizante em que o mundo e a realidade estão prestes a se tornar, é da aproximação do vazio que o psicótico nos fala em sua angústia, - mas é preciso escuta. Às vezes, para que um delírio se constitua, passam anos, e justamente por falta de escuta, perde-se a oportunidade de oferecer-lhe referências que poderiam orientar ou mesmo conter seu desenvolvimento. Decorre então, a impressão de que a “loucura é crônica”, sendo que perturbações muito graves nas psicoses só se cronificam quando por muito tempo, nenhuma escuta acolhe o delírio, nem intervém de forma organizadora sobre ele.

O fato da forclusão do Nome-do-Pai ser incurável, (assim como o recalque), não quer dizer que não haja efeitos terapêuticos na psicose, a direção da análise é que é outra, não está no esvaziamento do sintoma, mas em possibilitar que o sujeito possa dispor de recursos de linguagem para lidar com a falta, ou seja, dialetizar a realidade, inserir outras possibilidades que não a lógica do todo na qual o significante é signo. Sendo assim, a escuta guia o analista na direção de favorecer esse trabalho de construção de referências que sirvam de baliza e de organização frente ao ponto de angústia do analisando; ou seja, na construção de uma realidade, que será distinta daquela comandada pelo Nome-do-Pai (e por isso denominada de delirante), mas que pode tentar barrar, cifrar o gozo que o invade.

Dito de outra forma, refere-se a encontrar recursos significantes que permitam tratar como negatividade imaginária o que o neurótico trata como falta simbólica, essa é a função de suplência da metáfora delirante e sua conseqüente capacidade de produzir laço social.(23) De acordo com Faria, as referências fornecidas por Lacan são fundamentais para que a psicose seja pensada não como patologia a ser eliminada, mas como estrutura clínica cujo funcionamento pode ser patológico em alguns casos, mas não sempre. Assim, a estrutura psicótica abrange tanto as psicoses desencadeadas quanto as não desencadeadas, ou seja, muitos psicóticos podem passar a vida sem um surto, seu desencadeamento, como dissemos anteriormente, depende dos fatos com os quais o sujeito é confrontado, bem como de seus próprios recursos significantes para responder a esses fatos; e nesse sentido a análise pode ajudar.

A demanda de análise na psicose, pode vir de um outro, como o médico por exemplo, mas também pode vir do próprio sujeito (como na neurose). Diferente do neurótico, que traz questões justamente pela inscrição simbólica na linguagem e por funcionar a partir do registro da dialética fálica; o psicótico pode

chegar com uma resposta pronta, uma significação que o “atingiu”, que pode ser enigmática como uma intuição ou fixa como uma ideia delirante - porém sem questionamentos, sem oferecer sentidos para aquilo, simplesmente é, devido ao tratamento imaginário da realidade - , ou chegar com várias significações sem a derradeira, por a função de basta encontrar-se ausente. Pode também dirigir-se ao analista como quem pede asilo, ou seja, um pedido de barreira ao gozo do Outro que o persegue. Para Quinet, é pela mesma razão que ele chega a pedir asilo nos muros dos hospitais, clínicas, etc., como se a barreira física pudesse oferecer algum contorno ao real.

No que pauta a relação paciente-analista, a transferência é essencial para falar em manejo, sabemos que ela por si já pode produzir um efeito terapêutico, se ela existe é porque existe relação com o saber, mas neste caso é preciso conduzi-la com particular cuidado; primeiro porque podemos considerar que o desejo do analista está sozinho na psicose, segundo, por vermos uma equivalência, para o psicótico, do sujeito suposto saber com o sujeito suposto gozar; ou seja; se o Outro tudo sabe a seu respeito, o suposto saber é aqui substituído por uma certeza:

“Na medida em que o desejo é correlacionado à falta, à falta-a-ser, própria do neurótico, é difícil falar-se de desejo na psicose onde não há inclusão da falta do Outro, o qual emerge na figura do analista, não como suposto desejar, mas como um Outro que goza.”(24)

Sendo assim, ainda de acordo com Quinet, Lacan é levado a propor uma “concepção estratégica” para a “manobra da transferência” na análise do psicótico, justamente com o objetivo de barrar, de “dizer não” ao gozo do Outro que invade o sujeito, para que o significante possa advir, trata-se nas palavras de Lacan, de “secretariar o alienado”; ou seja, de escutar aquilo que manifestam de sua relação com o significante; e quando na presença do delírio, o trabalho se sustentará, portanto, na compreensão do caráter imaginário da significação delirante. Ao eleger essa possibilidade de escuta, o analista testemunha a relação do sujeito com o Outro; para tanto, é também necessário buscar apreender em que posição o sujeito se situa e entender que ocupar o lugar do Outro absoluto para o psicótico é uma consequência da análise. A dificuldade para o analista se coloca então em não aceitar essa posição e, ao mesmo tempo, manter o laço; por outro lado, a vantagem da própria transferência é o Outro presentificado pelo analista que pode se valer disso para provocar a falta no Outro, para esvaziar o gozo desse Outro que o paciente lhe atribui, através da e pela fala.

Sabemos que na falta do gozo fálico, o sujeito pode recorrer a qualquer outro; sendo que é uma indicação clínica precisa que o que constitui o sofrimento do sujeito é essa dispersão, esse despedaçamento de gozo. Nesse sentido, não podemos deixar de mencionar o quão apaziguador e terapêutico pode ser na psicose, um manejo da clínica que considere tentar condensar o gozo fora do sujeito, e que considere também que cada um, diante da forclusão do Nome-do-Pai, irá buscar sua solução particular para tentar se separar desse objeto com o qual identifica seu ser:

“Se o sentido é imaginário, é necessário lembrar que o imaginário não é pura imaginação, o imaginário dá consistência ao Real. O imaginário, como diz Lacan, dá o efeito de sentido exigido pelo discurso analítico: efeito real.” (25)

Cabe considerar, por fim, que o efeito terapêutico a que anteriormente nos referimos, mostra-se insuficiente para a clínica, a psicanálise deve produzir um efeito de verdade para o sujeito, caso contrário, não se distinguiria das outras terapias. Na psicose, como vimos, o delírio, apesar de poder se configurar como uma experiência devastadora, pode ser em si uma construção, uma tentativa de cura. Se o psicanalista não tem como prometer cura aos seus analisandos, sejam eles neuróticos ou psicóticos, podemos na psicose, favorecer que o sujeito possa enfim designar algo de seu gozo, bem como que consiga vacilar suas certezas. A construção da metáfora delirante é a saída de análise na psicose – o sujeito constrói uma chave de leitura para a realidade e pode oferecer tratamento imaginário para a falta nas diversas situações – saída mais interessante que o delírio, já que esse pode inviabilizar o sujeito nas relações, inclusive na linguagem. Como vimos, Lacan dizia do delírio como tentativa de cura, ou seja, que ele dá conta do real, porém quanto mais consistência apresenta, mais inviabiliza o sujeito socialmente. Entendemos que assim como o sintoma neurótico, o delírio enquanto sintoma comporta valor de verdade que lhe é atribuído pela verdade do sujeito aí em jogo; ambos são instituídos pela cadeia significante, diferem apenas quanto a sua estruturação (um pelo recalque, outro pela forclusão) e ao tratamento dado ao seu deciframento, desta forma nos situamos no âmbito da relação do homem com a verdade a que nos referíamos no início desse trabalho, e podemos novamente pensar a razão como uma ética. Como nos

ensina Lacan, independentemente da estrutura clínica, o que a psicanálise pode oferecer a quem queira dela utilizar-se, é que o sujeito possa reconhecer como articula sua própria história a partir da causalidade psíquica, e aqui estamos na relação entre razão e desrazão.

Após o caminho que percorremos neste trabalho, podemos compreender quando, ao interpretar essa parte da obra de Lacan, Quinet defende que o norte do analista na clínica da psicose é “introduzir o sujeito”. Refere-se à construção de um saber a partir da lógica do inconsciente, sobre cada caso, para fazer prevalecer o sujeito, refere-se também a um entendimento de que há sim sujeito na psicose, ainda que necessariamente pensado a partir de outras referências que não as mesmas do neurótico, uma vez que a estrutura de linguagem se dá de forma diferente, mas é preciso escutá-lo. Podemos dizer que é uma aposta ética, ou uma aposta na ética; de que é possível entender a diferença como apenas diferença, e apesar do estranhamento que causa, ou justamente por isso, não desqualificá-la. Para além dos desafios teóricos, é preciso colocar o homem e seu sofrimento em primeiro plano, o que de fato importa, é que o sofrimento, seja na neurose, seja na psicose, é real. Como o sofrimento de um surto psicótico: real. Real, intenso, e muito difícil de ser dividido. Loucura, como nos mostrou Foucault, é solidão. Há algo que o louco entende como da ordem do impossível de ser compartilhado, diferente de uma doença orgânica, e que tem um peso que não consegue ser aliviado apenas por uma explicação bioquímica. É aí que está nosso lugar possível junto à psicose, seja ela desencadeada ou não, seja o louco em franco delírio ou a psicose estabilizada, nosso lugar é sempre o da escuta.

Escuta que pretende possibilitar introduzir o sujeito - lá onde está o homem, o doente mental, o louco -, significa pensar que ele é capaz de lidar com sua patologia, é acreditá-lo responsável, sujeito de direito, e não objeto de cuidados, por isso dizermos que é uma questão ética, e que responde à nossa tentativa de aproximação entre esta e a loucura. Como vimos historicamente, a ciência com seu ideal de dominação do todo do real, propõe a universalização da norma, e “foraclusi” a verdade do sujeito. A psicanálise oferece ao saber médico uma outra ética, que se distingue dos modos protocolares e do utilitarismo, estabelece um outro saber, que elege a verdade do sujeito e faz prevalecer sua singularidade, refere-se a um sujeito de direito, responsabilizado por sua posição, - inclusive o psicótico - , pois entende que a sociedade ao desresponsabilizá-lo, não o considera sujeito e retira-lhe do âmbito da ética. Se a psicanálise desloca o saber para o inconsciente, é por entender que entre suposto saber e verdade, a verdade está do lado do analisando; o próprio “apelo ao tribunal do Outro” da psicose, mostra que lá onde está o gozo, encontra-se a culpa, desvelando o sujeito por ele responsável. Para a psicanálise, responsabilizar o homem é convocar o sujeito.

Concluindo, ao apostarmos na possibilidade de introduzir o sujeito, o louco não pode mais ser considerado em termos de déficits ou de funções abolidas, não pode ser objeto da doença, ele é, se podemos fazer um trocadilho, sujeito ao *páthos*, a ser afetado pelos significantes que o determinam e os que são por ele escolhidos, como qualquer um de nós. Porém, se nossa cultura ainda o reconhece como estranho, mesmo no domínio da ciência, é porque, de algum modo, ele permanece no exílio. Ao analista, ancorado na ética, cabe resgatá-lo, devolver-lhe a palavra, para que ele possa, enfim, construir sua própria história.

Notas:

- (1) FOUCAULT, Michel. História da Loucura, São Paulo: Perspectiva, 1997
- (2) Idem, p. 47
- (3) Idem, p. 83
- (4) Idem, p. 119
- (5) Idem, p. 134
- (6) Idem, p. 522
- (7) FOUCAULT, Michel. Doença Mental e Psicologia, Rio de Janeiro: Biblioteca Tempo Universitário, 1994
- (8) Idem, p. 17
- (9) Idem, p. 84
- (10) KEHL, Maria Rita. Sobre Ética e Psicanálise, São Paulo: Companhia das Letras, 2011
- (11) Idem, p. 127
- (12) LACAN, Jacques. O seminário, livro 7: a ética na psicanálise, Rio de Janeiro: Zahar, 2008
- (13) Idem, p. 367

Assim, quando Lacan afirma, no início da década de 1960, que a clínica analítica é direcionada pela injunção ética de levar o sujeito a não ceder em seu desejo, devemos compreender o que quer dizer exatamente ‘seu desejo’ nesse contexto. Não se trata de um conjunto de escolhas pessoais ou de modos

particulares de conduta. Desde que se admite que o desejo do homem é o desejo do outro, a dimensão da individualidade entra em colapso. Nesse sentido, não ceder em seu desejo significa apenas sustentar o desejo em sua verdade essencial, ou seja, leva-lo a ser reconhecido como pura presença do negativo. (SAFATLE, Vladimir. Lacan, São Paulo: Publifolha, 2009, p.35)

Obs. Neste artigo, por ele ter como norte a clínica da psicose, não entraremos na questão mais estrita do desejo.

(14) SAFATLE, Vladimir. Lacan, São Paulo: Publifolha, 2009

(15) Idem, p. 80

(16) KEHL, Maria Rita. Sobre Ética e Psicanálise, São Paulo: Companhia das Letras, 2011, p. 192

(17) LACAN, Jacques. O seminário, livro 3: as psicoses, Rio de Janeiro: Zahar, 1985, p. 12

(18) QUINET, Antonio. Teoria e clínica da psicose, Rio de Janeiro: Forense Universitária, 2011

(19) Lacan resume o Édipo freudiano através da fórmula paterna em que o Nome-do-Pai substitui o Desejo da Mãe com o qual a criança se identifica como sendo seu objeto. Trata-se da simbolização da presença-ausência da mãe representada pelo jogo do fort-da descrito por Freud em 'Além do princípio do prazer'. O resultado é a inclusão do Nome-do-Pai no Outro e o acesso à significação fálica que permite ao sujeito dar significação aos seus significantes e situar-se como homem ou mulher na separação dos sexos. Uma perda de gozo é concomitante à operação da metáfora paterna que corresponde à instauração da lei poderá mais ser objeto de simbólica. A introdução do Nome-do-Pai no Outro barra o acesso do sujeito ao gozo, e o sujeito não goza do Outro, a não ser em sua fantasia. (QUINET, Antonio. Teoria e clínica da psicose, Rio de Janeiro: Forense Universitária, 2011, p. 29)

(20) Cabe ressaltar, que embora essa seja a definição de psicose do Lacan ainda marcada pela soberania do simbólico, ou seja, uma compreensão da psicose como algo inferior a neurose, não entendemos, aqui, o valer-se do recurso imaginário em busca de estabilidade, como uma "solução inferior" ao recalque do neurótico, configuram-se apenas como soluções diferentes, possibilitadas por modos diferentes de tentar dar conta do real.

(21) QUINET, Antonio. Teoria e clínica da psicose, Rio de Janeiro: Forense Universitária, 2011, p. 33

(22) Faria, Michele Roman. Delírio, linguagem e psicose contribuições dos primeiros seminários de Lacan ao tratamento possível das psicoses, Publicado na revista Acheronta, 2012

(23) Na década de setenta, depois de ter desenvolvido, no Seminário 17, sua teoria dos discursos (Lacan, 1969-70) Lacan definirá o psicótico como aquele que está na linguagem, mas não no discurso (Lacan, 1972), ressaltando justamente o que se passa em termos do laço social na psicose. Daí ser possível pensar que a produção delirante, que funciona no sentido de estabilização, só pode ser considerada cura na medida em que ela funcione como suplência ao laço social. (FARIA, Michele Roman, Delírio, linguagem e psicose: contribuições dos primeiros seminários de Lacan ao tratamento possível das psicoses, Publicado na revista Acheronta, 2012, p. 39)

(24) QUINET, Antonio. Teoria e clínica da psicose, Rio de Janeiro: Forense Universitária, 2011, p. 134

(25) Idem, p. 62

Referências bibliográficas:

Faria, Michele Roman. *Constituição do sujeito e estrutura familiar*, São Paulo: Cabral Editora e Livraria Universitária, 2010

_____. *Delírio, linguagem e psicose: contribuições dos primeiros seminários de Lacan ao tratamento possível das psicoses* (publicado na revista Acheronta, n. 27, maio de 2012)

_____. *Imaginário, eu e psicose nos primeiros seminários de Lacan*, Estilos clin. [online]. 2011, vol 16, n.1, p. 132-151. ISSN 1415-7128

FOUCAULT, Michel. *Doença Mental e Psicologia*, Rio de Janeiro: Biblioteca Tempo Universitário, 1994

_____. *História da Loucura*, São Paulo: Perspectiva, 1997

FREUD, Sigmund. O mal-estar na civilização (1930), In: *Obras Completas*. Rio de Janeiro: Imago, 1988

KEHL, Maria Rita. *Sobre Ética e Psicanálise*, São Paulo: Companhia das Letras, 2011

LACAN, Jacques. De uma questão preliminar a todo tratamento possível da psicose, IN: *Escritos*, Rio de Janeiro: Zahar, 1998

_____. *Nomes-do-Pai*, Rio de Janeiro: Zahar, 2005

_____. *O seminário, livro 3: as psicoses*, Rio de Janeiro: Zahar, 1985

_____. *O seminário, livro 7: a ética na psicanálise*, Rio de Janeiro: Zahar, 2008

NOVAES, Adauto. (Org.) *Ética*, São Paulo: Companhia das Letras, 2007

POMPÉIA, João Augusto. *Na presença do sentido*, São Paulo: EDUC, ABD, 2010

QUINET, Antonio. *Teoria e clínica da psicose*, Rio de Janeiro: Forense Universitária, 2011

SAFATLE, Vladimir. *Lacan*, São Paulo: Publifolha, 2009

Moverse del abandono

Ursula Gayou Esteva

“Digamos que el psicoanálisis no lleva al acto, sino que deja en todo caso al sujeto en la puerta del acto, con la posibilidad de haber superado sus inhibiciones, las que demoraban su decisión...”
(Gabriel Lombardi, 1996)

En el texto que se presenta a continuación se expone un caso clínico sin terminar, como todos los casos clínicos. Está basado en la experiencia de dos años de trabajo analítico con una paciente que llamaré Rita. Hay algunos casos clínicos que se utilizan para ejemplificar aspectos teóricos particulares, dentro de escritos con objetivos más amplios; sin embargo, el presente trabajo trata de ser más bien un recorrido cuidadoso de los hechos (y de los no hechos) en el análisis de Rita, sin omitir por ello referencias teóricas que no sólo se incluyen en este ensayo, sino que en su mayoría tomaron parte dentro del mismo trabajo clínico que se relata y el cual, como este ensayo, tampoco tiene punto final.

El ingreso de Rita al tratamiento se da un poco después de que dejara abruptamente de acudir a la Universidad. En ese tiempo, ella cursaba el segundo semestre de la carrera de psicología y yo le impartía clases. Frente a la sorpresa por la deserción de una estudiante dedicada e inteligente, decido enviarle un correo electrónico para preguntarle si se encontraba bien y en su respuesta me expresa su interés de iniciar un análisis. Acepto su petición de tener una entrevista, apegándome en cierta forma a uno de los consejos primordiales de Freud (1913) sobre la iniciación del tratamiento (1), es decir, estando advertida de que la transferencia ya llevaba un camino recorrido y que por lo tanto, constituiría una apuesta hacerla entrar en el dispositivo analítico y operar en beneficio del tratamiento.

Antes de la primera entrevista, con la fecha de la misma ya acordada, Rita despliega una serie de acting outs que en su momento me dan a pensar que puede estar en riesgo, que puede ser un caso de urgencia. Llama en la madrugada en un par de ocasiones y cuelga antes de que yo pueda contestar, también me envía por correo electrónico un poema que se titula “Muerte” y me pide mi opinión sobre la redacción de los versos, desea saber si en sus frases lúgubres será conveniente incluir signos de interrogación, a lo que le respondo que sí, buscando atemperar el peso del contenido y disponer el tema para el análisis, así mismo, la invito a llevar sus poemas a la entrevista.

Al consultorio llega nerviosa, responde preguntas sobre su vida y su historia familiar. Toda su infancia y adolescencia vivió con su madre, pero no lleva una buena relación con ella. Tiene una hermana mayor con quien está peleada desde hace tiempo y por lo mismo, no conviven. No conoce a su padre, pues ella fue producto de una relación extramarital que duró poco. Inicialmente comenta que vive con una amiga, pero luego confiesa, con dificultad, que es gay y que la “amiga” con la que vive, es en realidad, su novia. Sobre su motivo de consulta, haciendo referencia a su deserción escolar, menciona que no es la primera vez que deja alguna actividad que le gusta y que no sabe por qué lo hace, también comenta que quisiera mejorar la relación con su madre.

Luego de ésta primera sesión, mis sospechas sobre el tinte erótico de la transferencia que Rita había desarrollado hacia mí, encontraron fundamento. Su dificultad manifiesta para iniciar un proceso de análisis se potenciaba debido a las expectativas y fantasías que orientaba hacia mi persona. Freud en su artículo “Sobre la dinámica de la transferencia” (1912), advierte sobre este fenómeno particular que hace de la transferencia, un obstáculo para el tratamiento (2), pues “*se vuelve muy difícil confesar una moción de deseo prohibida ante la misma persona sobre quien esa moción recae*” (Ibíd. p.102)

Frente a situaciones análogas, aunque siempre de acuerdo a la singularidad del paciente, Freud procedía haciendo conscientes las mociones eróticas (o agresivas, tratándose de una transferencia negativa) que se vehiculizaban en la relación analítica (3). En el caso de Rita mi proceder fue diverso, en primer lugar, debido a que el apego erótico no parecía ajeno a su actividad psíquica consciente, pues me enviaba invitaciones en las redes sociales y recibía sus poemas en los mismos correos electrónicos que dirigía a sus amistades. Pero también, porque una confrontación directa respecto al tema, me hacía pensar en el riesgo de que Rita se precipitara hacia el abandono del tratamiento. De tal modo que se intervino

mencionando que por ética profesional, no aceptaba a mis pacientes en mi vida privada y respecto a los poemas, se respondió a cada correo electrónico, invitándola a retomar el tema en las sesiones. Apelando nuevamente a un consejo freudiano, se puede decir que no se buscó ahuyentar la transferencia amorosa aunque sí, marcarle con firmeza un límite (4).

En base a las mencionadas intervenciones, la transferencia erótica cede terreno a la transferencia positiva denominada "tierna" y comienza a haber un cierto trabajo de análisis. En las primeras sesiones, Rita va reconstruyendo su historia y por momentos, cuando asocia, le va poniendo historia a sus actos. Aquellas deserciones abruptas y enigmáticas de ciertos trabajos que ha tenido y de la Universidad, se van entrelazando discursivamente con su madre. Habla de algunas relaciones laborales que se le tornaron conflictivas y las personas involucradas la remiten por algunos rasgos, a su progenitora, y sobre el asunto de la Universidad, resalta que su madre se ofreció a pagarle sus estudios y aparte de que es inconstante en dichos pagos, cuando Rita deserta, la queja materna se dirige exclusivamente a su dinero desperdiciado. El deseo de Rita no aparece como alojado y aunque ella no articula conscientemente su rebelión frente al deseo materno que irrumpe (o precisamente por eso), se rebela en el acto de abandonar, a modo de síntoma y con todas sus consecuencias. De un modo similar a la anoréxica, cuyo síntoma está más relacionado con alimentar su deseo que con dejar de alimentar su cuerpo (5), Rita no simplemente deja de estudiar, sino que rechaza un ofrecimiento narcisista de la madre.

La historia de Rita está marcada por abandonos. El padre que pesa por su falta en lo Real y por la ausencia de referencias a él incluso en lo simbólico, pues Rita no habla de él ni de sí misma sin él. La madre invasiva y caprichosa, que desde siempre entra y sale de su vida sin reglas y sin límites y que la abandonó simbólicamente (se fue de la casa) cuando encontró un hombre con quien casarse. La hermana no figura para terciar y atemperar el goce materno, se muda constantemente de un Estado a otro; más que constituir un apoyo, fue capaz de involucrar a Rita en un negocio truculento que le implicó a ésta última, perder su casa en un embargo y ella desapareció sin dar razones, abandonando a Rita, literalmente en la calle.

El discurso de Rita va adquiriendo cierta fluidez luego de que comienza a trabajar en diván, aunque sus asociaciones no se libran fácilmente del juicio racional. Reitera con frecuencia que no se puede "dejar ir" porque lloraría y no le agrada llorar frente a los demás porque "eso no soluciona los problemas". Comenta en tono de broma que solo las muertes son un buen pretexto para llorar, evadiéndose así de aceptar cualquier otro tipo de pérdida y más aún, de hacer el recuento de los daños.

De hecho, buena parte del trabajo de análisis se centra en la defensa sintomática que interpone Rita frente al abandono: "dejar para no ser dejada". En el transcurso del tratamiento va asociando el abandono con el fracaso que deja la culpa de su lado, por no cubrir las expectativas, por "no haber sido suficiente razón para que alguien se quedara". Algo similar la ocurre con la escuela, siente que debe sacar excelentes calificaciones y cuando la exigencia la sobrepasa, prefiere desertar que reconocerse en falta. Luego de poner todo esto en palabras pero aún con un trabajo por delante, se reintegra a la Universidad.

Van apareciendo otros temas en el discurso. Rita expresa que mantiene una relación de pareja bastante simbiótica. Se angustia cuando su novia no le contesta el teléfono o los mensajes de forma inmediata y reacciona con celos frente a cualquier amistad que amenace con desplazarla momentáneamente, de ser el centro de atención de su pareja. Si bien lleva tres años de vivir de esa forma, es apenas a partir del sexto o séptimo mes de trabajo analítico cuando surge una destacada incomodidad de Rita respecto al asunto, aparecen las quejas y el comentario reiterado de que no quiere tener una novia que sea sustituta de su madre. Este viraje discursivo, pasaje de las quejas sobre la madre, a las quejas sobre la novia, inicia luego de que acude a la marcha del orgullo gay, aunque también se relaciona con el evento de la muerte inesperada del esposo de la madre, que irrumpe con el efecto de actualizar para Rita la amenaza (pero también el deseo) de pasar a ocupar nuevamente su lugar como compañera de la viuda.

Comienza a hacerse preguntas sobre lo no inscripto, y en esa elaboración, algo de la repetición queda coartado. Volviendo a Freud (1914), en este punto no hablamos del trabajo de hacer consciente lo inconsciente, sino de trabajar con lo que antes se actuaba y ponerle palabras (6). Rita confiesa, por ejemplo, que no es capaz de visualizar una relación que no sea la de madre e hija y se pregunta en voz alta, "¿cómo es una relación de pareja?". En las sesiones siguientes, pero dentro de la misma secuencia,

surgirán otros interrogantes: “¿cómo se demuestra el amor?”, “¿por qué los hombres no pueden estar con una sola?” y finalmente, hablando sobre su padre “¿quién es él?”.

Desde su trabajo analítico, Rita va planteándose el objetivo de separarse de su novia. Decidir una separación en vez de actuarla es un camino que se va trazando con la tiza de la transferencia. Finalmente, termina la relación y su novia se va de la casa. A partir de entonces, transcurren varios meses en los que diversas personas del entorno inmediato de Rita se alojan en su casa, llegan intempestivamente y de modo muy parecido, desaparecen actualizando el abandono. En algunos de estos episodios, ella retoma con molestia la sensación de “invasión” a su espacio, en otros casos, expresa su sufrimiento por la pérdida de alguien especial. En estos ciclos empieza a leerse algo del juego del fort-da. Rita se expone a la angustia de la pérdida, pero también aprende a anticiparla.

Incursionando en la independencia, encuentra dificultad para autorregularse y cuidar de sí misma. Se excede en gastos y en desvelos y no se alimenta bien. Pero el asunto se vuelve tema de análisis hasta que se muestra en acto (o quizá Rita procedió a actuar aquello que quedó fuera de la escucha analítica). El acting out que produce es bastante escandaloso; llega a sesión claramente alcoholizada y desaliñada, ante lo cual, se interviene explicándole que no se la podrá atender en ese estado puesto que el análisis requiere lucidez. Se opera introduciendo un límite.

Un acting out, nos dice el psicoanalista argentino Gabriel Lombardi (1993) es “una acción dirigida al analista, le es relatada, mostrada, y como todo lo que es dirigido al analista, pide interpretación, llama a la interpretación (...) y por lo tanto interpretarlo lleva al analista a caer en la obvedad” (p.78-85). La intervención, nos dice Lombardi, debe entonces apuntar a la confrontación y a la sorpresa “porque la sorpresa es el efecto que produce sobre el sujeto la revelación de lo inconsciente” (Ídem).

Después de la intervención con Rita, se logra al menos que los límites entren otra vez al discurso. Para ella, vuelven a ser un problema en el plano de las relaciones; sus faltas y excesos ya no implican directamente al cuerpo. Se pregunta por su identidad fuera de las expectativas de los otros, se defiende racionalmente de la proximidad afectiva reiterando que únicamente utiliza a la gente por conveniencia, incluyendo a su madre y a su ex novia (con quien sigue frecuentándose). La dificultad para concretar la separación se hace evidente pero Rita la evade, se plantea reiterativamente el objetivo de hacerla definitiva, pero siempre vuelve recurrir a los mismos objetos de conveniencia (dinero, comida, etc.) para justificar lo que llama su “reincidencia”.

Finalmente, actúa la separación en transferencia (7); falta a una sesión y cuando vuelve al diván expresa que ha estado pensando en dejar de acudir a análisis por un tiempo, argumenta que se fue de viaje sola para reflexionar y encontró que es tiempo de cerrar algunos asuntos de los que ha trabajado en el espacio analítico. Como intervención frente al nuevo acting out, doy lugar a Rita en su falta, cobrándole la sesión. Respecto a la resistencia, la nombro como tal y le digo que aún hay muchos cabos sueltos y aspectos que no ha podido externar y que en caso de continuar el tratamiento, definitivamente no será con una intención de cerrar asuntos, sino de seguir abriéndolos e ir asumiendo las consecuencias. A los pocos días me comunica que desea continuar.

Vencida la resistencia, la tristeza irrumpe en el espacio analítico. Rita se remonta a recuerdos de su infancia, específicamente, a los maltratos y abusos sexuales de su madre, “a lo mejor tiene una explicación, pero aun así, había un exceso de su parte” refiere y luego, se queda sin palabras por largo tiempo. Ese goce materno, Rita no lo puede amortiguar con el recurso simbólico, ni siquiera la culpa que se adjudica (bajo la forma de justificaciones para su madre) le alcanza para salir de esa indefensión frente al Otro, ni de su forma particular de sufrirla: “después de que me pegaba, yo la abrazaba para consolarme, porque sólo la tenía a ella”. Solo queda la tristeza silenciosa y en transferencia, mi presencia como analista para soportarla. Tal como dice Juan David Nasio (1996), el rol principal de un analista “no es el de escuchar e interpretar, sino el de prestarse, prestar su propio cuerpo pulsional” (p.103).

Siguiendo el curso del análisis, Rita continúa sus estudios no sin dificultad, en ocasiones se ausenta por varios días, pero es capaz de regresar, nombrar sus escapadas como “descansos” y asociarlas con sus estados de ánimo. También se inscribe en un taller de teatro, después de expresar en varias ocasiones y durante varios meses, que actuar es su verdadera pasión y vocación, y además, una que no comparte con su madre.

Expresa sus deseos de ser madre y considera que le gustaría que su hijo tuviera un padre, "para no repetir la historia". Llega a mencionar que le gustaría "curarse" de la homosexualidad aunque no imagina una relación sexual con un hombre, "en realidad, me da miedo solo pensarlo", comenta. De forma cíclica, en ciertas temporadas ya avanzadas del proceso analítico Rita comienza a hablar de los hombres, se interesa en emprender la búsqueda de una pareja heterosexual pero se siente desconfiada porque "los hombres sólo quieren sexo y luego, se van". En cada ocasión, el tema desemboca progresivamente en la búsqueda de su propio padre.

El trabajo del inconsciente ofrece dos sueños que Rita lleva a análisis; en uno de ellos, se ve comprometida a despreciar a un hombre que le gusta por no perder a una mujer que también es importante para ella, lo que destaca de este primer sueño es la mirada vigilante de una mujer y la reiteración de su elección homosexual. En una sesión posterior, Rita comenta que soñó por primera vez a su padre, concretamente, su madre se lo presentaba en una fiesta. Este segundo sueño se presenta después de rastrear la idea de que "los hombres sólo quieren sexo y luego, se van", hasta relacionarlo con los novios de su madre. Tres de estos novios se fueron sin que mediara una explicación, Rita se acuerda con afecto de los primeros dos, pero sobre el tercero surge el recuerdo de una escena sexual entre él y la madre y luego el comentario "ese no fue tan padre".

Paralelamente a esta fase del análisis, Rita se entusiasma con una chica que conoce en el trabajo, comienza a salir con ella y al poco tiempo inicia una relación de noviazgo. Al hablar de esta relación, inicialmente retoma las similitudes respecto a su anterior noviazgo, sobretudo la dificultad para marcar límites a la convivencia. También ubica con temor, la posibilidad de estar buscando nuevamente un sustituto de su madre. Poco después, con la repetición suficientemente acotada por lo simbólico, se abre lugar para notar las diferencias. Rita comenta que su nueva pareja le exige a menudo una toma de postura diferente a la del dominio; generalmente recurren al diálogo para resolver sus diferencias. "Ella me ubica", dice Rita, y ubicar no sólo toma el sentido de poner un límite, sino también (y quizá, más importante aún), el de dar un lugar.

Luego de un receso vacacional, Rita envía un correo electrónico diciendo que de momento no tiene dinero porque renunció a su trabajo y que temporalmente dejará el análisis. Pocos días después, llama pidiendo una cita de urgencia, a la cual llega retrasada y acompañada por su novia, quien se queda en la sala de espera. Explica que tuvo un problema muy fuerte precisamente con su novia, porque ésta se enteró que había salido con más mujeres antes que ella, aunque se lo había negado en repetidas ocasiones "por miedo a que pensara que estaba jugando con ella". No se advierte una desorganización discursiva, ni una angustia desbordada. Al preguntarle por su estado emocional indica que no puede parar de llorar, incluso llora frente a otras personas imaginando la posibilidad de perder a su novia. Muestra sorpresa frente a este nuevo síntoma, dice "nunca antes había llorado así", "nunca me sentí así con mi ex novia", se le interpreta que probablemente se deba a que en su relación actual hay alteridad en vez de simbiosis y ese cambio tiene consecuencias, entre ellas, admitir la posibilidad de una pérdida. Retoma los puntos positivos de su relación principalmente en materia de comunicación, pero también de que ha logrado frenar su propia impulsividad e incluso, limitar la irrupción de su madre, pues su novia le ha dicho: "ahora eres mi pareja, tu mamá tiene que entender que no puede llegar cuando se le ocurra". En esta última sesión, Rita se va hablando de planes futuros con su pareja y comprometiéndose a retomar el análisis una vez cada quince días, mientras consigue un empleo. Cancela la siguiente sesión mediante un mensaje y algunos meses después envía otro para saludar y decir "no me he olvidado de mi análisis, pronto me comunicaré..."

Algunos puntos a considerar sobre el caso

¿Qué se puede pensar frente a los puntos suspensivos? Respecto al análisis ¿Rita tomó un descanso, concluyó o lo abandonó? Sólo el tiempo hará evidente lo que incluso ella podría no saber aún. Sin embargo, ahora sabe de límites, de los propios y de los ajenos; reflexiona para ubicarlos y se esfuerza en defenderlos. Sabe reconocer los abandonos en su historia como huellas que le permiten caminar por lugares diferentes. Anticipa aquello que la puede hacer sufrir para amortiguar el impacto y soporta su propio llanto frente a sí misma y frente a los demás porque sabe que la ausencia de alguien ya no la deja vacía, se ha hecho preguntas y ha construido mucho de sí. Además, para máscaras, ahora tiene el teatro.

Notas

(1) Freud en su artículo *Sobre la Iniciación del Tratamiento (Nuevos Consejos al Médico sobre la técnica del psicoanálisis, I)* retoma las consecuencias poco favorables, para las que es preciso estar preparado cuando existen vínculos previos entre el médico y la persona por analizar, pues ésta última ingresa al tratamiento con una actitud transferencial ya hecha y el analista deberá descubrirla poco a poco, en lugar de observarla desde sus inicios.

(2) "...en el análisis la transferencia nos sale al paso como *la más fuerte resistencia al tratamiento*, siendo que, fuera del análisis, debe ser reconocida como portadora del efecto salutífero, como condición del éxito" (p.99).

(3) "Cuando nosotros <<cancelamos>> la transferencia haciéndola conciente, sólo hacemos desasirse de la persona del médico esos dos componentes del acto de sentimiento; en cuanto al otro componente susceptible de conciencia y no chocante, subsiste y es en el psicoanálisis (...) el portador del éxito" (Ibid.p.103).

(4) "Uno debe guardarse de desviar la transferencia amorosa, de ahuyentarla o de disgustar de ella a la paciente; y con igual firmeza, uno se abstendrá de corresponderle" (Freud, S., 1914, p.169).

(5) "Ya les dije que la anorexia mental no es un no comer, sino un no comer nada. Insisto-eso significa comer nada. Nada, es precisamente algo que existe en el plano simbólico" (Lacan, J., 1957, p.185).

(6) "Cuando la ligazón transferencial se ha vuelto de algún modo viable, el tratamiento logra impedir al enfermo todas las acciones de repetición más significativas y utilizar el designio de ellas como un material para el trabajo terapéutico" (p.155).

(7) Freud en su texto "Recordar, repetir y reelaborar" (1914), advierte sobre los abandonos del tratamiento que producen algunos pacientes: "*en ocasiones puede ocurrir que no se tenga tiempo de refrenar con la transferencia las pulsiones silvestres, o que el paciente, en una acción de repetición, desgare el lazo que lo ata al tratamiento*" (p.155). En el caso de Rita por ejemplo, la transferencia ya bien establecida posibilitó que el abandono del tratamiento se abriera como tema de análisis y surgiera una nueva apuesta al trabajo del inconsciente.

Referencias Bibliográficas

Freud, S. (1912). *Sobre la dinámica de la transferencia*. En Obras Completas, vol. XII. Bs. As: Amorrortu Editores, 1986.

Freud, S. (1913). *Sobre la Iniciación del Tratamiento (Nuevos Consejos al Médico sobre la técnica del psicoanálisis, I)*. En Obras Completas, vol. XII. Bs. As.: Amorrortu Editores, 1986.

Freud, S. (1914). *Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)*. En Obras Completas, vol. XII. Bs. As.: Amorrortu Editores, 1986.

Freud, S. (1914). *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*. En Obras Completas, vol. XII. Bs. As.: Amorrortu Editores, 1986.

Lacan, J. (1956-7). *Clase 11. El falo y la madre insaciable. 27 de Febrero de 1957*. En El Seminario. Libro 4, La Relación de Objeto. Barcelona: Paidós, 1994.

Lombardi, G. *La clínica del psicoanálisis 2. El síntoma y el acto*. Bs. As.: Atuel, 1993.

Nasio, J. *Cómo trabaja un psicoanalista*. Bs. As.: Paidós, 1996.

Aproximación a la problemática de la "verdad" y el "saber" en psicoanálisis

Miguel Olivera Cordero

Resumen

Uno de los matices relevantes de la inmersión en el campo del psicoanálisis es poder plantearse preguntas constantemente, a partir de la experiencia clínica o bien de la producción teórica del mismo. Carácter de vigencia y de reivindicación que posibilita mejores bases que sostengan aquello particular, que en rigor ha capturado nuestra atención. Dicha inmersión al campo del psicoanálisis como ejercicio clínico y con su posibilidad de generar postulados teóricos, plantea una dinámica compleja sobre la utilización de ciertos términos que trasgreden los límites de sus propias acepciones para llegar a nivel de concepto. ¿Es el caso del término *verdad*... lo es del término *saber*? El presente trabajo pretende poner en la mesa esta problemática.

Palabras clave: psicoanálisis, clínica, verdad, saber.

Abstract

One of the important nuances of immersion in the field of psychoanalysis is to constantly raise questions, based on clinical experience or theoretical production thereof. Effective character and claim it allows better basis to sustain that particular rigor that has captured our attention. This immersion into the field of psychoanalysis as a clinical practice and their ability to generate theoretical postulates, poses a complex dynamics on the use of certain terms to transgress the limits of their own meanings to arrive at the concept level. Is the case of the term "truth" ... so it is the term "knowledge"? This work intends to put on the table the issue.

Key words: psychoanalysis, clinical, truth, knowledge.

Tomando como punto de partida un texto publicado por la revista Litoral 41, cuyo autor, George-Henri Melenotte (2008,87) nombró *Convergencia y divergencia entre Lacan y Foucault a propósito del caso*; y donde en uno de sus planteamientos trae a cuentas a James Joyce, refiriendo a su obra, y a la lectura de Lacan sobre una parte de ella indica:

“La actividad creadora del sujeto permite que el artificiero Joyce se construya un síntoma que salva del gran desastre de la locura. Lacan insta un sujeto activo que interviene en sus determinantes estructurales para modificarse. Joyce sería su propio terapeuta”

El énfasis recaería en la función de la escritura como constituyente de algo inédito. Acaso una reivindicación o un reacomodo; un antes y un después de un proceso *terapéutico* que coloque en otro lugar a ese que –como en el caso de Joyce- escribe...vale decir: *habla*. ¿La ausencia de un terapeuta *otro*, pero la presencia de un acto personal produciría un efecto de subjetivación?

Si Joyce *fue su propio terapeuta* y si se *produce a sí mismo* ¿Cuál sería la función del terapeuta ejecutada por otro? ¿Sería acaso una actividad creadora de sujetos? Subrayando el enunciado de Melenotte.

Estas cuestiones pueden tomarse como una provocación, en el sentido de repensar desde una postura crítica cómo interviene aquel que se coloca en el lugar de terapeuta (analista). Resulta necesario abordar la cuestión desde distintos ángulos.

Daniel Gerber (2007, 48-9) en "Discurso y Verdad. Psicoanálisis, saber, creación", al hablar del saber en psicoanálisis apunta, en relación a ¿Quién sabe? y cómo se montaría la transferencia, lo siguiente:

No es el sujeto quien sabe el saber inconsciente sino quien es siempre *sabido por ese saber Otro*, ese saber *del Otro*. Este último es *quien sabe*, lo que permite descubrir la clave, el resorte esencial de la

trasferencia que consiste en el “endoso” de la carga del saber inconsciente a Uno a quien ese saber le es supuesto. De tal suposición viene el amor, pues suponer un sujeto al saber es amarlo.

La existencia del inconsciente quiere decir que hay un saber sin sujeto [...] Pero a este saber sin sujeto – saber de *quien sabe*- se lo subjetiva necesariamente como saber del Otro, se le supone un sujeto: sujeto-supuesto-saber que ocupa el lugar del efecto de verdad [...] La verdad designa lo indecible, lo irrepresentable del saber, el ombligo en torno del cual se organizan las representaciones que constituyen aquello que el significante permite articular. La verdad evoca el lugar de lo irrepresentable en tanto el saber se construye con base en lo representable.

Es decir, la atribución de quien demanda análisis de un saber que el analista le revelaría, echaría a andar la transferencia, ese sujeto-supuesto-saber posibilitaría un efecto de verdad.

Ese afán por saber, puede identificarse en los orígenes de la clínica; el hombre ha desarrollado distintas formas de aproximación hacia lo que en el entorno, naturaleza o situaciones emergentes y que causan interés por explicar o entender; en el caso del sufrimiento del cuerpo surge la medicina como recurso para abordar ese sufrimiento, desde el punto de vista clínico como también de la transmisión y la enseñanza de ese saber particular. Sin embargo, el saber particular de la medicina atraviesa por distintos avatares, pues de antemano, según Foucault (1978, 28)

[...] el querer-saber no acerca a una verdad universal; no da al hombre un exacto y sereno dominio de la naturaleza; al contrario, no cesa de multiplicar los riesgos; hace crecer en todas partes los peligros; acaba con las protecciones ilusorias; deshace la unidad del sujeto; libera en él todo lo que se encarniza en disociarle y destruirle. En lugar de que el saber se distancie poco a poco de sus raíces empíricas, o de las primeras necesidades que lo han hecho nacer, para convertirse en pura especulación sumisa a las solas reglas de la razón, en lugar que esté ligado en su desarrollo a la constitución y a la afirmación de un sujeto libre, implica un encarnizamiento siempre mayor; la violencia instintiva se acelera en él y se acrecienta; [...]; el saber exige hoy hacer experiencias sobre nosotros mismos, exige el sacrificio del sujeto de conocimiento.

¿El saber en psicoanálisis implicaría ese sacrificio que señala Foucault? Habrá que distinguir –o intentarlo– entre saber y verdad.

Introducir el término *verdad* implicaría un estudio exhaustivo, sin embargo es posible delinear ciertos matices que permiten un entendimiento acerca de cómo un sujeto produciría algo inédito que lo colocara en otro lugar en su propia historia.

Raúl Courel (1994, 60) en *Psicoanálisis en el campo del goce*, en el apartado tres titulado “Del goce del padre al deseo del analista”, hace alusión a Lacan y una de sus concepciones de verdad.

Lacan, en su seminario sobre los cuatro discursos, situará la verdad como hermana del goce. [...] Si el sujeto encuentra un alivio en la verdad es solo el alivio de dejar de buscarla.

Notemos que en psicoanálisis la verdad se muestra atada también al padecimiento, esto es: al goce. [...]

La verdad es efecto en la estructura de la subjetividad.

Se pregunta además:

¿Va el analista atrás de la verdad?, y si lo hace, ¿hasta qué punto? Es sabido que no renuncia al rigor. Notemos, sin embargo, que cuando el analista está muy urgido por concederse el gusto de entender, arriesga a congelar su certeza a mitad de camino.

En el Seminario XVII Lacan (1970) plantea:

[...] la verdad está escondida, pero quizás no sea más que ausencia; si fuera así estaría todo solucionado. Bastaría con saber bien todo lo que hay que saber. Y después de todo por qué no: cuando decimos algo no hay necesidad de agregar que es cierto. Alrededor de esto gira toda una problemática del juicio.

Es con el saber en tanto que medio del goce que se produce ese trabajo que tiene un sentido, un

sentido obscuro que es el de la verdad.

Este amor a la verdad, es este amor a esta debilidad, esta debilidad de la que supimos levantar el velo. Es eso que la verdad esconde y que se llama la castración. Yo no debiera tener necesidad de estas llamadas que son de algún modo librescas. Parece que los analistas, y particularmente ellos, en nombre de algunas palabras tabúes con las que se emborrona su discurso, nunca se dan cuenta de que es la verdad: la impotencia, y es sobre esto que se edifica todo lo que hay de la verdad.

Es decir, Lacan arroja las discrepancias entre los términos *verdad* y *saber* en psicoanálisis, no basta con encontrar aquello oculto o develarlo, sino qué efecto producirá en el sujeto que vive ese descubrimiento. El descubrimiento de que *está en falta*, vale decir: castrado; por otro lado, la corroboración de que aquél que estuvo en el lugar de analista, dejará su estatuto para pasar a otra cosa, será destituido del lugar que la transferencia instauró.

Volviendo a la referencia que Melenotte describe sobre Joyce, no hay forma de saber si buscaba su verdad per se, en todo caso, su capacidad para la escritura y el efecto de ella sería el de posicionarse como tal, un escritor. ¿Su verdad quedaría como registro en su obra?

El caso de Joyce es pertinente pues revela cómo alguien en su situación particular puede producir un cambio en su historia con una intervención, que, en el terreno clínico es posible gracias a ese otro que acompaña a quien habla e interviene desde lo que se dice, de lo que escucha.

Melenotte (2008, 96) describe en relación a ese proceso de producción de sujeto nuevo una dinámica en dos movimientos. Subrayo el segundo, pues remitiría a eso inédito.

[...] toda forma de subjetivación pasa por un doble movimiento objetivación –de reducción del sujeto a un objeto de conocimiento– y de subjetivación propiamente dicha por la que el sujeto se construye a sí mismo y desplaza su subjetividad en formas que podrían ser inéditas. Habrá diversos modos de subjetivación según las palancas que los propulsen.

Es decir, aunque parezca un tanto caricaturizada la idea del *caso por caso*, tomar en cuenta la singularidad, el momento histórico o la situación de quien acude a análisis, su demanda, posibilita tener una visión amplia y no establecida, abierta a la sorpresa, al saber y a la verdad, aunque ésta sea provisional.

Referencias

Melenotte. G-H. (2008) CONVERGENCIA Y DIVERGENCIA ENTRE LACAN Y FOUCAULT A PROPÓSITO DEL CASO. Revista Litoral 41. Epeelee. México. Pág.

Gerber, D. (2007) DISCURSO Y VERDAD. PSICOANÁLISIS, SABER, CREACIÓN. Escuela libre de psicología. México.

Foucault, M. (1978) NIETZSCHE, LA GENEALOGÍA, LA HISTORIA. En Microfísica del poder, La piqueta, 1ª edición, Madrid.

Courel, R. (1994) PSICOANÁLISIS EN EL CAMPO DEL GOCE. Manantial. Buenos Aires.

Lacan, J. (1970) Seminario XVII Clase 6 VERDAD, HERMANA DEL GOCE

Melenotte. G-H. (2008) CONVERGENCIA Y DIVERGENCIA ENTRE LACAN Y FOUCAULT A PROPÓSITO DEL CASO. Revista Litoral 41. Epeelee. México

Algunas consideraciones sobre el diagnóstico en la clínica psicoanalítica

Mirta Lidia Sánchez

Resumen

La palabra diagnóstico proviene del griego *diagnostikós* (*dia: a través de y gnòsis: conocimiento*) que tiene los siguientes significados: conocer a través, volver a conocer, re-conocer, capaz de discernir o distinguir y también conocimiento en juicio. El diagnóstico en la clínica psicoanalítica se diferencia del diagnóstico concebido desde la perspectiva médica, en el campo del psicoanálisis la cuestión del diagnóstico se presenta problemática, es un tema que ha dado lugar a diversos debates en torno al qué, al cómo y a la importancia o no de su realización. En cambio, desde la perspectiva médica sería impensable ese cuestionamiento, ya que el diagnóstico es considerado un acto clínico imprescindible para poder intervenir lo más rápido posible. Como señala Foucault (1987) permitirá inferir las causas, nominar el padecimiento, establecer un pronóstico y las indicaciones para el tratamiento. Para el Psicoanálisis en cambio, desde una perspectiva epistemológica diferente, el diagnóstico es un proceso que implica una serie de hipótesis que sólo son posibles de constatar o reformular en el transcurso de una cura que siempre se realiza en transferencia. De este modo cambia la manera de producir conocimiento, así como de entender la relación terapéutica, el pronóstico y el tratamiento.

Palabras clave: diagnóstico – psicoanálisis – diagnóstico psiquiátrico

Introducción

En *El nacimiento de la clínica*, Michel Foucault (1987) plantea que en tiempos de Hipócrates la práctica médica privilegiaba la observación porque lo importante era la particularidad de cada enfermo, *el caso por caso*. Esta metodología, basada en la práctica, se enseñaba junto al enfermo. El hacer del médico tenía que estar guiado por la prudencia, ya que se sugería saber esperar antes de formar un juicio y dar la indicación de tratamiento. En la época Moderna, se produce un cambio en este campo como consecuencia del advenimiento de la ciencia, que exige la utilización del método científico para producir un conocimiento válido y universal. Sus pasos ver, describir, clasificar, indican la necesidad de aislar el objeto de estudio para proceder luego, a elaborar nociones y establecer leyes generales. En medicina este proceder da lugar a los *cuadros clínicos* que en función de la relación entre signos y síntomas permitirán ubicar y nominar una enfermedad quedando diferenciados lo normal de lo patológico. El paradigma de la ciencia de la modernidad, produce entonces, según Foucault, (1987) un deslizamiento de la medicina de los síntomas, a la medicina de los órganos y de las causas, cuyos efectos en la práctica médica llevan interesarse más por la enfermedad que por la persona que la padece. Este cambio produce un alejamiento del enfoque hipocrático del caso por caso.

La moderna Psiquiatría nace un poco más tarde en la época posterior a la revolución francesa, pasa a formar parte de la medicina y siguiendo su enfoque instaura un modo de pensar la enfermedad mental y de sistematizar su saber, para lo cual implementa la clasificación de los comportamientos y la creación de categorías diagnósticas.

A lo largo de su historia, esta disciplina ha diseñado diferentes nosografías sustentadas en distintos criterios, algunas siguen un modelo empírico descriptivo, otras, han puesto la mirada en los procesos psicopatológicos y también se han construido clases a partir de teorías explicativas generadas por autores diversos. En la actualidad, el Manual de Diagnóstico y Estadística de los Trastornos Mentales conocido como DSM IV, plantea un tipo de clasificación basado en una descripción fenoménica y en datos estadísticos que desemboca en la agrupación de entidades y trastornos psicopatológicos. Este manual se elaboró siguiendo una metodología descriptiva a partir de datos empíricos con la finalidad de mejorar la comunicación entre clínicos de variadas orientaciones.

Diagnosticar de manera general, desde esta perspectiva es un procedimiento que tiene la pretensión de ser objetivo, su meta es ubicar al individuo, su objeto de estudio, dentro de una categoría preestablecida para poder nominarlo. Dice Galende (2006) que desposeyendo al enfermo de su condición subjetiva “el psiquiatra “reduce” cada síntoma, cada percepción desviada del enfermo, a una causa objetiva radicada en su anatomía o en su funcionamiento cerebral. Afirmando el saber hipotético sobre la

causa cerebral del trastorno, el psiquiatra cumple con el postulado de la objetividad, pero no supera por esto su ignorancia sobre las condiciones subjetivas de la enfermedad" (1)

Los supuestos implícitos desde este paradigma son: que el sujeto diagnosticador cuenta con un saber que es objetivo, que a cada cosa le corresponde un rótulo y que ante los mismos signos *todos los sujetos son iguales*, de esta manera la subjetividad del paciente queda ignorada, aunque también la del médico, en tanto este solo se remita a aplicar las categorías establecidas de antemano. El ofrecer un nombre al padecimiento, acerca al sujeto al conocimiento de alguna causa, lo calma frente a la angustia de lo desconocido, pero, lo aleja de la posibilidad de interrogarse e implicarse en su cura. En medicina, teoría, método y técnica se suceden, por lo cual el diagnóstico, el pronóstico y el tratamiento son pasos que están diferenciados y en la medida que las causas del sufrimiento psíquico se consideren orgánicas la solución es casi exclusivamente farmacológica.

El diagnóstico en psicoanálisis como la construcción de un saber

El surgimiento del Psicoanálisis si bien tiene una herencia en la medicina de la época, va a producir una ruptura con la nosografía y la clínica psiquiátrica, introduciendo cambios en cuanto a la manera de producir conocimientos, a la concepción etiológica de los padecimientos, al diagnóstico y al tratamiento. Freud a diferencia de la clínica médica centrada en la mirada, como decía Foucault (1987) propone una clínica de la escucha donde la palabra del paciente ocupa un lugar fundamental, valorando la singularidad del caso y la disolución de la oposición normal / patológico. El estatuto epistemológico del Psicoanálisis lo aleja del paradigma positivista, sin embargo, la cuestión de su cientificidad fue una preocupación de muchos analistas partiendo del mismo Freud que, en sus comienzos, trato de no salirse de ese marco. En lo que se refiere a la producción del conocimiento, el corpus teórico del psicoanálisis es elaborado de manera dialéctica, a partir de aquello que hace obstáculo en la experiencia analítica, se revisan sus hipótesis produciendo así nuevos conceptos que a su vez son puestos a prueba en la clínica. El lugar del observador no resultaría ajeno al campo ya que la posición del analista no es ni objetiva, ni subjetiva, sino que se ocupa de sostener su lugar en transferencia. Freud hace coincidir en la concepción del Psicoanálisis un método de investigación, un método psicoterapéutico y un conjunto de teorías en las que se sistematizan los datos aportados por la clínica. Para Lacan (1976) la clínica tiene una base: "es lo que se dice en un psicoanálisis", y la definía como "una elucubración de saber" para lo cual el analista debe estar ubicado en el campo transferencial del paciente. A diferencia de la clínica médica que se vale de una serie de estudios y medios de investigación para detectar una patología, el analista cuenta con su escucha y con el decir de su paciente en transferencia. Esta palabra se aleja de la concepción del *dato* como un hecho empírico, controlable y medible, sin embargo escuchando el discurso del sujeto es posible conjeturar sobre su posición subjetiva y localizar algo de su estructura.

El saber en psicoanálisis se constituye ante la incertidumbre, ante lo desconocido del inconsciente, donde el esfuerzo de comprensión-explicación no condice con la condición enigmática de su objeto: lo irreductible del inconsciente.

El diagnóstico en psicoanálisis puede ser pensado como una construcción, como una hipótesis que espera examen, confirmación o rechazo, su finalidad no es arribar rápidamente a una certeza. Se trata de elaborar un saber sobre los interrogantes que el padecimiento le plantea a un sujeto y esto no es lo mismo que clasificarlo o cristalizarlo en un significante desde un lugar de amo.

Según Dor (2006), Freud entrevió desde el inicio de su obra la ambigüedad que se plantea con el problema del diagnóstico, ya que se debe establecer precozmente para decidir la conducción de la cura, aún cuando la pertinencia de tal diagnóstico pueda ser confirmada con cierto tiempo de tratamiento. Al respecto resulta interesante seguir la diferenciación propuesta por Thompson, Frydman y otros (2009), entre diagnóstico y proceso diagnóstico, el diagnóstico primero es uno de los resultados, no el único, que consiste en atribuir una categoría nosológica a una determinada presentación clínica. En tanto el proceso diagnóstico implica posibilitar:

"... una manifestación más nítida del síntoma en tanto expresión de un saber inconsciente que concierne y divide al sujeto que lo padece" en este proceso ya "intervienen los efectos del dispositivo y de la intervención psicoanalítica, en la medida en que esos efectos hacen posible una formulación más explícita del padecimiento subjetivo". (2)

Como dicen Mordoh, Gurevicz, Lombardi (2007) el proceso diagnóstico en psicoanálisis no consiste en la aplicación de un saber exterior, porque es en el interior del dispositivo y de acuerdo a la posición del paciente en transferencia y a su respuesta a las intervenciones del analista, que el propio sujeto puede "diagnosticar" o advertir determinadas características de su posición subjetiva y también de su responsabilidad en el padecer que lo aqueja, de modo que su papel es activo en el proceso.

El tratamiento y el proceso diagnóstico no son en psicoanálisis intervenciones separadas, ya que como se mencionó, es posible notar efectos terapéuticos durante el proceso diagnóstico. En cuanto al pronóstico es difícil establecer previsiones entre causa y efectos como es habitual en las disciplinas biológicas, no se basa tanto en conocimientos generales o estadísticos sobre un cuadro clínico, sino que depende más de la relación transferencial y del deseo del analista como del analizante.

Por qué diagnosticar

En cuanto a las razones para realizar un diagnóstico, Freud proponía un tratamiento de ensayo con ese fin, ya que lo consideraba necesario para dilucidar: si el sujeto podría ser ayudado por el análisis; para diferenciar si trataba de una neurosis o una psicosis; "para ligar al paciente a la figura del médico", por lo que, la instauración o no de la transferencia constituía de por sí un indicador diagnóstico. En ese primer momento, el diagnóstico tiene un carácter presuntivo que implica considerar por qué un sujeto decide consultar, cuál es la situación crítica que lo mueve a buscar ser escuchado. Es un punto de partida que permite orientar la dirección de la cura, donde la emergencia transferencial posibilita considerar el lugar en que se ubica el consultante y a qué Otro se dirige. Más tarde es posible establecer el diagnóstico diferencial, pero para ello Freud nos invitaba a la prudencia y al no apresuramiento.

"Pongo en tela de juicio que resulte siempre muy fácil trazar el distingo entre neurosis y psicosis. Sé que hay psiquiatras que rara vez vacilan en el diagnóstico diferencial pero me he convencido de que se equivocan con la misma frecuencia". (3)

Y en el texto ¿Pueden los legos ejercer el análisis? plantea que no siempre se puede discernir rápidamente con certeza, es decir, que es necesario tomarse un tiempo para poder distinguir de que se trata.

"El enfermo puede exhibir el cuadro externo de una neurosis, y sin embargo tratarse de otra cosa: tal vez el comienzo de una enfermedad mental incurable. El diagnóstico diferencial no puede hacerse de primera intención en cada fase" (4)

La relación entre lo particular y lo universal

Uno de los significados de la palabra diagnóstico es la capacidad de discernir y de establecer un juicio, lo cual nos remite a la problemática implícita en la relación de lo universal con lo particular. El juicio, tal como lo plantea Kant (1970) es la facultad de pensar, que se encarga de vincular lo particular como contenido en lo universal. La filosofía considera que la categoría de *lo universal* refleja la semejanza de propiedades, la similitud de los nexos esenciales entre los objetos, expresa lo común. En cambio, según Ferrater Mora (1995) tradicionalmente se ha señalado el carácter parcial de lo particular es *decir, lo que distingue a un objeto de otro*. La ciencia de la modernidad toma de la lógica la categoría de lo universal y la ubica en una posición dominante, por esa razón aquello que los estudios científicos demuestran tiene valor para todos los objetos estudiados independientemente de su particularidad y singularidad.

El diagnóstico estructural es un paso importante respecto de clasificación fenoménica que propone el DSM IV, ya que determinar la estructura en juego permite al analista tomar su lugar en dicha estructura o su lugar en la transferencia, sin embargo eso nada nos dice sobre los significantes singulares que se inscriben en la historia de cada sujeto.

Con respecto a aquellos casos que resultan difíciles de diagnosticar Miller (1999) diferencia entre los que son difíciles de ubicar en una clasificación, de lo que sería "inclasificable", lo que se resiste a una clasificación y queda por fuera del universal. Lacan (2002) en el texto "El placer y la regla fundamental" distingue lo singular de lo particular, definiendo lo particular como lo que cae del universal, dice: "es algo simbólico que está en lo real del síntoma."

Sostiene que en la experiencia analítica se trata de captar lo real en juego en un caso, y no en alguno o todos. El síntoma es considerado lo particular, en tanto es lo que, a cada uno de nosotros nos hace un signo, pero también ese síntoma es un modo de gozar del inconsciente y es esto lo que constituye su singularidad. Los síntomas tienen dos caras, por un lado, presentan rasgos comunes a los síntomas de otros sujetos, tienen un mecanismo de funcionamiento o lógica particular y por eso pueden incluirse en una categoría nosográfica. Por otro lado, los síntomas también tienen rasgos propios y exclusivos que refieren a la forma única y singular en que se estructuró ese sujeto.

Por lo tanto, la singularidad no consiste en una propiedad que indique la pertenencia del sujeto a un conjunto como neuróticos, psicóticos, perversos, lo singular está implícito en su ser de goce. Por esa razón, también advierte Lacan que cualquier intento de totalización, o de homogenización de los individuos, tendrá un límite interno, un resto, un real que es inaprensible por lo simbólico. Lo universal de una clase que es una abstracción, nunca está completamente presente en un individuo real, este puede ser un ejemplo de la clase a la que pertenece, pero siempre queda algo por fuera.

Dice Miller que el déficit de toda clase universal en un individuo, es el rasgo que hace que justamente este sea un sujeto, que nunca es ejemplar perfecto. Hay sujeto en tanto el individuo se aparta de la especie, del género, de lo universal, es decir, que se constituye siempre como excepción a la regla. Si bien existen síntomas típicos cada uno, como ya se dijo tiene su particularidad y singularidad, porque el sentido es distinto en cada sujeto. Esto no implica que haya que descartar las clases o las categorías nosográficas sino, que hay que reconocer que éstas no están en la naturaleza, sino que son el producto de un trabajo teórico, por lo tanto, son construcciones atravesadas por lo histórico y es social.

Propone Miller (2008) situar dos momentos en la clínica: un momento nominalista en el que recibimos al paciente en su singularidad, sin compararlo con nadie, como lo inclasificable por excelencia; y un segundo momento estructuralista, en que lo referimos a tipos de síntomas y a la existencia de la estructura, pero sin olvidar que esta estructura conlleva un real. Sostiene que para neutralizar lo apremiante del problema planteado por las clases diagnósticas, prefiere hacer prevalecer lo que considera más propiamente psicoanalítico y que denomina "*el punto de vista antidiagnóstico*", relacionado con la orientación hacia lo singular de cada sujeto.

El psicoanálisis al preguntarse por lo real, nos convoca a los analistas a soportar la incertidumbre, a ubicarnos en el terreno de la opacidad, de la contingencia, de la interrogación constante, donde la certeza, las ideas claras y distintas no necesariamente conciben con la experiencia del inconsciente. Lacan aconsejaba no tratar de comprender demasiado rápido, para no caer en el espejismo que nos propone nuestro imaginario, ya que el sentido siempre se nos escapa y la verdad cuando muestra también oculta. Ante la incertidumbre que nos presenta un caso la respuesta no es, entonces, apresurarse para encasillarlo forzando su inclusión en una categoría. El camino sería más bien tolerar la angustia y la ignorancia apostando a la construcción de saber y a la aceptación de la falta. Como dice Laurent (1999) preservar ese "resto" indecible de toda saturación de sentido es una de las maneras de apostar a sostener el deseo y la pregunta que como sujeto nos singulariza.

Referencias

- 1 Galende, E; Kraut, J. (2006) El sufrimiento mental. Lugar Editorial. Bs. As.
- 2 Thompson, Frydman, Salinas, Lombardi (2009) El proceso diagnóstico en psicoanálisis en *Singular, particular, singular* JVE Ediciones, Buenos Aires
- 3 Freud, S (1913) La Iniciación al tratamiento. OC Vol. XII Amorrortu. Bs, As.
- 4 Freud, S (1926) ¿Pueden los legos ejercer el análisis? OC Vol. XX Amorrortu, Bs. As.

Bibliografía

Basz, S (2004) Lo singular en el síntoma: un principio clínico. En: Virtualia Revista Digital de Psicoanálisis. Año III. N° 9

Dor, J (2006) Estructuras clínicas y psicoanálisis. Amorrortu Editores, Bs As

DSM IV Manual de Psiquiatría para Trabajadores de Atención Primaria OPS OMS

Ferrater Mora, J (1995) Diccionario de Filosofía. Alianza Editorial. Madrid

Freud, S (1913) La iniciación del tratamiento O. C Tomo .XII. 1991 Amorrortu. Bs As
(1926) ¿Pueden los legos ejercer el análisis? O C Tomo XX, Amorrortu, Bs. As
(1937) Construcciones en análisis. O.C Tomo XXIII, (1987) Amorrortu. Bs. As.

Foucault, M (1987) El nacimiento de la clínica. Siglo XXI Editorial. México

Kant, I (1790) Crítica del Juicio. (1961) Losada. Bs. As.

Laurent, E. (1999) Estabilizaciones en las psicosis Editorial Manantial, Argentina.

Lacan, J. (1958) La dirección de la cura y los principios de su poder. Escritos II (1984) Siglo XXI Editores. Bs. As.

(1975) Sobre le placer y la regla fundamental. Intervención. (2002) Ficha Centro Descartes.
(1975). La posición del inconsciente. En *Escritos I*. Editorial Siglo XXI. México
(1976) Lacan, J Apertura de la sección clínica. Revista *Ornicar N° 3*. (1981) Editorial Petrel. Barcelona.

Miller, J, A. (1998) El ruiseñor de Lacan. Conferencia inaugural del
Icba. http://ea.eol.org.ar/03/es/textos/txt/pdf/el_ruisenor.pdf.

Miller, J, A (1999) Los inclasificables de la clínica psicoanalítica. Paidós, Bs As.

Miller, J.A. (2006). *Los signos del Goce*. Paidós Buenos Aires.

Miller. Clase: Cosas de finura en psicoanálisis. Curso del 17 de diciembre de 2008

Mordoh, E; Gurevicz, M; Lombardi, G (2007) Algunas precisiones sobre el proceso diagnóstico en psicoanálisis. Anuario de investigaciones V14. UBA. Buenos Aires

Rubistein, A Algunas cuestiones relativas al diagnóstico en psicoanálisis. http://ea.eol.org.ar/03/es/textos/txt/pdf/textos_rubistein.pdf

Rubinsztejn, D ¿Un diagnóstico psicoanalítico? <http://www.elsigma.com/site/detalle.asp?IdContenido=5406>

Thompson, Frydman, Salinas, Lombardi (2009) El proceso diagnóstico en psicoanálisis en *Singular, particular, singular* JVE Ediciones, Buenos Aires

Características personales, formativas y didácticas requeridas en un supervisor psicoanalítico

Según la percepción de profesionales dedicados a la formación de psicoterapeutas
César Saucedo Pérez y Javier Alvarez Bermúdez

Resumen

Con el objetivo de conocer el punto de vista de los expertos acerca de cuáles son las características personales, formativas y didácticas que debe poseer un supervisor, se diseñó una investigación donde participaron seis expertos con más de 15 años de experiencia en la enseñanza y formación de nuevos terapeutas con orientación psicoanalítica, que radican en la ciudad de Monterrey N.L. México. Se les aplicó un cuestionario en forma de entrevista donde se indagó acerca de: características personales, requisitos de formación y habilidades didácticas que debe poseer un supervisor; cuál consideran que sea el modelo psicoanalítico más pertinente para la enseñanza inicial; su opinión acerca de la pertinencia de elaboración y utilización de un manual de supervisión.

De entre los resultados respecto a las características personales se señala que deben ser éticos, respetar el encuadre psicoanalítico, capacidad de escucha, respeto por los alumnos en formación, deseo de enseñar y superación profesional. En cuanto a formación se señala que deben tener estudios en el área clínica psicoanalítica tanto a nivel profesional como de especialidad, realizar un análisis personal y contar con supervisión de casos. Respecto a las capacidades didácticas se argumenta que deben tener capacidad de escucha, ser abiertos a las discusiones teóricas y tener la capacidad de organizar seminarios en función de las necesidades de formación de los estudiantes. Referente a si sería pertinente contar con una guía o manual de supervisión todos los participantes opinaron que si y que dentro del mismo se debería incluir información respecto a manejar conceptos como encuadre, alianza terapéutica, transferencia, contratransferencia, manejo de los señalamientos e interpretaciones. Finalmente se discuten los datos encontrados en función del trabajo de supervisión en la clínica psicoanalítica.

Introducción

En la actualidad diversas instituciones están dedicadas a la formación de psicólogos clínicos y psicoterapeutas, en donde se utiliza como método de enseñanza el proceso de supervisión, por lo cual es relevante la revisión de los componentes y metodología de este proceso. Si bien existen diferentes modelos para llevar a cabo la supervisión psicoanalítica, se puede caer fácilmente en confusiones acerca de que elementos deben ser contenidos, dentro de éste proceso de formación, además de existir importantes diferencias, cuando este proceso se encuentra regulado por las necesidades de una institución oficial.

Hess en 1980 establece la importancia de regular los procesos que integran la supervisión, estudiando las diferentes modalidades y corrientes teóricas que están incluidas en el proceso de aprendizaje, establece procedimientos de supervisión, incluyendo la importancia de analizar los sentimientos de los estudiantes y los supervisores novatos.

Carifio and Hess (1987) comentan acerca de las características que debe poseer “el supervisor ideal” y concluyen que debe tener importantes niveles de empatía, respeto, capacidad de ser genuino, ser capaz de hacerse entender, debe ser claro en cuanto a establecer los objetivos de la supervisión y guiar los contenidos de las sesiones hacia las metas de la supervisión.

Autores como Ladany (1996) coinciden en dar importancia a los aspectos transferenciales depositados en el supervisor de manera que estos no interfieran en el proceso llevando al supervisado a ocultar información, debidos a sentimientos de temor o rechazo.

Macran y otros (1999) establecen que una vez que el terapeuta puede sentirse confiado en si mismo, por sentirse protegido y ayudado por su propio análisis, su tranquilidad se ve reflejada en mayor capacidad para: a) poder entender, delimitar y llevar con humanidad a su paciente, b) ser más veraz, mostrar respeto y paciencia, c) tener una escucha analítica.

Mannoni (2002) establece que una vez que el instituto de Berlín reglamentó el análisis en 1920, se acentuó cada vez más el carácter profesionalizante del análisis siguiendo la idea freudiana de regular el

ejercicio correcto de apegarse a la técnica y evitar el ejercicio de quienes no se hubieran sometido a una adecuada preparación en el campo psicoanalítico.

Inicialmente se concibió que el proceso de transmisión de conocimientos psicoanalíticos solo se podría dar a través del análisis personal pero hoy en día se ha institucionalizado, por lo que se hace necesario establecer criterios diferenciales acerca de un proceso psicoanalítico personal y uno de formación como terapeuta. Fácilmente puede generarse un grave problema, cuando los futuros terapeutas pueden estar más interesados en seguir las reglas institucionales como alumnos para llegar a gozar de la aceptación del maestro y supervisor y dejar de lado el análisis de procesos inconscientes del paciente que atienden.

A partir de entonces se hace más frecuente el análisis para efecto del superyó institucional e inclusive en la selección de candidatos y se hace cada vez más exhaustiva en función de un criterio de "normalidad" basado en pautas de "salud mental".

En estudios recientes (Palacios, 2002) ha encontrado que es difícil estandarizar los criterios de los enseñanza con respecto al propósito y metas de la supervisión; en lo que sí ha podido existir un acuerdo general, es en que el propósito de la supervisión es enseñar y no analizar, acompañando al terapeuta en su labor para que éste pueda resolver su contratransferencia y escuchar sin distorsión a su paciente, por lo tanto, la labor del supervisor no incluye la interpretación de los aspectos neuróticos o caracteropáticos del supervisando sino, si acaso, la recomendación de que examine sus dificultades en su propio análisis.

Así mismo Ramos (2002) advierte que la mala relación entre supervisado y supervisor, se verá reflejado en una mala relación interpersonal y reacciones contratransferenciales negativas, que afectarán el proceso de enseñanza adecuado.

Autores como Bernard y Goodyear (2004) han proporcionado recomendaciones específicas para entender el funcionamiento de la supervisión y la formación de supervisores, describiendo las actividades que se requieren para la supervisión, las estrategias y los modelos que pueden tomarse en cuenta para delimitar las características y funcionamiento del proceso de supervisión psicoanalítica.

Supervisar los casos de otros, puede ser una forma de aprendizaje y no parece ilógico suponer, que la mayoría de psicólogos tomarían como un cumplido, ser considerados supervisores de psicoterapia, sobre todo por la idea de que la denominación de supervisor, implica una competencia adquirida y quizás, una mayor habilidad como terapeuta. Bascue (2005).

Fuentes (2006) establece que inicialmente el análisis de control abordaba la personalidad del psicólogo en formación y sus procesos internos de personalidad, pero que actualmente la transmisión de los conocimientos psicoanalíticos, se da mediante la supervisión psicoanalítica.

Así mismo todavía existe debate acerca de la utilidad del análisis didáctico ya que algunos autores refieren que éste, solo debe ser tomado como un método de enseñanza de la técnica y otros como un procedimiento analítico profesional. Cabaniss (2006).

En la actualidad a través de la preparación teórica impartida en las aulas universitarias, el alumno se capacita para transitar por los procesos de una entrevista clínica, aplicar la escucha analítica y de manera consciente evitar contaminar el discurso del paciente con sus propias necesidades afectivas y prejuicios emocionales. Estupiñan (2006).

El supervisor debe por lo tanto sintonizarse lo más posible, a través de la escucha del diálogo del supervisado, para lograr un entendimiento del modo de funcionamiento del mismo y además de como surgen los procesos de acomodamiento de manifestaciones inconscientes del alumno con su paciente, de tal manera que logre surgir un insight intelectual o emocional del proceso. Palma y Cosmelli (2007).

Por otra parte se han elaborado estudios acerca de las características que debe tener un supervisor para trabajar tener un vínculo cordial y sostener una alianza de trabajo adecuada.

Abiddin (2008) agrega que para realizar un trabajo efectivo el supervisor debe poseer las siguientes características:

1. Tener metas y planes claros.
2. Ser un buen comunicador.
3. Ser capaz de poder establecer una relación cordial y profesional.
4. Ser capaz de mostrar flexibilidad en cuanto a las estrategias según los objetivos del trabajo terapéutico.

Casement (2005), Davidson (2006) y Glick (2008). Hacen una crítica acerca de quienes son los indicados, para regular la formación de los terapeutas y advierten del riesgo de elaborar juicios y diagnósticos equivocados acerca del avance y estado mental de los aspirantes a la formación psicoanalítica, así como de los requerimientos para regular la enseñanza psicoanalítica.

A este respecto se han elaborado estudios para determinar las características de las instituciones, las personas encargadas de realizar la selección de candidatos para formarse como terapeutas y los reglamentos y procesos de los programas a seguir. Kernberg (2006), (2007).

Un supervisor debe poseer características específicas como: Tener metas y planes claros, ser un buen comunicador, ser capaz de poder establecer una relación cordial y profesional, etc. mas sin embargo nadie ha comentado hasta ahora la implementación de un manual de procedimientos que pueda servir de apoyo para el entendimiento de la técnica. Abiddin (2008).

En estudios recientes se ha determinado que el análisis didáctico, todavía genera importantes canales de aprendizaje para el analista en formación, pues le ayuda en la adquisición de nuevas técnicas de abordaje de las problemáticas atendidas con respecto a los procesos emocionales y subjetivos. Bosworth (2009).

Un problema ético y de honestidad se abre cuando el estudiante al sentirse amedrentado por la obtención de una calificación reprobatoria, o sentirse en peligro al estar en desacuerdo con el punto de vista del supervisor, por no existir objetivos claros procedimentales, tiende a ocultar información y dejar de lado el proceso real de aprendizaje y la salud de su paciente. Rojas (2010).

METODOLOGIA

Se llevó a cabo una investigación cualitativa, siguiendo el modelo de estudio descriptivo y transversal, se empleó un cuestionario semi-estructurado aplicado a través de una entrevista que indaga acerca de la opinión que tienen los profesionales que se dedican a la formación de psicólogos clínicos mediante la supervisión de casos bajo el enfoque psicoanalítico.

PARTICIPANTES

La muestra está compuesta por cinco psicólogas y un psicólogo clínico, 4 con estudios de maestra y 2 con estudios de doctorado, con una media de 45 años de edad, que laboran actualmente como terapeutas en consulta privada y supervisores en centro de formación para psicólogos clínicos y psicoterapeutas en la ciudad de Monterrey N.L.

Su experiencia media como terapeutas es de 22 años y como supervisores su experiencia media es de 18 años.

INSTRUMENTO

Para este estudio se elaboró un cuestionario para investigar las siguientes variables de estudio:

1. Características personales, requisitos de formación y habilidades didácticas que debe poseer un supervisor.
2. ¿Cuál consideran que sea el modelo psicoanalítico más pertinente para la enseñanza inicial.
3. ¿Cuál es su opinión acerca de la pertinencia de elaboración y utilización de un manual de supervisión.

Las preguntas a responder fueron las siguientes:

Para la variable 1. Características personales, requisitos de formación y habilidades didácticas que debe poseer un supervisor.

1. ¿Qué características personales debe tener un supervisor psicoanalítico?
2. ¿Qué características de formación debe tener un supervisor psicoanalítico?

3. ¿Qué características didácticas debe tener un supervisor psicoanalítico

Para la variable 2. ¿Cuál consideran que sea el modelo psicoanalítico más pertinente para la enseñanza inicial

1. ¿Cuáles son los modelos de supervisión más empleados en la supervisión psicoanalítica?
2. ¿Cuáles modelos de supervisión psicoanalítica conoce?
3. ¿Cuál consideraría usted que sea el modelo de supervisión más idóneo?
4. ¿Por qué?

Para la variable 3. ¿Cuál es su opinión acerca de la pertinencia de elaboración y utilización de un manual de supervisión?

1. ¿Considera necesario que exista un manual de procedimientos, que explique el método y como se va a evaluar la supervisión psicoanalítica?
2. ¿Existen elementos básicos que deban ser contenidos en una supervisión psicoanalítica?
3. Describa cada uno de ellos.

Dicho cuestionario se aplicó en forma de entrevista abierta y semidirigida en sus espacios de trabajo, práctica o supervisión.

El Análisis de los datos arrojados por las entrevistas se analizaron mediante del contenido del discurso.

RESULTADOS OBTENIDOS

Tabla 1. Describe las características personales de la muestra.

Sujeto	edad	sexo	Trabaja con pacientes	Escuela de formación DE POSGRADO	Nivel de estudios alcanzado
1	51	Fem	Si	Unidad de Psiquiatría UANL	Residencia en psiquiatría Hospitalaria y comunitaria
2	53	Fem.	Si	Fac. de Psicología UANL Maestría	Maestría con Orientación Psicoanalítica
3	58	Fem	Si	Fac. de Psicología UAM	Doctorante
4	34	Fem	Si	Instituto de Salud Mental de N. L.	Maestría
5	38	Fem	Si	Fac .de Psicología UANL	Doctorante
6	41	Masc	Si	Fac. de Psicología UANL	Maestría con Orientación Psicoanalítica

Tabla 2 Demuestra los años dedicados a la supervisión y sus años como terapeuta.

Sujeto	Años como terapeuta	Supervisa actualmente	Tiempo de prevención	Años como supervisora
1	28 años	Si	4 años	25 años
2	28 años	Si	Ninguno	18 años
3	29 años	Si	18 años	21 años
4	15 años	Si	15 años	13 años
5	15 años	Si	9 años	15 años
6	19 años	Si	15 años	17 años

En relación a cuáles serían las características personales que debe tener un-una supervisora psicoanalítica la tabla 3 nos muestra lo encontrado al respecto.

Tabla 3

1. ¿Qué características personales debe tener un supervisor psicoanalítico?

Sujeto 1	Que quiera enseñar la psicoterapia, experiencia real con pacientes, paciencia , habilidad para decir las cosas de manera sencilla sin confundir ser directo claro y conciso, responsable y empático
Sujeto 2	Buena apretura para la escucha, tranquilo .
Sujeto 3	Mantenerse en el rol de trabajar en el material de la clínica, respetar horarios, espacios, encuadre de trabajo y formación , además su análisis es necesario.
Sujeto 4	Ser paciente y desear enseñar
Sujeto 5	Flexible, cálido, estricto en su formación .
Sujeto 6	Analítico y ético

Las características personales debe tener un supervisor psicoanalítico son: tener paciencia, capacidad para enseñar, ser sencillo, claro y directo. Tener una capacidad de escucha, respetar del encuadre los horarios y espacios.

Comprometido con su formación de enseñar, analítico y ético.

Las características de formación necesarias que debe poseer un supervisor se describen en la tabla 4.

Tabla 4

2. ¿Qué características de formación debe tener un supervisor psicoanalítico?

Sujeto 1	Tener un título en psicología, psiquiatría en el área clínica psicoanalítica, análisis personal de mínimo 5 o más años, con un maestro didacta, que haya sido supervisado por muchos años por maestros experimentados, especialidad o maestría, mínimo.
Sujeto 2	Especialidad psicoanalítica o psicoanálisis, análisis personal, experiencia como supervisado , asistir a seminarios de formación .
Sujeto 3	Formación analítica, análisis y debe haber pasado por el proceso de la supervisión y pasar por una formación y práctica clínica .
Sujeto 4	Conocimiento teórico y práctico, experiencia y empatía , tener ojo clínico.
Sujeto 5	Licenciatura estudios de especialización de psicoanálisis por una institución reconocida, práctica clínica y análisis personal .
Sujeto 6	Grado académico maestría, formación de grupos de lectura supervisión revisión de casos.

Las características de formación que debe tener un supervisor psicoanalítico son: Poseer un título en Psicología, análisis personal mínimo de 5 años, experiencia como supervisado, formación con seminarios, conocimientos teóricos, práctica clínica, poseer un reconocimiento de formación por una institución reconocida.

Las características didácticas necesarias para el proceso de enseñanza por parte de los supervisores se describen en la tabla 5.

Tabla 5

3. ¿Qué características didácticas debe tener un supervisor psicoanalítico?

Sujeto 1	Capacidad de transmitir de manera sencilla los fenómenos que se presentan asociaciones y transferencias , que lleve un registro del supervisado para ver si está aprendiendo que pueda señalar cuando hay situaciones en donde hay una contratransferencia , sin que se sienta agredido el supervisado y por eso no te diga las cosas.
Sujeto 2	Habilidad para transmitir los conocimientos y su experiencia.

Sujeto 3	Mostrarle a alguien lo que no está escuchando con paciencia y respeto , sin involucrarse en las cosas de otro, sino solo en el discurso del paciente.
Sujeto 4	Manejo de material teórico, sugerencias de lecturas para complementar el aprendizaje.
Sujeto 5	Planeaciones de seminarios , práctica clínica dirigida (rol playing) manejo teórico y técnico de la especialidad.
Sujeto 6	Flexibilidad para adecuarse a cada supervisado y tener en cuenta los tiempos de cada supervisado.

Las características didácticas debe tener un supervisor psicoanalítico son: tener capacidad para señalar y explicar la aparición de fenómenos como, transferencia, asociaciones y contratransferencia sin agredir al supervisado.

Ser capaz de manejar material teórico y lecturas para complementar el aprendizaje.

La siguiente tabla demuestra cuales son los modelos más empleados para la transmisión de conocimientos dentro de la supervisión psicoanalítica.

Tabla 6

4. Modelos de supervisión más empleados en la supervisión psicoanalítica.

Sujeto 1	Freudiano y Kleniano
Sujeto 2	Freudiano , Kleniano y Lacaniano
Sujeto 3	Freudiano
Sujeto 4	Ana Freudiano
Sujeto 5	Freudiano , Kleniano y Lacaniano
Sujeto 6	Freudiano

El modelo de supervisión más empleado por los expertos es el Freudiano, seguido del Kleniano y después el Lacaniano.

La siguiente tabla muestra cuales son los modelos de supervisión que conocen los supervisores encuestados

Tabla 7

5. ¿Cuáles modelos de supervisión psicoanalítica conoce?

Sujeto 1	Esos mismos escuela inglesa de Kojut self, Freudiano y Kleniano.
Sujeto 2	Freudiano, Kleniano y Lacaniano
Sujeto 3	Freudiano, Kleniano y Relacional
Sujeto 4	Anna Freudiano
Sujeto 5	Los que lleven viñeta y recomendaciones sobre intervenciones analíticas
Sujeto 6	Freudiana y Lacaniana

Los modelos de supervisión psicoanalítica que mas conocen los expertos son: el Freudiano en primera instancia, Kleniano y el Lacaniano.

Los modelos de supervisión que consideran más idóneo los supervisores encuestados, se muestran en la siguiente tabla.

Tabla 8

6. ¿Cuál consideraría usted que sea el modelo de supervisión más idóneo?

7. ¿Por qué?

Sujeto 1	Freudiano	Es el inicial de ahí parten los demás
Sujeto 2	Freudiano	Es la base
Sujeto 3	Cualquiera puede ser	El que pudiera respetar el discurso de acuerdo a las viñetas de los pacientes y que se dedique a ver las cuestiones inconscientes psicoanalíticamente .
Sujeto 4	Freudiano	Es un requisito institucional
Sujeto 5	Escuela Freudiana y Americana	Responden a las demandas sociales.
Sujeto 6	Freudiano	Se parte de elementos básicos y hacer que se introduzca en la teoría psicoanalítica y da posibilidad para construir una escucha analítica.

Los expertos consideran que el modelo idóneo es el Freudiano porque parte de los elementos básicos y puede ser un requisito institucional, ayuda a desarrollar una escucha analítica.

Los datos arrojados en la tabla 9, muestran lo que los supervisores piensan acerca de la utilización de un manual de procedimientos para explicar el método y evaluación del proceso de supervisión.

Tabla 9

8. ¿Considera necesario que exista un manual de procedimientos, que explique el método y como se va a evaluar la supervisión psicoanalítica?

Sujeto 1	Si ayudaría en pregrado. Que incluya como evaluar criterios como: cantidad de pacientes, cuantas horas de supervisión, manejar metas a lograr, diagnóstico, historias clínicas, viñetas, síntomas, sueños y contratransferencia.
Sujeto 2	Si como una guía y no como un dogma
Sujeto 3	Si pues es una clase y no se paga como clase
Sujeto 4	Si. Para evitar sorpresas y tener claros los lineamientos de evaluación.
Sujeto 5	Si. Ayudaría a los que se van integrando a la planta de supervisores, pero cuidar el enfoque teórico.
Sujeto 6	Si

Todos los expertos señalan que si es adecuado implementar un manual de procedimientos que aborde el método y la forma de evaluar la supervisión psicoanalítica. Que incluya como evaluar criterios como: cantidad de pacientes, cuantas horas de supervisión, manejar metas a lograr, diagnóstico, historias clínicas, viñetas, síntomas, sueños y contratransferencia.

Los elementos básicos psicoanalíticos que deben ser contenidos en una supervisión se describen en la siguiente tabla.

Tabla 10

9. ¿Existen elementos básicos que deban ser contenidos en una supervisión psicoanalítica?

10. Describa cada uno de ellos

Sujeto 1	si	Viñeta clínica , poder identificar sus sentimientos y aspectos contratransferenciales estar en psicoterapia el supervisado y el supervisor analítico y manejo de la teoría psicoanalítica con un marco conceptual.
----------	----	---

Sujeto 2	si	Que la escucha sea desde la orientación psicoanalítica, atención libre y flotante, asociación libre, transferencia , resistencia, interpretación, etc. Tratar de hacer consciente lo inconsciente, atención a todo lo que quiera decir el paciente, asociar el significado consciente con los componentes inconscientes, los sentimientos que despierta el terapeuta en el paciente, dificultades para reconocer el material y los significados de sus síntomas.
Sujeto 3	si	Escuchar el discurso de un paciente a través de alguien traducir los significados inconscientes y sugerir las intervenciones técnicas, para darle sentido al material.
Sujeto 4	Si	Encuadre , puntualidad, asistencia, llevar el material por escrito, conocimientos adquiridos, lectura previa para mayor aterrizaje.
Sujeto 5	si	Que alumno este en proceso terapéutico, trabaje con viñetas de sesión y llevar al alumno a la reflexión y análisis de la sesión y sus intervenciones.
Sujeto 6	Si	Revisar los elementos de transferencia , historia de los vínculos relaciones objetales y vida cotidiana

Como elementos básicos que deben ser contenidos en la supervisión, los expertos coinciden en que son: las viñetas clínicas o sesiones, afectos, vínculos o transferencia y los significados inconscientes, en la relación terapeuta paciente.

DISCUSION

Hemos encontrado en nuestro estudio que los expertos en supervisión coinciden en que las características de formación que debe tener un supervisor psicoanalítico es que, si bien básicamente debe poseer un título en Psicología, un elemento importante es el análisis personal como forma de revisión de sus propios conflictos, asimismo señalan que la experiencia es importante y la ubican en un periodo de tiempo de al menos 5 años, además subrayan como necesaria la capacidad de empatía con los supervisados. Por otra parte mencionan que deben tener también experiencia en seminarios encaminados a aprender a ser didácticos, poseer conocimientos teóricos de alguna disciplina psicoanalítica, contar con práctica clínica, poseer un reconocimiento de formación por una institución reconocida.

Dejando entrever que más allá de alcanzar los títulos universitarios básicos se requiere la revisión de sus propios procesos y conflictos psíquicos, ya que desde el modelo freudiano el tipo de material de trabajo, implica la utilización de la propia personalidad del supervisor en donde se ven implicados sus deseos de ver sobresalir a sus supervisados, ser reconocido por su trabajo, el deseo de ser escuchado y respetado como un guía y tener un buen manejo de la tolerancia a la frustración, cuando las cosas se tornan complicadas. Esta serie de ideas concuerdan con lo señalado por Kernberg (2006) quién plantea que el supervisor debe tomar en cuenta su deseo de ser útil y por otra parte tomar en cuenta las necesidades y requerimientos institucionales de ser administrador de recursos, técnico hábil para trabajar de manera efectiva y mediador para resolver los conflictos interpersonales de la institución y no acrecentar las ya de por sí dificultades psicoterapeuta-paciente en el trabajo de los supervisados

Los expertos en supervisión señalaron también que la constante formación y actualización en las labores que se desean realizar dentro de la enseñanza y transmisión de conocimientos, debe ser concordante con diversos aspectos reales que operan en nuestro entorno, como lo es la aparición de nuevas patologías sociales, la mutación de las configuraciones familiares en la actualidad, y a nivel institucional nuevos esquemas de enseñanza en las universidades, que requieren de actualización y participación activa y rápida para la resolución de las nuevas problemáticas sociales. Es decir, los supervisores, de alguna manera, deben ser la vanguardia del conocimiento del área clínica debido a que ellos están formando a las nuevas generaciones de terapeutas, por lo tanto el compromiso y necesidad de preparación se multiplica necesariamente, con la meta de llegar a dar nuevas perspectivas técnicas y teóricas alentadoras, encaminadas hacia la salud mental individual y social, tal y como ya lo han señalado también organizaciones como la Asociación Psicoanalítica Internacional en donde destacan la importancia de seguir investigando en base a los modelos teóricos pero hacia el abordaje de las necesidades actuales. Fonagy (2010).

Es necesario mencionar que todos los expertos puntualizan la experiencia clínica como factor fundamental, ya que abre la posibilidad de obtener mayor entendimiento de procesos como el análisis de la transferencia, manejo de resistencias, entendimiento del conflicto psíquico, escucha analítica entre otros, para poder ser capaz de describirlo a los supervisados como aspectos a trabajar y elementos de aprendizaje ahora con sus propios pacientes, tal y como lo han mencionado autores como Palma y Cosmelli (2007).

También refieren que actualmente no existe un programa de formación para supervisores y todo se basa en la participación de seminarios y cursos aislados lo cual coincide con los estudios realizados por Riess (2008), en el Hospital Psiquiátrico de Massachusetts.

En relación a las características didácticas que debe tener un supervisor psicoanalítico los expertos describen que es necesario tener capacidad para señalar y explicar la aparición de fenómenos como, transferencia, asociaciones y contratransferencia sin agredir al supervisado, como lo expone Borrell-Carrió (2007) al señalar la necesidad de sostener un actitud cordial con el psicólogo en formación.

Señalan también la necesidad de ser capaz de manejar material teórico y lecturas para complementar el aprendizaje, como formas alternas de apoyar el proceso de enseñanza.

El modelo de supervisión más empleado por los expertos es el Freudiano, al cual le atribuyen ser el más adecuado para iniciar el aprendizaje de la técnica psicoanalítica y ser el que da más apoyo a las demandas sociales e institucionales de enseñanza, cerrando importantemente el estudio y difusión de otros modelos psicoanalíticos.

Refieren además que dentro de las características personales que debe tener un supervisor psicoanalítico se encuentran la paciencia hacia el supervisado, la capacidad para enseñar de manera sencilla, clara y directa. Así como también el tener una capacidad de escucha, respetar el encuadre los horarios y espacios adecuados para supervisar u comprometido con su deseo de enseñar, de manera analítica y ética, como lo describen Carifio (1987) y Ladany (1996).

Todos los expertos señalan que si es adecuado implementar un manual de procedimientos que aborde el método y la forma de evaluar la supervisión psicoanalítica. Que incluya la ponderación y la forma de evaluar aspectos como: cantidad de pacientes, las horas de supervisión se han establecido inicialmente, como requisito de evaluación, manejar metas precisas a alcanzar en la supervisión, reconocer la importancia del establecimiento de un diagnóstico inicial, elaborar de manera sistemática y metódica las historias clínicas, describir la importancia de la elaboración de viñetas, la descripción clara de los síntomas, desde una perspectiva clínica y psicodinámica, enseñanza del método de análisis de sueños y el análisis de la contratransferencia.

Se hace referencia también a la importancia de la experiencia adquirida por la cantidad de pacientes atendidos, y la calidad del servicio, también se aclara la necesidad de no ser rígidos en el proceso de aprendizaje o análisis, respetando el punto de vista de los alumnos y de saber manejar la contratransferencia institucional, que al no ser reconocida la supervisión como clase y no ser valorada y pagada a los supervisores como debería de ser, mermando esto en la calidad e interés por parte de los supervisores para implementar otras medidas didácticas para el proceso de enseñanza

Todo lo encontrado nos hace ver que para llegar a ser un supervisor psicoanalítico no solo se requiere la posesión de un título, sino además de un perfil profesional más complejo ya que para ello la experiencia y la revisión personal son muy importantes, de ahí que no se entiende cómo es que no existen una serie de lineamientos o guía para eso, así como también la necesidad de atender al fortalecimiento de la formación y preparación de supervisores, delimitando la labor analítica ortodoxa y por otro lado la labor de enseñanza de la técnica como un proceso de transmisión de conocimientos y manejos éticos desde una perspectiva didáctica.

Bibliografía

Abiddin N. (2008). Exploring Clinical Supervision to Facilitate the Creative Process of Supervision. *The Journal of International Social Research*1 (3) 13-32.

Bascue, L. (2005) Documentación de la supervisión en psicoterapia. *Revista de toxicomanías*. (45) pp. 27-30.

Bernard, J. M., & Goodyear, R. K. (2004). *Fundamentals of clinical supervision* (3rd ed.). Boston: Allyn & Bacon.

Borrell-Carrió (2007) Ética de la seguridad clínica. Contribuciones desde la práctica médica. *Medicina Clínica (Barcelona)*. 2007;129(5):176-83

Bosworth, H. (2009) The Training Analyst: Analyst, Teacher and Mentor. *Journal of Psychoanalytic Association*. Vol. 57, pp. 663. id: J0174555

Cabaniss, D. & Bosworth, H. (2006). The aim of the training analysis. *Revista de la Asociación Americana de Psicoanálisis*, vol. [54 pp](#) :203-229.

Carifio, M., & Hess, (1987) A. Who is the ideal supervisor? *Professional Psychology: Research and Practice*, 18(3), 244-250. doi:10.1037/0735-7028.18.

Casement, P. (2005) The Emperor's clothes: Some serious problems in psychoanalytic training. *International Journal of Psycho-Analysis*, 86:1143-1160

Davidson, L (2006). Supervision and Mentorship: The Use of the Real in Teaching. *The Journal of the American Academy of Psychoanalysis and Dynamic Psychiatry*: Vol.34 marzo pp 189-195 doi: 10.1521/jaap.2006.34.1.189

Glick, R. (2008). Writing as Psychoanalytic Pedagogy: A Primer (The Columbia Psychoanalytic Writing Program) *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 56:1227-1230 DOI: 10.1177/0003065108325970

Estupiñan, J., Niño, J. y Rodríguez, D. (2006). Modelos contextuales de formación de terapeutas desde un enfoque sistémico y ecológico. Bogotá: Universidad Santo Tomás.

Fonagy, Peter. (2010). APA. Una revisión de puertas abiertas de los estudios de resultados en psicoanálisis. En www.elortiba.org.

Fuentes Martínez, M. E. (2006). La supervisión clínica: un espacio de aprendizaje psicodinámico en la formación del psicoterapeuta psicoanalítico. Núm. 9. *Revista Carta Psicoanalítica*. ISSN: 1665 – 7845. En: <http://www.cartapsi.org/revista/no9/fuentes.htm>.

Hess, A. K. (1980). *Psychotherapy supervision: Theory, research and practice*. New York: Wiley.

Kernberg, O. (2006) "The Coming Changes in Psychoanalytic Education: Part I." *International Journal of Psycho-Analysis* , [87](#) : 1649-1673

Ladany N., Clara, E., Hill, Maureen. & M, Corbett. (1996). Nature, Extent, and Importance of What Psychotherapy Trainees Do Not Disclose to Their Supervisors. *Journal of Counseling Psychology*. *The American Psychological Association*. Inc 1996, Vol. 43, No. 1, pp. 10-24 doi:10.1037//0022-0167.43.1.10

Macran, S., Stiles, W. B., & Smith, J. A. (1999). How does personal therapy affect therapists' practice? *Journal of Counseling Psychology*, 46, 419–431.

Mannoni, M. (2002). Un saber que no se sabe. La experiencia Analítica. Editorial Gedisa España.

Palacios López, Agustín. (2002). "La supervisión en la enseñanza del psicoanálisis." Documentos internet. México: *Asociación Psicoanalítica Mexicana*, A. C.

Palma, B y Cosmelli, D.(2007). Aportes de la Psicología y las Neurociencias al concepto del "Insight": la necesidad de un marco integrativo de estudio y desarrollo. *Revista Chilena de Neuropsicología*, 3 (2008), pág. 14 – 27.

Ramos, L. y otros. (2002) "Negative supervisory events: Effects on supervisión satisfaction and supervisory alliance." *American Psychological Association*. DOI: 10.1037//0735-7028.33.2.197

Riess, H., & Herman, J. (2008) Teaching the Teachers: A Model Course for Psychodynamic Psychotherapy Supervisors. *Academic Psychiatry*. 32, 259- 264. doi:10.1176/appi.ap.32.3.259

Rojas, A., Arbuckle, M., Cabannis, D. (2010). Don't Leave Teaching to Chance: Learning Objectives for Psychodynamic Psychotherapy Supervision. *Academic Psychiatry*. 34, 46-49. doi: 10.1176/appi.ap.34.1.46

Psicoanálisis y arte

Presentación sección "Psicoanálisis y arte" Consejo de Redacción de Acheronta

En esta sección agrupamos diferentes textos que abordan y desarrollan diferentes problemáticas en las relaciones entre el psicoanálisis y el arte.

En [¿Qué le enseña el teatro al psicoanálisis?](#), **Helga Fernández** realiza una articulación entre el pensamiento griego y el psicoanálisis. A través del estudio del decir propio del teatro griego antiguo y diferenciando el decir trágico del cómico, la autora dejará evidenciados dos sesgos del significante. Y mostrará de un modo muy preciso que la "Otra escena" como espacio representacional necesita constituirse. La misma entrará en función vía la operación de una falta, de una "distancia", que abra el juego al sujeto a un destino -si todavía se lo puede llamar así- distinto del trágico. Abordando el término "Poiein" Helga Fernández articula cómo en la tragedia antigua *"el ser coincide con el decir y el saber con la verdad"*, tratándose así no *"de un ser dicho sino del dicho como ser"*. Escribe: *"Poiein es algo así como "hacer" o "producir" ... "implica un decir, que no es ni atributivo ni predicativo, sino que dice o no dice, no qué cosa dice sino que dice porque la cosa misma es el decir"*. E introduce respecto del semblant una diferencia con el psicoanálisis: ... *"pero la diferencia irreductible es que el semblant que se deja hacer el analista en el discurso que permite su función, está soportado por la pérdida de ser o por la falla del goce que introduce el lenguaje; mientras que los griegos hacían coincidir el decir al semblant, o la apariencia al ser y a la verdad. Así todo decir es un decir y no hay decir ni a medias ni un decir que dice y otro que no dice. Y por la misma lógica entonces el decir es la cosa en sí, es decir la presencia del ser por lo cual no hay en sentido estricto lo que podemos llamar representación."* Y luego, pasando por Antígona, ubica los efectos de las características de este decir trágico. Características que producirán *"que el personaje constituya un ser por la marca del significante, es decir que se torne un mártir del lenguaje, ya que no existe una distancia entre el significante y el ser; o las palabras no guardan una distancia mítica con las cosas, lo que hace de esta posición radical en sí misma incestuosa, que permite afirmar que la misma es tanto un hecho de discurso como un hecho que se constituye con el discurso."*

Mientras que es en el *"carácter sobredeterminante de la tragedia donde se evidencia lo que perdura del significante, lo que hace marca, el golpe en tanto violencia"*, la comedia por su parte introduce una distancia propiciadora, distancia *"de la escena en la escena misma"* que permite evidenciar *"que porque el significante no significa nada puede significar sucesivamente cualquier cosa. Razón por la cual lo que acontece en la tragedia conlleva el carácter de irreparable e irreversible, mientras que lo que sucede en la comedia es siempre reversible y o inesperado."* Así *"no hay representación si no hay una falta que se articula como tal y que hace al tiempo, a la distancia, o al aire entre el algo de algo y entre estos y la cosa, que ya no produce el decir sino que es causa del decir. Esta distancia es lo que permite que la comedia a diferencia de la tragedia hable de sí misma."* *"Esta operación de distancia entre el ser y el decir posibilita una pérdida del ser que no es sino de goce, a causa de la cual surge un semblant que envuelve o ensobra el vacío, al modo de los paquetitos japoneses que contienen una nada. Semblant que a diferencia del eidos no es solidario de la verdad de la verdad sino de la mentira de la verdad en tanto la verdad es eso que sólo puede ser dicho a medias"*.

Helga Fernández

Psicoanalista. Miembro de la *Escuela Freudiana de la Argentina* y responsable de la secretaría de Jornadas y Congresos del Directorio de la misma, desde el 2011.

Publicó diversos trabajos en distintas revistas y libros de publicación conjunta, tales como: "La Carta del Inconciente"; "Lalague"; "La mosca"; "El hilo en el laberinto. Una lectura del seminario X"; "Revista Umbra//El lado oscuro del teatro"; "Con-versiones", Revista Transdisciplinaria; "La Única"; "Lapsus Calami", y otras. Desde el 2008 hasta el 2011 estuvo a cargo de los grupos de trabajo: *¿De qué lenguaje se habla?* y *Lo que la teoría no comprende y, actualmente, dicta clases en seminarios y grupos de trabajo de la E.F.A. Supervisora y docente del equipo de adultos del Htal. Provincial "Luisa C. de Gandulfo", en pasantía conjunta del Htal y E.F.A*

Email: helgaf@hotmail.com

(Argentina)

En [Sublimación y poetización voica, o "La novela del héroe que sublima"](#), **Lidia Matus** traza un recorrido por el concepto de sublimación. Haciendo pié en una película despliega las ideas que le permiten cernir este recorrido así como el de su protagonista, "Vitus" o "el héroe que sublima", quien transita el drama edípico *"de un modo que pone de relieve la ganancia de satisfacción que resulta de atravesar esos momentos apostando al acto y a la invención."* Retomando a Lacan, la autora nos dirá que *"El sujeto que crea pone en marcha la función negatriz (tacha, corta, descarta) de la pulsión de muerte en el sentido de la voluntad de comenzar de cero."*

Lidia Matus

Psicoanalista. Miembro titular de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Prof. Adjunta de la Cátedra Psicología Evolutiva de la Niñez en UCES.

Email: lidiamat@gmail.com

(Argentina)

En [Alemania, año cero", de Roberto Rossellini - La obediencia como locura](#) el impacto de la película "Alemania, año cero" (1948) sobre **Mariela López Ayala** puede leerse a la luz de lo que hoy, 2014, es posible constatar: la desobediencia se medica con lo que se ha dado en llamar , desde los discursos críticos, "la droga de la desobediencia". Así, nos encontramos en el otro polo del espectro, ahora en el sentido de la relación entre enfermedad/locura y normalidad. Por alguna razón, y a pesar de la banalización actual de la violencia, en el cine, y también en "la vida real", solemos ser sacudidos cuando el séptimo arte, a la manera de un cuadro, nos mira. Creo que ese film, o su narrativa para quien no la vió, refleja el momento trágico en que, lo que era considerado normalidad en un discurso amo, pasa moebianamente, y desde otro discurso, a la condición de locura. Es en este punto donde la autora hace entrar en escena a Lacan del seminario III, y su trabajo de la frase " tú eres el que me seguirá" / " tú eres el que me seguirás". El texto de Mariela Lopez Ayala articula esta elaboración lacaniana de la posición subjetiva en relación al discurso del Otro, con la película de Rosellini. Lo que se discute en este trabajo, es la posibilidad (o no) de una respuesta del sujeto que, más allá de imperativos, de ideologías mediáticas o fetichistas de la felicidad, y por la vía de su producción sintomática, pueda no quedar a merced del despotismo del Otro.

Mariela López Ayala

Psicoanalista. Miembro del Consejo de Redacción de la revista "Acheronta". Residencia completa en el Hospital Ramos Mejía. Docente cátedra Freud, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

Email: marielalopezayala@gmail.com

(Argentina)

[Psicanálise e Literatura](#), es el tercer capítulo del libro "No limiar do silêncio e da letra. Traços de autoria em Clarice Lispector", de **María Lucía Homem**. Ver la [Resenha](#) realizada por **Sara Elena Hassan**

María Lucía Homem

Psicanalista. Ex Membro do *Forum de Psicanálise de São Paulo*.DEA pela Université Paris VIII e Collège International de Philosophie.Doutoranda em Psicanálise e Literatura na Universidade de São Paulo.Professora de Psicologia na Fundação Armando Álvares Penteado- FAAP

Email: mlhomem@gmail.com

(Brasil)

¿Qué le enseña el teatro al psicoanálisis? Helga Fernández

Por las características del trabajo de este artículo se emprende cierto trabajo de traducción tanto en un sentido amplio como en un sentido estricto. Amplio porque supone el intento de articulación del pensamiento griego con el del discurso del psicoanálisis a partir de la interdiscursividad; y estricto en el sentido de pasaje de una lengua a otra: del griego a nuestro español, pero al tratarse no del griego actual sino del clásico las dificultades además de sincrónicas son diacrónicas. A las que se le agregan, como en toda lengua que intenta ser dicha en otra, aspectos de la estructura que no son isomórficos y que por tanto hacen a la intraducibilidad. Intraducibilidad que cumple su función de causa si en el mejor de los casos es mencionada como tal y no rechazada acomodándola a posibles traducciones más o menos deformantes. Por eso es que voy a intentar hacerle un lugar en su característica misma de insoslayable o infranqueable. Y es en función de esto que en principio es necesario aclarar, no sin alguna arbitrariedad, a lo llamado griego como lo que va desde Homero hasta Aristóteles, porque luego del mismo surge el Helenismo. Aunque voy a intentar establecer diferencias entre el decir griego que va desde Homero hasta antes de Platón ya que a partir de él, y no sin lo que la comedia introduce, a mi parecer se producen importantísimas diferencias en el decir.

En aquella época la palabra teatro sólo era utilizada para mencionar el edificio o el lugar donde se llevaba a cabo la representación; mientras que hoy en día, y ya desde tiempos considerables, es utilizada no sólo en referencia al sitio donde se representa sino también aludiendo a la representación en sí y a todo lo que la misma comporta. Por este tomar al teatro como un lugar, algunos historiadores construyeron el inicio y crecimiento del mismo como correlativo o consustancial a la demarcación o apropiación de un "otro espacio" diferenciado de lo que podríamos llamar, sólo a los fines de cierto entendimiento, "el espacio de la vida cotidiana". Es así que en un comienzo, al no haberse concluido tal discernimiento, tampoco se encontraban del todo diferenciados, el público de los actores, o la polis de la representación. Por lo que por ejemplo cuando acontecía un accidente como el derrumbe de una gradería, era aprovechado o incorporado a la escena. Pero decir "incorporado" como decir "el aprovechamiento del emergente" supone dar por hecho que este "otro espacio" ya se encontraba delimitado, cuando en todo caso estaba en "vías de...", o en proceso de constitución. Este es uno de los modos en el que podría explicarse el hecho de que ese gran número de ciudadanos de Atenas, que componían las denominadas Grandes Dionisiacas, soportaban por varios días consecutivos, durante prolongadas jornadas, el suceder de las mismas. Indicando así que el pueblo formaba parte de la escena, no del modo en el que entendemos la participación del espectador o del público en la actualidad sino en calidad de aquel que se encuentra concernido, tomado, introducido y entrometido, por los efectos del significante en la acción misma que se despliega.

Así una vez que este espacio fue diferenciado se lo nombró como "teatro", aunque esta palabra progresivamente se desplazó hasta ser utilizada no sólo para hacer mención al lugar físico donde se desarrolla el drama sino incluso a lo que podría ser llamado "un espacio topológico", no representable materialmente, sino más bien conformado por el hecho de que ahí algo es representado. Con lo cual lo representando en sí se constituye en dicho espacio en el que es factible habitar, al menos por cierto tiempo.

Del mismo modo que Freud ha importado palabras provenientes de otros campos, entiendo que alguna ha sido extraída del teatro, más allá de su intencionalidad. De hecho en la *Traudentung* se refiere, a "Otra Escena" o a "Otra Localidad Psíquica", en relación al espacio onírico distinto al de la vida despierta donde el inconsciente se representa y se figura. En alemán hay otras palabras para hacer mención a la escena, sin embargo utilizó schuapaltz que es precisamente la que hace referencia a la teatralidad o al drama. Es decir a aquello que no deja de comportar imágenes y placer visual. Pero estas imágenes que hacen al teatro no se reducen a un mero señuelo captativo, hecho para ver, que fascina a causa de la estimulación sensorial que producen, sino a la función de la mirada y al campo escópico constituido precisamente por el marco o delimitación que introduce esta Otra Escena. Este imaginario, que en el teatro se pone en juego, supone algo así como la sombra de lo simbólico, por lo cual de lo que se trata es de imágenes hechas de palabras por el hecho de que el entramado significante las compone. Por esto es que algunas escuelas de teatro argumentan que la construcción de un personaje cuyo resultado hace a la imagen del mismo, a su aspecto o a lo que se puede apreciar visualmente es resultado del efecto significante. De modo tal que la

imagen no hace a la composición del personaje sino que la construcción del personaje hace a la imagen, por efecto o añadidura. Es decir que la escena de la representación teatral al igual que la del sueño evidencian la juntura entre lo imaginario y lo simbólico. Cuestión a la que Lacan se refiere al hablar de esa imagen fascinante de Antígona, que explica como un espectro que proyecta la trama significativa que la constituye, es decir lo inverso, pero de igual orden, que surge en la descomposición espectral del sueño llamado de la Inyección de Irma, donde se presenta la solución química descompuesta en su fórmula como la solución del enigma de los sueños ya que igualmente éste comporta la descomposición de las imágenes en los significantes que la compusieron, es decir lo que supone el pasaje a la progresión de la regresión que operó en la formación del sueño. Por esto es que entiendo que en el sueño surgen dos límites: aquel constituido por lo que puede o no ser representado y que Freud expresa por medio de lo que puede darse a ver, lo que no puede darse a ver, lo que no podría verse, correlativo a la castración imaginaria en el sentido de que algo no puede reflejarse en el espejo; y aquel constituido por el límite a la interpretación que Freud llama el ombligo del sueño, correlativo entonces a la castración simbólica y que supone un límite de lenguaje en el lenguaje, por la imposibilidad de que algo sea dicho.

Extremando un poco la interdiscursividad entiendo que en la escena teatral surge este límite en aquello que no puede realizarse, por conllevar una imposibilidad desde la puesta en escena misma, es decir lo que es imposible de mostrar a través de esas particulares imágenes; mientras que el límite de lo simbólico se advierte cuando algo es imposible de ser dicho o cuando se pone en juego por alguna razón el *semblant* en tanto tal. Es así que en este discurso se hace mención a la melancolía del actor. La cual intenta ser explicada en una obra de teatro llamada Camino del Cielo, en la cual el personaje principal comienza a hablar del oficio del actor, por lo que entonces el personaje habla del trabajo del actor en la escena misma. Y dice, "*si el actor está clavando un clavo y de repente cae el telón, el actor se va a ver ante un sin sentido*", ya que ese sentido era otorgado por la ficción. Por lo cual se produce una ruptura de la realidad al "caer el telón" que lo lleva a preguntarse: ¿qué hay detrás de las palabras? -porque justamente cuando hay una escena que se constituye las palabras tienen eficacia, arman el conjuro, sostienen una realidad. Entonces allí en ese momento, refiriéndose al público pregunta: - *Ustedes que están escuchando: ¿qué hay detrás de las palabras?* Y uno se pregunta como espectador: - "*¿Nos habla a nosotros o esto forma parte de la ficción?*". Alguien contento, casi aliviado dice: - "*los gestos*", pero el personaje refuta diciendo: "*Los gestos son palabras*". Cuando ya nadie dice nada y se percibe cierto estado de tensión -algo así como angustia expectante- también por la espera de la respuesta, concluye: - "*Detrás de las palabras, señores, no hay nada*". Ese es el momento de máxima angustia, de desazón, de llanto eminente, ya que supone otro modo de la "*caída el telón*" porque se pone en evidencia, allí mismo donde se fue en busca de ficción, que la ésta es producto de las palabras y que entonces la ficción hace a la realidad. Así el personaje hizo sentir al público algo de esa angustia que se le suscita al actor cuando la obra culmina ya que se encuentra, cada vez, frente a la ruptura del *semblant*. Entiendo que la angustia se suscita porque en la escena surge la presencia de algo que allí no tendría que estar, que no tendría que hacerse presente, que rompe la demarcación de ese campo escénico, no por hablar de lo que suscita la melancolía del actor porque eso podría quedar dentro de la escena aunque haga caer en algún sentido algo de la ficción por hablar de la precariedad de la misma, sino por hablarle de esto mismo al espectador, ya que al hacerlo la escena se diluye. Sería lo equivalente a que de repente el público viera la tramoya y por consiguiente se revelara que esto es lo que mueva la maquinaria.

Porque la Otra Escena tiene lugar, algo puede ser dado a ver por la posibilidad misma de este cernimiento. Este dónde mirarse, con todas las transformaciones gramaticales posibles, es lo que a su vez hace a la articulación entre la Otra Escena y los recuerdos o las fantasías infantiles en tanto aquella es el sostén de la actualización de estas en el contenido manifiesto del sueño, por lo que allí se muestra o se da a ver el deseo infantil que no es más que la marca de la experiencia con el Otro, que se edita con otras personas, aunque sus significantes se ordenen de forma diversa. Justamente esta actualidad del tiempo presente en el sueño también acontece en el teatro, estableciendo una de las diferencias entre el mismo y otro tipo de arte, en tanto que se lleva a cabo en vivo y vívidamente, por lo cual tanto el espectador como el actor, ambos en presencia efectiva y entonces no sin sus cuerpos, lo expresan como algo único "cada vez", aunque se repita la misma obra función tras función.

Así, en tanto marco actual y presente, en el que el sujeto de acuerdo a su posición puede verse, ser visto y hasta imaginar la mirada del Otro, supone la función del fantasma por el cual los fantasmas cobran vida y los sueños en tanto sustitución de lo pasado se constituyen.

Lacan dice que si hay algo que del teatro nos conmueve o nos emociona, no solamente tiene que ver con la difícil tarea que puede realizar el autor para desde su no saber, pasar algo al guión, sino fundamentalmente porque en la dimensión de la escena y en el desarrollo de la misma, podemos observar algo de la problemática del deseo en tanto algo se da a ver o se muestra. Lo cual, entiendo, no deja de tener correspondencia con esa relación tan íntimamente extraña que tenemos con algunos actores o con los personajes que componen, gente desconocida y a la vez tan cercana.

El teatro griego ático o antiguo es clasificado en la actualidad como tragedia o comedia, entendiendo a éstas como diversos modos de un “género literario”, que pueden ser mencionadas de esta manera por la única razón de contar con características particulares en la forma connotada que se desprende del texto. Porque los griegos no concebían al teatro como un mero guión escrito mediante una organización gramatical, es decir algo con lo que efectuar una teoría literaria, poetológica o estética que reduciría la cuestión a lo escrito, entendido en el sentido corriente. Ya que por comprenderlo de este modo estaríamos estableciendo una separación entre la escenografía, la coreografía, la musicalización, la dirección y el texto o el guión y sobrevalorando éste último por sobre el resto; mientras que para los griegos todo formaba parte del decir.

Sí consideraban al teatro como un “género poético”. Pero si bien la palabra género remite a cierta consistencia precisa, se determina, menos por la arbitrariedad del corpus griego o de los eruditos, que por algo muy específico que se impone y que se desprende por ejemplo de cierta manera de hablar, en las que se cuenta tanto un particular vocabulario, como determinado ritmo, secuencia y períodos. Ritmo que sólo puede ser deducido, o leído pero nunca escuchado u oído por tratarse de magnitudes propias de la lengua ya pérdida. Esto demuestra que no se trata de géneros constituidos por lo escrito sino también por lo que no está allí plasmado, por ende no relativo a lo literario sino a lo poético en lo que también entran en juego estas magnitudes de la lengua con la que la nuestra no cuenta ni tampoco contaría, aunque pudiéramos ponerle la voz. Por lo cual estás cuestiones intraducibles, de ritmo, de musicalidad, de secuencia, de períodos, casi diría de lalaciones forman parte del teatro, y entiendo que en un sentido, -que es el de la consustancialidad del goce y el significante- se podría pensar como relativas a lo que Lacan llamó *lalangue*,

¿Pero en qué sentido se entiende lo poético? Ποιειν es algo así como “hacer” o “producir” y a su vez esto es lo que resulta de aquel decir excelente que no es un decir verdadero o falso por no tratarse de un enunciado tal cual lo entendemos desde la gramática (falsus), ni tampoco adecuado o no a la realidad empírica de aquello sobre lo que se busca decir sino que implica un decir, que no es ni atributivo ni predicativo, sino que dice o no dice, no qué cosa dice sino que dice porque la cosa misma es el decir.

Pongo un ejemplo de uso para que se entienda mejor: Cuando en uno de los diálogos de Platón, que ahora no recuerdo, uno de los personajes reclama el asentimiento o el disenso con respecto a lo que ha dicho, las traducciones no pueden evitar cierta distorsión ya que simplemente no podría haber traducción sin esta adaptación. Así por ejemplo lo emparchan diciendo algo así como: ¿digo algo acertado?, o ¿lo que digo es verdadero? Cuando en griego dice: “¿Digo algo? (λεγο τι) por lo cual una respuesta negativa no podría responder “No dices algo verdadero, o no dices algo cierto” sino “No dices” (ουδεν λεγυεις).

Así el objeto directo del verbo “decir” no es un dicho atributivo de cierta cosa, sino que es la cosa misma. Por lo cual si alguien efectivamente está diciendo, produce el decir mismo y no la obra o el poema (poiéin). Por consiguiente se entiende como poeta o perito a aquel que retroactivamente puede mencionarse como tal luego que el decir permite su nominación. Así a quienes eran considerados poetas sencillamente se los llamaba la pericia, no el perito ya que su poder no remite a match, es decir a poder en tanto dominio o posibilidad de dominar, sino a können o al poder como habilidad de esta articulación, lo que es más cercano a “dejarse hacer” por ese dominio o “dejar ser”, por lo cual un poeta no es a priori.

El decir para los griegos supone la articulación entre el “andar con” y el “habérselas con”, a partir de lo que el saber es siempre la destreza o la pericia del decir, en el decir. Estas últimas no son una clase de pericia en particular por lo cual habría otras, sino que muy por el contrario son la pericia a secas, de modo tal que sea lo que se esté haciendo se está diciendo. Entonces el saber del que se trata no supone una acumulación o elucubración de dichos o conocimientos sino el “el hacer con”, ni más ni menos que algo muy parecido al “saber hacer” en tanto pone en juego un saber no sabido del inconsciente, no manejado a voluntad ni por dominio. Lacan define o nombra al artista como el que sabe hacer, equivalente a lo que el

sujeto puede llegar a hacer con su síntoma en la medida en que le es posible hacer algo con su imagen en el espejo. Así en el Seminario 23 dice respecto del artista, que hace coincidir con el S1, que es producido resignificativamente por lo creado por el artesano, coincidente con el S2. Por ende este arte del que habla Lacan respecto de Joyce entiendo que al menos es congruente con lo que los griegos entendían por poético, en la medida en que se encuentra más allá de la sublimación en el sentido de la estética trascendental kantiana o del tecnicismo que haría a un lindo decir –como algo distinto al bien decir- no supone el dominio o un poder sino un saber no sabido; es un saber hablado y es lo que permite nominar a alguien como artista coincidiendo con el efecto de ese decir.

Hasta aquí todo muy lindo, de modo tal que por satisfacción se podría correr a hacer del decir griego una igualdad o identidad con el bien decir pero surge un inconveniente característico de este decir griego que difiere tajantemente por lo que se entiende en psicoanálisis. La dificultad es que si este decir es el objeto directo del decir lo único que autoriza a decir que algo se ha dicho es que haga surgir el eidos, o la apariencia, que hasta aquí, y no así a partir de Platón, se encuentra holofraseado o coincidiendo punto por punto con el ser. Por lo tanto el logos o el decir, produce seres hechos de palabras que pueden no ser vistos pero que están en su apariencia. Apariencia a la que se contrapone un no-ser, es decir una apariencia que puede sustraerse o un *légein* que se frustra, que se escamotea, que no llega a producir una apariencia por lo cual sería un no parecer. Por lo que en ellos habría un aparecer y un no aparecer o un parecer a medias que es un no aparecer, pero nunca un parecer falso.

Llegada aquí me pareció escuchar algo relativo a la apariencia en tanto *semblant*, pero la diferencia irreductible es que el *semblant* que se deja hacer el analista en el discurso que permite su función, está soportado por la pérdida de ser o por la falla del goce que introduce el lenguaje; mientras que los griegos hacían coincidir el decir al *semblant*, o la apariencia al ser y a la verdad. Así todo decir es un decir y no hay decir ni a medias ni un decir que dice y otro que no dice. Y por la misma lógica entonces el decir es la cosa en sí, es decir la presencia del ser por lo cual no hay en sentido estricto lo que podemos llamar representación.

Esta operación de coincidencia entre el decir, la apariencia, el ser y la verdad ocasiona que si se dice “algo de algo” el segundo algo esté fijado al primero, por lo cual la máxima diferencia se puede establecer entendiendo al segundo algo como aquello que se refiere al “cómo qué” aparece lo que aparece del primer algo. Por lo cual sólo comporta la articulación entre el “andar con” y el “habérselas con”. Por ejemplo si digo la tiza es blanca no estoy refiriéndome a lo blanco como un predicado o como un atributo contingente de tiza sino que lo blanco es una apariencia, un ser al igual que la tiza. Si estoy dispuesta a escribir con la tiza en el pizarrón sólo este hacer se entiende como un rasgo del parecer de la tiza con el que se puede hacer al tomarla justamente como tiza. Por lo cual la máxima diferencia entre el primer algo y el segundo se establece entre el “andar con” y el “habérselas con.” Lo que produce a su vez que la tiza sea irreductible en su ser porque nada se puede predicar acerca de la misma y porque el decir tiza es la tiza en sí. Por lo cual podríamos decir que no hay dichos, que no hay predicaciones, ni representaciones, y que todo rhema es un ónoma, o todo predicado es un sujeto. El máximo movimiento es el hacer que permite el decir, pero no el movimiento del decir sino que el decir hace un ser con el que se pueden llevar a cabo determinadas acciones. Por lo cual un parecer falaz es ese que no establece correctamente la articulación entre el “andar con” y el “habérselas con”, por ejemplo si alguien decidiera utilizar la tiza como comestible.

De esta identidad o holofraseo entre parecer y ser y entre decir(se) con ser. De lo cual resulta que su decir sea extremadamente contundente, rotundo, categórico, extremo, puro, por lo menos hasta la tragedia donde los efectos de esto pueden escucharse en su máxima expresión al punto de que puede entenderse a la misma como un modo en el que este decir extremo se muestra. Tal es así que entiendo que lo que lleva a cabo la tragedia es hacer aparecer esta contundencia del decir. Pongamos por ejemplo a Antígona para poder extraer estas consecuencias.

Lacan especifica subrayadamente que la tragedia evidencia el orden del acontecimiento significativo, lo que se desprende en la estructura de la tragedia, del paso a paso o de la manera en la que se anudan los hilos para constituir un entramado. Así en el desarrollo del drama el ordenamiento temporal en el que se acomodan los significantes es decisivo y fundamental, y supone aquello que Lacan comparó con el efecto dominó, o con el derrumbe del castillo de naipes, en donde todo se amontona hasta que cae sobre sus propias premisas.

Antígona es arrastrada por la fuerza del mérima, que supone uno de los modos en que puede nombrarse en griego dicha articulación significativa, y que se expresa en la desgracia de la familia de los Lábdacilas.

Lo que Antígona ha hecho es "...dar sepultura a su hermano renegando de la prohibición del rey", pero "si se considera esto como una simple contradicción entre la piedad y el amor fraterno, de una parte, y un arbitrario precepto humano de la otra; entonces, Antígona dejaría de ser una tragedia griega", ya que su particularidad consiste "en que tanto en la muerte infausta del hermano como en el enfrentamiento de la hermana con una prohibición puramente humana, resuena el infeliz destino de Edipo, cuyas repercusiones trágicas proliferan en torno a cada uno de los vástagos" "...como un eco del padre". El mérima "...es una consecuencia objetiva a la que es inútil sublevarse ya que aunque el hombre aspire a ello nunca llegará a ser dueño y señor de sus relaciones naturales". Es decir, de los significantes del Otro.

Lacan anduvo la tragedia cuando la tomó para hablar de la estructura ética del análisis, gracias a lo cual reencontró la dimensión trágica, como necesaria e ineludible, en el proceso analítico. Aunque llegado aquí, tal cual él refiere, parece haberse "extraviado en sus rodeos aberrantes" y "fascinado con su belleza", produciéndose en su decir un atolladero, que le imposibilitó diferenciar dicha estructura ética con esta dimensión del Destino, y a su vez esta dimensión del destino con lo que más tarde llamará "figura del Destino". De este atascamiento, que puede leerse al finalizar el Seminario 7, parece comenzar a salir en el Seminario 8, cuando al preguntarse: "¿Es el análisis una introducción del sujeto a su destino?", contesta en forma contundente que NO, pero "que para permanecer en un nivel global, enteramente inicial, ésta es una fórmula que tiene su valor."

Las palabras "figura" y "función" posibilitan una catarsis de lo imaginario, sin la cual podría deslizarse la práctica del psicoanálisis a una mera rememoración, o develamiento de lo ya trazado. Es decir, que el mito conlleva importancia en la medida en que implica una función a partir de la cual el sujeto podrá introducirse en el lenguaje y de la que se tomará para verificar el escrutinio del significante. Pero Lacan refiere que una vez llegado aquí el sujeto debe algo todavía. Esto, a mi entender, es lo que elude la tragedia griega. Entonces si bien realiza la catarsis de lo imaginario, o el corrimiento de telones, justamente se topa con el riesgo que esto mismo conlleva y que podemos mencionar como: la reacción terapéutica negativa, expresada en la exacerbación del determinismo trágico de la historia generacional familiar. Articulándose por tanto, el sentimiento inconsciente de culpabilidad, con el goce extraído de lo trágico. Lo que puede observarse ejemplarmente en Antígona, quien al tomar sobre sí la culpa de su linaje se encuentra en una posición falta de deslizamientos, absoluta, irreductible y terriblemente voluntaria. Llegando, entonces, al extremo de morir, inmolándose con una idea, para eternizar la tragedia familiar. Razones por las cuales entiendo a la tragedia como un modo de entender el discurso amo ya que lo que lo comanda es el S1 en tanto que por su eficacia liga el destino a la función de la repetición. Por otra parte pero en la misma lógica, el producto es el plus de goce y lo que no es posible es una relación entre el sujeto y el a.

Todas estas consecuencias no podrían ser otras si tomamos en cuenta las características de este decir, ya que producen que el personaje constituya un ser por la marca del significante, es decir que se torne una mártir del lenguaje, ya que no existe una distancia entre el significante y el ser; o las palabras no guardan una distancia mítica con las cosas, lo que hace de esta posición radical en sí misma incestuosa, que permite afirmar que la misma es tanto un hecho de discurso como un hecho que se constituye con el discurso.

Y justamente porque en la tragedia ática el ser coincide con el decir y el saber con la verdad la división subjetiva o la spaltung, así como lo refiere Freud, sólo se encuentra conformada en el conflicto irreconciliable del héroe con otro personaje, en este caso entre Antígona y Creonte, es decir en lo que podría mencionarse como un desdoblamiento.

Como dije al comienzo el decir griego se va modificando a partir de que la tragedia hace comparecer de sus consecuencias petrificantes por el hecho mismo de constituir las. Justamente de aquí es de donde parte la comedia para producir en el proceso mismo de su decir, otro decir "menos fuerte" y "más débil", Lacan diría menos estúpido.

En la de la comedia ática "antigua" se presenta aspectos pertenecientes a la tragedia, de modo tal que ineludiblemente se hace alusión a ésta como a todos los géneros primarios, ya sea en su contenido, en el ritmo, en la secuencia o en todo eso a la vez. Por esta particularidad de "no sin la tragedia", ya sea en un sentido cronológico o en un sentido lógico, es que se suele llamar a la misma paratragedia, pero este "para" no hace a un metalenguaje o a un Otro del Otro, sino que su denominación responde a que la misma requiere del preparamiento del terreno demarcado por la tragedia. Ya que su (paranei) no es otra cosa que

lo que podría mencionarse como la asunción de cierta distancia, distancia por la cual cobra sentido esa frase tan citado "Tragedia más tiempo, comedia".

Esta distancia respecto del trágico decir de la tragedia que hace que no se trate de un ser dicho sino del dicho como ser, implica que tanto en su contenido como en su forma y de varias maneras posibles se perciba dicha distancia frente a lo mismo que ella en cada caso está haciendo aparecer en escena. Lo que podríamos decir como la inclusión de la distancia escénica en la escena misma. Para esto pueden implementarse varios recursos, uno es el conocido por nosotros, ya que se encuentra presente en Hamlet: la escena sobre la escena, en donde se muestra que el teatro muestra algo acerca de la cuestión del deseo y que es necesaria, lógicamente cierta distancia que permita al personaje verse y así enterarse que de lo que se trata es del "según su propio deseo"; la constante presencia de giros que no tienen sentido alguno dentro de lo que la escena pretende presentar, pero sí lo tienen considerando la representación como tal. Por ejemplo en las Aves de Aristófanes hay un momento en donde alguien hace un ruido golpeando con una piedra para ahuyentar a las aves, y seguidamente alguien hace un chiste que recae sobre el golpe en sí, y en el verso seguido ese mismo golpear puede ser utilizado para representar el llamado ante una puerta y sobre la marcha esa puerta es la del Cielo. Todo lo que ni intradramáticamente ni intraescénicamente tiene sentido, por lo cual tanto el actor como el espectador se ven obligados a captar a la escena como escena misma, para comprender lo que allí acontece, haciendo surgir esta distancia en sí.

Es interesante destacar que la comedia produce esta distancia en un momento determinado que no es cualquiera por lo cual podríamos decir que en su forma adviene una división constituida por la parábasis que supone que el coro actúa al margen del drama, pero sin embargo no fuera del mismo. Lo que hace que se constituya una división demarcada por el antes y el después de la parábasis. Antes que supone la puesta en escena del carácter sobredeterminante de la tragedia donde se evidencia lo que perdura del significativo, lo que hace marca, el golpe en tanto violencia; y un después donde por esta distancia de la escena en la escena misma puede evidenciarse que porque el significativo no significa nada puede significar sucesivamente cualquier cosa. Razón por la cual lo que acontece en la tragedia conlleva el carácter de irreparable e irreversible, mientras que lo que sucede en la comedia es siempre reversible y o inesperado.

En la gran comedia de Aristófanes las nubes, que además le dan el título a la misma, no son más que metáfora del significativo en su carácter de sobredeterminante, de golpe, de violencia que se manifiesta en el trueno, la centella, el rayo, es decir por las consecuencias de la densidad de la nubes; mientras que queda representado que un significativo no significa nada en el hecho de que éstas son volátiles, ligeras, etéreas, sutiles, por lo que sucesivamente cambian de forma; razón por la cual es pasible jugar con ellas como se juega con las palabras.

A partir de esta distancia que establece la comedia es posible que el decir algo de algo no sea sólo un onómato, produciendo que el segundo algo no haga cópula con el primer algo, sino que permita movimiento, aire, respiro, que se despegue el holofraseo, dando lugar a la diferencia entre el sujeto y el predicado, y entre el enunciado y la enunciación. Por lo cual contemporáneamente a esto -ya en el Helenismo- se inventa la gramática entendida como el cuidado del vínculo entre el sujeto y el predicado, de modo tal que el mismo ya no va de suyo, o su articulación al menos ya no es obvia o la cópula ya no es tal. Por esto me parece importante tomar lo que dice Aristóteles del rhéma o del predicado ya que entiende que, además de ser en cada caso uno u otro, comporta en sí mismo el khrónos pero no en el sentido restringido del tiempo cronológico, sino en su acepción de distancia, de intervalo, de trecho. Trecho que entonces ahora tendrá que caminar para decir que "algo de algo", ya que el "...de algo" comporta movimiento o un "llegar a", que produce un vuelco que rompe el holofraseo y por ende permite reducir el ser o al menos agujerearlo, por poder predicar del mismo. Y gracias a esta distancia es que el primer algo de algo ya no es la cosa en sí sino una representación de la cosa, en tanto ya por suerte pérdida. Por lo cual podemos concluir que no hay representación si no hay una falta que se articula como tal y que hace al tiempo, a la distancia, o al aire entre el algo de algo y entre estos y la cosa, que ya no produce el decir sino que es causa del decir. Esta distancia es lo que permite que la comedia a diferencia de la tragedia hable de sí misma. Al punto tal que continuando con el ejemplo de Las Nubes nos llega una versión de la misma que incluye cierta burla en la escena de la comedia en cuestión por no haber ganado el primer premio y sí el tercero, de igual modo contiene alusiones a esos jurados que no supieron interpretar el sentido de lo que allí era dicho.

Esta operación de distancia entre el ser y el decir posibilita una pérdida del ser que no es sino de goce, a causa de la cual surge un *semblant* que envuelve o ensobra el vacío, al modo de los paquetitos japoneses que contienen una nada. *Semblant* que a diferencia del eidos no es solidario de la verdad de la verdad sino de la mentira de la verdad en tanto la verdad es eso que sólo puede ser dicho a medias. Las nubes, también hacen metáfora de este rompimiento del *semblant* que cae en la precipitación, al ser perforadas por la fuerza del impacto de los choques. Agujero que a la vez no es más que la posibilidad misma de la constitución de la apariencia en tanto no es un ser sino una falta de ser. Es interesante que Las Nubes estén representadas por mujeres ya que en francés tanto la apariencia, como el goce, como la verdad son palabras femeninas, que en tanto su relación con la feminidad hacen objeción al universal y ponen en cuestión la existencia del Otro. Entiendo entonces que así como la tragedia comporta el riesgo de la reacción terapéutica negativa, la comedia puede incurrir en el riesgo de la reivindicación, la querrela o la denuncia a ese Otro, lo que lejos de poner su existencia en suspensión, lo llama y le demanda que "tendría que poderlo". Entiendo, que no es sin la comedia, que Lacan -como lo demuestra el Seminario de la Transferencia- comenzó a constituir las antecedentes del discurso del analista, en tanto parecen coincidir en el rompimiento del *semblant* (por supuesto en la escena), con el efecto de división que comporta el significante y con que su producto sea el S1.

El claro mensaje de esta comedia radica justamente en esta suspensión del Otro, en principio porque absolutamente todos sus personajes quedan sorprendidos, dominados, engañados por las palabras que en un comienzo han querido instrumentar en su beneficio. A la vez que hace surgir el límite de éstas por el hecho de aquello mismo que se muestra: la destitución fálica, que se pone en cuestión al mostrar que no hay instituciones ni hombres que estén a la altura del Otro.

Sublimación y poetización yoica o "*La novela del héroe que sublima*" **Lidia Matus**

El presente trabajo es el armado y la composición de un recorrido generado por mi interés acerca del "enigma" de la sublimación. Los invito a acompañarme.

Hace tiempo que el tema de la sublimación se me presentaba como respuesta enigmática a diferentes preguntas que surgían no sólo a partir de la clínica, sino también en la contemplación de las producciones artísticas y en la observación de los sujetos que llevan a cabo la tarea que fuera con un interés o quizás sea más exacto decir, con una pasión particular. En todas esas ocasiones se me presentaba la siguiente frase: "esto es sublimación" y acto seguido un pensamiento: "esto no es estéril"

Así las cosas, llegó a mis manos una película que me impactó de un modo particular. La llamé "la novela del héroe que sublima". En ese nombre se prefiguró un saber que hoy es causa ordenadora de este recorrido.

Describiré el itinerario:

Comenzaremos con las preguntas, que constituyen la prehistoria del escrito, luego propondré una definición de los conceptos que nos serán necesarios para una aproximación a las respuestas, y entonces partiendo de "la novela del héroe que sublima", arribaremos a la formulación de algunas conclusiones.

Las preguntas:

-¿cuál es esa operación que realizó el artista para que se produzca la sensación de suspensión de las coordenadas habituales? -¿por qué esa sensación simultánea de realidad e irrealdad?

-¿qué es ese entusiasmo por ver plasmada la obra, hacerla "visible", palpable, reconocible, semejante a la expectativa de la llegada de un nuevo ser: "¿a quién se va a parecer?" (parecer, parir)

-¿por qué esa pasión, entusiasmo, concentración sostenida, ese "ir hacia" contra viento y marea, puede ponerse "en acto"? ¿por qué se detiene? ¿por qué parece tan ajeno a la voluntad y sin embargo la produce?

Esta última pregunta nos acerca directamente a las consideraciones más clínicas:

-¿qué es lo que impide a un sujeto "pasar" y en ese sentido "seguir" con su vida, imprimiendo el sello de su presencia? O por el contrario: ¿qué es lo que hace que no pueda detenerse en un raíd sacrificial o cuando menos improductivo, con las mismas consecuencias de insatisfacción y pérdida que en la detención antedicha?

Las definiciones

Sublimación

Freud:

La definición freudiana sobre "sublimación", parcial, fragmentaria e inacabada, es no obstante precisa en los siguientes puntos:

- Se trata de uno de los destinos de la pulsión, es decir, uno de los modos en que ésta se ve impedida en su flujo irrestricto.
- Conjuntamente con la represión, es un destino disponible secundariamente a que se establezcan los circuitos pulsionales, por haberse cumplido los dos destinos primeros: la transformación en lo contrario y la vuelta contra sí mismo
- la sublimación supone la desexualización de la pulsión
- implica un cambio de meta, es decir: las pulsiones quedan inhibidas en su fin, pero no se trata del mecanismo de la formación reactiva
- no hay represión de la pulsión
- se alcanza la satisfacción por otras vías

Las definiciones freudianas sobre sublimación se han prestado a lecturas de un tenor equivalente a las teorías sexuales infantiles, quiero decir con esto que, desconociendo la insuficiencia de las mismas para dar cuenta de la operación de sublimación, han sido tomadas como una forma de reencuentro con el paraíso perdido, libre de re-presiones y sin el peso de la molesta sexualidad que no cesa de enfrentarnos

con la falta de saber y con lo que descompleta. Mientras simultáneamente, continúa resonando el halo mítico del escrito freudiano prometido, que nunca podrá leerse

Lacan:

Veamos ahora algunas consideraciones lacanianas de modo que podamos abrir otras vías de entrada para aproximarnos al concepto de sublimación.

Dice Lacan en el Seminario XI de los "Cuatro conceptos": *"tenemos ante nosotros un sistema en el que todo se acomoda y alcanza su propia clase de satisfacción. Nos entrometemos en ello porque pensamos que hay otras vías, más cortas... a nivel de la pulsión, el estado de satisfacción debe ser rectificado..."*

La rectificación a la que se refiere implica una relación a la operación sublimatoria, así como una redefinición de los elementos de la pulsión (objeto, meta, fuente y presión). Para Lacan, el objeto no es tomado de la realidad sino que se configura en el cierre del circuito pulsional como faltante, y la fuente no es el orificio corporal sino el borde que se produce en el encuentro entre el empuje pulsional y la respuesta del Otro. Y así como en Freud podemos ubicar la constitución del narcisismo y del Yo recién a partir de la armadura de los circuitos pulsionales luego de la vuelta sobre sí mismo y la transformación en lo contrario, en Lacan también nos encontramos con ese momento instituyente que se plasma en el Estadio del Espejo, donde recién podría hablarse de un Yo, al cual consideraremos entonces contemporáneo de la constitución del objeto pulsional (como perdido). La caracterización del niño como perverso polimorfo implica que en ese tiempo aún no se han organizado las diferentes pulsiones entre sí y se satisfacen de manera independiente y autoerótica. ¿cuál es el punto de llegada al que se supone deberían aspirar las pulsiones para dejar de ser "desorganizadas"?

Aquí volvemos a remarcar una diferencia con los dichos freudianos. No se trata de que confluyan en la "pulsión genital" en aras de la (saludable) procreación, sino que se organizan en el fantasma, que tomará a su cargo la articulación parcial de las satisfacciones heterogéneas, sellando la orientación del deseo. Llamaremos fantasma a la relación del sujeto con el objeto que se supone ser en el deseo del Otro, y ese objeto del cual ya dispone por las operaciones antedichas, tendrá la función de representar al sujeto en el campo de la Demanda del Otro. Que el fantasma orienta el deseo del sujeto, quiere decir que organiza la referencia del mundo, lo que llamamos "realidad", así como también que organiza un "cuerpo" (en el sentido del ensamble de los circuitos pulsionales, que han sido construidos a partir del estilo que demarcó la relación a la Demanda del Otro).

Ubicaremos la constitución del fantasma, en ese tiempo en el cual se presenta la posibilidad de la procreación, y que determina que el sujeto sea considerado como potente, léase: que sus actos tienen consecuencias. Hablar de fantasma entonces es considerar que a partir de allí, el sujeto recorre un circuito que al mismo tiempo que lo orienta, nunca cierra del todo. La satisfacción de las pulsiones a partir de esa constitución, implicará un rodeo por ese circuito que lo mantendrá a una distancia prudencial del objeto, suficientemente lejos como para no abismarse en el vacío de la "Cosa" (objeto nunca reencontrado de la satisfacción) y suficientemente cerca como para no caerse de la escena del Otro (del mundo, de la realidad)

Rectificar el estado de satisfacción, implicaría salir de la repetición incesante del recorrido fantasmático, de ese rodeo circular en el que a pesar de estar presente lo que no cierra, mantiene esa hiancia obturada por las distintas formaciones sintomáticas que funcionan de puente para que se continúe el recorrido. La sublimación, considerando lo antedicho, tendría que ver con la creación de una salida de esa repetición, un desvío del circuito (meta inhibida querría decir en estos términos, inhibición del recorrido) y por lo tanto, también una operación con el objeto (creado y enmarcado por el circuito) (1).

En este punto habrá que ubicar lo que llamamos "desexualización".

Veamos. Dice Freud: lo que se sublima son las pulsiones parciales. Estas se caracterizan por ser autoeróticas, y por satisfacerse de manera independiente unas de otras, es decir en relación a la fuente que las determina. Se hace evidente aquí la referencia a la sexualidad infantil. Extraigamos entonces las consecuencias que esta afirmación puede iluminar en relación a lo que llamamos "desvío" del recorrido determinado y estabilizado por el fantasma. Si la sexualidad (infantil) es autoerótica y, si el contorno de

ese circuito constituye el objeto que representa al sujeto en el campo del Otro, ese objeto ofrece al sujeto a través de un rodeo, un modo alternativo de continuar en relación a sí mismo, es decir: de autoerotismo. Desexualización entonces implicará que en el movimiento del desvío de ese circuito, se perderá el relleno fantasmático que hacía las veces de autorreferencia y con ello el autoerotismo.

Recordemos ahora que dijimos que, tanto Freud como Lacan, ubican la constitución de ese objeto como contemporánea de la constitución del Yo y por ende del narcisismo. Aquí es preciso que hagamos una aclaración. No se trata del Yo en general, sino más específicamente del Yo Ideal, aquel que ha heredado los atributos agalmáticos de *His Majesty the Baby* que le fueran transmitidos y tomados como respuesta a la pregunta del "Che Vuoi? ", enmarcado con los significantes recibidos por la Demanda del Otro, obturando la angustia que la falta de un significante que lo nombre desencadenaría. Ahora bien, podríamos preguntarnos el porqué de esa insistente repetición del recorrido, ¿qué lo causa? ¿Qué busca y no encuentra? Podríamos respondernos: busca el objeto perdido e imposible, de la huella primera de satisfacción y ese circuito es lo más parecido al objeto (retroactivamente) perdido con lo que podrá contar. Lacan llama a ese objeto imposible: la Cosa. El objeto de la pulsión no es la Cosa. También dice Lacan (Seminario VII: "La ética..."): "sublimar es elevar el objeto a la dignidad de la Cosa". Claramente se perfila ya, que decir "objeto" es nombrar un concepto de una complejidad tal, que no podríamos adentrarnos en los vericuetos de la operación sublimatoria que se efectúa con el objeto, sin apreciar los desniveles que implica, menos aún si justamente llamaremos objeto también al producto de esa operación.

Sigamos entonces el recorrido del objeto

Me voy a referir aquí a la lectura que hace Lacan en el Seminario de la Etica, del Proyecto freudiano), Das Ding, la Cosa, excluida en el interior ¿en el interior de qué? del Real-Ich, primer esbozo de organización significativa, dominado por las vorstellung representanz. Das Ding es ese objeto que se busca reencontrar sin que lo haya precedido la existencia, real último e hipotético de la organización psíquica.

En cambio, el objeto que resulta de la decepción por el fracaso de una correlación entre un orden simbólico esperado y la respuesta de lo real, es decir, la dialéctica de la frustración, no tiene estatuto real sino imaginario. Ese objeto, que sufrirá los avatares de los intercambios con el Otro, representará al Yo Ideal en el complejo de Edipo y más tarde, por la vía de la identificación a un rasgo "preferido", dará entrada al Ideal (del Yo), volviendo al sujeto dependiente de esa imagen idealizada, pero ya desasido de los objetos incestuosos. Tanto el Yo ideal como el Ideal del Yo, son ambos representantes del narcisismo.

Para Lacan, la sobrevaloración del objeto en la sublimación implica una diferencia esencial con lo antedicho, retoma la afirmación de Freud acerca de que no se trataría de libido narcisista sino objetal, no se trata de la economía de la sustitución por la que se satisfacen las pulsiones en la represión, economía en la que el síntoma sería el retorno vía sustitución significativa, de la meta. De lo que se trata en la sublimación es de "la revelación de la Cosa más allá del objeto", más allá de un objeto común, que valga por su "cosidad" y que funcione como vacío alrededor del cual el sujeto modelará el significante. Para ello es necesario que ese objeto haya perdido su consistencia de relleno fantasmático, es decir, que ya no esté al servicio de exaltar los valores del Yo, y por lo tanto haya perdido su valor de objeto reintegrable a la Demanda del Otro. Este cambio en el estatuto del objeto, no es sin el pasaje por la privación (una de las formas de la falta) Son necesarias esas condiciones, para que el objeto se convierte en apto para velar la Cosa, que sólo existe o mejor dicho, es creada por su velamiento.

Acto

Concluyendo ahora la exposición teórica, haré una mínima mención de los tres niveles del acto: acto sexual, acto analítico y acto sublimatorio (2).

El acto sexual: implica una inhibición en la meta (inhibición de lo incestuoso de la Cosa) y una paradoja: sin la vecindad de ese núcleo arcaico incestuoso, sin esa angustiada atracción, tampoco hay allí acto. En el comienzo hay un vacío, alguna encarnación de la castración centrada en los órganos genitales, y el acto culmina en el velamiento del vacío. de un modo análogo a la risa desencadenada que vela la verdad en el chiste. Pero a diferencia de éste, la ganancia de placer toma todo el cuerpo antes del éxtasis (ir hacia afuera)

El acto analítico: al igual que el acto sexual parte de una carencia, pero la culminación no la vela, la repite elaborándola.

En la sublimación, a la vez dentro y fuera del análisis, habrá un hacer del automatismo de repetición un automatismo de invención.

Invención no es realización de deseo (que implicaría el automatismo de repetición y el rehallazgo (sustitutivo) del objeto. Se trata de “dar forma” a una obra, en los dos sentidos: el de ser un “hecho” (hacer una obra) y el de ser un “poder” (por obra y gracia de)

Se trata del paso incesante de la productividad al producto. Dos momentos que nunca se recubren. En la invención, un sujeto inmerso en la indeterminación de una repetición que vacila, “decide” (apuesta) pegar el salto dejando atrás las determinaciones conocidas, poniendo entre paréntesis lo que aprendió, centrándose en los detalles, obrando desde lo formal y no desde el sentido.

El sujeto que crea pone en marcha la función negatriz (tacha, corta, descarta) de la pulsión de muerte en el sentido de la voluntad de comenzar de cero.

Es esta función negatriz, la que corta los lazos de sentido, prepara el terreno para el cambio de escena y de escenario, otro espacio, otra “realidad”.

Retomemos ahora la promesa inicial

La Novela del Héroe que Sublima

La película a la que me refiero se llama “Vitus”. De ella haré un brevísimo relato a los fines de hacer “visible” la estructura que quiero transmitirles, y que me ha llevado a la enunciación de su predicado: “Vitus, la novela del héroe que sublima”

El relato está ubicado en la perspectiva del pequeño protagonista.

Vitus es un niño prodigio que toca el piano de maravillas, no sólo sabe ya leer a los cuatro años, sino que posee una curiosidad implacable que busca saciar preguntando sin descanso, escuchando a hurtadillas y cotejando en los libros. Se aburre el jardín de infantes. Hijo único de unos padres amorosos, cuenta también con un abuelo muy presente y de perfil bajo y una tía astróloga que le vaticina un gran futuro. Su padre, al contrario de Vitus, tiene un aspecto de infantil inocencia. Es inventor y le muestra a su hijo su invento maravilloso: un audífono superpotente al que bautizan con el nombre de “oído de murciélago”. Este servirá a Vitus para escuchar las conversaciones de sus padres. El abuelo, artesano en maderas, le confiesa que le habría gustado ser piloto.

Vitus no tiene amigos en el colegio y se burla incisivamente de sus profesores, con lo cual elegantemente las autoridades escolares les piden a sus padres que lo hagan rendir libre la escolaridad. Contratan entonces una niñera púber para que lo cuide y como era de esperar, se enamora perdidamente de ella. De inmediato su madre decide dejar el trabajo para cuidar ella misma a su hijo, quien por primera vez se niega a satisfacerla en sus exigencias de encaminarse llevado de su mano hacia el futuro prometedor, hasta que finalmente Vitus se lanza desde el balcón de su casa con las alas de murciélago que su abuelo le fabricara. Sufre una conmoción que se lleva puesta su superioridad. Por fin Vitus es normal, tiene amigos, toca el piano como cualquier aprendiz, etc, hasta que el abuelo descubre su secreto: Vitus ocultaba brillantemente su brillantez. Entretanto el padre, luego de haber triunfado con su invento, comienza un declive tan meteórico como lo había sido su ascenso.

Entonces entre el nieto y el abuelo, uniendo recursos, crean un personaje fantasma al que llaman Wolff, que actuando exitosamente en el mercado financiero, posibilita a cada uno llevar a la práctica sus sueños.. Vitus vuelve a buscar a la niñera para ofrecerle matrimonio (a los 13 años) recibiendo como cariñosa respuesta: “ya verás cómo puedes vivir sin mí”, su abuelo, luego de ayudar a que Vitus devuelva a su padre el honor perdido, cumple el sueño de volar, pero se accidenta, y revela el secreto de su nieto que había prometer guardar “mientras viva” y fallece.

Vitus retorna a “su” normalidad.

La película comienza y termina con la misma escena.

En el comienzo vemos a un niño que entra a hurtadillas a un hangar, sube a un avión y lo enciende para volar. Todos los espectadores, incluido el operario de aviones, tememos el peor desenlace de lo que parece un pasaje al acto.

En el final, vemos a Vitus, el héroe de siempre, entrando a un hangar a hurtadillas, siguiendo las instrucciones que le diera su abuelo para volar, como lo está haciendo, en un día de sol.

Las Conclusiones

¿Por qué “el héroe que sublima?”

Este pequeño y vital personaje, recorre, a mi entender, los avatares ineludibles del drama edípico, de un modo que pone de relieve la ganancia de satisfacción que resulta de atravesar esos momentos apostando al acto y a la invención. Vitus se reinventa a sí mismo, abandona el brillo fálico apostando al lazo social, regalándonos una hermosa historia de poetización yoica que lo ubica como el héroe que reivindica a los padres afectados ya por la caída de su lugar de ideal. Transita por el camino de la invención y con otros. Inventa al niño “normal”, inventa a señor Wolf... y en los intersticios de la novela nos entrega los rastros de la prehistoria.

Seguiremos sus pistas

¿Por qué el murciélago? ¿por qué el salto?

La función atemperada que cumple el murciélago en la película, no deja de estar acompañada del valor imaginario que lo conecta con la voracidad anfibígena del encuentro de demandas en la etapa oral (demanda de ser alimentado y demanda de alimentar) (3) y resulta apto para representar el fantasma de vampirismo que se acrecienta cuando la cercanía materna demanda “eso”, es decir, una demanda perentoria que atrae hacia el vértigo del abismo, figurado en Vitus en la escena del “balcón”. El murciélago atraviesa el marco. Si es posible decir que el abismo y su correlato de vértigo anuncian la cercanía de la Cosa, o dicho de otro modo, si la cercanía de la Cosa es la constatación de la falta de un significante que responda al “che vuoi” para enmarcar al menos una demanda, el sujeto se puede ver compelido a responder con su propio ser (en un pasaje al acto). El murciélago que sale junto con Vitus, funciona en el plano simbólico, revestido del rasgo que lo incluye en una genealogía (el oído de murciélago inventado por el padre, las alas de murciélago fabricadas por el abuelo).

¿Cuál es la falta a velar?

Podemos ubicar la falta que hubo que operar allí. Vitus tuvo que prescindir de su omnipotente oído, ya que en el circuito de la pulsión invocante había quedado atrapado como pura voz para los oídos de su madre, a riesgo de perder su propio deseo.

Recordemos que la fobia se instaura cuando se conjugan la constatación de la privación materna y su pasión por la apropiación del brillo fálico del hijo, en desmedro del deseo del mismo. El deseo de Vitus por su niñera, primera sustitución de la madre, es quitada inmediatamente del medio. Vitus es valorado como objeto y no como sujeto, y el padre está demasiado ocupado con su propio brillo fálico, como para privar a la madre. Algo había que inventar...

Si no vemos manifestado aquí el momento de pasaje por la fobia, es porque empezamos por el final. Nos encontramos de entrada con el producto logrado del trabajo de velamiento de la falta.

¿Por qué “el héroe que sublima?”

La historia está contada desde la perspectiva del protagonista., es decir, del Yo.

En “El poeta y la fantasía” Freud nos dice que el juego del niño es reemplazado por la ensoñación diurna, pero que a diferencia de la producción del artista, el relato de esas ensoñaciones nos resultaría obsceno o indiferente. El contenido de las mismas no tiene muchas variaciones y esconde mal su valor compensatorio de las carencias vividas. Dice que el artista, a diferencia del que sueña despierto, logra

sobornarnos con las técnicas formales, borrando las huellas del autoerotismo y habilitando a que cada uno proyecte su propio yo en el exitoso protagonista. Así se presenta Vitus, como un héroe (un Yo) que no teme enfrentar las pruebas más difíciles, y lo hace de un modo decidido.

¿Por qué nos inquieta y fascina su actitud decidida?

Dice Lacan que el sujeto que crea pone en marcha la función negatriz, pulsión de muerte como voluntad de recomenzar de cero. Esa voluntad está en la mirada de Vitus.

Tenemos la primera escena, y tenemos la última. Asistimos al recorrido de un circuito. Entre la primera escena y la última ha aparecido un sujeto, esa vuelta de más que hace caer el objeto y constituye una modalidad deseante. Antes veíamos a un niño que parecía lanzado al abismo por los ideales paternos imposibles, ahora vemos a Vitus satisfecho por la ganancia de placer que en el arrojó de su acto consiguiera.

Para Lacan, en la sublimación, la satisfacción lograda en la creación, es una satisfacción “que no le pide nada a nadie”, desasida de la Demanda del Otro, “porque es, y al mismo tiempo no es...la Cosa”.

Y bien, quién hubiese imaginado que hasta el lugar de llegada, nos acompañaría un murciélago?

Notas

(1) MERONI, M del Carmen: “PULSIONES Y DESTINOS después de LACAN” Lacano 2001

(2) RITVO, Juan: “EL LUGAR DE LA SUBLIMACIÓN” Imago Agenda N° 141, Julio/2010

(3) LACAN, Jacques: “SEMINARIO VIII “LA TRANSFERENCIA” Caps 14 y 15. Paidós

"Alemania, año cero", de Roberto Rossellini

La obediencia como locura

Mariela López Ayala

El presente texto parte de una experiencia bastante usual y cotidiana: la de ver una película y quedar *prendido* de ella. Esa especie de *carry over* nos dice que una sesión -o una película en este caso- no terminó con la partida del paciente, o con la presión del botón "off" del televisor: bajo el modo de un arrastre o remanente algo se continúa. Eso es lo que me pasó con "*Alemania, año cero*" (1). Terminado el film, me preguntaba -sin poder responder- qué sería lo que en él me había impactado tanto. Probablemente podría haberme sacudido el importuno sentimiento diciéndome que la historia y los hechos eran bastantes dramáticos en sí como para avivar cierta sensibilidad y dejar ahí todo el asunto sin más. Pero Edmund -el niño de 12 años que protagoniza la película- retornaba a mi mente y durante algunos días no me abandonó. Rondaba mi pensamiento como uno de esos espectros que buscan la ayuda de algún vivo para culminar su expiación en la tierra y así poder partir definitivamente.

La película de Roberto Rossellini se inscribe en el movimiento cultural desarrollado durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra, llamado neorealismo italiano. Algunas de sus características sobresalientes fueron tratar y retratar la situación de devastación económica y moral propia de la catástrofe acontecida y desarrollar sus tramas mayormente al aire libre, teniendo como escenario la ciudad derruida y usando muchas veces actores no profesionales para sus personajes secundarios (y en ocasiones también para los protagónicos). Salir de los estudios cinematográficos a la calle no fue sólo una decisión artística ligada a captar la vida tal cual era, sino que encontrándose los mismos ocupados no estaban disponibles para desarrollar los rodajes.

Para los que no hayan visto o no recuerden el film, Rossellini cuenta la historia de una familia alemana que trata de sobrevivir en Berlín luego de la derrota del régimen nazi, con la ciudad hecha añicos por los bombardeos y ocupada por las tropas aliadas.

El hermano de Edmund es un joven que nos trasmite el horror de la guerra. Habiendo combatido para su país, se encuentra atemorizado de que los aliados lo apresen y no se anima a reportarse con las autoridades para obtener su permiso de trabajo y su cartilla de racionamiento. Vive escondido en la casa, con miedo, repitiendo que está cansado de sufrir.

El padre se encuentra en cama enfermo, no puede moverse y precisa de cuidados. Le insiste al hijo que debe reportarse y conseguir al menos las raciones diarias de alimento. Encontramos un contraste entre la actitud del joven y la del viejo respecto de la guerra. Al último parece resultarle algo familiar. No desconoce lo terrible de la situación, pero sus críticas y lamentos resultan estar enfocadas más en las consecuencias de la guerra, sus saldos negativos, que en el horror de la guerra en sí. La guerra ha sido una mala idea, lo ha dejado sin nada, Hitler le ha arrebatado sus hijos, sus bienes. Sin embargo el viejo respira, o emana, un aire de familiaridad. Combatió en la primera guerra mundial. Le dicen que aquella fue un juego de niños en comparación con la actual, pero él estuvo allí y no se deja engañar.

La hermana de Edmund es la encargada de organizar la casa y cuidar al padre enfermo. Se le sospecha de prostituirse con soldados extranjeros, pero más bien actúa una especie de necesidad de huida, tratando de encontrar en sus salidas nocturnas una válvula de escape que descomprima tan desesperada situación.

¿Y Edmund? Frente a tal panorama familiar, encarnado y representado en cada uno de sus miembros - miedo, abatimiento, cansancio, escapismo, angustia, lamento- asombra poderosamente ver la resolución del niño. Con sus doce años se hace cargo de la situación límite que vive su familia y sin chistar sale a ganarse el pan. No duda. No se queja. Casi no solloza. Sale a la calle dispuesto a hacer cualquier cosa en aras de conseguir comida para su familia y en esas salidas el espectador lo ve expuesto a toda clase de peligros. Es objeto de maltratos, de estafas, de descuidos, pero ni una lágrima, ni un pensamiento que lo haga vacilar en su deber. En la familia hay cierta tensión: es el hermano mayor quien debería estar haciendo el trabajo y no Edmund. Pero Edmund no se hace eco del debate. Más bien aconseja a su hermano que no abandone la casa, que se proteja, él está a cargo.

Edmund es un chico sobre adaptado, en la mejor (entiéndase peor) forma posible. Y los espectadores, entre maravillados y asombrados con lo que parece ser una férrea determinación de carácter, nos asustamos de ver cómo el niño se encamina hacia riesgos que no reconoce como tales, con la constante inminencia de terminar prestándose a ser objeto de cualquier tipo de abuso.

En uno de sus recorridos por la ciudad destruida y caótica, en busca de algún recurso para llevar a su casa, Edmund se cruza con un ex profesor de la escuela, el Sr. Enning. Este lo ilusiona con ayudarlo - aunque el público sospecha de sus intenciones- y le da un disco con la grabación de un discurso de Hitler para vender en el mercado negro. Edmund le cuenta al Sr. Enning la situación de su familia, la enfermedad de su padre y recibe de su parte un discurso claramente nazi. El profesor le asegura que debe ser fuerte y hacerle frente a la situación. Que en un mundo como en el que viven, la ley del más fuerte es lo que debe imperar. Mejor sería que el débil muriera. A su vez, el padre se lamenta ante Edmund de ser una carga para la familia y tener que asistir, con su salud y economía quebradas, a la desgracia familiar sin poder hacer otra cosa que cargarlos con más responsabilidad.

Es en este punto donde se nos muestra, de un modo brutal, la locura producto de una obediencia fiel y feroz al discurso del Otro. Frente a lo que Edmund interpreta como demanda en el discurso del Otro, en la conjunción de los lamentos de su padre y el discurso hitleriano de su ex profesor -dar muerte al más débil- el niño no duda y envenena a su padre. No hay equívoco posible en lo que le llega del Otro: esto es un mandato, y el niño obedece.

Cometido el asesinato, Edmund va al encuentro del Sr. Enning, a reportarle que ya está hecho: ha realizado lo que se le ha pedido. Al constatar la reacción horrorizada del profesor al escuchar el acto que ha cometido y caer en la cuenta de que la supuesta orden no era tal, el niño entra en una especie de agitación corporal en la cual intenta autoflagelarse. Luego huye y vagabundea hasta llegar a un edificio en ruinas frente a la puerta de su casa. Allí ve como un camión retira el cuerpo del padre. Sus hermanos lo buscan para ir al entierro, lo llaman, pero Edmund no aparece. Juega absorto con una piedra simulando un revolver, dispara unos tiros, se lo apunta en la sien y gatilla. Ya idos sus hermanos, se asoma del edificio, mira su casa una última vez, y se tira desde lo alto para caer muerto en el piso.

En la clase XXII del seminario tres "*Las psicosis*" (2), Lacan trabaja la frase "*tú eres el que me seguirás*" y su variante homófona "*tú eres el que me seguirá*", para ubicar la diferencia entre una y otra en tanto el margen que suponen y conceden a la obediencia de aquel que *sigue*. El desarrollo que realiza con varios ejemplos está orientado a situar la ambigüedad con la cual se puede interrogar una frase, ambigüedad que no siempre está disponible. Frente al "tú eres esto" la pregunta por el "¿qué soy?" puede abrirse: "*¿Qué soy para ser lo que tú acabas de decir?*". Pero puede también no surgir y en cambio proferirse un "hágase tu voluntad" o "hágase según vuestra palabra". El *seguirás*, con s, se distingue del *seguirá*, en tanto este último implica una mayor certeza y el primero deja un margen abierto a cierta elección. De la relación que el sujeto tenga con lo simbólico, dependerá que pueda escuchar una u otra variante, pescando o no la ambigüedad y surgiendo, en caso afirmativo, la posibilidad simultánea de efectuarse como sujeto en falta.

En la página 399 Lacan escribe "El *seguir* puede ser ambiguo en francés, puede no llevar con suficiente rapidez la marca de la originalidad significativa de la dimensión del verdadero *seguir*. ¿Seguir qué? **Esto queda abierto**. ¿Seguir tu ser, tu mensaje, tu palabra, tu grupo, lo que yo represento? ¿Qué es? Es un nudo, un punto de apresamiento en un haz de significaciones, al cual el sujeto ha o no accedido. Si el sujeto no ha accedido a él, entenderá *tú eres el que me seguirá por doquier*, cuando el otro le haya dicho *seguirás*, con s final, es decir en un sentido totalmente distinto, que cambia hasta el alcance mismo del tú." (Las negritas son mías). La frase "*tú eres el que me seguirás*" implica una dimensión de desconocimiento. Se puede responder a ella "*yo soy*", pero en tanto "*yo soy muy precisamente lo que ignoro, porque lo que tú acabas de decir es **absolutamente indeterminado**, no sé a dónde me llevarás*" (pág. 433. Las negritas son mías)

Retomando la película, allí donde no hay margen, o mejor dicho, cuando el sujeto no encuentra un resquicio en el cual poder equivocar el discurso del Otro y lograr alguna vía para efectuarse como tal, lo vemos encaminado sin ningún rodeo o desvío posible hacia lo mortífero. Síntoma, inhibición y angustia, serían algunos desvíos posibles. Desvíos que aunque sufrientes o "sintomáticos", sabemos portan la marca del deseo. Pero Edmund se presenta sobre adaptado. No encontramos en él ningún tipo vacilación

o manifestación sufriente. Y justamente esto -es la respuesta que he podido dar a mi pregunta- es lo que impacta a lo largo de la película.

De alguien en esta posición podemos decir que se encuentra loco. El sujeto no aparece en falta, siendo que la falta de este es correlativa de la falta en el Otro. Más bien actúa con una certeza "loca" que, al revelarse el equívoco y entonces ponerse la misma en cuestión (cuando capta que lo que se le había dicho no era exactamente una orden sino que podía ser interrogado o leído de un modo más equívoco -lo mismo se sostiene suponiendo que hubiera sido efectivamente una orden, no es, por supuesto, la frase en sí lo que importa-) lo llevará a un intento desesperado de salida. Deseando restarse del discurso compacto que le dicta su ser, Edmund no encuentra otra "salida" más que el dejarse caer. Pasaje al acto que lo lleva, paradójicamente, a terminar de realizarse como ser indiviso, ser de objeto desecho que cae de dicho discurso.

Notas

(1) Roberto Rossellini, "*Alemania, año cero*", 1948.

(2) Jacques Lacan, "EL SEMINARIO 3, Las Psicosis", editorial Paidós

Psicanálise e Literatura

María Lucía Homem

Tercer capítulo do livro

"No limiar do silêncio e da letra. Traços de autoria em Clarice Lispector"

A incompatibilidade entre desejo e palavra é um dos nomes do real.

Jacques Lacan

A fim de situar mais precisamente questões relativas à interface entre teoria literária e teoria psicanalítica que bordejam os romances em foco, dedicaremos este capítulo ao detalhamento das nuances dessa confluência.

Graças à psicanálise, uma das noções que contribuíram para outra perspectiva analítica do fenômeno literário é a de inconsciente, conceito, se não inventado ou descoberto, ao menos formalizado por Freud e, a partir daí, colocado numa determinada posição epistemológica. Através da psicanálise, surge uma nova concepção de sujeito, para além do sujeito cartesiano moderno. Nesse sentido, o presente estudo, ao enfocar mecanismos de ruptura com formas representativas tradicionais, deve levar em conta a gênese dessa virada conceitual, abordando o duplo movimento de construção da subjetividade moderna e sua crise.

De maneira geral, a noção de subjetividade privada – embasada na distinção moderna entre o público e o privado – foi forjada nos últimos quatro séculos, na passagem do Renascimento para a modernidade. O sujeito moderno constitui-se nessa passagem devido à própria magnitude da crise nas estruturas vigentes: o Renascimento, com sua inevitável ampliação de horizontes, propicia a sensação de perda de referências, anteriormente calcadas na estruturação hierarquizada e divinizada da realidade. O surgimento da categoria de indivíduo no século XVII – que embasa tanto o cogito cartesiano instaurador da ciência moderna como a noção de autor que se atrelará à produção da arte, da literatura e dos sistemas de pensamento – é fruto de uma série de transformações no campo das ideias e das relações sociais que já estavam em curso e se consolidaram historicamente nesse período. O amplo movimento que ficou conhecido como humanismo renascentista começa por instaurar as bases de mais ampla valorização e confiança no homem, a partir de então menos submetido às forças transcendentais, aos deuses e ao destino e, portanto, mais livre para construir sua história. Aflora a ideia de um mundo interno prenhe de possibilidades, conflitos e profundidade, enfim, uma subjetividade mais alargada (1). Assim, como vimos no capítulo anterior, a partir do século XVI representam-se figuras que demonstram esse alargamento subjetivo, como Hamlet ou Quixote. Na via literária, tal construção se dá numa dupla direção: as narrativas individualizadas nomeiam a riqueza interna possível do humano, ao mesmo tempo que contribuem para a construção de uma vida interiorizada dos leitores.

Como precursores fundamentais da noção de sujeito moderno, podemos destacar, no campo das ideias, Maquiavel (1469-1527), teórico da noção de indivíduo político; Lutero (1483-1546), introdutor da ideia do humano em relação direta com Deus; e Shakespeare (1564-1616), importante cartógrafo do homem tal como o conhecemos hoje, imerso na complexidade de uma maior densidade psíquica, prenhe de conflitos, criações e afetos, enfim, um universo propriamente humano. Na via da ciência, o racionalismo de Descartes (1596-1650) e o empirismo de Bacon (1561-1626), enlaçados ao novo paradigma científico fundado sobre as proposições de Galileu (1564-1642), reforçam a ideia de um sujeito individual e propõem as possibilidades de ação dessa nova subjetividade.

O desenvolvimento da categoria de sujeito na filosofia, notadamente com Descartes, possibilitou a consolidação da categoria histórica e social do indivíduo e vice-versa, estabelecendo-se a inevitável dialética entre conceito e práxis (2). Ocorre assim, no século XVII e XVIII, a formação do contratualismo, majoritariamente com Hobbes, Locke e Rousseau; através do contrato, os indivíduos se juntam e formam a sociedade e o Estado. Em decorrência dessas novas concepções, em última instância iluministas, opera-se no fim do XVIII uma dupla revolução, tecnocientífica e sociopolítica: a Revolução Industrial e as revoluções burguesas. A Revolução Norte-Americana e a Revolução Francesa, com sua Declaração Universal dos Direitos do Homem e do Cidadão, destaca, de forma indubitável, o papel do indivíduo e legitima a ideia da soberania popular inalienável. A revolução almeja consolidar o indivíduo na posição de sujeito da história, dotado de direitos “naturais” e poderes de atuação como indivíduo e cidadão. Na história

literária, podemos situar o romance *Robinson Crusó* (1719), de Daniel Defoe, como emblemático da figura do herói que se coloca como indivíduo autônomo. Nessa medida, o protagonista de Defoe contrapõe-se ao primeiro Fausto (3), lenda germânica baseada na vida de Johann Faust (que viveu provavelmente entre 1480 e 1540), e ao Dom Quixote, figura, em última instância, desadaptada no incipiente mundo moderno, símbolo da crise do sistema feudal. Diferentemente, Robinson Crusó simboliza de maneira mais bem acabada o indivíduo moderno, capaz de utilizar sua racionalidade para enfrentar as intempéries do destino (4).

No entanto, o sujeito da modernidade, centrado e soberano, já se vê questionado de certo modo desde sua constituição. Como prenuncia o pensamento de Montaigne e Erasmo, desenhasse uma corrente crítica que ganha força no século XVIII com o pensamento de Hume e se manifesta no campo da estética, por exemplo, quando os românticos do fim do século XVIII põem em cena os desconhecidos subterrâneos, ou quando Turner cria suas enevoadas telas no início do século XIX. Ou seja, perpassa um longo período desde o estabelecimento de uma subjetividade centrada e coesa até sua crise, que viria a mostrar toda a sua força na virada do século XIX para o XX (5).

Não é por acaso que justamente aí surge a ideia de um sujeito descentrado. É o momento da conceitualização de outra concepção de aparelho psíquico com Freud, que irá operar uma subversão do *tópos* subjetivo, calcado na tríade eu/consciência/racionalidade. A virada freudiana ancora-se em dois conceitos inovadores e, desde sempre, polêmicos, embora incontornáveis: inconsciente e pulsão. Não há mais como se agarrar a um eu consciente que poderia ser plenamente sujeito de suas escolhas e de seu destino. O inconsciente me habita, a pulsão me move. Como diz Lacan, no tocante à pulsão, é questão de uma subjetivação sem sujeito (6). Trata-se de outra forma de conceber a categoria de sujeito, não plenamente ancorado em uma *res cogitans*, coisa racionalista que lhe daria fundamento, e não totalmente envolvido pelo paradigma de identidade, no sentido de não idêntico a si mesmo. Das identidades mais fixas e estáveis do Iluminismo, ele se desloca para a beira do abismo, como diria Nietzsche. Estamos na espiral das identidades fragmentárias que dialogam dialeticamente com a opacidade que cobre o indivíduo na modernidade tardia. Esboça-se, assim, a ideia de um sujeito sem contornos fixos ou fechados, estrutura significativa a deslizar e a se constituir em contínuo processo, tendo na mirada um objeto igualmente marcado pela quebra de um paradigma de identidade e transparência.

O objeto estético, em última instância, opera no contorno dessa irredutibilidade, buscando nomear a opacidade. A literatura mergulha nesse vórtice. Clarice Lispector não está fora de um conjunto de escritores que trabalham o tema da representação, questionando seu campo e seus limites. A crítica (7) já tem observado esse movimento, cuja história vem se delineando através dos séculos, ganhando força no XIX e revelando-se de forma mais explícita contemporaneamente. A indagação sobre os contornos e impasses da representação no âmbito da linguagem atrela-se a um questionamento mais amplo da própria noção de sujeito como ser racional e detentor de um conhecimento “claro e distinto” sobre o mundo, passível de transmissão para uma alteridade. Tal questão estabeleceu-se notadamente na modernidade, ligada ao empirismo e ao desenvolvimento da ciência moderna mecanicista: a busca da representação supõe um mundo ordenado e passível de ser representado, assim como um sujeito “racional” que realizaria esse trabalho e uma linguagem-ferramenta disponível para tal finalidade. Em sua “arqueologia das ciências humanas”, Foucault sublinha que na era clássica, a partir do XVII, a linguagem “entrou num período de transparência e neutralidade” (8).

[O que tornou possíveis] fenômenos superficiais como o racionalismo e o mecanicismo foi uma redução da linguagem a um veículo transparente para as ideias ou para o discurso, mediante o qual um sujeito poderia representar o mundo. Evidentemente, é no modernismo que esse pressuposto básico “desaparece”, na era do retorno da linguagem, em que a literatura atinge os limites da experiência subjetiva, um contradiscurso, uma nova loucura. (9)

No âmbito da arte, surgem novas formas de colocar em xeque as representações anteriormente estáveis, forjando um alargamento nas próprias maneiras de poder ver esse sujeito. Como dissemos no capítulo anterior, na virada do século XIX para o XX, todo o *Zeitgeist* apontava para a queda da visão do homem como centro do universo e ser racional no domínio do mundo, evidenciando o elemento “irracional” que dominava os movimentos artísticos mais expressivos do período, como as correntes impressionistas e simbolistas, numa conjunção do decadentismo *fin-de-siècle*.

A transformação de paradigma formal instaurada pelo simbolismo contou com a mudança da própria concepção de sujeito na virada do século: não mais o ser uno, indiviso e coeso que sustentara o romance tradicional até então, mas um sujeito múltiplo e fragmentado, ponto de fuga de inúmeras (e por vezes contraditórias) sensações e percepções, que abrigava em seu próprio cerne algo desconhecido de si. Não é sem razão que, nessa mesma época, surge a psicanálise, com a formalização de um sujeito dividido, não mais plenamente “senhor de si” (10), mas para sempre se-parado de algo fundamental em seu íntimo (11), presa de um psiquismo por definição calcado na polarização entre consciente e inconsciente. Não podemos deixar de notar ainda a aproximação do registro humano das categorias do “irracional” e do “animal”, propiciada pelas teorias evolucionistas de Darwin, outro teórico importante para a mudança de concepção de sujeito gestada ao longo de todo o século XIX. Na esteira dessa concepção, Thomas Mann sublinha o fato de Freud estar em conexão com as novas correntes de pensamento que despontam nesse século. Nesse sentido, estamos diante de uma segunda revolução (pós-copernicana) na história do pensamento, que deve muito às contribuições de Freud, um dos introdutores do corte epistemológico que rompe com os paradigmas do sujeito racionalista, retirando-o do centro de sua transparência.

A letra e o inconsciente

Há algo no ser que ele próprio desconhece, para sempre estrangeiro em si: gestos, palavras, associações, lapsos, sonhos e até mesmo sintomas constituem o campo possível de emergência do inconsciente, manifestado por meio de formações que se revelam além do domínio do sujeito de uma consciência puramente autorreflexiva. Há um impulso no ser que ele próprio não domina e que, no entanto, habita seu cerne e o faz oscilar no eterno pêndulo entre as forças agregadoras e desagregadoras, vida e morte em comunhão.

Seguindo a trilha de Freud, e incorporando as contribuições de seu tempo, Lacan explicita inter-relações entre a descoberta freudiana e teorias da linguística, da lógica e da filosofia contemporâneas, importantes operadores de leitura do inconsciente e sua estrutura de funcionamento. Para tanto, vai buscar a ideia de significante de Saussure e os paradigmas de Jakobson a fim de repensar a posição do sujeito em relação à cadeia de significantes. Saussure fornece uma importante pedra basal para o pensamento lacaniano ao apontar, entre outras coisas, que o sujeito não é autor pleno de seus próprios enunciados: a língua é um sistema simbólico social, e não individual (12). Dessa maneira, a linguagem antecedeu e transcenderá cada sujeito; sujeito que, além disso, não terá a possibilidade nem de criar os significados das palavras na teia da língua nem de inventar suas normas, tendo de se submeter tanto aos primeiros quanto às segundas para se fazer minimamente compreender. No campo da lógica, Lacan parte da lógica modal de Aristóteles e alcança o conceito de função em Frege para sistematizar diversos operadores da psicanálise, tais como os divisores da sexuação, a lógica fálica e o próprio desenrolar do processo analítico. O falo e as posições em relação à fronteira da falta, masculino/feminino, além das vozes do discurso analítico (ativa, passiva, reflexiva, modal), são alguns dos nós trançados por Lacan com o apoio de tais categorias lógicas. Ele faz uso ainda de inúmeras contribuições filosóficas, de Platão a Hegel, e estabelece igualmente um diálogo constante com seus contemporâneos, entre eles Barthes e Foucault, que, assim como ele, são marcos importantes da teorização do sujeito na segunda metade do século XX.

Dessa maneira, o sistema lacaniano alimenta as (e se alimenta das) teorizações do pensamento nesse momento, radicalizando a ideia de descentramento do sujeito cartesiano e operando em conjunção com a categoria – paradoxal já em sua origem – de um sujeito do inconsciente. A partir daí, o eu adquire, em Lacan, um duplo estatuto conceitual, na esteira de sua leitura da teorização freudiana: categoria de linguagem (o *je*) e agrupamento das construções imaginárias que polarizam as identificações do sujeito (o *moi*). Já o sujeito surge nos interstícios da própria linguagem, no intervalo possível de sua fala, evanescente por excelência.

E aqui retomamos a ideia central da aproximação, discutida no capítulo anterior, entre as teorias contemporâneas sobre o sujeito (fadado a aparições pontuais) e o autor (construção datada na história das trocas simbólicas, econômicas e políticas entre os homens), à qual somam-se o campo do inconsciente e a conexão com a literatura:

O inconsciente é o fato de sermos condenados a repetir um passado que não recordamos e a ter como lembranças o que jamais se repetirá na sua forma primeira. A literatura é o conjunto dos escritos explicitamente agrupados sob o signo da ficção que reelaboram esse passado pulsante de

secreta verdade e que se encontram de maneira direta submetidos à lei de seu desconhecimento.
(13)

Ou seja, uma das grandes contribuições da subversão freudiana e da posterior formalização lacaniana foi, além de delimitar o campo do inconsciente, revelar sua estrutura – de linguagem –, que afeta de múltiplas formas a fala e o fazer humanos. Dessa maneira, o inconsciente torna-se algo acessível à interpretação (14). A via central para que esse trabalho se realize ocorre por meio do discurso do paciente em seu divã. Tem-se aí a dupla basal da metodologia psicanalítica: o analisante fala (descompromissado com o sentido, numa associação dita livre) e o analista incide sobre esse discurso através das pontuações, interpretações e construções que opera sobre ele, não em qualquer momento, mas nos interstícios da fala nos quais algo do inconsciente aflora, nos momentos de “abertura” nos quais o que estava oculto se revela por meio de lapsos, atos falhos, repetições etc., no fluxo incessante da linguagem.

Na literatura também se trata de associação entre palavras e interpretação. As escrituras claricianas, dada sua própria forma, revelam essas linhas de força e constroem um jogo interpretativo em diversas camadas. José Américo M. Pessanha aponta uma analogia entre a organização discursiva de *Água viva* e a “associação livre” de uma sessão de análise. Podemos observar esse modo de operar no seguinte trecho:

No inverno os lobos esfaimados desciam das montanhas até a aldeia a farejar presa. Todos os habitantes se trancavam atentos em casa a abrigar na sala ovelhas e cavalos e cães e cabras, o calor humano e o calor animal – todos alertamente a ouvir o arranhar das garras dos lobos nas portas cerradas. A escutar. A escutar. Estou melancólica. É de manhã. Mas conheço o segredo das manhãs puras. E descanso na melancolia.

Sei da história de uma rosa. Parece-te estranho falarem rosa quando estou me ocupando com bichos? (15)

E Clarice segue um encadeamento de sons e temas. Não estaria aí um outro modo de escrever da autora, uma forma diversa de indagar a literatura? Em carta a Clarice, o crítico assinala:

você se transcendia e se “resolvia” em termos de criação literária; agora a “literatura” desce a você e fica (ou aparece) como imanente em seu cotidiano; você é seu próprio tema – como num divã de psicanalista, em que se fala, fala, sem texto previamente ensaiado. (16)

E, nesse “divã via escrita” (mesmo que não via fala), o inconsciente também está em foco. Podemos, então, estabelecer um elo com as vertentes analítica e autoral, cabendo a pergunta que daria curso à analogia: quem seria o autor do “texto” numa sessão de psicanálise? O analisante? Mais precisamente: seu pensamento, seu inconsciente? Poderíamos dizer que aquele que fala, em análise, não é mais propriamente detentor absoluto de seu discurso, ao menos no nível consciente, mas o eu não se apaga totalmente. Ao longo do percurso analítico, um novo espaço é concedido ao ato falho na fala (para a psicanálise, aliás, um ato bem-sucedido) e novos sentidos vão sendo atribuídos a uma mesma frase ou sonho, que antes estavam ocultos para o ser falante. O sujeito do inconsciente vai se revelando e se constituindo, apesar de seu estatuto “evanescente” (17), presentificando-se de maneira apenas pontual. Partindo de tal enfoque, pode-se iluminar o lugar de “não domínio” absoluto que o autor ocupará nos textos claricianos, revelando-se como sujeito-autor em contínua formação, num processo de busca de seu próprio lugar e, assim, em diálogo constituinte com o narrador e sua personagem, tomando o próprio escrever como objeto a ser apreendido pela escrita. A literatura de Clarice não deixa de ser (como qualquer trabalho, fatura), no entanto, sempre “elaborada”, mesmo que perpassada pelo it inapreensível que lhe serve de motor.

Em *Céu, inferno*, determinadas considerações de Bosi, na esteira da crítica, podem sugerir que a interpretação da obra literária em parte aproxima-se da técnica psicanalítica. Diz ele que “*cabe ao intérprete decifrar essa relação de abertura e fechamento, tantas vezes misteriosa, que a palavra escrita entretém com o não escrito*” (18), ou seja, a interpretação literária se situaria precisamente no enigma de abertura e fechamento da junção da palavra com o além da palavra, que, de certa maneira, também a psicanálise almeja decifrar. A relação entre literatura e mundo é tanto mais arraigada quanto mais condensada a obra, pois quanto mais “*denso e belo é o poema, tanto mais entranhado estará em seu corpo formal o ‘mundo’ que se abriu no evento e se fechou no claro-escuro dos signos*” (19). O intérprete

seria, assim, essencialmente um mediador, se retomarmos a etimologia do termo, que remete a *interpres*, aquele que cumpria a função de “agente intermediário entre as partes em litígio”. O poeta é um mediador, como dizem T. S. Eliot e Pessoa. Mediador que, com o tempo, assumiu a função de “tradutor”, o que transmite análoga mensagem, porém de outro modo. A interpretação, portanto, “*opera nessa consciência intervalar e ambiciosa traduzir fielmente o mesmo, servindo-se dialeticamente do outro. O outro é o discurso próprio do hermeneuta*” (20). Na análise de uma obra literária, tais alteridades permitem buscar o enigmático do texto: a teoria sobre a literatura e a teoria sobre o inconsciente seguem essa trilha, ambas calcadas na palavra, embora de formas diversas.

Numa sessão de análise, o discurso do analisante constitui-se pela palavra falada, encadeado na associação livre. Numa obra literária, o discurso se presentifica pela palavra escrita, texto. Aproximamos a associação livre – encadeamento particular da linguagem, a partir das falas próprias, com a história de cada sujeito, movimento sem diretrizes apriorísticas – do movimento clariciano de escrita destacado no *corpus* em questão, que também não se prende a fronteiras ou limites convencionais da narrativa. Notadamente *Água viva* e *Um sopro de vida* valem-se de tais recursos, em cuja estrutura poderíamos situar associações “livremente desenvolvidas” – embora “livre”, aqui, incida na maneira como o narrador lida com os ditames formais de sua época, subvertendo a narrativa clássica e desenhando outro lugar para o autor, e não “livre”, como no divã, onde se trata de um sujeito do inconsciente que é levado a percorrer as malhas do discurso. Nessa relação há, assim, analogias e diferenças. O narrador, em princípio, seria senhor de seu texto, tendo a prerrogativa de reescrevê-lo, fato impossível àquele que faz associações em uma sessão de análise. A palavra dita (assim como a seta lançada) não pode ser apagada jamais.

Guardadas as devidas proporções e especificidades, sigamos um trecho da “livre associação” clariciano a fim de estabelecer mais detalhadamente a discussão. Propomos um fragmento de análise – que se fará sempre rente ao texto, buscando retomar os significantes centrais postos em jogo, assim como a forma da composição – e, desse modo, esclarecer nossa trajetória de leitura:

Mas esses dias de alto verão de danação sopram-me a necessidade de renúncia. Renuncio a ter um significado, e então o doce e doloroso quebranto me toma. Formas redondas e redondas se entrecruzam no ar. Faz calor de verão. Navego na minha galera que arrosta os ventos de um verão enfeitado. Folhas esmagadas me lembram o chão da infância. (21)

E, dessa maneira, segue-se o constante pensar/narrar/escrever da personagem, em que sugestões de associações sonoras e jogos semânticos (por exemplo, em torno do verão e seu quebranto) entrecruzam-se com jogos linguísticos – encadeando-se significantes tais como verão, danação, chão... Tal forma narrativa se aproxima da escrita automática dos surrealistas, que é, pretensamente, poesia feita com “associação livre”. Eis a *ars poetica* como artefato e instrumento para abarcar o inefável do real, em sua trama múltipla. Observe-se como esse puro jogo significativo – “a partir das” e “em direção às” palavras – ocorre também nas livres associações de *Um sopro de vida*:

“Vitrola”

No disco de vitrola as circunvoluções negras por um triz não se misturam com outros círculos mágicos: e daí sai a aura da música. Eu tenho aura musical. O disco eu o pego e perpasso de leve por pêlos de meu braço e os pêlos se arrepiam eriçados. É que sua aura toca a minha.

“Borboleta”

A mecânica da borboleta. Antes é o ovo. Depois se quebra e sai lagarto. (22)

O trabalho de escrita ocorre quase como se estivéssemos diante de um glossário: vitrola, disco, borboleta, lagarto... E o texto clariciano continua desse modo por várias páginas. Observando mais de perto o fio condutor que ordena o primeiro “verbete” – “vitrola” –, delimitamos uma dupla sequência metonímica: vitrola/ disco/circunvolução/círculo/aura (da música); disco/pêlos/arrepio/aura (da personagem). Partindo de “disco”, ambas chegam a uma interseção dos territórios do sujeito e do objeto que culmina com um encontro visceral: as auras da música e da narradora-personagem se misturam. Há uma relação de similaridade (metafórica) entre disco e aura que se constrói num jogo de contiguidades. E, ainda, as duas auras também revelam uma relação metafórica (aura da música = aura da personagem, que diz “minha aura é musical”). Elas “se tocam” num jogo de associações em que se estabelece, metonimicamente, um ponto de condensação, isto é, por meio desse deslocamento de contiguidades chega-se à metáfora e ao

encontro das “auras”, que aponta para o ideal de junção do sujeito com o objeto – aspecto importante e recorrente na obra clariciana e, como sublinhamos anteriormente, um dos faróis a iluminar o mapeamento de uma corrente estética.

Essa união de sujeito e objeto remete-nos a uma espécie de sentimento oceânico, tal como abordado por Freud em seu *O mal-estar na civilização*, a partir de sua troca com o escritor Romain Rolland. Trata-se de uma sensação de eternidade, um sentimento de algo ilimitado, sem fronteiras: o desejo de “fazer um” com o outro. O sujeito se colocaria dessa forma, mesmo que momentaneamente, como um ser “aurático”, livre da delimitação de seus contornos a portar um véu de indistinção, alcançando assim um estado de união com o mundo e o outro – em outras palavras, com Deus. Estaríamos em um estado em que os contornos seriam indivisos e fluidos, o que forneceria ao ser um estatuto fálico, no sentido de propiciar-lhe uma completude imaginária (23). No entanto, para além do paradigma fálico, há a ideia de letra, tênue bordejamento entre o real que não cessa de não se deixar apreender, o simbólico, que não cessa de buscar a captura, e o imaginário, resistente desenhador da dualidade via imagem. Ou seja, o oceano ilusório de fato não dilui os contornos entre os seres nem se deixa captar pelo funil da letra. Daí a ideia de borda, que pretende dar contorno a um resto não representável – precipitado que resistirá à nomeação, como sabemos desde o “umbigo do sonho” freudiano, aquele incognoscível das formações psíquicas que não se deixam abarcar pela interpretação.

Enfim, diversas conexões podem ser estabelecidas entre o texto e os enfoques literário e psicanalítico. Destacam-se duas vias: a primeira concentra-se numa aproximação de processos (do encadeamento significativo do texto clariciano e do encadeamento da fala sustentada pelo inconsciente); a segunda enfoca uma aproximação de ferramentas (uma teoria literária sobre a obra e uma teoria psicanalítica sobre a estrutura psíquica do sujeito e sua representação, que permitiria usar a psicanálise para refletir sobre o texto). Pode-se pensar que é a primeira situação que, além de ser uma ilustração, justifica a segunda ou, pelo menos, convida à segunda.

Quanto ao arsenal teórico da psicanálise, destacamos determinados conceitos centrais das obras freudiana e lacaniana, entre eles, Inconsciente, Desejo, Alienação, Significante e a relação destes com a polaridade entre Sujeito e Objeto. De Lacan, retomaremos ainda os três registros já mencionados (Real, Simbólico e Imaginário), assim como sua aproximação com a linguística e a lógica. A tríade sujeito/linguagem/inconsciente é fundamental – literalmente, fundamento de subjetividade em sua relação constituinte com o fio metonímico do desejo. O desejo perpassaria constantemente a linguagem, situando assim o lugar a priori vazio a partir do qual se dá a constituição do sentido e, de maneira análoga, do sujeito. Este nasce ligado de tal forma ao Outro (24) (que determina suas origens, seu nome próprio, sua história, sua cultura etc.) que a relação primeira com o Outro passa prioritariamente pelo viés da alienação – alienação no sentido estrito, de tornar “alheio” (de *alius*, outro) algo que seria próprio do sujeito, ou seja, manter no polo da alteridade aspectos que poderiam ou deveriam ser apropriados subjetivamente.

Uma vez que o sujeito vem ao mundo alienado no Outro – dada sua própria condição – é necessário que se opere uma separação. Deve ocorrer, portanto, um processo de constituição do sujeito – ainda que nunca totalmente moldado, delineado e concluído – que vai se “descolando” das falas e do corpo do Outro e fazendo a si mesmo, com seu estilo próprio e único. Essa lenta construção não se dá sem a mediação da linguagem e a apropriação, por parte do sujeito, de significantes que, no princípio, localizam-se do lado da alteridade e do simbólico como tesouro dos significantes. A fim de delimitar tal lugar de constituição do sujeito, utilizaremos ainda a tensão entre o sujeito do enunciado e o da enunciação – na qual essa formação é tematizada e refletida –, evidenciada pelo espelhamento entre o dito e o dizer, passando pelo “meio-dizer” (25) abordado por Lacan. Tais temas percorrem a obra clariciana de diversas formas e em momentos, como na tentativa da narradora de *Água viva* de captar o “x” ou o “é da coisa”, nas idas e vindas da história de Macabéa e sua alienação ou no delineamento da personagem Ângela pelo Autor.

Temos assim uma tensão quase contínua entre o real e o simbólico, que por vezes parece buscar parada no imaginário (26). O registro do *Imaginário*, para a psicanálise, circunda aquilo que é da ordem da identificação (que se dá primariamente com imagem), do narcisismo, e envolve uma relação especular e, portanto, dual (e, nesse sentido, sem fazer apelo a um terceiro elo lógico, mecanismo próprio do simbólico) e das construções da fantasia. Na análise literária, constituirá basicamente a fábula, o estofado da trama, com seu tempo, espaço e personagens imaginariamente criados. No entanto, cenas e imagens são veiculadas por palavras e levam ao Simbólico, que se liga, nessa acepção, à função da linguagem, em especial à do significante, que compõe o texto como tal. Já o Real, é justamente aquilo que não se diz, ou

melhor, que não se pode dizer, para o qual há falta de significante (27). No jogo dos três registros, o simbólico opera justamente na tentativa de simbolizar o real, esse “inominável”.

A luta entre as palavras e as coisas, entre o simbólico e o real, revela sempre um “âmago silencioso”, resto que limita e impulsiona. É no enquadre desse conflito basal que se faz a obra clariciana, e isso se explicita especialmente em seus últimos romances. Neles transparece a busca constante de expressar algo de forma a “transcender” a palavra, a consciência e o pensamento: “Tenho de dar o mergulho de uma só vez, mergulho que abrange a compreensão e sobretudo a incompreensão. E quem sou eu para ousar pensar? Devo é entregar-me. Como se faz? Sei porém que só andando é que se sabe andar e – milagre – se anda”.

Em *A hora da estrela* e *Um sopro de vida* também se manifesta o conflito entre o real e o simbólico, ou entre um “contato interior e inexplicável” e a palavra. Mesmo em uma obra em que há colorações imaginárias marcadas, com um enredo mais estruturado – a história da estrela Macabéa –, a oposição entre real e simbólico ganha a cena em diversos momentos ao longo do romance: “*A minha vida a mais verdadeira é irreconhecível, extremamente interior e não tem uma só palavra que a signifique*” (28).

Os três registros foram entrelaçados por Lacan na figura topológica do nó bor-romeano, figura topológica cujos três elos se enlaçam de tal forma que, ao se romper um deles, os outros dois também se soltam. Nesse sentido, além do par real/ simbólico, há o imaginário que vem compor a estrutura, formando os três elos que se interconectam e pretendem “estabilizar” o sistema. Ou seja, por mais que na obra clariciana se releve a oposição entre real e simbólico, não há como o imaginário não estar presente nela. Além de ser o próprio estofo da literatura, a autora, na busca de significar o real, acaba tecendo quase uma imagem, com tentativas diversas de tradução da palavra (traço geométrico, música...), metáforas (similaridades) e metonímias (fala de qualidades que pertencem à coisa, na impossibilidade de falar da própria coisa). Seu texto carrega significativas elaborações imagéticas – pinceladas de fábula –, traços de trama jogados lá e aqui, à semelhança de uma pintura abstrata, segundo uma de suas metáforas recorrentes. Portanto, toca sempre o registro do imaginário, ainda que de forma por vezes diluída, não estruturada – o que nos leva a reencontrar o tríplice nó borromeano. Explorar as formas de conjugação dos três registros é uma das vertentes que procuraremos seguir, à medida que a escrita de Clarice assim demande, embora por vezes seu eixo básico se oriente notadamente pela inter-relação constante e quase exaustiva entre o simbólico e o real.

Recorreremos, ainda, a partir do entrelaçamento dos três registros e do circuito desejante, à noção de Objeto. Teorizando sobre um “objeto desde sempre perdido”, Freud o aproxima da Coisa, *Das Ding* (29), também focalizada por Lacan, como uma “realidade muda” (30). O conceito nos possibilita iluminar aspectos por vezes obscuros do universo clariciano, prenhes de silêncio e do que denominamos “não palavra”, próxima, por vezes, do arcaico, do primário, do “antes da palavra”, do caos mudo. Como diz Leyla Perrone-Moisés:

Enquanto escritora, Clarice não acreditava nem um pouco na capacidade da linguagem para dizer “a coisa”, para exprimir o ser, para coincidir com o real. O que ela queria – ou melhor, “devia”, já que escrever era, para ela, missão e condenação – era “pescar as entrelinhas” (31). O que ela buscava não era da ordem da representação ou da expressão. Ela operava emergências de real na linguagem, urgências de ver. Resta ao leitor receber suas mensagens em branco, e ouvir o que de essencial se diz em seus silêncios (32)

Não palavra que, no entanto, em conjugação com o espinho do silêncio, faz-se escrita, reveladora da vida. Clarice não deixa de estar sempre em luta ferrenha e expressa pela e através da palavra, aliás, instrumento fundamental de trabalho na fatura de um texto. Um trecho de *A hora da estrela* explicita esse projeto:

Não se trata apenas de narrativa, é antes de tudo vida primária que respira, respira. Material poroso, um dia viverei aqui a vida de uma molécula com seu estrondo possível de átomos. O que escrevo é mais do que invenção, é minha obrigação contar sobre essa moça entre milhares delas. E dever meu, nem que seja de pouca arte, o de revelar-lhe a vida (33)

Em suma, na tentativa de apreender pela escrita a “vida primária”, o it, o “é da coisa”, e captar o “instante-já”, Clarice também estaria envolta na incessante tarefa humana de, através dos veios simbólicos e imaginários, captar o real, inapreensível por excelência, que, no entanto, nos impulsiona paradoxalmente para o próprio ato da escrita. *Água viva* também explora essa questão:

Não sei sobre o que estou escrevendo: sou obscura para mim mesma. Só tive inicialmente uma visão lunar e lúcida, e então prendi para mim o instante antes que ele morresse e que perpetuamente morre (34)

História não te prometo aqui. Mas tem it. Quem suporta? It é mole e é ostra e é placenta. Não estou brincando pois não sou um sinônimo – sou próprio nome. Há uma linha de aço atravessando isto tudo que te escrevo (35)

Nesse movimento, o imaginário, presente em qualquer narrativa e forjando o próprio estofado da trama, por vezes se dilui, chegando a extremos, conforme se vê na citação. Aí, basicamente há um narrador que fala e refala, tecendo complexas considerações a respeito da existência e da escrita: “história não te prometo aqui”, ou seja, a ordem da fábula, do imaginário, volatiliza-se. O imaginário parece diluir-se até atingir um ponto de ausência, sempre sustentado pelo simbólico, pois estamos diante de um texto escrito, ainda que se sugira seu esvaecimento, seu silenciamento...

Logo, tal escrita, nos limites da fluidez, rodeia o real que não deixa de constituir o cerne pulsante em jogo nesse movimento. Todavia, há aí algo de paradoxal, uma vez que toda escrita é simbólica, isto é, há um impossível de representar que é, ao mesmo tempo, o que move as tentativas da linguagem de, entre outras coisas, apreender o objeto. Nesse sentido, reafirma-se continuamente a busca de uma forma, de um it, que, no entanto, não se perfaz. Como se o narrador soubesse bem não ser possível alcançar a Coisa, tarefa vã.

O que está em jogo de modo mais recorrente nos últimos romances de Clarice Lispector é justamente o questionamento dos limites da linguagem para expressar o mundo e a colocação em cena, no interior da obra, do lugar do autor enquanto criador do texto literário que mobiliza tais impasses. A partir daí, lança em circulação um convite – por vezes um apelo – à implicação do leitor, contribuindo assim para tornar complexo tal movimento dialético entre identificação e distanciamento. Como se a obra não pudesse deixar de sustentar uma trama de questões fundamentais: quem fala, o que fala, para quem e para que fala. Em outras palavras, a obra evoca continuamente uma indagação a respeito do que pode ser dito ou escrito – pela representação através da linguagem – e a respeito de quem fala por meio do texto, situando os meandros da enunciação. Ou, segundo Lacan, o que fala “*dans celui qui parle*” (naquele que fala). O Eu não é completamente senhor em sua própria morada, como dizia Freud. Lacan segue essa trilha quando pergunta o que ou quem fala através daquele que enuncia um discurso, explicitando o descompasso entre o ser de razão que organiza a fala – o Eu do discurso que pensa ser mestre de sua fala – e esse algo que fala no e através do sujeito, a despeito dele próprio. Desde seu primeiro seminário, Lacan se interroga sobre “*o que fala no homem*” (36). Num momento posterior de sua obra, retoma a pergunta, respondendo-lhe da seguinte forma:

Qual é essa parte, no sujeito, que fala? A psicanálise diz: é o inconsciente. Naturalmente, para que a pergunta tenha sentido, é necessário ter admitido que o inconsciente é algo que fala no sujeito, mais além do sujeito, e inclusive quando o sujeito não sabe disso, e que diz mais do que se supõe (37)

No escopo deste trabalho, a questão coloca-se em relação ao texto: “O que fala em mim que escrevo?”. O processo de forja da escrita pode, assim, revelar o não domínio pleno sobre aquilo que brota em sua montagem criativa, acentuando que tanto ao sujeito falta controle total sobre o processo de representação quanto à palavra não é dado tudo dizer. Reconhecendo tais limites, inerentes ao próprio estatuto da linguagem, o autor poderia se deslocar da onipotência autoral para outros lugares, podendo haver inclusive uma explicitação de seu papel na narrativa. Ao fazer da escrita o espaço para a indagação sobre o ato de escrever, ao revelar a fragilidade de seu processo, ele desestabiliza seu *tópos* autoral, porque duvidar da ação é inevitavelmente duvidar do agente que, até então, nela se fundava. Instala-se a dúvida, ao mesmo tempo que se ascende a uma outra curva da espiral do processo criativo, pois, ao saber algo da não estabilidade e transparência do *topos* autoral (isto é, ao ser mais consciente de uma porção inconsciente), o sujeito não deixa de revelar um grau mais ampliado de consciência.

Enfim, o autor se complexifica e trabalha justamente com esses fios, tornando-se, assim, personagem: passa a fazer parte da própria trama, configurando-se personagem-autor e ampliando o escopo da tarefa de criar e conduzir o narrar, transformando-o em matéria-prima, tal como amplamente explicitado nos romances que formam nosso *corpus*. Os encontros entre elementos da psicanálise e dos romances de Clarice parecem bastante frutíferos, solicitando leituras analíticas mais aprofundadas. Passemos a elas.

Notas

1 Ver, entre outros, Harold Bloom, *Shakespeare: The Invention of the Human* (Nova York, Riverhead, 1999); Charles Taylor, *As fontes do self: a construção da identidade moderna*, cit.; William R. Everdell, *The First Moderns*, cit.; Luís C. M. Figueiredo, *A invenção do psicológico: quatro séculos de subjetivação* (São Paulo, Educ/Escuta, 1992).

2 Ver Louis Dumont, *Individualismo: uma perspectiva antropológica da ideologia moderna* (Rio de Janeiro, Rocco, 1993) e William R. Everdell, *The First Moderns*, cit.

3 E diverso do “bom” herói eternizado por Goethe três séculos depois, num poema dramático publicado em duas partes, em 1808 e 1832 (5. ed., Belo Horizonte, Itatiaia, 2002). Ver Ian Watt, *Mitos do individualismo moderno: Fausto, Dom Quixote, Dom Juan, Robinson Crusó* (Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1997).

4 Ver Ian Watt, *A ascensão do romance*, cit., e *Mitos do individualismo moderno*, cit.

5 Afirma José Corrêa Leite, *Ação política e emancipação humana no pensamento socialista*, cit., ao enfocar a grande ruptura que se deu na virada do século: “temos nas artes, de um lado, a mudança radical representada pelo nascimento das formas de cultura de massa (como, por exemplo, o surgimento do cinema, a difusão da fotografia e do fonógrafo, a constituição dos gêneros musicais ‘populares’); de outro, ‘as avant-gardes dos últimos anos pré-1914, que marcam uma ruptura fundamental das artes eruditas desde o Renascimento’. Nas ciências, a física quântica subverte as bases do modelo newtoniano, positivista, materialista, determinista, possibilitando previsibilidade, baseado em simetrias e na repetibilidade dos fenômenos, iniciando o debate moderno da filosofia das ciências. A psicanálise subverte a identificação entre ego, razão e consciência, base da visão tradicional do sujeito. Peirce e Saussure inauguram a análise da lógica do discurso e da linguagem. Surgem a fenomenologia e a filosofia analítica, em *ibidem*, p. 145. Mais adiante, ele sublinha a relação entre tal mudança de paradigma e um “abandono mais geral e dramático dos valores, verdades e maneiras estabelecidos e longamente aceitos de encarar o mundo e estruturá-lo conceitualmente. Pode ser puro acaso, ou escolha arbitrária, que a teoria quântica de Planck, a redescoberta de Mendel, as *Logische Untersuchungen* de Husserl, a *Interpretação dos sonhos* de Freud e a *Natureza morta com cebolas* de Cézanne pos- sam todos ser datados de 1900 [...] a coincidência de inovações dramáticas em diversas áreas não deixa de ser impressionante”, em *ibidem*, p. 356.

6 Ver Jacques Lacan, *Le séminaire, livre XI: les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse* (ParisSeuil, 1973), p. 167

7 Ver, entre outros, Erich Auerbach, *Mimesis: a representação da realidade na literatura ocidental* (3. ed., São Paulo, Perspectiva, 1994); e Davi Arrigucci Jr., *O escorpião encalacrado*, cit.

8 Michel Foucault, *Les mots et les choses: une archéologie des sciences humaines* (Paris, Gallimard, 1966), p. 57[ed. bras.: *As palavras e as coisas*, 10. ed., São Paulo, Martins, 2007]. Nessa obra, o autor estabelece ainda um elo entre a questão da representação e a consolidação de um tipo de discursividade específica, a partir da gramática de Port-Royal.

9 John Rajchman, *Foucault: a liberdade da filosofia* (Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1987), p. 28-9.

10 Ver Sigmund Freud, “Uma dificuldade no caminho da psicanálise” (1917), em *Oeuvres complètes* (Paris, PUF, 1998).

11 O que Lacan denomina “êxtimo”, num jogo de palavras que traz à tona a exterioridade do que há de mais “íntimo” no sujeito.

12 Ver Ferdinand de Saussure, *Cours de linguistique générale* (Paris, Payot, 1995).

13 Jean Bellemin-Noël, *Psychanalyse et littérature* (Paris, PUF, 1978), p. 121.

14 Na esteira de Freud e Lacan, que trabalham com essa questão, temos ainda Julia Kristeva, Pierre Glauques, Pierre Bayard, Jean Bellemin-Noël, Malcom Bowie etc.

15 Clarice Lispector, *Água viva*, cit., p. 61.

16 Nádia Gotlib, *Clarice: uma vida que se conta*, cit., p. 406.

17 Essa forma de apresentação se dá pela própria estrutura do sujeito: dividido pela linguagem, cindido em seu desejo e detentor de um aparelho psíquico composto a priori de diversas instâncias: consciente, pré-consciente e inconsciente. Ver Sigmund Freud, em especial o artigo sobre a “Metapsicologia” (1915), em *Oevres complètes*, cit., e Jacques Lacan, *Le séminaire, livre XI*, cit., (Paris, Seuil, 1973), capítulos XV a XIX.

18 Alfredo Bosi, *Céu, inferno*, cit.

19 Ibidem, p. 286.

20 Ibidem, p. 277.

21 Clarice Lispector, *Água viva*, cit., p. 30.

22 Idem, *Um sopro de vida* (3. ed., Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1978), p. 115.

23 No tocante à noção de “aura”, ver as proposições de Lacan sobre o conceito de belo – véu diante da castração – no seminário sobre a ética da psicanálise, aula 18, “A função do belo”, dada em 18 de maio de 1960. Para uma análise mais detalhada da relação de união e separação entre os polos sujeito e objeto e o ideal de uma “não delimitação”, ver os capítulos de análise, em particular sobre *Água viva*. Neste momento, apresentamos somente um primeiro voo analítico a fim de explicitar algo de nosso modo de operar a leitura textual a partir da interface entre literatura e psicanálise.

24 O Outro como o lugar simbólico que enredará e assim determinará o sujeito, que sempre lhe será posterior. A linguagem, o significante e a lei antecedem o sujeito que, ao nascer, acabará por se mesclar a essas marcas e será tatuado por essa trama de múltiplas significações.

25 No original francês, “*mi-dire*”; expressão que traz à tona o movimento sempre dialético e incabado do dizer, em sua tentativa de captar o ser: ao mesmo tempo que diz A, o sujeito deixa de dizer a totalidade de A, pela própria impossibilidade de a linguagem abarcar o mundo, de modo que o sujeito diz, na verdade, B. O enunciado não corresponde à intenção primeira da enunciação, pois, no momento mesmo que dizemos algo ou nomeamos algo, deixamos de dizê-lo ou captá-lo: algo está perdido para sempre, tornando assim a enunciação sempre incompleta. Em suma, sempre que dizemos, dizemos pela metade, é um meio-dizer; sempre que buscamos definir o ser, falhamos.

26 Real, Simbólico e Imaginário são os três registros que compõem o universo em que se movimenta o ser falante (R.S.I., como nomeados em um dos últimos seminários de Lacan). O Imaginário congrega as imagens formadoras, em última instância, dos contornos que dão consistência ao Eu; o Simbólico é o “tesouro dos significantes”, o lugar da linguagem e do discurso; o Real é da ordem do impossível, do que não pode ser dito ou transformado em representação. Lacan revisita as tópicas estruturadas por Freud, retrabalhando os registros que abordarão o psiquismo. Freud havia elaborado as denominadas primeira e segunda tópicas do aparelho psíquico. A primeira data do início de sua obra (*A interpretação dos sonhos*, 1900), consistindo na estruturação do psiquismo como Consciente, Pré-Consciente e Inconsciente. Sem a

abandonar, Freud afina seu aparato teórico e constrói uma segunda hipótese de trabalho, levando em consideração o *tópos* psíquico: Id, Eu e Supereu (ver “O Eu e o Id”, 1923). A partir de tais elaborações, Lacan desenvolve sua “trilogia”, os três registros do psiquismo ou as dimensões do espaço habitado pelos seres falantes.

27 O conceito de Real equivaleria aqui ao resto, ao que retorna sempre, a algo que “não cessa de não se escrever”, como se houvesse sempre algo por trás da palavra que a impulsionasse e, simultaneamente, buscasse se inscrever/escrever, mas, não tendo sucesso nessa operação, seria para sempre não inscrito, não escrito. Essa frase situa-se num momento preciso da obra lacaniana, em que eram feitas conjunções entre possíveis metáforas do inconsciente e o campo da linguagem, seja pelo ato da escrita, seja pelo rigor da letra. Nesse sentido, haveria algo que nunca seria passível de uma escrita plena e última, completa: esse algo – ou it, ou cerne, ou osso, para usar terminologias de Clarice e de Lacan – seria assim um propulsor da linguagem (“aquilo que não cessa”) ao mesmo tempo que um testemunho do contínuo fracasso de uma pura transparência (“de não se escrever”). Cabe aqui recuperar Foucault, num paralelo com a afirmação de Lacan. No esforço de manifestar o impronunciável, surge outro ciclo: o de um autor que, nesse embate com a linguagem, tenta jogar com seu próprio lugar, sua “presença”, inscrevendo-se no papel de personagem e, ainda assim, “não cessa de desaparecer”, como diz Foucault. Note-se ainda que Lacan estava presente na conferência de Foucault sobre “O que é um autor?” quando tal a expressão foi usada.

28 Clarice Lispector, *A hora da estrela*, cit., p. 15.

29 Entende-se “desejo” como uma falta inscrita na própria fala e como efeito da marca da linguagem sobre o ser falante, instaurando assim um vazio estrutural que levaria o sujeito a buscar preenchê-lo com uma série de “objetos” diversos. O Objeto, no entanto, não aparece como tal no universo humano, mas sim enquanto objeto da pulsão, objeto de amor, objeto do desejo, objeto de identificação... Em contraposição com o conceito de Objeto, tem-se a Coisa (*Das Ding*), que seria da ordem do absoluto, o objeto perdido correlato de uma satisfação mítica e definitiva (logo, impossível).

30 Jacques Lacan, *Le séminaire, livre VII: l'éthique de la psychanalyse* (Paris, Seuil, 1986), p. 72.

31 Clarice Lispector, *A descoberta do mundo* (Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1984), p. 605.

32 Leyla Perrone-Moisés, *Flores da escrivaniinha* (São Paulo, Companhia das Letras, 1990), p. 177.

33 Clarice Lispector, *A hora da estrela*, cit., p. 17-8.

34 Idem, *Água viva*, cit., p. 27.

35 Ibidem, p. 45.

36 Jacques Lacan, *Le séminaire, livre I: les écrits techniques de Freud* (Paris, Seuil, 1975), p. 159.

37 Idem, *Le séminaire, livre III: les psychoses* (Paris, Seuil, 1981), p. 34.

Psicoanálisis y sociedad

Presentación sección "Psicoanálisis y Sociedad" Consejo de Redacción de Acheronta

En esta sección hemos reunido una serie de artículos que abordan la relación del psicoanálisis, o los psicoanalistas, con lo social.

En [Imposible de decir. Una correspondencia entre la gramática y la sexualidad](#), **Helga Fernández** ahonda en la articulación entre inconsciente y sexualidad. Aborda las resistencias que la sexualidad introducida por el psicoanálisis ha suscitado y suscita todavía, como modos de rechazo al inconsciente, tendiendo en todos los casos a un horizonte totalizador. Así sostiene que *"...considerando que el inconsciente con su respectiva realidad sexual, no es del orden de lo que podría descubrirse de una vez y para siempre, entiendo que la responsabilidad ética de los analistas ha sido y será facilitar las condiciones de una nueva irrupción, para lo cual además de continuar con el psicoanálisis en intención más allá de lo que acontezca por fuera de éste, se hace indispensable también, en el marco del psicoanálisis en extensión, mostrar cuáles son las armas con las cuales el psicoanálisis resiste al psicoanálisis, así como también aquellas con las cuales la contemporaneidad, en la que quienes practicamos el psicoanálisis también nos encontramos insertos, rechaza al sujeto."*

Haciendo uso de desarrollos lacanianos ubicará cómo en los mismos la sexualidad y el inconsciente encuentran una nueva articulación *"...debido a que, al no dejar de no inscribirse la inexistencia de la relación sexual, ésta es fundamento de la existencia del inconsciente. En el cual, al estar estructurado como un lenguaje, no existe nada que haga posible escribir a La mujer como función universal. Así dicha imposibilidad lleva a condicionar el goce sexual, en tanto que surge como mito el goce absoluto. Esta disyunción del goce sexual es correlativa de la lengua como real. Es decir que el goce del inconsciente como "otra satisfacción", se sostiene ahora en el lenguaje. A través de esta reinvencción establece una objeción al Todo, dándole un estatuto fundamental al no-todo a partir de lo imposible. Lo que a su vez produce como efecto, también la diferenciación con quienes y a hacia quienes instrumentan "el lenguaje del dominio" y "el poder de la palabra" para provocar efectos coercitivos que facilitan por ejemplo, la colonización, la globalización, o la imposición de cualquier otra ideología oficiante. Lo cual en la actualidad se lleva a cabo por medio de "innovadoras políticas educativas" y de "educadoras políticas normativizantes", las que en nombre de una facilitación pedagógica o de una mejor calidad de vida para la ciudadanía, hacen de lo imposible, o bien una prohibición, o bien una exigencia. Que no sólo se aplica en forma directa a lo que cotidianamente se menciona como sexual, sino fundamentalmente al lenguaje."*

Helga Fernández

Psicoanalista. Miembro de la *Escuela Freudiana de la Argentina* y responsable de la secretaría de Jornadas y Congresos del Directorio de la misma, desde el 2011.

Publicó diversos trabajos en distintas revistas y libros de publicación conjunta, tales como: "La Carta del Inconsciente"; "Lalangué"; "La mosca"; "El hilo en el laberinto. Una lectura del seminario X"; "Revista Umbral/El lado oscuro del teatro"; "Con-versiones", Revista Transdisciplinaria; "La Única"; "Lapsus Calami", y otras. Desde el 2008 hasta el 2011 estuvo a cargo de los grupos de trabajo: *¿De qué lenguaje se habla?* y *Lo que la teoría no comprende y, actualmente, dicta clases en seminarios y grupos de trabajo de la E.F.A. Supervisora y docente del equipo de adultos del Htal. Provincial "Luisa C. de Gandulfo", en pasantía conjunta del Htal y E.F.A*

Email: helgaf@hotmail.com

(Argentina)

En la [Entrevista a Daniel Gerber](#), realizada por **J. Ramón Rodríguez**, en el contexto de un seminario impartido en el Centro de Atención y Formación Psicoanalítica en febrero de 2013, se aborda el desarrollo del psicoanálisis en la sociedad, el desarrollo y función de las instituciones de psicoanalistas, y la influencia de las nuevas modalidades comunicativas y culturales

Daniel Gerber

Psicoanalista. Miembro de la Red Analítica Lacaniana de México, A.C. Autor de *"El psicoanálisis en el malestar en la cultura"*, Ed. Lazos, Buenos Aires

Email: alikcruz@gmail.com
(México)

En el texto "*¿El analista en el banquillo?*", **Alexander Cruz Aponasenko** se interroga por las preguntas de los analistas de hoy: ¿A qué cuestiones intentan responder los analistas de hoy? ¿Qué valor se le da hoy a esta clase de interrogación? En el caso de un analista novel, ¿Qué preguntas aparecen en primer plano? ¿Sigue vigente, por ejemplo, la pregunta por el inconsciente, por el significante, por el lenguaje, por la sexualidad? ¿O es que se ha llegado a un momento de mera repetición de fórmulas canónicas? ¿Debe el analista pasar al banquillo? El autor sostendrá que el analista tiene responsabilidades y debe dar cuenta de su experiencia. Su responsabilidad no es tan solo ante la cura sino para con el psicoanálisis mismo. *"Pasar al banquillo implica dar cuenta de algo. Para el caso, dar cuenta del tránsito por la experiencia. Dar cuenta de la experiencia, en la actualidad, implica el ser evaluado, el ser comparado con otros discursos. Y esto es algo a lo que muchos analistas rehuyen."* Oponiendo la vía del discurso universitario -que imparte un camino de un saber que se pretende sin equívoco y orienta hacia una anhelada comprensión-, a la idea de "seguir los pasos" de un autor, idea que toma de Heidegger, quien plantea que para acceder al pensamiento de un autor "es necesario seguir sus pasos. Recorrer el camino que ese pensador recorrió. Es necesario hallar al pensador para después perderlo. Y en ese proceso arribar a lo no-pensado de ese pensador particular." Oponiendo esas dos vías, Alexander Cruz Aponasenko nos dirá que "Si seguimos a Heidegger y proponemos que un analista es alguien que transita, que es un "transeúnte" en el sentido del filósofo. Entonces lo que un analista transita es una experiencia, una praxis. Eso lo convierte en un practicante. Alguien que va, que sigue un camino." Y así, tomando la idea del analista "útil" de Laurent, concluirá que "Si los analistas no nos formamos para tomar partido en los debates, si no hacemos del discurso analítico algo que es definitivamente una praxis. Si no devenimos "analistas útiles", ¿cómo pueden sostenerse los espacios públicos a los que la experiencia analítica ha accedido? Si el analista es útil en el sentido propuesto por Laurent, entonces es compatible con los modernos espacios públicos, sean estos, salud, cultura e incluso ética. El análisis tendría que poder salir del exilio de sí mismo (Laurent, 2000) al que fue arrojado por los ideales de una práctica no desarrollada sino copiada, no pensada en un tránsito sino calcada de las imágenes de los precursores."

Alexander Cruz Aponasenko

Psicólogo. Especialista en violencia familiar UNAB. Maestrando en Psicoanálisis UBA. Miembro del Espacio de Investigaciones en Psicoanálisis del Centro de Salud Mental N° 1 "Dr. Hugo Rosarios". Miembro del Programa de Violencia Familiar de la Municipalidad de San Fernando
Email: alikcruz@gmail.com
(Argentina)

En "*D.S.M.: Des-subjetivación en Salud Mental*", **Marcos Giudici** se apoya en desarrollos foucaultianos y lacanianos para realizar una crítica a una concepción de la salud mental que se inclina ante poderes económicos y se encamina hacia una pretendida unificación y universalidad a costa de desestimar cada vez más la singularidad del padecer humano. Así denuncia la predominancia de "criterios estadísticos de diagnósticos que, promovidos por industrias farmacéuticas, pretenden la normalización del deseo inconsciente y la estandarización de los modos del goce". Ante este panorama, el psicoanálisis ofrece una respuesta diferente "Con el psicoanálisis los invitamos a una clínica diferente. Una clínica de la escucha. Buscamos entre los dichos de nuestros pacientes aquellas sutilezas que nos brinden un pequeño índice de su subjetividad, de su deseo, de su modo de gozar, su forma de padecer, su placer en el displacer, su manera particular de invocar a través de su síntoma su propia verdad".

Marcos Giudici

Lic. en Psicología. Residente Psicología Provincia de Buenos Aires
Email: lic.mgiudici@gmail.com
(Argentina)

Imposible de decir

Una correspondencia entre la gramática y la sexualidad

Helga Fernández

En el artículo titulado *Historia del Movimiento Psicoanalítico* Freud se retracta por haber adjudicado años antes el origen del psicoanálisis al Dr. Josef Breuer, para lo cual de un modo irrevocable expresa : "**El Psicoanálisis es, en efecto, obra mía**". Pero lo más elocuente, además de la sensatez de la afirmación, es que la misma se encuentra *autorizada* en el hecho de que todas las acusaciones, reproches, insultos, críticas, agravios, disgustos..., y otros atributos -como se lee, innumerables- proferidos para la teoría psicoanalítica se dirigieron exclusivamente hacia su persona. Quien lejos de distribuirlos o encomendarlos a otros se ha considerado "el único autor responsable de sus caracteres fundamentales". Entendiendo que estas reacciones de repulsa han sido ocasionadas por lo que del mismo modo fue la verdadera motivación de su separación de Breuer: *especificar la importancia de la sexualidad en la vida anímica*. Especificación que fue sosteniendo cada vez con mayor decisión y en la que perseveró (*Haftbarkeit*) (1) hasta el final de sus días.

Freud, hace coincidir el inicio del psicoanálisis, diferenciándolo de un momento pre-psicoanalítico, con la introducción de la sexualidad como una de las piedras angulares del discurso. Al tiempo que no atribuye esta aportación que turbó el sueño del mundo, a la agudeza de la observación clínica, ni a sus dotes de investigador calificado, como tampoco a la casualidad que suele preceder a los descubrimientos, sino a su posición ética que no supuso retroceder sino decir sobre lo innegable de su existencia, con la consecuencia inaugurante, que sabemos, éste acto conlleva. Los siguientes párrafos, extraídos de sus líneas, así lo expresan:

"..en una de las reuniones nocturnas en las que Charcot invitaba a sus discípulos y amigos, el maestro frente a lo relatado por uno de ellos, sobre los síntomas de una paciente dijo: *Mais, dans des cas pareils, c'est toujours la chose génitale, toujours..., toujours..., toujours.* Y al hablar así cruzó sus manos sobre el vientre y movió dos o tres veces el cuerpo con su peculiar vivacidad. Recuerdo que durante un momento quedé poseído del más profundo asombro y me dije. "Pero si lo sabe, ¿por qué no lo dice nunca?""(2)

Pero Freud provocó una *subversión del sujeto*, no sólo por autorizarse a decir lo que otros no, sino fundamentalmente porque hasta el momento nadie había considerado de ese modo, ni en forma pública ni privada, tanto al inconsciente como a la sexualidad. Los cuales desde el comienzo de la construcción de la teoría se ocupa de conjugar, denotando su solidaridad. De hecho, ha escrito al mismo tiempo, en el año 1905, *El chiste y su relación con lo Inconsciente y Teorías sexuales infantiles*. Dos artículos a partir de los que muestra dicho anudamiento: por ejemplo, en el primero, en la aseveración de que las técnicas de conformación del chiste son en sí mismas generadoras de placer, lo que se evidencia por ejemplo, en la descarga facilitada por los movimientos espasmódicos que produce la risa; y en el segundo, porque advierte que los mitos contruidos por los niños o los pueblos, acerca del origen de la vida, se enlazan a las sensaciones corporales determinadas por la primacía de alguna u otra pulsión parcial.

Este cuerpo al que hace referencia, no se aparea con el del discurso de la medicina, ya que por el contrario para el psicoanálisis, la diferencia sexual no habita en el amuro de la anatomía; ni en los genes, a los que los hombres le adjudican sus propios códigos, para hacerlos secundariamente a aquellos poseedores; como tampoco en el sistema endocrino, con lo cual su entrada en escena ya no coincide con la aparición en la pubertad de los llamados caracteres sexuales secundarios. Pero la sexualidad de la que se trata, tampoco es equiparable con la del instinto, por lo cual a falta de la periodicidad del celo se imprime un esfuerzo de trabajo constante, cuya meta no empieza ni termina en la reproducción sexual, ni se encuentra soldada a un objeto predeterminado, sino más bien a la falta de objeto y al objeto como falta. Es decir que de ningún modo la sexualidad se remonta a un origen pre-discursivo, y en todo caso dicha anterioridad radica en una suposición mítica, que no deja de estar apoyada en la palabra misma.

Justamente por advertir que el planteo natural no basta para rodearla parece proseguir con el intento el discurso cultural. El cual en rasgos generales, entiende la diferencia sexual como establecida y

consensuada a partir de las funciones, cualidades, roles, modas y hasta por las estrategias políticas ideadas de acuerdo a las necesidades de la época, por ejemplo al control de la natalidad, o a la inclusión de las mujeres en el mundo de la producción. Subsumiendo, de este modo, la sexualidad a la arbitrariedad social e histórica, quien si no se propusiera establecer la diferencia la misma se borraría, según su lógica misma. Al tiempo que tampoco bastaría para denotarla por estar condenada a los acontecimientos futuros que impiden la conclusión de su establecimiento.

Así, otro modo de resistirse a la sexualidad de la que se trata se facilita deslizando el propio psicoanálisis hacia alguna de las dos vertientes antedichas, de las que tanto Adler como Jung se hicieron causa. El primero, por medio de la argumentación de la deficiencia orgánica y fisiológica, en la que se asienta la diferencia entre los hombres y las mujeres, es decir entre los más o menos potentes, respectivamente. Y el segundo, por medio de la teorización del patrimonio de la humanidad transmitido culturalmente, como único responsable a partir del cual y por su apropiación se demarcan las diferencias sexuales, homologadas y reducidas a las raciales, generacionales, religiosas y por tanto arquetípicas.

Frente a estas teorías de sus discípulos Freud dice:

“...podría extrañar que tan desconsoladoras concepciones del mundo hayan encontrado partidarios: pero no debe olvidarse que la humanidad, abrumada por el yugo de sus necesidades sexuales, está pronta a aceptarlo todo de quien maneje el señuelo del "vencimiento sexual". ” (3).

Por tanto esta actitud de aversión hacia el psicoanálisis, y que en un principio coincidía con la novedad y con un contexto histórico denominado "moral victoriana", se extendió y se extenderá a lo largo del tiempo. Ya que las resistencias hacia su "transmisión pandémica", no se circunscriben a los comienzos, ni a una determinada sociedad, como tampoco se agotan en aquellos que expresa y manifiestamente hacen saber su contrariedad, sino que se encuentran presentes, ineludiblemente, en cada uno de los que nos dedicamos a esta práctica. Aunque sus modos de presentación, como así también sus argumentos, se metamorfizan de acuerdo a las características particulares de la época en la que irrumpen. Por lo cual la "dificultad", lejos de acotarse, cada vez encuentra mayor especificidad. Y si bien la claridad de su manifestación se restringe, esto lejos de acotarla, la expande en cuanto a su eficacia. Lo cual puede observarse paradigmáticamente en la historia del movimiento psicoanalítico, con sus avenencias y vicisitudes.

Al constituir el psicoanálisis otro discurso que el científico no avanza por acumulación de conocimientos cada vez más próximos a la verdad. Verdad prometida por el progreso hacia un saber absoluto, cuyas etapas serían la tesis, la antítesis y la síntesis. Como así tampoco lo hace por medio de rupturas, cuyas corrientes progredientes y regredientes, darían lugar a un paradigma cada vez más acorde con la realidad en cuestión. Sino que la historia del psicoanálisis implica una demarcación constituida por sus *aperturas, cierres y reinventaciones* necesarias, posibilitadoras a su vez de una nueva *apertura*. Y en todo caso y si hubiese un avance, el mismo constituiría la capacidad evanescente y escurridiza que conlleva trascender y fallar, como toda praxis, a los límites de la represión. Discontinuidad que introduce **cada vez la novedad**, por antigua que sea.

De acuerdo a lo antedicho y considerando que el inconsciente con su respectiva realidad sexual, no es del orden de lo que podría descubrirse de una vez y para siempre, entiendo que la *responsabilidad ética* de los analistas ha sido y será facilitar las condiciones de una nueva irrupción, para lo cual además de continuar con el psicoanálisis en intención más allá de lo que acontezca por fuera de éste, se hace indispensable también, en el marco del psicoanálisis en extensión, mostrar cuáles son las armas con las cuales el psicoanálisis resiste al psicoanálisis, así como también aquellas con las cuales la contemporaneidad, en la que quienes practicamos el psicoanálisis también nos encontramos insertos, rechaza al sujeto. Muchos ejemplos denotarían cómo las re-inventaciones del marco analítico, que con Lacan podríamos denominar retorno, produjeron momentos fecundos que permitieron al psicoanálisis sobrevivir y diferenciarse de otros discursos. Esto no es otra cosa que lo que ha realizado Freud, con la modificación en la teoría que introdujo en 1920, ya que la misma apuntaba, entre otras cuestiones, hacia la disolución de la idea de que el psicoanálisis representaba fidedignamente al inconsciente. De modo tal que dejó ver que aquel ya no tenía efectos, mediante la incorporación de conceptos fundamentales para entender de lo que se trataba, como los de yo, súper-yo e ideal del yo, pensando en abolirlos como obstáculos, aunque sean constantes por estructura., y por efecto contrastante dejar en falta al llamado

primer Freud, y por tanto a la primera generación de psicoanalistas. Quienes por causa del agrupamiento en el orden de la masificación, dieron lugar a un taponamiento o inmunización del sujeto para con el discurso del psicoanálisis.

Por su parte Lacan parece haber realizado una tarea homóloga a la antedicha, ya que frente a los acontecimientos del denominado "mayo francés" continuó, pese a todo, con la práctica del acto analítico. Aunque no sin dejar de establecer consideraciones directas hacia los jóvenes radicales, a quienes ni apoyó ni contrarió, ya que les hizo saber que en sus voces se podía oír el llamado a un nuevo Amo. Pero lo más paradójico es que uno de los sustentos intelectuales de esta revolución fue el propio psicoanálisis, o al menos lo que de él se entendía. Así por ejemplo Herbert Marcuse, quien por su pensamiento fue uno de los núcleos protagonistas de estas revueltas estudiantiles, apoyado en Wilhelm Reich, proponía que una verdadera revolución social debía acompañarse ineludiblemente de una revolución sexual. Revolución que exigía la liberación sexual, y una práctica de la misma, que en nombre de la salud mental y de la felicidad de la humanidad debía extenderse, obligatoriamente, más allá de la frontera de la llamada heterosexualidad. Es decir que en esa oportunidad las resistencias hacia la sexualidad, en contraste con la moral victoriana, se produjeron por hacer de la misma una exigencia, lo que provocó como efecto una nueva modalidad del rechazo al inconsciente cuya direccionalidad no advino desde corrientes opuestas al psicoanálisis, ni desde el mismo hacia el mismo, sino que se tomó el discurso para expandirlo por fuera de la práctica. Por eso se hace importante no dejar de recordar que muchas de las personas dedicadas a esta práctica, participaron activamente en la revolución en nombre del psicoanálisis. Lacan respondió a esto, y a otras tantas consideraciones, con lo sustentado en *El envés del Psicoanálisis*, y con los *Seminarios XVIII, XIX y XX*, sucesivamente. De modo tal que en el Seminario XVII propone la diferenciación de los discursos, dejando establecido cuáles son los modos de lazo social que estos producen, y por tanto la *imposibilidad lógica* que conlleva el *psicoanálisis para ser aplicado* por ejemplo en una masificación, o a cualquier orden de gobierno. El psicoanálisis y su subversión sólo son realizables dentro del dispositivo propicio para tal finalidad, y de un modo absolutamente fallido. Por lo cual se hace indispensable establecer una diferenciación entre el psicoanálisis aplicado y el psicoanálisis en extensión. Lo que no implica que quienes nos dedicamos a esta práctica nos mantengamos apartados o indiferentes frente a los sucesos denominados sociales, producidos por otros discursos, ya que a mi modo de ver, también supone una responsabilidad por la función que imprime el deseo del analista, tomar posición al respecto. En el mismo sentido, es decir facilitando una diferenciación con este modo de resistirse, Lacan dice a viva voz que LA RELACION SEXUAL NO EXISTE, y con ello deja atrás todo "*ideal comandante*" de la liberación sexual, con lo cual es imposible prodigársela por estar condenada a una desproporción fundante. La sexualidad de la que se trata no se identifica con un bien soberano que alcanzar, o un estado de equilibrio y constancia felizmente hedonista, sino que más bien tiende a procurarse la mayor tensión emparentándose con el goce. Esta imposibilidad, que constituye la sexualidad misma, no sólo se anuncia enunciándose, sino que se demuestra a través de una particular lógica modal que escribe con sus letras que *La mujer no existe*. Ya que si bien existe la función fálica que inscribe a todo ser hablante independientemente de su sexo, lo que no puede escribirse es que toda la mujer se defina por la negación, como tampoco por la universalidad de la afirmación de dicha función. Lo que del lado izquierdo del cuadro sí puede realizarse, por estar sustentado en la excepción del "Al menos uno que niega la función fálica", que al existir delimita el conjunto de "Todo hombre se rige por la función fálica". Conjunto imposible de constituirse del lado derecho a falta de la excepción, por lo que del límite que constituye la infinitud surge el "no-toda" de la mujer, que hace objeción al universal.

Este no-toda de La mujer es homólogo al no-todo de la lengua, ya que la misma desmiente el universal del lenguaje. Entendiendo al mismo como lo que el discurso científico trata de hacer con la lengua, rechazándola. Aunque el lenguaje está hecho de la lengua, no es más que una elucubración de saber sobre la misma, mientras que la lengua supone más bien un "saber-hacer con". Así el lenguaje del que se trata no coincide con el de la gramática o la lingüística, como tampoco con el de los diccionarios o el que constituye el orden de parentesco de Lévi-Strauss. Sino que la lengua es aquello que resiste a la totalización al igual que La mujer, y por ende a cualquier totalitarismo. Por esto los principios del dinamismo mental, metáfora y metonimia, transfieren valor de goce, y su barra deja de identificarse con la resistencia a la significación, para hacerlo con un borde real, que nuevamente connota lo imposible, pero del decir.

Así la sexualidad y el inconsciente encuentran una articulación *nueva*, debido a que, al no dejar de no inscribirse la inexistencia de la relación sexual, ésta es fundamento de la existencia del inconsciente. En el

cual, al estar estructurado como un lenguaje, no existe nada que haga posible escribir a La mujer como función universal. Así dicha imposibilidad lleva a condicionar el goce sexual, en tanto que surge como mito el goce absoluto. Esta disyunción del goce sexual es correlativa de la lengua como real. Es decir que el goce del inconsciente como "otra satisfacción", se sostiene ahora en el lenguaje. A través de esta reinención establece una objeción al Todo, dándole un estatuto fundamental al no-todo a partir de lo imposible. Lo que a su vez produce como efecto, también la diferenciación con quienes y a hacia quienes instrumentan "*el lenguaje del dominio*" y "*el poder de la palabra*" para provocar efectos coercitivos que facilitan por ejemplo, la colonización, la globalización, o la imposición de cualquier otra ideología oficiante. Lo cual en la actualidad se lleva a cabo por medio de "*innovadoras políticas educativas*" y de "*educadoras políticas normativizantes*", las que en nombre de una facilitación pedagógica o de una mejor calidad de vida para la ciudadanía, hacen de lo imposible, o bien una prohibición, o bien una exigencia. Que no sólo se aplica en forma directa a lo que cotidianamente se menciona como sexual, sino fundamentalmente al lenguaje. Aunque por su solidaridad, cualquier intervención en el lenguaje tendrá efectos ineludibles sobre la sexualidad. Justamente esta nueva dificultad implementada a través de la usanza despótica del lenguaje, paradójicamente tan resaltado y señalado por el discurso del psicoanálisis, queda soslayada en la reinención que Lacan produce. Para lo cual le fue necesario establecer una diferencia aún más específica entre el lenguaje utilizado por el discurso del amo y el discurso universitario, y lo que se entiende por lenguaje en psicoanálisis. Tarea que indudablemente no hubiera realizado sin haber tenido en cuenta estas particulares y devastadoras ideologías post-freudianas, que según mi entender suponen una alianza entre la política, la lingüística y la educación.

Para concluir relataré brevemente la historia de la gramática normativa en Alemania ya que en ella se observa paradigmáticamente el dominio que se busca ejercer con y para la palabra, al igual que los efectos consiguientes en el orden sexual. Así como también el modo en que la dominación y la subversión del sujeto se enfrentan en el discurso mismo. En 1880 los Prusianos regularon la ortografía alemana basándose en el diccionario KONRAD DUDEN. Diccionario que posteriormente daba cuenta oficialmente de las normas instituidas por el Parlamento del Imperio Alemán de 1902. En las décadas siguientes, dramáticamente la ortografía alemana se decidía de facto por los editores de estos diccionarios. Quienes además reforzaban ampliamente estas normas a la vez que el gobierno alemán, comandado por el nacional-socialista, extendía la censura en la expresión literaria a través de la prohibición de palabras, frases, párrafos, textos... y hasta de autores. Para lo cual no sólo se han quemado sus obras, sino que también se ha matado a sus escritores. Y si bien en el año 1950 otras editoriales empezaron a atacar con diversas publicaciones, que no siempre respetaban la oficialidad del *monopolio privilegiado de DUDEN*, en respuesta a esto los Ministros de Cultura declararon vinculantes las normas establecidas por este diccionario, en noviembre de 1955. Frente a esta controversia y en su defensa, los editores respondían que su cometido principal se circunscribía a la documentación del uso y no a la creación de las reglas. Al tiempo que explícitamente modificaban, cada vez más restrictivamente, reglas ortográficas.

En el año 1960 los jóvenes de esta generación *comenzaron a rechazar la regulación de la ortografía, por considerarla represiva y utilizada como método para la discriminación social*. Las sugerencias para una reforma ya no se limitaban a decidir casos dudosos, sino a simplificar la ortografía para hacer más fácil la tarea de escribir y aprender a escribir. Aunque estas aclamadas modificaciones no se produjeron hasta la *caída del Muro de Berlín*. Así, el día después de este hecho, en todas las escuelas y colegios de enseñanza media de la ciudad, se les fue permitido a los alumnos que escribieran sus trabajos, sólo por esa vez, sin acatar ningún signo de puntuación. Querían que sintieran, como lo expresa Fabio Morábito (4) en un cuento, en "*carne propia*" la libertad de la nueva época que comenzaba. Pero esa medida escueta y en apariencia insignificante, ha tenido repercusiones en la literatura nacional. Lo que se muestra en la proliferación de la poesía sobre la prosa, en donde es más fácil no hacer uso de la puntuación. Así la *momentánea caída del muro de la puntuación* parece haberles revelado, a un buen número de jóvenes escritores de la actualidad, una dimensión estilística del lenguaje que no sospechaban.

En esta modificación, como también en las protestas originadas en 1960 contra la opresión gramatical, se sustentó la exigencia años después de no escribir con puntuación alguna. Política educativa implementada en las escuelas y colegios dependientes del Estado, en donde inclusive los libros con los que se trabaja tampoco se subsumen a estos signos. *Se espera y se demanda entonces que se diga todo*, a falta de la inhibición verbal y artística producida por el dique de los puntos y las comas. Lo que lejos de provocar una facilitación o proliferación literaria ha llevado, de acuerdo a lo que relatan los trabajos realizados por los detractores de este sistema, a que luego de uno o dos años de no ser utilizada la puntuación, cuando se intenta introducir a los niños en su uso, desarrollen alergias, que obstaculizan su empleo futuro. Lo más

frecuente parece ser la sensación de obstrucción de las vías respiratorias, o hasta el relato que expresa que los signos de puntuación pinchan. También se ha constatado que los estudiantes avezados en el uso de la puntuación reaccionan con lo que se describe como un sentimiento de pánico, acompañado de sensaciones de mareo y pérdidas de equilibrio, cuando se les invita a declinar su uso. Y frente a frases particularmente largas cuya significación no resulta, surge la misma sensación de ahogo que experimentan, pero por razones opuestas, los otros alumnos. A este respecto me parece importante especificar que el trabajo citado, en el cual se describen estos síntomas, por estar establecido al modo científico no considera la constitución subjetiva, ni la incidencia de la misma, de cada una de las personas que incluye en su estadística. Por lo cual es relatado aquí, sólo por resultar altamente significativo a los fines de lo que se quiere subrayar, aunque con reticencias en las afirmaciones evocadas por el mismo.

Por otra parte el resto de la población, independientemente de su edad, se muestra desconcertada y busca una referencia desesperada en el código, por lo cual las ventas del diccionario DUDEN, que continua siendo el oficialmente establecido, han alcanzado record en los últimos tiempos, al igual que la necesidad de sus reediciones. Desconociendo que la significación no está dada en ningún diccionario de la lengua sino en el encadenamiento significativo. Ya no se prohíbe hablar, como en otras épocas, pero se induce a callar. Ya no se sabe ni cómo escribir, ni cómo leer, provocando por esto el efecto contrario que se dice querer alcanzar. Lo cual puede explicarse, según mi entender, si se considera que las puntuaciones son marcas que al escandir facilitan un corte, dando lugar al efecto retroactivo del significativo, pero que al faltar impiden, o al menos entorpecen, una significación posible. Del mismo modo, y apoyándonos en la propia teoría de la gramática, la cual no es rechazada o descalificada en sí misma sino cuestionada en su utilización, por medio de estos signos se denotan o expresan afectos. Por ejemplo los puntos suspensivos pueden inducir la intriga; separación y distancia el punto aparte; los signos de exclamación elocuencia, énfasis y hasta enojo; y las comas pausa o cansancio, y de las cuales puede prescindirse para denotar apuro, prisa o apremio, a condición de que se implementen usualmente al igual que el resto de los signos de puntuación. Así al no estar facilitado aquello que en la escritura se desliza, en forma dominante el afecto, y que no es otra cosa que la pulsión articulada en la gramática -ya que además de lo ya mencionado posibilita connotar un ritmo, una melodía, o al decir de Lacan una "lalación"- irrumpe en el cuerpo produciendo diversas sensaciones, que en algunos casos se constituyen como afecciones. Lo cual no deja de evocar la siguiente afirmación:

“Lalengua nos afecta de entrada por todo lo que ella conlleva como efectos que son afectos...Estos afectos son lo que resulta de la presencia de lalengua en tanto que, por saber, ella articula cosas que van mucho más allá de eso que el ser hablante sostiene de saber enunciado...”. (5)

Por tanto, prestar importancia a estos “fenómenos sociales” no se circunscribe a un interés intelectual, ni meramente cultural y ni siquiera a lo que podría mencionarse como “el amor por las letras”. Sino que más bien, tomar posición al respecto se hace imprescindible si se considera que la introducción en el lenguaje es necesaria para la constitución subjetiva, y se encuentra pendiente, o al menos obstaculizada, de la política implementada para con las letras ya que intenta reducir e impugnar lalengua, y no sin consecuencias. *Aunque igualmente lalengua, no puede ser reducida y así insiste produciendo cada vez la novedad.*

Estas circunstancias que no dejan de ser espeluznantes, demuestran que tanto la restricción desmedida de las leyes gramaticales y la censura que se dirige a la literatura, así como también la denuncia al artificio de la gramática y a la jactancia de sus reglas, parecieran sostener ambas, aunque a través de signos inversos, que el lenguaje no conoce lo imposible (6). Lo cual se implementa prohibiendo decir, o exigiendo decir todo, ignorando por tanto que hay algo que no cesa de no inscribirse, es decir que pese al esfuerzo denodado nunca podrá escribirse (7).

Notas

(1) Palabra que en alemán posee así mismo la acepción de responsabilidad o compromiso.

(2) Sigmund Freud, *Historia del Movimiento Psicoanalítico*.

(3) Sigmund Freud, *Historia del Movimiento Psicoanalítico*.

(4) Fabio Morábito, *El Muro de Berlín*, Revista Letras Libres Junio 2001, Año II, número 30.I

(5) Jacques Lacan, *Encore*, cit.,p. 127. Versión Inédita.

(6) Lo que no deja de evocar cierto paralelismo para con la restricción y la liberación sexual, respectivamente.

(7) Así es sabido, aunque no va de suyo, que estas mismas políticas lingüísticas son homologas, y en todo coherentes, a las políticas sexuales, ya que se presentan en simultaneidad aunque no necesariamente vinculadas. Por lo cual suele coincidir cronológicamente la prohibición sexual con la censura literaria, o a la inversa, el llamado destape con la exhortación en la expresión de las letras.

Entrevista a Daniel Gerber

Realizada por J. Ramón Rodríguez

Entrevista al Dr. Daniel Gerber realizada en ocasión del dictado del seminario "*Jacques Lacan: algunos hitos de su enseñanza teórica y su práctica clínica*", impartido en el Centro de Atención y Formación Psicoanalítica, durante los días 22 y 23 de febrero 2013

J. Ramón Rodríguez: bueno... está grabando. Sería una entrevista relativamente pequeña donde la idea es que todo mundo participe, si tienen alguna pregunta por hacer, pues no duden en hacerla, en este caso, al doctor. La primera pregunta sería ¿qué impresión le queda, ya casi al final del seminario, este seminario que vino a impartir con nosotros, sobre el trabajo que se está haciendo aquí en nuestra ciudad, en Culiacán? Digo, evidentemente nuestra intención es seguir en una pretensión formativa, no es la primera vez que nos visita y por eso tal vez ya tiene una idea un poco más amplia de lo que se está haciendo.

Daniel Gerber: bueno, creo que hay un grupo de gente que, me da la impresión, por lo que escucho acá en el seminario, que están muy interesados, muy apasionados incluso, que están leyendo mucho y, bueno, se está consolidando un grupo de gente que puede continuar trabajando, ampliando el radio de operaciones y de influencias no solo sobre psicoanálisis, a pesar de que podríamos decir que se ubican más en los inicios del trabajo, (el cual es...) un trabajo arduo, difícil, pero que haya el deseo y que esto también esté motivando el entusiasmo... yo espero una consolidación progresiva pues, para usar un término que también tiene que ver con los narcos, (que) sea una plaza en donde realmente haya discusión, donde haya trabajo en psicoanálisis.

J. Ramón Rodríguez: por ese lado, ya hemos estado comentando fuera del espacio del seminario lo que nos ha venido diciendo usted acerca de cómo están funcionando las cosas en lo relativo a las instituciones psicoanalíticas en el D. F., por ejemplo la REAL, el Círculo (CPM), ¿Cómo han estado funcionando? ¿Qué perspectiva tiene a un mediano plazo en relación a eso?

Daniel Gerber: ¿Qué perspectiva...?

J. Ramón Rodríguez: en general en el contexto nacional, quitándonos del contexto local, cómo ve usted (el panorama).

Daniel Gerber: bueno, hay lugares donde, evidentemente, el psicoanálisis ha prendido, ya se ha establecido, de alguna manera. Tiene, como diríamos, su ciudadanía y, básicamente en primer término en las tres grandes ciudades, en el D. F., Guadalajara y Monterrey hay grupos de diferentes orientaciones, hay diferentes asociaciones, grupos de estudio, grupos kleinianos, lacanianos, hay además las asociaciones oficiales, etc. Donde ya hay un psicoanálisis que lleva años, 30 o 40 años, y que en ese sentido ya tiene su dinámica. En otras ciudades más pequeñas ha sido difícil la implantación del psicoanálisis. Muchos grupos que se han hecho, se han deshecho y muchas veces ha quedado la gente suelta, trabajando a veces por su cuenta, leyendo o nada más haciendo trabajo en su consultorio sin muchos lazos con otros y es lo que creo que es importante aquí, porque he tenido oportunidad de conocer en Morelia, en Xalapa, en Oaxaca, en Villahermosa, en Tuxtla y en muchos otros lugares más que, digamos, son las ciudades medianas de las República, que pueden ser capitales de estado, pero (son) más chicas, y (es) ahí donde se advierte más dificultad para consolidar un trabajo, pues el esfuerzo es, justamente, consolidar un grupo que se arraigue más en el psicoanálisis, tomando en cuenta que mucha gente llega y se va, como en todas partes, pero cuando ya hay un núcleo establecido eso le da fuerza al trabajo para poder alcanzar... (inaudible).

J. Ramón Rodríguez: y eso, como lo menciona... analistas que llegan y se van, sería comparable con esta figura del analista independiente que, por ejemplo, en un contexto como Argentina, más peculiarmente Buenos Aires, se da mucho... uno puede leer los trabajos del lacano y de repente uno encuentra la participación, muy activa la mayoría de las veces, de estos analistas que se denominan independientes, pero que ellos más que por circunstancias, han decidido no afiliarse a ninguna institución, ¿sería similar, sería cercano (la idea)?

Daniel Gerber: sí, puede llegar a serlo, pero creo que en una fase inicial el lazo, el agrupamiento es importante para poder sostenerse en un trabajo, (el) poder leer con más personas, aunque hoy en día con las redes sociales, el Internet y demás, se hace fácil ese lazo con gente de otros lugares. Muchas veces uno puede incluso mantener por vía los sistemas de comunicación, por el Internet, un diálogo, tener una plática por skipe y ese tipo de cosas, prácticamente a ningún costo a diferencia de lo que podía significar años atrás comunicarse, más que una llamada telefónica muy breve, cartas que iban y venían, pero que (dicha comunicación) tienen más una característica como la de Freud con Fliess, más lenta. Claro, vivimos también en la época de la rapidez, y eso complica un poco reflexionar más, pensar más, como es el caso del correo electrónico y otros sistemas todavía más rápidos. Cuando uno envía un correo electrónico, por las características del medio, uno espera que el mismo día te respondan, o a lo sumo en un día. Si el otro se tarda tres o cuatro días, (uno se pregunta) qué está pasando. Cuando se trataba de cartas, mínimo dos semanas se tenía que esperar, hasta que llegara la carta, (tal vez) una semana o diez días y que el otro contestara se tomaría un semana o diez días más, entonces un mes podía transcurrir desde que se escribía un carta hasta recibir una respuesta, y era muy natural. Se entiende, el correo es lento, pero con esto...

J. Ramón Rodríguez: el nuevo sistema postal...

Daniel Gerber: la demanda cambia... "te mandé un mail", y uno lo puede reforzar con una llamada o un mensaje a celular o cualquiera de estos (medios), (y uno se pregunta) "¿Qué pasa con el mail? ¿Por qué no me contestas?", se está esperando inmediatez y eso implica brevedad también, economía de palabras y demás, como las abreviaturas que usan los muchachos en los juegos electrónicos, el poner una sola letra en vez de la palabra, todo ese tipo de cosas que redundan en contra de una reflexión un poco más pausada, meditada, etc., pero, evidentemente aumentan las posibilidades de comunicación, se facilita mucho esto de no sentirse aislado, pese a que el aislamiento a veces es favorable, ayuda a hacer una reflexión más tranquila, sin la urgencia de que tengo que responder de inmediato...

J. Ramón Rodríguez: de hecho ese aislamiento produjo o ha producido a lo largo de la historia del psicoanálisis trabajos interesantes, incluso el mismo Bion, cuando fue casi, casi exiliado, terminó trabajando sus últimos años en Los Ángeles, en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), terminó por hacer planteamientos interesantes, mucho más ricos, más arriesgados en muchos sentidos también...

Daniel Gerber: claro, como, si le llamamos así, el primer Freud, antes de *La interpretación de los sueños*, de la formación de la sociedad de los miércoles... pero también todo eso nos dice que el lazo es necesario, si Freud tuvo la necesidad de hacer lazo con otros, de hacer su primer grupo de discípulos, la sociedad de los miércoles, que derivó después en la Sociedad (Psicoanalítica) de Viena y luego a la IPA, con toda su monstruosidad, como toda transnacional...

J. Ramón Rodríguez: como toda corporación.

Daniel Gerber: sí, como toda corporación que se convierte, justamente, en una maquinaria que tiende a devorar las... y además con él la dificultad del problema que implica la institución, de la institucionalización precisamente, y digo de la institucionalización en el sentido de que lo que importa ya luego más que la teoría, el avance teórico, el cuestionamiento, el trabajo, es que se sostenga la institución como tal, con sus rituales, con sus estructuras burocráticas, sus consignas, etc., y paralizándolo, en buena medida, el pensamiento, porque todo aquello que pueda sentirse como innovador, cuestionador, puede ser una amenaza a esa estructura, entonces lo importante es conservar la estructura.

J. Ramón Rodríguez: que fue el fenómeno de Lacan, él intentó plantear ciertas diferencias o matices dentro de la práctica, que fue lo que produjo (su expulsión)... puesto que había un *background*.

Daniel Gerber: sí, claro, toda institución genera sus anticuerpos, para protegerse de cualquier tipo de agente patógeno, interno o externo. En este sentido la institución tiende a protegerse a sí mismo, como todo organismo, todo aquello que pueda amenazar la integridad se vive como un peligro y tiene que ser eliminado finalmente... también, es por eso un momento interesante en donde no está planteada esa institucionalización y entonces hay más posibilidades de apertura, me refiero a la reflexión al trabajo, etc.

J. Ramón Rodríguez: ¿posibilidades que no libertades? Preguntaría...

Daniel Gerber: bueno, relativas porque la libertad es relativa a ciertas reglas, a ciertos márgenes, tiene sus márgenes, con todo y que no haya institución.

J. Ramón Rodríguez: ahora, con esta cuestión que usted menciona, de que al inicio tendría que existir esta cuestión de grupalidad, que es una cuestión muy necesaria para el trabajo del psicoanálisis, en algún texto, en estos momentos no recuerdo el título, Octave Manonni plateaba que precisamente el psicoanálisis derivó en una práctica, en un campo y en un saber, debido a que Freud pudo establecer vínculo con otros, que fueron los que formaron la sociedad de los miércoles, que eventualmente fue la Sociedad Psicoanalítica de Viena; precisamente por eso derivó en un saber, que pudo ser ya... que pudo trascender las fronteras propias del círculo de los miércoles, lo cual, en cierta forma podría ser pensar que es vital, incluso, ese contacto con otros para poder establecer un trabajo.

Daniel Gerber: sí, el lazo social.

J. Ramón Rodríguez: efectivamente.

Daniel Gerber: sí, eso podría decirse así es, (que es) un aspecto fundamental. Bueno, nunca Freud estuvo estrictamente solo; como describió a Fliess, él era su público. En determinado momento era el Otro. En realidad, solo, solo, para plantearlo en esos términos, no trabajó nunca, es decir, hay una transferencia de trabajo como le llaman, (ese) es el ejemplo claro, con Fliess, inclusive, como lo sostienen algunos, su análisis mismo, que no fue exactamente autoanálisis.

J. Ramón Rodríguez: sino que ese Otro era su analista.

Daniel Gerber: sí, que en el marco de, tal vez sin saberlo. Y es el mismo Manonni, en su artículo aquel, *El análisis original*, quien propone esa tesis, que la retoma también Serge André, que escribió un artículo titulado así, *El analista de Freud*, salió en algún número de *Ornicar?* hace muchos años. Sí, fue un lazo analítico transferencial con sus características...

J. Ramón Rodríguez: como todo acto fundante.

Daniel Gerber: derivó en la creación del psicoanálisis. Precisamente cuando Freud tuvo que resolver esa transferencia inventó el Edipo y surgió el psicoanálisis a partir de ahí. Como que hay que recordar algo que no admitió nunca Fliess, el Edipo y la Función del Padre, de toda su teoría estaba excluido.

Daniela Medina: yo le quiero preguntar respecto a la posición del analista, a la posición del analista en la situación actual. Me refiero a (que) las históricas de Freud no son las mismas históricas que encontramos ahora, entonces, ante todas las nuevas modalidades de goce, es decir, hasta las diferencias que hay en las formas de establecer lazo, la tecnología, las muestras, por ejemplo, los padecimientos actuales, que son muy diferentes, (y) que lo vemos reflejado en el arte extremo, (de) cómo las muestras del arte hablan del malestar que existe en lo contemporáneo. Entonces, ante eso, cómo pensar la posición del analista, qué hace el psicoanalista ante todo ese bagaje que se encuentra de padecimientos diferentes por la época en la que nos encontramos.

Daniel Gerber: la respuesta, en principio, diríamos, hay algo que (el psicoanalista) tiene que hacer, que ha hecho siempre: escuchar. Pero escuchar significa también poder estar atento a las características de la subjetividad de la época. Que si bien en ciertos aspectos el concepto del sujeto dividido, el sujeto de lo inconsciente, los conceptos psicoanalíticos mantienen su vigencia, no hay un sujeto que se estructure de otra manera, (uno) en el que no existe el deseo, la pulsión, el goce, el fantasma, bueno, en algún sentido cambian algunos contenidos, pero no la forma, digamos así, la estructuración del sujeto. Sigue habiendo formaciones del Inconsciente independientemente del contenido con el que se llenen, entonces, yo creo que se trata sí de escuchar, y claro, no atenerse a tener que diagnosticar conforme a ciertas clasificaciones clínicas y demás, la clasificación y la estructura es (son) un referente teórico, que tiene un cierto valor, pero no para etiquetar a los sujetos, y claro, estar precisamente imbuido de las características de la cultura, de la época, si bien la práctica analítica aparece como muy aislada, marginal, en la intimidad del consultorio,

(si bien) se aísla, necesariamente (lo hace) para poder escuchar del exterior, pero, si tomamos, justamente, la topología, como la maneja Lacan, ese interior del consultorio del psicoanalista está en continuidad con el exterior; hay que cerrar las puertas, incluso las ventanas para que el ruido externo no perturbe la escucha, como nos perturba un poco el ruido de los autobuses en estos momentos... (Risas)

Daniel Gerber: pero no puede cerrarse al exterior, en la medida que tiene que... ya lo decía Lacan en *Función y campo de la palabra...*, (hay que) estar al tanto de la subjetividad de su época, del sujeto de esta época. A pesar de todo el desarrollo de la tecnología y de la ciencia, parecen presentarnos la posibilidad de que por medio de la técnica pueda eliminarse el malestar en la cultura, (creo) es al contrario, y entonces, más que pensar que el espacio para el psicoanálisis se va cerrando, creo que se abre cada vez más el espacio para el psicoanálisis porque, cada vez en mayor medida se advierte la necesidad de la escucha, del espacio que puede ofrecer el psicoanálisis para los sujetos, es decir, que el malestar de la época, en ese sentido, es cierto que puede buscar su atención a través del consumo de las drogas, de todo esto que se ofrece en la sociedad, pero que en realidad no lo resuelve... no porque el psicoanálisis vaya a resolver el malestar en la cultura, pero sí le ofrece la posibilidad al sujeto de encontrar otras opciones, otras salidas al malestar, asumiéndolo plenamente, digamos, no paliándolo con algún tipo de objeto que circunstancialmente llena ese hueco.

Daniela Medina: ¿qué piensa de la clínica del último Lacan, como es llamada, el Lacan de lo Real? Lo pienso por las manifestaciones que hay (en la clínica actual), todo lo que son las cirugías estéticas, de repente en los adolescentes los cortes en el cuerpo o las... sobre todo las patologías que tienen que ver con el Narcisismo, las narcisopatías como les llaman, que tienen que ver más con los trastornos alimenticios.

Daniel Gerber: me parece que es algo asociado con el imperativo de goce que hemos mencionado anteriormente. A diferencia de las sociedades más tradicionales que siempre han buscado una regulación del goce con reglas, prohibiciones, modos de mantener, digamos así, el goce dentro de ciertos límites, aunque no quiere decir esto que lo hayan logrado, parece que la sociedad contemporánea ha invertido esto y cada vez más el imperativo de goce, como decíamos, es lo que se oye y se ve por todos lados y el instrumento fundamental para el goce, aquello que, evidentemente donde el goce se localiza, se vive, es el cuerpo, pero a la vez es el obstáculo para el goce, el cuerpo, porque, como dice Lacan, un cuerpo no se goza, los goces solo muy parcialmente se inscriben en el cuerpo. En ese sentido creo que todas esas manipulaciones del cuerpo, (esas) manifestaciones corporales, están relacionadas con esa contradicción propia del cuerpo. Por un lado esa exigencia de goce que tiene que, corporalmente, experimentarse. Por otro lado, encontrarse con ese límite que es lo que conduce a los ataques directos sobre el cuerpo, la apelación a la cirugía, las drogas y todo aquello que tiene que ver... (inaudible)... con el cuerpo. Por ejemplo, (el concepto) toxicomanía, es interesante porque contiene el elemento de manía, ese concepto que, precisamente, se define como una hiperactividad del sujeto, como euforia, entusiasmo desbordado, más allá de los límites. Aunque claro, originariamente, etimológicamente la manía significa en griego *locura*, de hecho está en la raíz de "manicomio", por ejemplo, es el hospital de los locos, y a partir de ahí este término, el componente de manía, hay (está) en diferentes palabras.

J. Ramón Rodríguez: en relación a eso, estaba leyendo una discusión sobre, si mal no recuerdo era Eric Laurent quien estaba muy metido en una discusión sobre lo que sería la publicación del DSM-V y todas las discusiones que se estaban realizando en torno a esta misma publicación en Estados Unidos, al grado de que la crítica mayor que hacia Eric Laurent era que esta nueva edición implicaba que la nueva forma en que se podía diagnosticar el padecimiento, bueno, la enfermedad, si ya estamos hablando desde la psiquiatría, ya cambiaba sus coordenadas, al grado de que ya no se medía en función de ítems, sino en función de intensidad y en ese sentido, todo mundo tenía un padecimiento, según la publicación (el DSM), cuestión que terminó por obstaculizarse, es decir, no se va a publicar y desde la misma presidencia de Estados Unidos se convocó a un debate nacional en torno a las instituciones relacionadas con la salud mental en Estados Unidos y por su relación con los (diferentes) acontecimientos de armas en las escuelas, en lugares públicos, a que se discutiera dicho concepto, el concepto de salud mental y las coordenadas que hoy se deben de tener. ¿No sé qué opinión pudiera tener con respecto a eso?

Daniel Gerber: lo que pasa es que es mantenerse dentro de los esquemas de salud-enfermedad. En la perspectiva psicoanalítica justamente hay un cuestionamiento de esas nociones, (de los) criterios de salud mental, en la medida de que tienen que ver con el cumplimiento de cierto tipo de estándares sociales, que

están establecidos socialmente y que, entonces, lo sano se asocia con lo adaptado, con eficiencia, con rendimiento, aceptación, conformidad y lo enfermo sería lo contrario. Desde ahí, entonces, se traslada la idea de salud médica al campo psicológico, pero el psicoanálisis es un poco ajeno a la salud mental. El psicoanalista no es, como se le solía llamar en una época, un trabajador de la salud mental. Es el término que se utilizaba... porque no buscamos la salud mental, tampoco buscamos la enfermedad, es decir, se sale un poco de esas coordenadas, se trata del sujeto.

J. Ramón Rodríguez: simplemente no se ubica en esa tesitura.

Daniel Gerber: claro. No se trata de promover la salud, como tampoco lo contrario. Igual si habláramos de adaptación, no buscamos que se adapte el paciente, ni que se desadapte, porque precisamente esto sería decidir por él, "usted tiene que hacer esta cosa, o esta otra", no. Es importante (señalarlo), porque si recordamos aquella época de los 60's, 70's en que se decía que el psicoanálisis tenía que participar en la revolución social y casi se pensaba que el diván tenía que ser el lugar donde se fabricaban revolucionarios, así era un poco la idea, pero tampoco, porque entonces se rompe con el criterio fundamental que estableció Freud, la neutralidad del psicoanalista, es decir, que más allá de los valores que él pueda enarbolar (que) el analizante tiene que decidir y hacerse cargo.

J. Ramón Rodríguez: queriendo decir, en todo caso, que el que el psicoanálisis se ubicara en esa tesitura, que se ubicara, vaya, en las oposiciones de salud-enfermedad o adaptación-desadaptación implicaría obedecer al discurso del *Otro*.

Daniel Gerber: claro, en cualquiera de sus modalidades. Fue lo que generó una serie de equívocos, que llevó a que, en países como Argentina, se persiguiera a muchos psicoanalistas, en la medida que el régimen asociara psicoanálisis con subversión política, es decir, (tenían) la sospecha de que se le daba atención a guerrilleros o militantes revolucionarios para que pudieran realizar con mucha más eficacia esa actividad o que se promovía (la actividad revolucionaria), porque se dio el caso, por ahí, de psicoanalistas que en algún momento llegaron a confundir un poco las cosas, es decir, (confundieron) la práctica psicoanalítica con la política, no distinguiendo (entre) esas prácticas. Claro, si el psicoanálisis es subversivo entre el orden social, no lo es en el mismo sentido de la actividad de un revolucionario, de un militante político, sino más bien en el sentido de que trabaja con esa dimensión subversiva propia del sujeto, esa que está en el sueño, que tiene que ver con el deseo, que implica un potencial cuestionador, aunque no necesariamente lo lleve a transformar la sociedad, puede manifestarse en el arte o en otras actividades.

J. Ramón Rodríguez: ¿alguien tiene alguna pregunta? ¿No? Bueno, por la hora en la que tenemos que regresar (para el seminario), dejaríamos la entrevista aquí, creo que con esto ya fue bastante nutritivo y podemos seguir conversando en otros espacios.

Daniel Gerber: sí, de eso hablábamos ayer, del freudo-marxismo, esto último.

J. Ramón Rodríguez: de todo ese periodo de auge.

Christian Soberanes: entonces, ¿qué es lo que perseguiría el psicoanálisis en sí? Su objetivo.

Daniel Gerber: ofrecerle al sujeto que así lo quiera un espacio para que pueda, con su palabra, resolver ciertas dificultades, problemas con su deseo y poder darse la posibilidad de actuar más conforme al deseo, ¿qué quiere decir actuar conforme al deseo? Justamente, no necesariamente tener que someterse a la demanda de *Otro* y, en ese sentido, la adaptación sería un ejemplo de la demanda de *Otro*... no tener que hacer lo que se establece como lo que hay que hacer, asumiendo eso. Esto no implica una posición necesariamente cómoda, sería incluso lo contrario, pero, el ejemplo mismo de Freud, de Lacan, etc., de personajes, en alguna medida, marginados por la sociedad, no admitidos, pero que se sostienen en lo que consideran que es lo adecuado, lo verdadero.

Christian Soberanes: gracias.

J. Ramón Rodríguez: muchas gracias doctor por su generosidad.

¿El analista en el banquillo? *Alexander Cruz Aponasenko*

¿Todavía supondrá un ejercicio interesante interrogar cuáles son las preguntas que los analistas de hoy nos hacemos? Ya bien entrados en el capitalismo, viviendo aquellos efectos de segregación que Lacan tanto temía y subidos firmemente en el discurso universitario, nunca viene mal retomar las viejas cuestiones, aunque sea a manera de ejercicio dialectico. Ahora, en la era de las respuestas, quizá preguntarse resulte al menos entretenido.

Por ejemplo, el inconsciente. ¿Es acaso obvio que un analista novel de hoy se pregunte acerca del inconsciente? ¿O que es el Psicoanálisis? ¿Nos seguimos preguntando por el lenguaje, por el significante? ¿Sigue la sexualidad siendo problemática? En todo caso siempre se puede responder que el inconsciente es el discurso del Otro. Si se es más arriesgado incluso se puede aventurar a decir que “no hay relación sexual”. Hoy podemos hablar del grafo del deseo, del malestar en la cultura, del semblante, del fantasma, incluso de algo llamado “*litora*”. Pero en estos casos, al repetir las formulas canónicas, ¿de qué estaremos dando cuenta? Porque no hay que desconocer que el analista debe dar cuenta de ciertas cosas. Muy al contrario de cómo suele pensarse, el analista tiene responsabilidades, y sus responsabilidades no son solo ante la cura, sino también ante el psicoanálisis mismo.

En el breve discurso a los psiquiatras, que Jacques Lacan diera en 1971, queda clara su lectura acerca de la formación de los analistas en ese momento y lugar. Sin preámbulos reta a los psiquiatras/psicoanalistas en formación por preocuparse demasiado por su formación como analistas y dejar de lado la razón de su existencia: los “enfermos”. Lacan señala que para poder ejercer la labor de psiquiatra – de donde se extrapola la labor de analista – es necesario estar “*irremediamente preocupado*” por los enfermos. Que eso a uno le concierna. Y en lo que parece ser una formula del querido sentido común, encontramos una lectura certera del efecto segregativo que produce la escolarización de la enseñanza del psicoanálisis. Efecto inevitable de masa, pero sobre el cual cada analista debería estar mínimamente advertido. Esto es la entrada del discurso universitario.

Planteemos ahora que en el discurso universitario, aquello de lo que se trata es de la comprensión. En realidad, todo parte del loco. Tenemos que al loco no se lo comprende, tal como señala Lacan (1967), entonces, por algún afán que aún no ubicamos, se busca comprenderlo. Y es entonces cuando se busca a los psicoanalistas, porque hay una suposición bastante común de que el psicoanálisis ayuda a comprender. Sabemos intuitivamente que no se trataría de eso, de alguna suerte de comunidad de registro entre el analizante y el analista. Sin embargo hay una extrapolación que se desprende lógicamente de este primer movimiento. Si el psicoanálisis sirve para comprender al loco, por supuesto que se hace necesario comprender al psicoanálisis y por supuesto que para ello hay que mínimamente comprender a Freud y a Lacan, al menos. Entonces hacen aparición los discursos que hacen posible una supuesta exegesis de lo trabajado por los grandes pensadores del psicoanálisis. Un adelanto comprensivo y solo aparentemente necesario para el pobre novel.

Por el contrario, Heidegger (2005) propone que para acceder a lo pensado por un pensador es necesario seguir sus pasos. Recorrer el camino que ese pensador recorrió. Es necesario hallar al pensador para después perderlo. Y en ese proceso arribar a lo no-pensado de ese pensador particular. “Lo no pensado es el don más sublime que un pensar tiene para ofrecer”. (Heidegger, 2005). Lacan sigue esta indicación al pié de la letra y es a partir de allí que formula el retorno a Freud. Retornar a Freud significa seguir los pasos de Freud. Es lo que Lacan hace año tras año en su seminario. Propone pensar en lo no-pensado por Freud, la roca viva de la castración, ¿Qué quiere la mujer? El más allá del principio del placer. Los analistas hoy. ¿Estamos dispuestos a seguir los pasos de Lacan o de Freud?

Si seguimos a Heidegger y proponemos que un analista es alguien que transita, que es un “transeúnte” en el sentido del filósofo. Entonces lo que un analista transita es una experiencia, una praxis. Eso lo convierte en un practicante. Alguien que va, que sigue un camino.

El retorno a Freud, por más desmentido en ocasiones por Lacan, es su propuesta de seguir los pasos de Freud. En aquel entonces la consigna estaba claramente dirigida a la IPA. ¿Y hoy? Se trataba de poner en cuestión al analista, pasarlo al banquillo. En 1958 Lacan denunciaba que los analistas de su época se dedicaban a la “reeducación emocional” de los pacientes. Se ocupaban de llevar a los pacientes más cerca de la *happiness*. Ese fue su punto de entrada en aquellos años.

Hay una expresión muy interesante al caso que usa Lacan en el texto que estamos citando. *El analista en el banquillo*, tal como Lacan mismo lo está cuando habla. Porque, asumámoslo, hablar es pasar al banquillo, y escribir es básicamente quedarse sentado ahí.

Pasar al banquillo implica dar cuenta de algo. Para el caso, dar cuenta del tránsito por la experiencia. Dar cuenta de la experiencia, en la actualidad, implica el ser evaluado, el ser comparado con otros discursos. Y esto es algo a lo que muchos analistas rehuyen. Laurent (2000) propone que el término de *"analista útil"*. Entendemos que este calificativo de utilidad está básicamente orientado al psicoanálisis en relación a otros discursos y sobre todo a su existencia en lugares públicos. Más allá de lo privado. El "analista útil" es alguien que acepta ser evaluado sin temor porque puede dar cuenta de su experiencia. Los analistas hoy, ¿acaso nos preparamos para establecer diálogos con otros discursos y dar cuenta de nuestro tránsito? ¿Ejercemos la moribunda crítica que el capitalismo moderno ha terminado de hundir con su *anything is possible*? ¿Critizamos al psicoanálisis, siguiendo los pasos del espíritu freudiano?

¿Cómo están orientadas las preguntas de los analistas modernos, desde donde están orientadas? ¿Parten de una clínica y se dirigen de vuelta allí a donde partieron? Es decir, ¿cumplen el circuito freudiano? ¿O son meras interrogaciones intelectuales que pretenden engrosar el caudal de saber referencial que se puede tener?

Si los analistas no nos formamos para tomar partido en los debates, si no hacemos del discurso analítico algo que es definitivamente una praxis. Si no devenimos "analistas útiles", ¿cómo pueden sostenerse los espacios públicos a los que la experiencia analítica ha accedido? Si el analista es útil en el sentido propuesto por Laurent, entonces es compatible con los modernos espacios públicos, sean estos, salud, cultura e incluso ética. El análisis tendría que poder salir del exilio de sí mismo (Laurent, 2000) al que fue arrojado por los ideales de una práctica no desarrollada sino copiada, no pensada en un tránsito sino calcada de las imágenes de los precursores.

Flaubert habló de cierta "estupidez doctoral", es algo que los estudiantes universitarios denuncian todo el tiempo. El saber que el discurso universitario produce, se reproduce de una manera autocomplaciente y a salvo de ser descubierto. Pero lo mínimo que un psicoanalista debería hacer es sospechar del saber y más si sabe de dónde proviene. Si pasado al banquillo, un analista debería dar cuenta de su tránsito, ¿qué del tránsito puede decirse desde un saber que no se atreve a ir detrás de la fachada, que no pretende fallar? Si la equivocación es el camino a la verdad, ¿por qué no tomar el camino de la equivocación? ¿Acaso hay otro camino?

D.S.M: Des-subjetivación en Salud Mental

Marcos Giudici

Resumen:

El presente trabajo, en concordancia con las enseñanzas psicoanalíticas de Jaques Lacan, y a través de la historia bio-política que elabora Michel Foucault sobre la medicina, intentaremos promover una clínica en salud mental que ponga el índice en la subjetividad del paciente, denunciando criterios estadísticos de diagnósticos que, promovidos por industrias farmacéuticas, pretenden la normalización del deseo inconsciente y la estandarización de los modos del goce

*"[...] otra vez la incapacidad para franquear la frontera,
para pasar del otro lado, para escuchar y hacer escuchar el lenguaje [...];
siempre la misma opción de contemplar la cara iluminada del poder,
lo que dice o lo que hace decir."
Michel Foucault*

En "*La vida de los hombres infames*", Michel Foucault asegura que en la actualidad la medicina se enlaza con la economía, ya no como a partir de la revolución industrial, es decir, como garante de la fuerza de trabajo, sino porque directamente produce riqueza, en la medida en que la salud constituye un objeto de consumo para unos, y de lucro para otros. Así el cuerpo humano se ve englobado por el mercado en tanto cuerpo asalariado, y en tanto cuerpo saludable. (Foucault 1996, p. 54)

A su vez, Foucault, denuncia, entre otras, dos cosas que quisiera rescatar: Primero. Hasta el siglo XIX, si bien la medicina había rebasado los límites de los enfermos y las enfermedades, aún existía un exterior a ella, existían cosas no médicas ni "medicalizables". En la actualidad, si queremos recurrir a un territorio exterior a la medicina, ¡ya ha sido "medicalizado"! (Foucault 1996, p. 52) La medicina de hoy responde a otro motivo que ya no es la demanda del enfermo, lo cual acontece en casos limitados. Con mayor frecuencia, nos dice el autor, la medicina se impone al individuo (enfermo o no). La intervención con funciones normalizadoras de la autoridad del médico va más allá de la existencia de las enfermedades y de la demanda del enfermo. (Foucault 1996, p.51) La pregunta a responder es en todos los casos: ¿Se adecua o no se adecua a la norma? Segundo. Que la remuneración que reciben los médicos, por importante que sea en ciertos países, no se equipararía con los beneficios económicos derivados de la salud o la enfermedad, cuya mayor rentabilidad es obtenida por las grandes empresas farmacéuticas. (Foucault 1996, p. 56)

Foucault enfatiza que la transformación del hospital como albergue de pobres y moribundos, en un hospital médico no es sino a partir de ciertas políticas de higienización de la urbe y de la necesidad de mantener con vida al ejército. El precio de un soldado excedía al del simple trabajador. Esto explicaría para Foucault que los primeros hospitales "medicalizados" fuesen los marítimos y los militares. (Foucault 1996, p.74-75) Si a aquellos dos primeros ítems agregamos este último recorte de la historia de la medicina no podemos sino concluir que el mismo médico ha sido capturado por el discurso del capitalismo donde su acción por la salud y el bien común no ha sido sino una jugada política y económica. Ya que como dice Lacan, en su intervención titulada "Psicoanálisis y Medicina" "el médico ya no tiene nada de privilegiado en la jerarquía de ese equipo de científicos... Desde el exterior de su función, principalmente en la organización industrial, le son proporcionados los medios, y al mismo tiempo las preguntas para introducir las medidas de control cuantitativo, los gráficos, las escalas..." (Lacan 2006, p.89) Acaso no les ponen a los médicos en sus manos agentes terapéuticos de última generación, cual si fuese un distribuidor para que los ponga a prueba, dice también Lacan. (Lacan 2006, p.90)

Entonces, la introducción en el siglo XVIII de la medicina al discurso científico se logra a través de su socialización como política de estado (Foucault 1996, p.67); indicando, el inicio del camino que llevará a la globalización de su práctica, en detrimento de la clínica subjetiva.

Aclaración: no hablo de la clínica subjetiva en tanto sujeto psicológico el cual, como demuestra también Foucault (1996, p.33), surge como un objeto posible de conocimiento, susceptible de aprendizaje, de formación, de corrección, espacio eventual de desviaciones patológicas y de intervenciones normalizadoras. Sujeto que nace en la confluencia del poder y del cuerpo, lo que él llama física política.

Porque la clínica de éste sujeto sigue existiendo, y se ve por todos lados, incluso dentro del psicoanálisis. Es este sujeto que se adapta o no a la norma, que se adapta o no a su sexo, que se adapta o no a su cuerpo. Lo que se ha perdido en el camino es la clínica del sujeto en particular, el cual no concordará con lo previstos por las estadísticas ni por los parámetros de ninguna Organización que trate el tema. Es un sujeto que desde Freud llamamos sujeto del inconsciente, y con Lacan aprendimos que habita un cuerpo que es de goce.

Esto se evidencia en la clínica de Salud Mental, y lo vemos especialmente en los manuales estadísticos de desórdenes mentales. Este manual, borra las entidades clínicas descritas desde Kræpelin en adelante en pos de una clasificación estadística de lo que suelen llamar trastornos. Un trastorno es definido como "patrón comportamental o psicológico de significación clínica que aparece asociado a un malestar, a una discapacidad, a un riesgo significativo de morir, de sufrir dolor, discapacidad, pérdida de la libertad [...] cualquiera sea su causa" (DSM IV, XXI). De esta manera, proponen criterios diagnósticos que no permiten especificar ejes causales sólidos y estructurales que brinden un marco de referencia a los fenómenos que pretenden estudiar. Y, así lo publicitan y venden, cual guía práctica, como si no fuese evidente que la promoción de estos diagnósticos no tuviera detrás una medicina exclusivamente farmacológica, patrocinada por las millonarias droguerías. Y ya en 1966 Lacan denunciaba en aquella intervención que si acaso "la salud se vuelve objeto de una organización mundial, se tratará de saber en qué medida es productiva" (Lacan 2006, p.98)

La inclusión del reciente DSM 5.0 (disponible en aplicación móvil) (<http://www.dsm5.org>) de una valoración escalar de severidad propicia aún más estos diagnósticos según criterios que a veces parecieran hasta arbitrarios, sin importar la relación significativa (significante, desde Lacan) que estos establecen con el "paciente mental"; y aumentando las probabilidades, ya amplias, de ser diagnosticado positivamente. La inclusión o exclusión de cierto trastorno es dada por los parámetros de normalidad de la época y cada vez más por su medicalización posible. Con el derecho auto-otorgado por el saber científico, en especial las neurociencias y la psicología estadística establecen los modos y los tiempos permitidos de padecer, de gozar.

¿O acaso no nos llama la atención la proliferación de "Trastornos Bipolares" cuyo espectro (Akiskal 2006) varía entre la psicosis y la depresión unipolar, pasando por la demencia y la dependencia a sustancias? ¿Dicha propagación no ha asociado el "éxito" de los trastornos de atención a los trastornos bipolares – TDAH comórbido al TBP)? ¿No podríamos plantear lo mismo respecto del "Espectro Autista"? ¿Sólo a nosotros los psicoanalistas nos resuenan estos avances de la ciencia en obvia consonancia con intereses corporativos?

Estos manuales son un claro ejemplo de lo que Foucault describe como movimiento de des-psiQUIATRIZACIÓN - opuesto al promovido por psicoanálisis – que "intentará reducir la enfermedad a su estricto mínimo, a los signos necesarios y suficientes para que pueda ser diagnosticada como enfermedad mental y a las técnicas indispensables para que estas manifestaciones desaparezcan" (Foucault 1996, p.38)

Como "agentes de salud" qué más tranquilizador, qué mejor manera de evitar nuestra propia angustia, que saber codificar los síntomas objetivos del paciente y teniendo la certeza de cómo se lo va a medicar. La angustia nos enseña la falla, nos muestra que algo no cuadra, la angustia nos angustia y por eso preferimos llamarla al silencio que hacerla hablar.

Con el psicoanálisis los invitamos a una clínica diferente. Una clínica de la escucha. Buscamos entre los dichos de nuestros pacientes aquellas sutilezas que nos brinden un pequeño índice de su subjetividad, de su deseo, de su modo de gozar, su forma de padecer, su placer en el displacer, su manera particular de invocar a través de su síntoma su propia verdad. Con los recaudos, por supuesto, de saber que todo aquello surge del inconsciente, lugar (tópico y no orgánico) donde fue reprimido aquello de lo que nada se quiere saber; obligándonos, entonces, a captar los tiempos lógicos de elaboración y significación de cada

sujeto en particular, marcando el ritmo de nuestras intervenciones y puntuaciones. Así, la causa de su deseo depende siempre de un encuentro (que siempre es mal-encuentro, encuentro fallido). El goce-sentido no es mensurable, ni catalogable.

Adoptar esta posición como profesional de la salud implica una novedad ante las maneras de respuesta a una demanda proveniente tanto de la industria como del paciente. Una vez que comprendemos que La Salud Mental en tanto Una, Universal, aplicable para Todos, es imposible, innecesaria y que segrega dejaremos de correr en socorro de pautas preestablecidas, e iremos en busca de una lógica subjetiva y particular. Por lo cual el deseo del analista no será ajustarlos, no será hacerles el bien, no será curarlos, sino justamente obtener lo más singular de lo que constituye su ser.

Hubo siempre goces marginales que hoy se incluyen en la norma (la homosexualidad por ejemplo), hay otros que es mejor perderlos de vista o agruparlos según el neurotransmisor al cual obedecerían, y justificadamente drogarlos (los Trastornos Bipolares tan de moda). Pero, desde el psicoanálisis siempre respondimos desde una ética que difiere de la moral imperativa y que habla de la responsabilidad ante el deseo. Ya que nuestra ética no pretende la adaptación del órgano al medio sino que reconoce la no adaptación fundamental del cuerpo al sexo, y los tropiezos propios del ser-hablante. El acto analítico, en tanto ético, es distinto de cualquier acción, no consiste en hacer sino en responsabilizar el hacer del sujeto.

Sin embargo, como nos remarca Eric Laurent en "Psicoanálisis y Salud Mental", esta posición se entromete con las políticas de Salud Pública y presupuestos que nunca alcanzan, y será evaluada por los cánones capitalistas: rentabilidad, eficacia, eficiencia, estadísticas, productividad, reducción de gastos etc. La pregunta que nos hacemos, entonces, es si cederemos en nombre de la Salud Mental y la Inclusión Social con nuestro manual bajo el brazo. O si, como anverso de este discurso, daremos lugar a la palabra, a las inhibiciones, a los síntomas, y a la angustia, permitiendo lazos dialécticos que respondan a la historia subjetiva y a la estructura que anuda al Sujeto con el lenguaje (Neurosis, Perversión y Psicosis) en cada caso singular.

Vemos como contrariamente a lo que el optimismo gubernamental profesa, no hay salud mental como universal. En oposición encontramos el aparato del deseo, singular para cada uno. El deseo está en polo opuesto de cualquier norma, es como tal extra-normativo. Y si el psicoanálisis es la experiencia que permitiría al sujeto explicitar su deseo en su singularidad, este no puede desarrollarse más que rechazando toda intención terapéutica y ortopédica. Así, la terapia de lo psíquico es la tentativa profundamente vana de estandarizar el deseo para encarrilar al sujeto en el sendero de los ideales del amo.

De esta manera, no estamos sino promoviendo una relación singular con la salud que nos permita como profesionales, tanto en ámbitos privados como públicos, oponernos a los imperativos que nos convierten en meros empleados de esa empresa universal de la productividad.

Bibliografía Consultada

- Akiskal, H.S.; Vázquez G.H. "Una expansión de las fronteras del trastorno bipolar: validación del concepto de espectro" VERTEX Rev. Arg. de Psiquiat. 2006, Vol. XVII: 340-346
- American Psychiatric Association. (2000). "Diagnostic and statistical manual of mental disorders (4th ed., text rev.)"
- Clark, L., Iversen, S. D., & Goodwin, G. M. (2002). Sustained attention deficit in bipolar disorder. *The British Journal of Psychiatry*, 180(4), 313-319.
- Foucault, M. "La vida de los hombres infames." Ed. Altamira, La Plata, 1996.
- Lacan, J. "Psicoanálisis y Medicina." en Intervenciones y Textos I, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2006.
- Laurent, E. "Psicoanálisis y Salud Mental." Ed. Tres Haches, Buenos Aires 2000.

